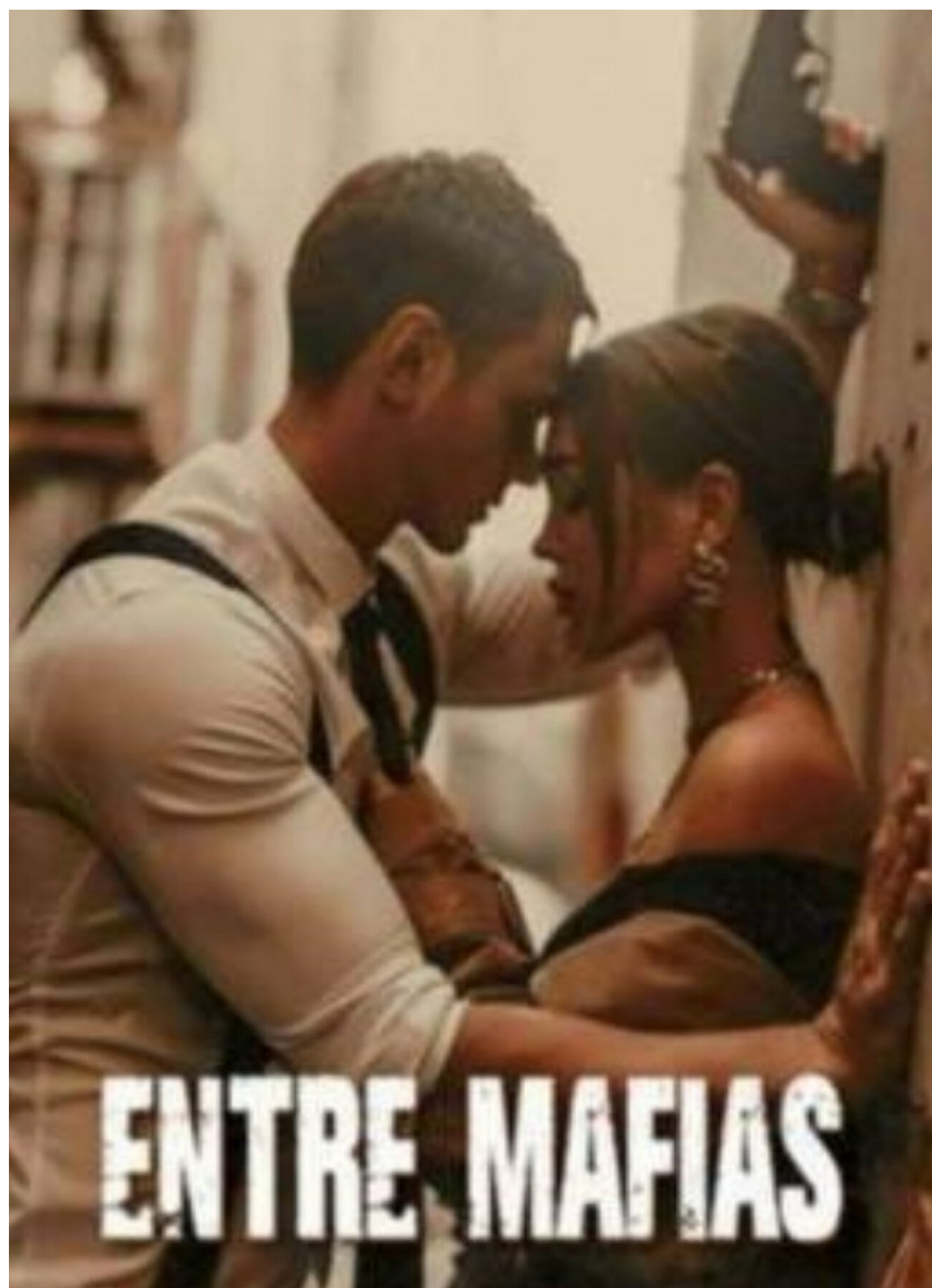




ENTRE MAFIAS



ENTRE MAFIAS

Patricia Blake

Entre Mafias

Libro 1 de 2

Versión extendida

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro o su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Índice

PRÓLOGO	6
Capítulo 1	11
Capítulo 2	14
Capítulo 3	20
Capítulo 4	25
Capítulo 5	29
Capítulo 6	34
Capítulo 7	39
Capítulo 8	44
Capítulo 9	49
Capítulo 10	54
Capítulo 11	59
Capítulo 12	64
Capítulo 13	69
Capítulo 14	75
Capítulo 15	82
Capítulo 16	87
Capítulo 17	92
Capítulo 18	97
Capítulo 19	103
Capítulo 20	108
Capítulo 21	113
Capítulo 22	119
Capítulo 23	125
Capítulo 24	130
Capítulo 25	136
Capítulo 26	142
Capítulo 27	148
Capítulo 28	153
Capítulo 29	160
Capítulo 30	165
Capítulo 31	171
Capítulo 32	176

Capítulo 33	181
Capítulo 34	187
Capítulo 35	193
Capítulo 36	198
Capítulo 37	205
Capítulo 38	210
Capítulo 39	217
Capítulo 40	223
Capítulo 41	231
Capítulo 42	237
Capítulo 43	241
Capítulo 44	247
Capítulo 45	253
Capítulo 46	258
Capítulo 47	263
Capítulo 48	269
Capítulo 49	274
Epílogo	280

PRÓLOGO

La que iba a ser la mejor noche de mi vida; mi noche de bodas, se convierte en un infierno.

Recibo demasiada información. Ahora me doy cuenta de que era completamente ignorante y ajena a todo. No tenía ni idea de que mi familia dirigía una de las mayores mafias, solo superada por la de mi nuevo marido.

Acaba de confesarme todo, con todo lujo de detalles porque no le importo lo más mínimo, lo único que le interesa es humillar a mi familia.

- Se que no tienes culpa de nada, Ángel - odio ese apelativo que me puso - pero en mi mundo no hay lugar para el amor - no siente pena ni remordimiento aunque me esté rompiendo el corazón justo en este momento.

Para el coche frente a la casa de mi padre, alguien le ha informado de lo que ha ocurrido. Su hija pequeña se ha casado a escondidas con su mayor enemigo.

- Entra ahí y cuéntales que a partir de mañana eres mía - susurra acariciandome la mejilla.

Jamás seré suya. No después de lo que me está obligando a hacer. Mi padre no lo permitirá.

- No soy de nadie - digo cerrando la puerta del coche.

Camino rápido. Traspaso la verja que da a los jardines, llenos de flores y pájaros que cantan y yo solo puedo pensar en cómo mi vida se hunde poco a poco. El anillo de mi dedo pesa toneladas y aún así, me sorprendió tocandolo y haciendo lo girar.

- Dime que no es verdad - mi hermano corre hasta mi. Me agarra del brazo y tira para meterme en la casa - dime que es una broma, por favor.

Supongo que al final, no sólo será el peor día de mi vida, también será el de mi familia.

- Cálmate, no es para tanto - miento - solo nos hemos casado.

Frena en seco y me mira con odio. ¿Qué he hecho yo? Me enamoré y me casé y después de nuestra noche de bodas me cuenta que todo ha sido un engaño para hacer daño a mi familia ¿cómo pueden pensar que ellos están peor que yo?

- ¿Qué no es para tanto? ¿¡Qué no es para tanto!? ¿En qué estabas pensando?

- No soy ninguna niña, tengo 25 años y de todos modos vosotros tenéis que darme explicaciones también ¿no crees? - levanto el dedo acusándolo - ¿mafia? ¿En serio Paul?

No se digna a contestar ¿para qué? La realidad ha venido golpeando fuerte, tragandome en el abismo de drogas y asesinatos. Me es imposible asimilar todo lo que está ocurriendo. Camino detrás de mi hermano por inercia hasta la puerta del despacho de mi padre. Respiro profundo y entro.

- ¿ Esto es cierto? - levanta una fotografía vestida de novia. Estoy agarrada del brazo de Marcus con la sonrisa más radiante que he visto jamás, él también sonríe, pero sólo es una pose, nada era cierto.

- Si, padre.

- Sabías que había decidido que te casaras con uno de mi inversores rusos y aún así te has casado con este hombre, mi enemigo, a mi espalda ¿Estoy en lo cierto?

Desde el principio dejé muy claro que no iba a casarme con ningún hombre que no conociera solo porque mi padre lo decidiera, pero al parecer, no tenía opción.

- ¿Por inversor quieres decir mafioso como tu? - acuso cruzándome de brazos.

Mi padre se levanta despacio de su silla de cuero, demasiado despacio. Rodea su escritorio y se acerca a mi con la mirada fría como el hielo. Nunca le había visto así, frío y letal.

Levanta la mano y la estrella contra mi cara. No es una bofetada como las que he visto en las películas, esta es brutal y me tira hacia un lado hasta que termino tumbada sobre mi hombro. Jamás me había pegado. Jamás me había intimidado de esta forma. No reconozco a mi padre ni a mi hermano que mira con la misma frialdad. Me toco el labio, al mirar mis dedos los veo teñidos de rojo.

- ¿Sabes? La vida de la mafia no es como te imaginas, cariño - camina a mi alrededor con una falsa cara amigable. Solo quiero que se aleje. Este hombre no lo reconozco- lo más importante no es la familia, es que el resto de tus enemigos no te vean débil, y tu, niña estúpida, acabas de hacer justamente eso.

Tiemblo sobre mi misma. No puedo controlar el temblor que controla mis manos. La imagen de Marcus viene a mi cabeza. Feliz por todo lo que está ocurriendo, feliz por poner a mi familia en esta situación.

Antes de que pueda reaccionar mi padre se ha agachado a mi lado, de su cinturilla ha sacado un cuchillo que, sin dudar ni un solo segundo para por mi brazo, a la altura de la muñeca y me hace un Corte.

- Esto te recordará lo que no debes hacer.

- Padre... - susurro agarrandome el brazo - ¿por qué?

Limpia el cuchillo sobre la manga de su camisa mientras se aleja.

- Vete a tu habitación hasta que decida que hago contigo.

Nadie me ayuda a levantarme ni a curarme la herida. Poco a poco me voy poniendo de pie. Las piernas me tiemblan, y un sudor frío mesclandose con la sangre aparece en mis dedos. Me Alejo hacia la puerta lanzando una mirada acusadora a mi hermano. Esta es mi familia, falsa y rota.

Salgo al pasillo, pero cuando empiezo a subir las escaleras para ir a mi habitación, vuelvo sobre mis pasos para escuchar a través de la puerta entre abierta cual va a ser el veredicto de mi padre.

- Padre ¿ En que está pensando? - pregunta mi hermano.

Hay un tensó silencio que me pone de los nervios.

- Hijo, mañana a primera hora ejecutaremos a tu hermana - mi corazón se ralentiza hasta dejar de latir durante un segundo - no podemos ofender a los Rusos, pero si podemos compensarles por

no darles la boda que querían.

- ¿Está seguro, padre?

No hay contestación. Mi padre, el hombre que me crió y cuidó desde que mi madre murió ha ordenado que me maten por casarme con un hombre, un hombre que pertenece a la mafia y que ha buscado que esto ocurra porque tampoco siente nada hacia mí.

Subo despacio a mi habitación. Tengo muy claro lo que voy a hacer. No me han dejado otra opción. No quiero estar en medio de un juego de locos, no quiero seguir perteneciendo a una familia a la que no le importa nadie, ni una sola voz suplicó por mi vida. Saco papel y bolígrafo y comienzo a escribir la carta que dejaré a mi padre.

La releo un par de veces antes de doblarla y dejarla sobre el escritorio. Voy hacia la Caja fuerte que hay escondida en una de las paredes de mi habitación, justo detrás de una foto en la que sale mi madre. Esta llena de fajos de billetes, cojo unos cuantos, un bolso viejo que nunca uso, pero que es bastante grande, lo suficiente como para meter unos zapatos y una muda limpia.

Salgo al pasillo mirando a ambos lados, cuando creo que no hay nadie, avanzo hacia las escaleras. La mansión siempre está llena de hombres vigilando, pero supongo que hoy tienen cosas más importantes que hacer. Cojo las llaves de mi coche y salgo corriendo. Tengo que irme de aquí y mientras antes lo haga mejor.

Arranco procurando no hacer ruido, pero mi mini no es demasiado silencioso aunque sí increíblemente bonito.

Conduzco desde Verona hasta Venecia. Solo he parado una vez para repostar. Llego bien entrada la noche ¿se habrán dado cuenta de que no estoy? ¿estarán buscándome? ¿Me habrá llamado Marcus? He intentado ser fuerte todo el rato, no pararme a pensar en lo que ha ocurrido y en lo que estoy a punto de hacer, porque si me paro a pensarlo, la presión en mi pecho casi no me deja respirar y un grito ahogado se escapa de mi garganta. Tengo que colocar las manos sobre mi boca para no hacer ruido, las lágrimas caen sin control, pero esta es la única salida, no hay otra forma. Me quito un zapato y lo dejo tirado en el coche, justo después me quito la camiseta llena de sangre de la herida del brazo que me hizo mi padre y la tiro al mar.

Arranco el coche, meto primera y rápidamente, segunda. Escucho el latido de mi corazón en los oídos, meto tercera y antes de que el coche caiga y se hunda en las profundidades, salto.

Si la suerte esta de mi lado creerán que me he suicidado, tal y como he puesto en la carta dirigida a mi padre, y él y mi marido no volverán a molestarme jamás.

Recojo mi pelo en un moño, ser pelirroja siempre ha llamado la atención de muchas personas y eso es lo último que quiero en este momento, así que sacó del bolso los zapatos y me los pongo, una camiseta limpia y una peluca castaña y me alejo de mi vieja vida para siempre.

Y este fue el último día de mi vida. Así es como entre dos hombres pertenecientes a las mafias, decidieron que mi vida no era importante.

Capítulo 1

Killian

No podía perderme este momento, el de la venganza. Aparco unos metros detrás del coche de Marcus. Contengo la respiración emocionado, porque joder, ver a esa zorra bajarse del coche con el corazón destrozado es un puto orgasmo. Solo lamento no poder ver también a su padre cuando la tenga delante.

Su familia y la mía han sido enemigas desde que tengo uso de razón. Siempre compitiendo por las zonas, siempre atacándonos, pero de un tiempo a aquí, los hemos superado y este es el golpe final para los Carusso.

Mía se baja del coche, se queda parada unos segundos sin creerse lo que está ocurriendo, y juro sobre la tumba de mis padres que este es el mejor momento de mi vida, casi puedo escuchar el crujir de su corazón al romperse.

Corre hasta su casa, pero Marcus no arranca, espera ¿Que cojones haces? Arranca el coche y montemos una puta fiesta.

Comienza a golpear el volante. No me gusta lo que veo. Mi hermano sabe contenerse, es frío y calculador. Decido irme yo porque da igual lo que esté sintiendo ahora mismo, no tiene importancia. El plan ha terminado y hemos hundido a los Carusso.

Conduzco directo al Imperio, uno de los bares que dirigimos mi hermano y yo, está lleno de putas que decidieron que no querían estar en la calle, ellas marcan sus horarios y sus clientes, no me meto en sus decisiones siempre que tenga un buen whisky esperándome cada vez que vaya.

Este es mi sitio, sentado en la barra, en la penumbra, agazapado, esperando una presa como el hijo de puta que soy. El camarero me sirve una copa en cuanto me ve. No me gusta esperar y lo sabe.

No puedo quitarme la imagen de la zorra de mi hermano al bajarse del coche ¿Se puede disfrutar hundiendo a otra persona? Ha sido un puto orgasmo para mí.

Lucrecia se acerca arrancando instantáneamente los pensamientos sobre lo que acaba de ocurrir. Es la puta con las tetas más grandes de todo el Imperio.

- ¿Quieres divertirme un rato? - pregunta con media sonrisa mientras pasa su dedo de forma sensual por encima de mi camisa.

Sus rojos labios, gruesos y carnosos me la ponen dura. Me la voy a tirar y voy a disfrutar cada jodido instante.

Mi hermano y yo somos como el puto día y la noche. A él le van las relaciones y a mí una puta distinta cada día ¿Quién cojones quiere atarse a una misma mujer?

Lucrecia extiende el brazo invitándome a seguirla. Me bebo la copa de un trago y me levanto de la silla. Saco la cartera y busco unos cuantos billetes. Los negocios son negocios, en el momento que no lo veas así, estás jodido.

- Eres el que mejor paga - Susurra cerca mi oído provocándome cosquillas que llegan hasta mi entrepierna.

Inclino ligeramente la cabeza. Nada es gratis monada.

- Espero los mejores resultados.

Suena mi móvil en el bolsillo. A regañadientes lo saco para comprobar quién cojones llama. Odio las interrupciones. El nombre de Rocco brilla en la pantalla. Es mi hombre de confianza y si me llama es porque hay algo importante que debo saber.

Joder.

- Ve yendo tu, tengo que atender esta llamada - ignoro el mohín que hace y descuelgo - más te vale que sea importante, estoy a punto de follarme a una de mis putas.

- Señor Moretti, hay movimiento en casa de los Carusso. Nuestro infiltrado acaba de decirme que el Señor Carusso ha ordenado ejecutar a su hija para intentar aplacar a los rusos.

De puta madre. Este juego ha salido perfecto. Un enemigo menos, y por las dudas que he visto hace un rato en mi hermano, se que no le va a hacer mucha gracia. Todo daño colateral que sufra Marcus solo puede ser bienvenido.

Siempre se ha creído mejor, mas poderoso. Menospreciando el trabajo que hacía yo. Su propio ego será su condena. Es incapaz de darse cuenta que llevo meses provocándole perdidas mientras sitúo mi propio negocio por encima.

- ¿Lo sabe alguien más? - Algo me dice que si Marcus se enterara sería capaz de irrumpir con todos los hombres en la mansión Carusso solo por salvar a esa pequeña zorra.

- Le he llamado a usted primero.

- No avises a nadie. Vuelve a llamarme cuando la hayan ejecutado - No podría importarme menos - Y solo después, avisaremos a los hombres de mi hermano.

La guerra que llevaba meses latente con nuestros enemigos ancestrales está a punto de comenzar. Lo que llevo tanto tiempo esperando; vaciar mi jodido cargador en la cabeza de todos los Carusso, está cada vez más cerca.

Capítulo 2

Marcus

Sentado en mi despacho fantaseo con la cara de Leandro cuando se entere que su hija menor se ha casado con su enemigo. Se me escapa una media sonrisa que no puedo ocultar. Pagaría la mitad de mi fortuna sin dudarlo.

Llamo unas cuantas veces al teléfono de Mía. Lo tiene apagado. Me enfurece no poder contactar con ella y decido que, en cuanto mañana venga a vivir aquí conmigo, quiera su padre o no, tendré que enseñarle como debe comportarse y como debe estar disponible por si la llamo o la necesito en cualquier momento.

Tengo preparado un pequeño ejercito de hombres para mañana por si Leandro decidiera hacer las cosas difíciles. Tiene que entender que su pequeña y dulce hija ahora es mía y él ya no pinta nada.

Unos toques en la puerta hacen que rompa el hilo de pensamientos.

- Pasa - digo sin levantar la vista de los documentos que ni he leído.

Dante, mi hombre de confianza y guardaespaldas entra. Lleva toda la vida a mi lado. Nos entendemos sin necesidad de andar explicando en cada momento lo que quiero, que es lo que suele pasar con los novatos. A veces tengo que controlarme para no meterles una bala entre ceja y ceja.

- Señor - dice acercándose.

Frunzo el ceño.

- ¿Qué ocurre? - tiene la mandíbula apretada y los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo. Pocas cosas pueden hacer que Dante se tense.

- Hay rumores - titubea. Algo muy malo ha tenido que ocurrir.

- Suelto ya joder ¿qué cojones ha pasado? - me está poniendo de los putos nervios.

- Nuestro informante en la mansión de los Carusso acaba de llamar - pinto una sonrisa en mi cara.

Estaba esperando las primeras informaciones de como había ido la cosa. Si Dante está así, es porque ha debido ser apoteósico. Froto las manos disfrutando del momento.

- ¿y? - insto a que siga.

- Dice que.... Bueno que Mía ha desaparecido y que dejó en su habitación una carta de despedida - termina bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

Esa estúpida niña ha intentado escapar de mi. Meses haciéndome el en contradizo, haciendo estúpidos selfies con caras que no había puesto ni de pequeño. Hablando de mierdas de amor y corazones para que intente pegármela ahora que oficialmente es mía.

- Encontradla y traedla de inmediato - levanto la voz más de la cuenta.

- Señor... - garraspea buscando las palabras adecuadas - era una carta de suicidio en la que se despedía.

Coloco las palmas sobre la mesa. Jamás habría pensado que Mía era de las que se rendían, a no ser que cuando la dejé en casa pasará algo que se me escapa. Me quedo mirando a Dante incapaz de asimilar la información. Simplemente no puede ser. Ella no puede morir.

Bajo la voz y entrecierro los ojos.

- A que cojones esperaréis todos para salir a buscarla - Amenazo.

Asiente una vez con la cabeza y sale diligente del despacho. Vamos a llegar a tiempo. Estoy convencido, voy a encontrarla y a quitarle esa estúpida idea de la cabeza. ¿Prefiere morir a estar a mi lado? El amor no puede desaparecer de un día para otro y ella está locamente enamorada de mí. Cuando le propuse matrimonio sin apenas conocernos se emocionó muchísimo.

Pasan las horas y no tengo ni una puta llamada diciéndome algo. Me sirvo un whisky Escocés, su aroma a miel, frutos y vainilla me enganchó desde el primer día.

Por fin suena mi teléfono.

- Dime - exijo.

Dante contesta al otro lado la línea con el mismo titubeo y la misma mierda de antes. Si no fuera mi mano derecha lo estrangularia.

- Han... Han encontrado su coche en Venecia.

- si su coche está allí ella no debe andar muy lejos. Encontradla de una jodida vez - cada vez tengo menos paciencia.

- Su coche está hundido en uno de los canales.

No se si dice algo más o no. Tampoco puedo creer que haya llegado tarde, yo jamás llego tarde. Nunca, y aún así, algo me dice que en cuanto saquen el coche de las profundidades del canal, no me va a gustar lo que voy a ver.

Solo ahora, en este momento, soy consciente de hasta que punto puede afectarme no tenerla a mi lado, no volver a ver su sonrisa o sus dedos intentando hacerme cosquillas, no es posible no vuelva a sentir su cuerpo desnudo bajo el mio.

- Quiero que me traigas cualquier grabación, imagen o audio desde que salió de su puta casa hasta que llegó allí.

Cuelgo antes de escuchar alguna mierda como " Si, señor" Que os jodan a todos.

La espera se ha convertido en un infierno. Voy hasta mi mesa y tiro todo los papeles al suelo golpeandolos con furia ¿cómo ha podido hacer eso? ¿Suicidarse? Una nueva sensación nace dentro de mí. Un puño aprieta mi estómago impidiéndome poder respirar normalmente. Me agacho y coloco las manos en mi cabeza. No recuerdo haber sentido jamás este tipo de desesperación, siempre he tenido lo que quería, por difícil que fuera, si lo quería era mio.

Los primeros rayos del sol comienzan a entrar por la ventana. No he podido pegar ojo y tampoco puedo ir y enterarme yo mismo porque si esta su hermano o su padre podríamos empezar con los disparos y lo único que me importa ahora mismo es que aparezca Mía.

Vuelve a sonar mi móvil avisandome de un mensaje. Desbloqueo el móvil y amplio la imagen que me ha mandado Dante. Es la camiseta de Mía, empapada y tirada sobre el suelo. En su manga izquierda tiene una mancha oscura que podría ser cualquier cosa, pero que se perfectamente que es una puta mancha de sangre, las he visto demasiadas veces como para no reconocerlas. Al lado de la camiseta hay un zapato, una bailarina azul, la misma que llevaba puesta el día que la dejé en su casa.

El peso sobre mis hombros aumenta de tal manera que me es imposible mantenerme en pie. Mi Ángel ya no está y es por mi culpa. Todo es por mi maldita culpa. Si realmente existe el infierno, estaré encantado de ocupar un sitio privilegiado, no merezco otra cosa.

Llamo a Dante.

- ¿Tienes alguna imagen? ¿Algo? - quiero mostrar mi autoridad, pero sólo me sale un susurro. La realidad me está golpeando con todas sus fuerzas.

- Si, jefe - Dante le tenía cariño a Mía, supongo que porque se parecía a su hermana. También puedo notar el abatimiento en tu voz - estoy llegando con ellas.

En cuanto llega, no hablamos ni intercambiamos ninguna orden ni ninguna mierda de esas. Deja sobre la mesa dos discos. Prepara el ordenador y mete el primero. Son imagenes de la entrada de la mansión Carusso. Rebobina hasta llegar al punto que nos interesa. Mía sale por la puerta principal. Me sorprende acercandome a la pantalla y colocando mi dedo sobre su mejilla. Tiene el brazo ensangrentado y mira hacia todos lados con miedo ¿Qué mierda le hicieron? Mientras ella sufría, yo disfrutaba el momento como el hijo de puta que soy. Se monta en el coche y lo arranca, la imagen se queda vacía solo mostrando una entrada en la que ya no hay nada.

Dante saca el disco, mete el siguiente sin decir nada. ¿Es qué él los ha visto ya y sabe algo que yo no?

Aparece una gasolinera en la pantalla. Volvemos a hacer la misma operación, rebobinamos hasta que aparece el coche de Mía. Sale del coche caminando despacio, se ve tan triste y apagada que si tuviera corazón tendría que arrancarmelo por haber sido el causante del sufrimiento de mi ángel.

Otro coche para en el surtidor de en frente. Dos muchachos jóvenes y demasiado animados miran a Mía mientras vierte la gasolina. Quiero matarlos por atreverse a mirar lo que es mío. Cuchichean algo y se acercan a ella.

Frunzo el ceño y aprieto los dedos sobre la madera de la mesa. Como esos cabrones le hayan hecho algo, voy a matarlos a ellos y a sus familias.

- Hola guapa - dice el más valiente de los dos - ¿quieres venir con nosotros a una fiesta?

Mía se gira y durante una fracción de segundo se quedan mirandolos sin reaccionar. Rápidamente se recomponerse.

- Lo siento - contesta sería. Sin cambiar la expresión de su cara - tengo algo importante que hacer.

Los chicos se quedan parados. Estoy seguro de que han sentido el mismo escalofrío al escucharla que yo. Su voz desprovista de sentimientos, rendida, apagada, y es por mi culpa.

Llevaba años esperando ver a Leandro hundido, pero sólo he destruido lo más hermoso que había conocido, mi dulce y tierna Mía, pelo de fuego y los ojos más verdes que había visto en mi vida. Ya no está y no estará nunca.

Cuando el sentimiento de pérdida me golpea el pecho tiro el ordenador de la mesa, agarro el lateral de la mesa y la levanto, volcándola hacia un lado. Necesito destruir, es lo que mejor se me da.

- ¡Largate, Dante! - le grito fuera de control - ¡LARGATE DE UNA PUTA VEZ!

Capítulo 3

Marcus

Espero a Mía dentro del coche. Tiene un plan para que pasemos la tarde, no ha querido contarme nada así que me resigno a lo que haya preparado.

- Hola cariño - saluda abriendo la puerta y sentándose a mi lado.

Lleva un vestido de gasa blanco. Su pelo rojo resalta todavía más y sus enormes ojos verdes me miran divertidos.

- ¿Cómo está la chica más guapa? - pregunto sin dejar que responda. Dejo un dulce beso sobre sus labios.

- Pues no se, tendrás que preguntarle a ella.

Se me escapa una sonrisa con su contestación. Mía es una de las pocas personas que tienen un ingenio que me hace reír y eso es difícil, porque por regla general soy serio y frío y si alguien se atreviera a hablarme como ella lo hace lo mataría sin pestañear, pero ella no sabe que soy oscuro y letal.

- ¿Vas a decirme dónde me llevas? - pregunto con un tono falso de enfado.

Una risilla resuena en el coche. Le hace gracia mi insistencia, así que a mí también.

- No, claro que no. Tienes que tener paciencia.

Conduce lanzándome miradas divertidas de vez en cuando. Mi teléfono suena. El nombre de Dante resalta en la pantalla. ¡Joder! Sabe que cuando estoy con Mía no deben molestarme a no ser que sea algo de vida o muerte. Si por cualquier motivo Mía descubriera mis intenciones reales o que la estoy engañando, todo el plan se iría a la mierda.

- Dime -contesto cortante.

En ese instante Mía me mira con el ceño fruncido. Supongo que mi cambio de personalidad le ha chocado, pero no puedo hablar como un adolescente enamorado; primero porque hace mucho que dejé la adolescencia y segundo porque el amor es para los gilipollas dependientes.

- Señor, los hermanos Martínez han venido a verlo.

Dos traficantes de mierda vienen a verme sin avisar y sin concertar una puta cita y para colmo esperan que este disponible para ellos. Sin duda no saben con quien están hablando ni hasta que punto se están jugando el cuello.

- Diles que concierten una jodida cita si quieren verme y que no vuelvan a aparecer por las buenas si saben lo que les conviene.

Cuelgo el teléfono. No tengo más que decir.

Aparto mi móvil del oído malhumorado. Toda la droga pasa por mi manos. Yo decido quien, cuando y como y soy el puto Dios de esta ciudad. Los drogatas de tres al cuarto me cabrean.

Unos suaves dedos acarician mi mano.

- ¿Estás bien? - pregunta con su voz angelical.

- Estaré bien cuando me cuentes lo que tienes preparado.

Por arte de magia mi furia desaparece y me vuelvo a concentrar en ella y en lo que sea que tiene preparado.

- Buen intento, pero no ha funcionado.

Aparca el coche delante del centro comercial. Giro el rostro hacia ella con la duda dibujada en mi cara.

- Venga Marcus, te va a gustar -Me anima.

Odio los centros comerciales ¿cómo es posible que me guste la sorpresa si es dentro de uno de ellos? Da igual, tengo que hacer el papel de que me encanta todo lo que hace, así que termino con una sonrisa pícaro antes de darle la mano y entrar por las grandes puertas que se abren para nosotros.

Bajamos un par de plantas dejando tras nosotros las tiendas y los restaurantes. Ahora sí que estoy intrigado de verdad.

¿y si lo ha averiguado y me esperan sus matones escondidos por algún sitio? Giro levemente el cuello hacia atrás, al momento me tranquilizo. Mis hombres nos siguen de cerca.

Mía jamás reconocería los guardianes que me siguen a todas partes porque visten como personas normales, uno de ellos lleva incluso una bolsa de una de las tiendas para disimular. Si ella ha preparado algo puede darse por muerta antes de que logre su objetivo.

Se para frente a un foto matón con una gran sonrisa y los ojos brillando, expectantes a mi relación.

- ¿Que te parece? - mueve la cortina hacia un lado para enseñarme el pequeño espacio en el que sólo hay un asiento pequeño y duro -no tenemos ninguna foto juntos, por favor... - pide haciendo pucheros.

Podría ser peor que hacernos unas ridículas fotos.

Entro negando ligeramente. Mis hombres deben de pensar que estoy loco. Ni en mis mejores tiempos he hecho esto.

Sin dudarlo, Mía se sienta sobre mis piernas, pasa un brazo por detrás de mis hombros y justo antes de que la Cámara pite, saca la lengua y me hace burla.

La foto aparece en la pantalla. Ella está guapísima y yo tan serio como siempre.

- Marcus, se supone que tienen que ser fotos divertidas. Mirate - señala la pantalla.

- Venga, dale otra vez - la ánimo. Si que haga tonterías le hace feliz, tonterías haré.

El pitido vuelve a sonar. La despeino sin contemplación, ella abre la boca sorprendida y yo rompo a reír a carcajadas. La foto vuelve a aparecer en la pantalla.

- ¿Ves? Puedo ser muy divertido.

- ¡Me encanta! Gracias Marcus. Te quiero - susurra dándome un beso y quedando grabado en otra fotografía.

Salto de la cama como si quemara. Tengo la cara empapada en sudor y el corazón galopa sin contemplación dentro de mi pecho. Instintivamente, coloco la mano sobre él. Ha sido una maldita pesadilla. No, no, ha sido un recuerdo que creía olvidado.

Mía ya no está, ella murió por mi culpa. Salgo de la cama y dando grandes zancada camino hasta el pequeño mueble de la entrada donde está mi cartera y las llaves del coche. La abro y saco la fotografía donde está despeinada y yo riéndome. Inesperadamente, fui feliz a su lado.

El entierro fue ayer. Después de tres semanas de búsqueda el cuerpo no apareció. El pequeño y menudo cuerpo de Mía seguro que se ha perdido para siempre en las profundidades del mar.

Se suponía que su familia prepararía un entierro por todo lo alto y sería enterrada en el panteón familiar, pero no fue así. Su padre puso una pequeña lápida en el cementerio con su nombre, sin apellido, y la fecha de nacimiento y de defunción. Ayer al enterarme lo preparé todo. Aunque su cuerpo no está, será recordada como merece.

En cuanto amanezca mis hombres irán a destruir la lápida de mierda que compró su padre y una nueva grande y brillante será colocada en mi panteón familiar. Mis hombres piensan que me he vuelto loco, y eso me da igual siempre y cuando no crean que eso implica que me haya vuelto débil, porque soy más letal que nunca. Mi corazón ya no está. Nada ni nadie me importa, hacen bien en suponer que todos son prescindibles.

Mi corazón reaccionó tarde. Cuando Mía descansaba tranquilamente en otro mundo, me di cuenta de que en medio de toda mi treta fue ella la que me engañó a mí, y convirtió mi mentira en sentimientos reales. Ahora sé que la amo y que jamás volveré a verla. Miro mi reflejo en el espejo grande y metálico que hay en la entrada. Nunca me importó ser mala persona, hasta ahora. Estrello el puño contra él y lo rompo en miles de pequeños trozos. No quiero ver mi reflejo.

Muy lejos de ese hombre destrozado, a mil trescientos kilómetros, una chica con peluca negra y unos tristes ojos verdes, se bebe un escocés en un bar cualquiera de Siracusa. Levanta el vaso y dice bajito.

- Padre, hermano, Marcus, que os follen.

Capítulo 4

Mía

Lo primero que hago en cuanto llego a Siracusa es buscar un lugar para dormir. Empezar de cero no es fácil, pero mucho más difícil es volver del lugar al que quería mandarme mi padre.

Encuentro un pequeño hostel, medio destartado y con las paredes desconchadas, pero como se supone que debería mantener un perfil bajo, el lugar me parece perfecto. Tengo que buscar un trabajo, aunque antes que eso lo mejor sería encontrar a alguien que pudiera falsificar todos mis documentos, ya que estoy muerta con mi nombre oficial.

Un hombre gordo y con una camiseta de tirantes blanca llena de manchas que no quiero ni pensar de que pueden ser, me mira arrugando la frente.

- Nombre - No hay ni rastro de emoción en su voz.

- Buenas, me gustaría alquilar una habitación. Mi nombre es Lola.

Levanta las cejas dando por sentado que miento. Si le resulta tan fácil saberlo es porque por aquí deben pasar muchísimos mentirosos a diario.

- Mi madre es Española - intento justificar - de ahí mi nombre.

El hombre escribe en el libro de entradas .

- A mi no tienes que darme ninguna explicación, monada.

Tira una llave sobre la mesa y coloca la palma boca arriba esperando algo. Dudo durante una fracción de segundo, pero al ver que el hombre no reacciona, saco unos cuantos billetes y los dejo encima de su mano.

- Bueno... Pues... Muchas gracias - digo cogiendo la llave y subiendo la escaleras.

Abro la puerta. Lo primero que noto es el fuerte olor a humedad que sale de dentro. Tengo que taparme la nariz para evitar las arcadas. Nunca he sido escrupulosa. Cuando hice las prácticas de enfermería me tocaron los trabajos que nadie quería; limpiar heridas infectadas y cosas así, no me importa, pero esta habitación es lo más asqueroso que he visto en mi vida.

Tengo que hacer de tripas corazón y entrar. Me encuentro con un espectáculo dantesco, paso la mano por encima de mis ojos cerrandolos un momento. ¿Qué clase de animal tiene las habitaciones así? Todo lleno de humedades, el polvo campa por todas las esquinas y la colcha de la cama tiene tantas manchas viejas que no reconozco su color original.

Pasan los días y cada vez estoy más desanimada ¿Marcus lo tenía todo preparado? Las risas, las bromas, las noches de pelis románticas, el sexo... ¿Todo falso? De vez en cuando millones de preguntas cruzan mi mente como pequeños rayos. Yo era ajena a todo, no formaba parte de la mafia de mi familia y aún así, he sido el objetivo de Marcus, supongo que fue porque era la más estúpida.

Mi padre que tanto amor me dio, planificó mi muerte sin dudar, sin una lágrima. Esa es la verdad de mi familia, donde deberían tener el corazón, ellos no tienen nada, simplemente está vacío... Y

mi hermano.... No quiero ni pensar en él. Tengo que dejar de sentir lastima de mi misma porque para lo único que sirve es para hundirme más.

Mes y medio más tarde mi vida esta más o menos encarrilada. Antes de irme del hostel conseguí que el tipo me pusiera en contacto con otro tipo que falsificaba papeles. He llegado a la conclusión de que para ser falsificador o amigo de ellos tienen que tener un armario lleno de camisetas blancas llenas de mierda, porque sino, no me explico que los dos vistieran de la misma forma dejada y sucia.

Bueno, después de llamarme Lola Ramírez, me mudé a un pequeño estudio, me apunté a clases de defensa personal, porque se que he sido inocente, demasiado, pero aprendo rápido y se que de la mafia no se puede escapar, al menos no para siempre, si aprendo a defenderme, tal vez tenga una oportunidad si necesito volver a escapar. También conseguí un trabajo, no es de enfermera que es lo que estudié, pero de momento me servirá para tener ingresos y no terminar de gastar lo que conseguí sacar de la caja fuerte.

Llego al bar donde trabajo de camarera. Cada noche tengo que lidiar con infinidad de pervertidos, pero con un poco de mano dura se dan por vencido rápido.

- Buenas noches Lola ¿cómo estas? - pregunta Meg, mi compañera.

- Bien, bien, preparada para lo que nos espera - bromeo pasándome la mano por la frente.

Sonríe y sigue su camino para cambiarse de ropa. Nos quitamos nuestros pantalones y camisetas normales que usamos a diario y no ponemos una camiseta negra con lentejuelas atada al cuello, debajo del pecho hace pequeñas olas dejando el ombligo al descubierto, una minifalda negra y unos tacones rojos. Así, insinuamos a los hombres que vienen a nuestro bar y beben mucho, que pueden irse con una de nosotras. Es humillante, lo se. Trozos de carne sexy, pero el sueldo es realmente bueno y eso es lo único que importa.

Conforme avanza la noche más se llena el bar. Es difícil caminar contoneándote con una bandeja de bebidas en la mano y encima usar tacones de diez centímetros.

Una mano en la parte baja de mi espalda llama mi atención, una vez más.

- Caballero ¿necesita algo? - pregunto amable.

- A ti - lo dice como si fuera súper original. Escucho esa frase más de diez veces cada noche.

Sonríe metiendo un mechón de pelo tras la oreja.

- ¿Una Copa tal vez? - Su cara amable desaparece.

-¿Estás sorda? - Dice acercándose demasiado y convirtiendo en grilletes sus dedos alrededor de mi brazo.

Un hombre joven y bien vestido. Su primera apariencia es engañosa. Ahora todas mis alarmas gritan PELIGRO en rojo brillante.

- No señor, no tengo ningún problema de oído - Digo con la voz más dulce que soy capaz de simular - Pero yo solo sirvo copas, soy camarera.

- Tu serás lo que yo diga que seas - tira de mi alejándome de la barra.

Su intención es sacarme fuera y eso es algo que no puedo permitir. Antes de que ponga a prueba mis habilidades de defensa personal, una mano le estampa la cabeza contra la barra. El golpe tira varias copas, pero eso no hace que se amilane el hombre que se ha acercado para ayudarme, le levanta la cabeza y la vuelve a golpear más fuerte todavía.

Sus dedos han llamado mi atención, sus tatuajes comienzan en ellos y avanzan a lo largo de su brazo, se donde terminan sin necesidad de verlo, y peor aun, se a quien pertenecen. No puedo creer que me haya encontrado.

Me armo de valor para levantar la vista hasta sus ojos. Marcus me observa con sorpresa. Antes de que reaccione salto la barra y corro hacia la salida trasera. Tengo que escapar, pero ahora sabe que no estoy muerta. Si me alcanza es mi fin.

Capítulo 5

Killian

He estado unos días fuera de combate. Ha sido la mejor semana de toda mi puta vida. Una celebración en toda regla.

Pensaba que Leandro se cargaría a su hija de una forma dramática, que Marcus se volvería loco de rabia e iniciáramos la guerra, tal y como yo quería, pero a veces la realidad supera a la ficción.

En cuanto Rocco me informó de que Mía se había suicidado, abrir la botella de whisky más cara de todo el jodido castillo; se merecía un brindis por lo menos.

Solo hay una cosa peor a que muera el puto amor de tu vida, y es que muera el amor de tu vida por tu jodida culpa. Eso te mata, te come por dentro. Puedo verlo en la cara de mi hermano, en su voz, en cada poro de su piel cuando hablamos. Desprende arrepentimiento. Por suerte, ya es demasiado tarde. Jódete Marcus.

En unos días se reunirá con fento y su hermano para buscar nuevas putas. Me habría gustado llevar este negocio yo mismo, catar la mercancía es importante antes de cualquier contrato.

Antes de ir al castillo y hablar con mis hombres, decido pasarme por el piso de Marcus. No puedo negar la realidad; soy un puto enfermo que disfruta viendo a su hermano nadando entre mierda, verlo como poco a poco se hunde y agoniza es como meterse una raya de coca.

Toco el timbre y espero. Por regla general, uno de los hombres de Marcus ya me habría abierto la puerta, pero ahora está solo, necesita llorar a esa guarra.

Se me escapa una media sonrisa que oculto rápidamente.

Por fin escucho movimiento al otro lado de la puerta.

-¡Vamos, Marcus! ¡Ábreme! - golpeo la puerta con el puño.

Unos segundos más tarde, la puerta se abre.

Está demacrado. Definitivamente se ha esforzado para ocultarlo. El gran Marcus Moretti no puede hundirse por un chochito, pero lo está.

- ¿Qué mierda quieres? - Pregunto antes de girarse y volver a entrar dejándome ahí plantado.

Quiero grabar en mi mente tu puta cara de dolor. Esto es mucho mejor que meterle un balazo en la rodilla.

- Quiero ver a mi hermano. Tío, estás fatal.

Marcus camina directo al mueble bar y comienza a servirse un whisky. Se lo bebe de un trago y me mira. Me mira como si me analizara, entrecierra los ojos y me señala.

Me gustaría partirle ese maldito dedo. Hasta cuando solo es polvo y muerte se cree mejor que yo.

- Vamos a dejar las cosas claras Killian - Vuelve a llenar su vaso de whisky, pero esta vez tiene

la deferencia de servirme otro a mi, aunque antes de llegar a donde yo estoy ya se lo ha bebido - A ti no te importa una mierda como estoy, nunca lo ha hecho, así que no empieces ahora.

Ruedo los ojos aburrido.

- A mi no podría importarme menos, seguramente si mañana te metieran una bala entre ceja y ceja, me iría al Imperiun a beber y follar para celebrarlo, pero tus hombres y tus enemigos no pueden verte débil, porque si tu eres débil, yo también lo soy, así que Marcus, deja de joder - Dejo el vaso sobre la mesa y me acerco un paso más a mi hermano, acercando mi rostro al suyo - Supera lo de esa zorra y vuelve al mercado.

Aprieta la mandíbula intentando contenerse y yo tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no reírme en su puta cara. Su talón de Aquiles es su mujer y meterme con ella es clavarle un cuchillo en las tripas y girarlo para introducirlo más aún.

Me agarra de la camisa y me arrastra hacia atrás hasta que mi cabeza choca contra la pared. Debería cabrearme, debería sacar la puta pistola y apuntar a su maldita cara, pero estoy disfrutando tanto de su dolor...

- Si... Vuelves... A... insultarla... Te mato - Susurra apretando la mandíbula.

Mantengo su mirada. Ya he tenido suficiente. Me deshago de su agarre y me coloco bien la camiseta.

- Lo que tú digas, pero haznos un favor, sal de esa mierda de autocompasión. Ella no va a volver.

Esta vez no le doy tiempo a que reaccione. Camino con paso decidido hasta la puerta y me voy.

Ahora sí que es un buen momento para celebrar, pero tendrá que esperar a la reunión que tengo preparada en el castillo con Fento para intentar convencerle de que trabaje para mí sin que Marcus lo sepa, de este modo, desviar dinero es mucho más fácil.

El castillo es una reliquia familiar. Marcus prefiere vivir más céntrico en un dúplex moderno, pero para mí, tiene un toque romántico las piedras antiguas y los torreones que no lo cambio por nada. Si somos prácticos, puedo tener un puto ejército y nadie se enteraría. Puedes torturar a alguien, cosa que ya ha ocurrido, y dejar que grite libremente, absolutamente nadie va a escucharle o a salvarle. Una vez que se adentran en terreno Moretti, están muertos.

- Llegas tarde - Le digo a Fento cabreado por hacerme esperar.

Diez minutos no es ningún drama, pero la falta de respeto si lo es. Me bebo de un trago el whisky de mi vaso y arrastro la silla para levantarme procurando hacer ruido.

No se qué me pasa en la cabeza, cuando me cabreo no veo, me nublo, soy capaz de cometer la mayor atrocidad sin siquiera despeinarme.

Lo agarro por el cuello y lo estampo contra la pared.

- No vuelvas a hacerme esperar.

Abre la boca para decir algo, pero finalmente se lo piensa mejor y la vuelve a cerrar.

Chico listo.

- ¿De qué quieres que hablemos? - Pregunta con un tono altanero que no me gusta nada.

- De negocios, por supuesto. Has quedado con Marcus en unos días, tal vez te interese más mi negocio.

Me responde con una media sonrisa de suficiencia que vuelve a calentarme por dentro. Maldito hijo de puta.

- ¿Por qué querría yo hacer negocios con el pequeño de los Moretti que no tiene poder alguno?

Antes de que pueda pensar con claridad he sacado la pistola, la he cargado y le estoy apuntando directamente a la cabeza. Necesito de todo mi jodido autocontrol para no matarlo. La desvío unos centímetros a la izquierda de su cabeza y disparo dos veces contra la pared.

Ahora parece que respira aliviado. Ya no es tan chulo.

- Tal vez querrías por tener unas ganancias del 30 por ciento y no el diez que te da mi hermano - ofrezco más de lo que debería, pero necesito reclutarlo joder.

Duda. Puedo ver la duda en su cara.

- Lo siento Killian, voy con tu hermano.

Estira el brazo hasta el pomo y sale cagando leches. Esta mierda no ha salido como esperaba. Solo queda esperar a que comiencen a trabajar para nosotros y desde ahí intentar llevármelo a mi terreno.

Tengo infiltrados y topes por todas partes. Marcus es tan iluso que cree en la lealtad ciega, y precisamente por eso, algún día todo el negocio será mío y Marcus descansará bajo varios metros de tierra.

Han pasado tres días desde mi conversación con Fento. Se supone que hoy se reúnen con Marcus y tengo que saber exactamente que le ofrece y a qué acuerdo llegan. Mi hombre de confianza ya debería haberme llamado ¿Por qué cojones se retrasa?

Le doy la última calada al cigarro y salgo al balcón para respirar un poco de aire fresco. Me jode que las cosas no salgan como quiero.

El teléfono suena. Lo saco y contesto sin mirar quien es.

- Que - Suelto sin ganas de escuchar ninguna mierda.

- Jefe... Ha ocurrido algo increíble - Espero en silencio. Para Rocco algo increíble puede ser cualquier mierda, es lo que tiene haberte criado en un pueblo de mierda, que todo te parecen increíble - Mía Carusso está viva. Marcus la ha encontrado por casualidad y ahora la lleva de vuelta a Verona.

Dejo de respirar. Mis putos pulmones colapsan. Esa zorra sigue viva y Marcus seguro que vuelve a ser ese tío duro y feliz. Me cago en la puta.

- Quiero saber dónde la va a llevar.

No pasa nada, esto solo es un problema momentáneo. En cuanto pueda voy a encargarme

personalmente de ella y esta vez voy a cerciorarme que de verdad muera.

Capítulo 6

Marcus

Hoy tengo que viajar más de mil kilómetros. No recordaba que tenía una reunión con dos hermanos que se dedican a abrir prostíbulos. No tengo problema con ello, todo lo que sea implementar seguridad para que las chicas no trabajen en la calle y corran peligro me parece bien.

Antes de aceptar este trato tengo que estar totalmente seguro de que estos hermanos no son los típicos hijos de puta que se dedican a secuestrar o a obligar a las mujeres a que trabajen para ellos. No sería la primer vez que intentan engañarme haciéndome creer que todo es consentido, pero una vez que descubro el engaño, es la última vez para ellos.

Por la noche llegamos a un bar cutre que quiere hacerse pasar por glamuroso, pero la realidad es que es una mierda. Luces a media intensidad, paredes pintadas en tonos negros y dorados, las camareras son mujeres medio desnudas que se pasean delante de nosotros moviendo el culo exageradamente.

-Marcus - saluda Fento, el hermano mayor sentándose enfrente de Dante y mía - Me alegra que hayas venido.

Aprieto los labios. Solo oír su voz me cabrea.

- Vamos al grano ¿dónde está tu hermano?

- En la barra. Pidiendo unas bebidas - explica - Cómo dije en el correo todo es consentido, tienes nuestra palabra.

Chasqueo la lengua. No hay forma de saber si mienten o no, pero cuando alguien me dice "Tienes mi palabra" al instante dudo.

Me giro sobre mi hombro para buscar al hermano de Fento. No sé porque cojones no ha vuelto todavía si ha visto que la reunión ya ha empezado.

Lo que veo me deja congelado. La sensación de tirarte al vacío desde lo alto de un ancantilado, cuando notas la presión en el estómago, ese vuelco, lo siento cuando lo veo en la barra, agarrando del brazo a una chica que si no es Mía, es su doble.

Me levanto con una furia imparable, tiro la silla por la fuerza. Sin duda es ella y este tío está muerto desde el mismo momento que sus dedos la han tocado.

Camino dando grandes zancadas. Cuando llego a él escucho parte de la conversación y me quedan varias cosas claras.

- No señor, no tengo ningún problema de oídos, pero yo solo sirvo copas, soy camarera - Dice con un leve temblor en esa voz que creía que jamás volvería a escuchar.

- Tu serás lo que yo quiera.

Le agarro la cabeza y se la estampo contra la barra. Quiero hacerle daño, quiero matarlo lenta y

dolorosamente, así que lo separo de la barra y vuelvo a estrellarlo contra ella sin apartar los ojos de Mía.

Tarda unos segundos en reaccionar. Su mirado sube desde mis manos hasta mis hombros, para terminar en mi cara. Después de tantos días vuelvo a ver sus enormes ojos verdes. Se le corta la respiración y antes de que pueda reaccionar y pedirle explicaciones, Salta por encima de la barra y corre hacia un puerta.

Esta vez no va a escapar. Creía que había muerto y yo morí con ella, pero ahora todo ha cambiado, tengo una segunda oportunidad y no pienso desperdiciarla.

Dante llega a mi lado viendo lo mismo que yo.

- Sal y cortale el paso.

Salto la barra y sigo el mismo camino que Mía hace un momento.

Abro de un empujón la puerta que da a un callejón sin luces, pero la veo a medio camino entre la calle principal y yo. Corro como si se me fuese la vida en ello. Después de sentir su pérdida de forma brutal como jamás antes, creo que es literal que si ella desaparece, voy a entrar de nuevo en el letargo de sentimientos.

Dante aparece al final y corre hacia ella. Por fin veo un poco de luz. Ella es mía y nunca va a volver a separarse de mi. Cuando Dante estira la mano para sujetarla, ella agarra su brazo, hace un quiebro y con la fuera de su cadera tira de él hasta que lo tira al suelo ¿pero que cojones acaba de ocurrir?

Ella es bajita y delgada y acaba de tumbar a un tío que mide más de un metro ochenta. Corro con todas mis fuerzas. No puede escapar. JODER.

Llego hasta ella. La encierro entre mis brazos y la levanto. Sabiendo que ha aprendido a defenderse no quiero que use el jueguito y me tumbe a mi también.

- ¡Suéltame! - grita dando patadas en todas direcciones - ¡MARCUS! ¡SUÉLTAME!

Un coche dirigido por uno de mis hombres corta nuestro paso. Sin pensarlo demasiado abrimos el maletero y lo cerramos con ella dentro.

Me cago en la puta. Me falta el aire y estoy sudando como cuando hago hora y media de deporte, pero por primera vez en más de un mes, respiro sin el peso que oprimía mi pecho.

- Volvemos a Verona - Informo al conductor.

Dante se ha subido en el coche que va detrás nuestra. Lo conduce con cara de pocos amigos. Ni los mejores hombres han logrado nunca tumbarlo, llega Mía y en un momento ha podido con él. Niego con la cabeza con una sonrisa condescendiente.

Media hora después un ruido sordo llama mi atención. Hemos estado muy tranquilos, creía que Mía iría todo el camino gritando y llorando, pero no, ha estado silenciosa. Cuando veo por el retrovisor como se abre el maletero y su cuerpo cae en medio de la carretera lo entiendo todo de pronto. Ha estado en silencio porque estaba trabajando en escapar ¿dónde está mi Ángel? Mi inocente y dulce Mía...

- Frena, joder - Amenazo al conductor.

Para en seco al igual que el coche que va detrás de nosotros.

Uno de mis hombres llega primero a ella. La levanta del suelo y la estrella con fuerza sobre la fría calzada. Tardo un segundo en llegar, pero ya es tarde.

Le doy una patada en el costado y sale volando un par de metros.

- No vuelvas a tocarla en tu puta vida - Siseo acercandome - Da igual lo que haga o diga - giro sobre mis pies para que los demás me vean y me oigan - ¡hay una bala esperando al próximo que se atreva a tocarla!

Dicho esto, camino hasta Mía que sigue luchando por ponerse de pie, pero se ve claramente que esta mareada y no logra levantarse.

- ¿Cómo estas? - Coloco mis manos sobre sus mejillas.

Ella levanta la cabeza hasta encarar mis ojos. No los aparta. No me teme como todos los que me conocen.

- Me duele la cabeza - susurra pasando los dedos por encima del cabello - Marcus, deja que me vaya, por favor.

- No puedo hacer eso y lo sabes.

Y aunque pudiera no lo haría, pero eso no hace falta que ella lo sepa.

-¿Dónde me llevas?

- A casa - Sus ojos se abren comprendiendo a lo que me refiero - a Verona.

Me empuja con sus pequeñas manos, sin fuerza y con movimientos erráticos.

- No, no, no puedo volver. Si vuelvo estoy muerta, por favor.

Su voz va perdiendo fuerza poco a poco junto con los empujones que me da. De pronto su cuerpo se desploma, pero antes de que toque el suelo consigo sujetarla entre mis brazos.

No tengo corazón para volver a meterla en el maletero. Me siento en la parte trasera del coche con Mía en mi regazo. Ese pánico que se ha reflejado en sus ojos solo puede ser por su padre o por mi. Si yo le hubiera querido hacer daño, lo habría hecho en el bar donde la vi. Si la intención de hacerle daño a Mía es del padre, entonces estamos a las puertas de una guerra, porque eso no lo voy a permitir.

Después de nuestro vuelo privado en el que conseguimos de última hora que un médico volará con nosotros para controlar el estado de Mía, llegamos por fin a mi casa.

- Dante, encargate de todo - informo - llama a Fento y dile que no haremos negocios con ellos.

- Muy bien, señor.

Abro la puerta de mi cuarto y camino despacio, escuchando la rítmica respiración de Mía. La dejo con cuidado sobre la cama.

Habermé dado cuenta de mis sentimientos no me ha convertido en un gilipollas, así que saco las esposas y cierro un extremo alrededor de la muñeca de Mía y el otro extremo en el cabecero.

No puedo permitir que escape. Tenemos una conversación pendiente y ella tiene que darme muchas explicaciones. Es la primera persona que logra engañarme y escapar de mi radar. Si el tema se difunde puede que los demás me vean débil. Ahora va a conocer al Marcus profesional, al mafioso.

Capítulo 7

Mía

Antes de abrir los ojos, me estiro en la cama. Cuando voy a levantar uno de mis brazos un sonido metálico suena por encima de mi cabeza.

Todos los recuerdos de la noche anterior vienen de pronto a mi mente. Oh Dios mío, no puede ser. Marcus me encontró y me trajo de vuelta a Verona. Si mi padre se entera estoy muerta.

Miro las esposas que agarran mi muñeca. Muevo la otra mano frenéticamente entre mi pelo. En cuanto toco la horquilla vuelvo a respirar. Se como abrirlas y en cuanto lo haga, volveré a huir.

La habitación es grande. Está adornada en tonos grises de distinta intensidad. Elegante y frío igual que Marcus. Una puerta a mi derecha llama mi atención, algo me dice que es el baño y una urgente necesidad de usarlo nace en mi. ¿Dónde está Marcus?

- ¿Hola? Necesito ir al baño - Digo levantando un poco la voz.

Unos segundos después la puerta se abre. Uno de sus hombres asoma la cabeza.

- Señora Carusso, Marcus vendrá en un minuto - Cierra la puerta antes de que pueda gritarle un monton de cosas ofensivas.

Unos minutos después abre la puerta y camina hacia mi con paso decidido. Parece un Dios. Ahora entiendo como me enamoré tan pronto de él. Todo el aura que lo rodea, toda la oscuridad que desprende y el poder, me atraía como una polilla a la luz. Nunca fuí un problema para él. Estuve pérdida desde el mismo momento que Marcus decidió enamorarme.

- Ya has despertado - Afirma con las manos en los bolsillos.

- Marcus -susurro con voz cansada - Necesito ir al baño, necesito ducharme y la muñeca me duele, por favor...

Levanta las cejas insinuando que no le importa lo más mínimo. Lo que él no sabe es que escuché como amenazaba a sus hombres cuando salté del maletero. Así que esa pose de tío duro a mi no me engaña. He cambiado el prisma con el que lo miro, ahora ya no puede engañarme.

- Antes tengo algunas preguntas. Me mentiste, me hiciste creer que te habías suicidado ¿por qué?

- Su mirada fría me atraviesa y un escalofrío se me escapa.

Suelto una risa seca y llena de ironía.

- Eres muy gracioso, Marcus. Vamos a recopilar - Digo entre risas como si todo fuera realmente gracioso - Me engañaste para que me casara contigo cuando sabías que mi padre me había prometido a un amigo suyo Ruso, me soltaste en la puerta de mi casa para que me mataran - He ido levantando la voz poco a poco. Incluso me levanto de la cama para encararlo - y por algún extraño motivo has creído que puedes pedirme explicaciones.

Algo de lo que he dicho ha debido afectarle. Da un paso hacia atrás e inclina ligeramente la cabeza analizando mis palabras.

- Nadie iba a hacerte daño - Afirmas.

Los recuerdos de la voz de mi padre encargando que me asesinaran me desinfla como un globo. La rabia, el coraje, todo desaparece tal y como vino.

- Pues lo hizo - Susurro mirando mis dedos - Ordenó que me mataran - Marcus no dice nada así que continúo - incluso me cortó en el brazo.

Se acerca violentamente y tira de mi brazo. Mira el corte en mi muñeca. Levanto la cabeza para exigirle que me suelte, pero lo que veo, me corta la respiración. Tiene los dientes apretados con fuerza y el odio se refleja en sus ojos.

La herida es fea porque no tenía en ese momento tiempo para coserla y curarla bien, así que tengo una cicatriz de diez centímetros abultada y mal cicatrizada.

- Te ha marcado - Gruñe.

Ahora soy yo la que no entiende nada.

-¿Qué...? ¿Qué significa eso?

Sea lo que sea si ha provocado esa reacción en Marcus, no puede ser nada bueno.

- Te ha marcado como traidora. Todo el que vea esa cicatriz sabrá que eres una traidora.

En algún momento había pensado algo así, pero en el fondo quería creer que no era capaz de hacerme eso. Mi padre era cariñoso y atento. Siempre pendiente de mí y de lo que necesitaba, el dolor que siento por la traición de mi padre lo guardo en lo más profundo de mi corazón, porque siempre que lo dejo salir me duele el pecho y me cuesta respirar.

- Mayor motivo para que me sueltes, tienes que dejar que me vaya - coloco mis dedos sobre su antebrazo para darle más efusividad a mis palabras - Mi padre cree que estoy muerta, por favor.

Niega imperceptiblemente.

- Eres mi mujer y no te vas a ir.

Saca una llave de su bolsillo y me quita las esposas de la muñeca.

Lo empujo con desprecio y camino con toda la decencia que puedo hacia el cuarto de baño. Después de una larga ducha, me envuelvo en la toalla. Dudo antes de abrir la puerta. No tengo ropa limpia y ponerme el modelito sexy del bar no es una opción.

Encima de la cama hay unas bolsas. Las voy abriendo una a una para descubrir una camiseta básica negra, unos vaqueros y una sudadera. Abro la bolsa más pequeña, dentro hay ropa interior de encaje blanca. Las mejillas se me tiñen de rojo intenso al momento.

Entro al baño de nuevo para vestirme y secarme el pelo. Cuando salgo, Marcus está esperándome con las esposas en la mano.

- Tengo que resolver unos asuntos. Espero que no des problemas mientras tanto.

Voy a darte tantos problemas como pueda. ¿Qué se ha creído? ¿Cree que voy a hacer lo que quiera? ¿Sigue pensando que soy la tonta dócil y obediente que conoció? Pues está muy

equivocado.

- Muy bien - Me siento en la cama y extendiendo el brazo.

Después de colocarme los grilletes, se pone en pie para irse. Antes de cerrar la puerta se vuelve para mirarme. Lo ignoro deliberadamente. Tengo la sensación de que si me mira a los ojos adivinará lo que estoy pensando hacer.

- No tardaré - Afirma justo antes de salir y dejarme sola.

Levanto mi mano libre y busco en mi cabello la horquilla. Me la quito con cuidado y con paciencia, la meto en la pequeña cerradura de las esposas.

No pude aprender a defenderme mucho en las clases porque he ido poco tiempo, pero abrir puertas y liberarme en distintas situaciones fue lo primero que le pedí a mi profesor. Después de lanzarme una mirada inquisitiva, accedió a enseñarme todo lo rápido que pudo.

No mucho después deslizo mi muñeca por los grilletes que se quedan colgando del cabecero de la cama. Me acerco a la puerta y pego la oreja. No escucho a nadie.

Puede que la soberbia de Marcus sea su perdición porque mi intención es largarme lo más lejos posible de mi padre y de sus malas intenciones.

Abro la puerta despacio. No hay nadie vigilando. Me asomo a las escaleras y tampoco veo a nadie. Al bajarlas llego a un salón enorme adornado en los mismos tonos fríos que la habitación de Marcus. Camino decidida hasta la puerta que me dará la libertad. Tiene una mirilla que uso antes de arriesgarme a salir. Todo está vacío y en silencio y eso me da escalofríos.

Salgo del dúplex de Marcus sintiéndome victoriosa por segunda vez. Cuando dejo el edificio detrás de mí no puedo evitar sonreír aunque la situación es muy difícil. Los hombres de mi vida siempre se han creído que yo era un pajarito desvalido y que podían hacer conmigo lo que querían. PUES NO.

Camino a lo largo de la calle para salir de la vía principal lo antes posible y llegar a la estación de autobuses.

Con un poco de suerte, esta vez desapareceré para siempre.

Capítulo 8

Mía

Antes de ir a la estación de autobuses, cambio de dirección. Quiero ver a mi familia por última vez. Se que es arriesgado y que podrían pillarme, pero mi padre ha sido mi única familia junto con mi hermano desde que mi madre murió.

Tal vez lo que quiero es comprobar si está arrepentido de la decisión que tomó, o puede que solo lo corrobore y me sirva para desaparecer para siempre.

Tardo unas pocas horas en llegar. Intento ocultarme caminando por pequeñas calles para evitar las cámaras de seguridad de los bancos o de algunas tiendas. No se hasta donde llega el poder de mi padre y Marcus, pero voy a tener todo el cuidado que pueda.

Cuando comienza a anochecer llego a la urbanización donde me he criado. Me he escondido entre los arbustos mirando fijamente la entrada de mi casa, Grande y señorial. Siento los tentáculos de la tristeza apretándome el corazón. Era tan ignorante...

Mi hermano sale por la puerta principal.

Está más delgado, tiene ojeras bajo sus ojos y no hay ni pizca del amor con el que siempre me miraba. Tiene el ceño fruncido.

Sin darme cuenta he salido de mi escondite para verlo mejor. Solo soy consciente de mi error cuando clava sus ojos en mí. Se para en seco donde está, se recompone y camina decidido hasta mí.

Conforme se acerca le regalo una pequeña sonrisa. Es mi hermano y tenía muchas ganas de verle, pero cuando sus hombres me rodean siento que él no siente hacia mí lo mismo que yo. He vuelto a ser la ingenua Mía a la que todo el mundo engaña.

Su mirada fría no se ha relajado absolutamente nada, aunque apenas nos separa un metro.

- Pensaba que habías muerto - Suelta con asco - Deberías haber seguido así.

No se cuanto dolor puede soportar un corazón, pero con cada palabra me siento más traicionada y dolida.

- Paul, te he echado de menos - Me sincero.

Suelta una pequeña y macabra risa que me pone los pelos de puntas. A mí nadie me ha echado de menos, solo quieren seguir su venganza a toda cosas. La familia, la sangre, no significa nada para ellos.

- Mía, no comprendes la gravedad de lo que has hecho - Uno de sus hombres me agarra del brazo
- Vamos, padre querrá verte.

Tira de mi brazo para que camine hacia lo que siempre ha sido mi hogar, pero ahora lo veo como mi condena, el lugar al que vas a morir.

Antes de que pueda dar un paso hacia atrás y alejarme de mi hermano y sus matones, Marcus apunta directamente a la cabeza de Paul. Dante se posiciona a mi lado y media docena de

hombres más nos rodean.

- Suéltala si no quieres que adorne tu cabeza con una bala - Amenaza.

Pega la pistola a la cabeza de mi hermano. No creo que sea capaz de hacerle daño. ¡Es mi hermano! Pero Marcus no sería tan poderoso si no le temieran... Y eso solo puede significar peligro.

Decido interceder por Paul.

- Marcus, por favor, baja la pistola - Me mira sin comprender.

¿Qué parte no entiende? La parte en la que no quiero que mate a mi hermano? Esto es de locos.

- Cállate, Mia - Gruñe lleno de rabia - Esto ha ocurrido porque eres incapaz de seguir dos putas órdenes. Sin duda he sido demasiado blando contigo.

En lugar de sentir pánico por el tono despectivo de su voz, siento como voy enfadándome cada vez más. La rabia provoca que mis mejillas se tornen rojas. ¿Quién se ha creído que es? ¿Órdenes? ¿Por qué demonios tendría que seguir sus órdenes?

Cuando estoy dispuesta a replicarle, me interrumpe.

- Beni, llévatela.

Unos brazos como grilletes tiran de mi sin darme opción a soltarme. El tal Beni me sube sobre su hombro y camina alejándose de la escena. Docenas de hombres en medio de una lucha de poder con sus pistolas apuntándose a las cabezas.

Quiero pelear y gritar. Quiero discutir sobre mis derechos como mujer adulta y libre que soy, pero no puedo, lo que está ocurriendo me tiene petrificada. ¿En qué momento he terminado en medio de una guerra entre mafias?

Beni, el hombre de confianza de Marcus me lleva de vuelta al dúplex. En lugar de subirnos al ascensor, descendemos por unas escaleras que terminan en una especie de sótano.

Las paredes no tienen pintura, se ve el cemento seco y cada pocos metros hay una puerta metálica. Esto no me lo esperaba. Comienzo a ponerme nerviosa porque sea lo que sea lo que me espera, estoy segura de que no es nada bueno.

- ¿Qué hacemos aquí? - Pregunto - Marcus te ha dicho que me lleves a su casa.

Empiezo a poner un poco de resistencia. Tiro del brazo con la esperanza de poder soltarme y correr escaleras arriba.

El hombre me mira con todo el desprecio del mundo.

- Has perdido su favor, ahora vas a conocer al verdadero Marcus - Sonríe prometiéndome dolor y lágrimas.

Lo empujo con todas mis fuerzas, se tambalea y antes de que caiga al suelo me agarra del lateral de la cabeza y me golpea contra la pared. En medio del aturdimiento ha abierto la puerta más cercana y me arrastra del pie dentro.

Lo veo todo nublado, con una neblina en los bordes que difumina los colores. Parpadeo repeditamente intentando enfocar la vista. Aunque no soy médico, se que tantos golpes en la cabeza en tan poco tiempo no es bueno.

Me coloco a cuatro patas para levantarme despacio. A ver si con un poco de suerte todo deja de dar vueltas a mi alrededor.

Dos manos se cierran sobre mi sudadera. Tira de ella sin contemplación y me la quita. Agarro su mano y se la retuerzo en un ángulo de casi ciento ochenta grados, hasta que escucho el crujido de un dedo roto.

El momento es peligroso, pero no puedo evitar sonreírle. Creía que iba a ser fácil, pues aunque pueda conmigo voy a luchar y a plantarle cara a él, a Marcus, a mi padre y a quien haga falta.

Beni grita rodeando el dedo con la otra mano. Su cara se transforma en furia pura. Grita de rabia a la vez que aprieta los dientes, pequeños hilos de saliva se escapan de entre ellos.

Agarra mi camiseta y la desgarrar en dos tirones. Me empuja con mucha violencia, pierdo el equilibrio y caigo al suelo. Me empiezo a preparar para volver a partirle otro dedo si hiciera falta, pero una patada en el estómago corta mi respiración, literalmente me la corta. Me es imposible respirar sin sentir un dolor tremendo.

- ¿¡Ya no sonríes!?! - Grita con los ojos rojos y la mirada de loco pintada en su rostro.

Repito la acción y me da dos patadas más. Su pecho sube y baja descontrolado, a diferencia del mio que apenas se mueve, tengo que respirar despacio para que mis costillas no duelan.

Se pasa los dedos por el pelo para peinarse y calmarse. Yo ni siquiera lo miro. No quiero más golpes, solo quiero que me deje sola y pensar en una forma de escapar.

Camina hasta la puerta, sin volverse hacia mi, la cierra de un portazo que me sobresalta.

Siento las lágrimas en mis ojos. Luchan por salir y yo aprieto los dientes para que no salgan. No quiero llorar, no por ellos, pero es una batalla perdida. Duele que mi marido, la persona que más amaba me quiera ver así, duele que mi padre quisiera asesinar me y que mi hermano me haya querido entregar después de darse cuenta que estaba viva. Estoy rodeada de monstruos.

Me arrastro hasta mi sudadera, antes de ponérmela termino de romper mi camiseta y la dejo a un lado. Después me tumbo en el frío suelo y dejo que las lágrimas salgan.

Capítulo 9

Mía

No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado, creo que unas cuantas horas. La puerta se abre golpeando la pared, me sobresalta la violencia con la que aparece Marcus. La luz entra tras él dándole el aspecto de un Dios.

Inconscientemente me arrastro para retroceder y alejarme todo lo posible de él. Si Beni seguía sus órdenes y solo era un aviso, seguro que lo que tiene preparado el propio Marcus es terrible.

Da dos grandes zancadas y se agacha a mi lado. No quiere tocarme aunque sus manos flotan unos centímetros por encima de mi cuerpo.

- Por favor, no me hagas daño - Suplico encogiéndome sobre mi misma.

Marcus suelta el aire de los pulmones haciendo demasiado ruido. No se si está intentando controlarse o sigue igual de enfadado que cuando lo vi en casa de mi padre.

- No voy a hacerte nada - Pasa su brazo por debajo de mi espalda y el otro bajo mis pierna.

Me levanta sin problema del suelo. Mi pelo se balancea con el ritmo de sus pasos que se alejan de esa habitación y de las profundidades del sótano.

Dante aparece a nuestro lado. Al mirarlo veo rabia en su cara. Este hombre es de lo más inexpresivo que he conocido, como si fuera una estatua de mármol, pero ahora tiene los labios apretados en una fina línea y el ceño fruncido. Temo que sea por mi culpa, me estremezco en los brazos de Marcus.

Al darse cuenta de mi movimiento encara a Dante.

- La estás asustando - Amenaza. La intensidad de su mirada quema- Lleva a Beni y a Paul a la azotea.

La expresión del grandullón cambia instantáneamente.

-Si, jefe.

Da media vuelta y se va. Ahora que volvemos a quedarnos solos, centro mi mente en lo que acaba de decir.

- ¿Mi hermano está aquí?

- Déjame este tema a mi.

Coloco las manos sobre su pecho y empujo. Quiero que me suelte y me explique porque está aquí mi hermano y lo más importante ¿qué tiene pensado hacer con él?

- Quiero verlo - Ni se lo pido ni se lo suplico. Tengo derecho a hacer lo que quiera - coloco las manos sobre mi estómago intentando calmar el dolor que me produce ponerme de pie.

Marcus cierras los ojos un instante, después me observa intensamente.

- ¿Estás segura? ¿Crees que eres fuerte para presenciar el pago de las deudas de la mafia? - no hay ni rastro de broma en él. Lo pregunta en serio.

- Lo soy.

Se encoge de hombros y vuelve a levantarme del suelo, pero esta vez me lleva hasta el ascensor. Pulsa el último botón de todos y me siento feliz porque haya respetado mis deseos, al fin y al cabo no soy más que una prisionera.

La azotea es enorme y está repleta de plantas por todas partes, un oasis en medio de esta ciudad de destrucción y muerte. Decido que este es mi sitio favorito. Donde debería haber un suelo duro y frío, hay un césped que lo cubre todo de un manto verde y cálido.

Mi hermano y Beni están en medio de esta maravilla. Decido ignorar al segundo y centrarme en mi hermano. Tiene las manos esposadas a la espalda y el rostro desfigurado debido a los golpes que ha recibido. Marcus me suelta con cuidado a su lado, al momento Dante se acerca y me ayuda a mantener el equilibrio colocando su mano bajo mi codo. Ni en un millón de años habría dicho que un grandullón como él podría ser tan cuidadoso.

- ¡Termina con esto de una vez! - Grita Paul - ¿Para qué la has traído? - Me mira con asco. Mi propio hermano, y ni siquiera se porque tanto odio hacia mi.

Marcus chasquea la lengua molesto. Saca la pistola y lo apunta a la cabeza sin vacilar.

- Vas a morir - Afirma tranquilo.

Me suelto de Dante y corro hasta Marcus. Tengo que hacer algo, no puedo dejar que lo mate, no soy como ellos.

- Por favor, deja que se vaya, por favor - Mi corazón galopa dentro de mi pecho. Si tengo que ver cómo muere mi hermano no creo que pueda después seguir viviendo.

Los dos hombres no dejan de mirarse en ningún momento.

- Eso no va a pasar - Intenta apartarme de su lado, pero me niego a que esto suceda.

Mi voz entrecortada y sin aliento suena derrotada, solo puedo ofrecerle lo único que me queda; mi libertad. No tengo nada más para luchar por mi hermano.

- Por favor, piénsalo - Agarro su mano entre las mías para captar su atención - Si... Si dejas que se vaya, no intentaré escaparme más, me quedaré y me comportaré.

He conseguido su atención. Rompe el contacto visual con mi hermano y fija sus ojos negros como la noche en mí. Su mirada es tan intensa que estoy a punto de bajar la mía.

- ¿Si dejas que se vaya te quedarás y te comportarás como mi esposa? - No le sirve que me quede, como no había caído antes, él lo quiere todo. Asiento ligeramente incapaz de hablar - ¿No intentarás escapar? - vuelvo a asentir.

- Tienes mi palabra - Susurro.

- Muy bien, chicos llevadle de vuelta a su casa.

Este carrusel de emociones me pasa factura. Me giro para ver la sorpresa en mi hermano. Mientras él intentaba matarme, yo solo quería ver cómo volvía a su vida con su corazón latiendo. Lo despidió con una sonrisa triste, tal y como me siento.

- Beni - vuelve a hablar Marcus - ¿la has golpeado tu?

Esa pregunta hace que contenga la respiración ¿Marcus no se lo había encargado? ¿Él no quería hacerme daño?

Beni está visiblemente nervioso. Traga saliva compulsivamente y sus ojos bailan entre Marcus y yo.

- Jefe, dijiste que habías sido demasiado blando con ella - intenta excusarse - y además, me partió el dedo.

Levanta la mano para que todos vean su dedo entablillado. Yo podría quitarme la sudadera y enseñarle a todos los morados que seguro que han aparecido en mi estómago y encima de mis costillas, pero quedarme medio desnuda delante de un montón de hombres no es una de mis prioridades.

- También dije que había una bala en mi pistola para el que se atreviera a tocarla.

Recuerdo esa frase. La dijo cuando uno de sus hombres me golpeó contra el suelo. Estaba segura de que era una de esas amenazas vacías que hace todo el mundo en algún momento, pero cuando veo a Marcus levantar la pistola y sin dudar, disparar directamente a la cabeza de ese hombre, simplemente es demasiado para mí.

Mi cerebro pide a voces descansar, dejar de ver este horror. Nunca había visto morir a un hombre. El cuerpo de Beni es impulsado hacia atrás por el impacto de la bala y cae al suelo con un sonido sordo.

Los bordes de mi visión se vuelven negros, ese negro va avanzando hasta que mi cuerpo pesa demasiado y noto como los músculos pierden su fuerza y caigo al suelo como hace un momento ha hecho el cuerpo sin vida de Beni.

Capítulo 10

Killian

Las cosas están mal. Todo parece una jodida broma. Primero la puta de mi hermano muere, después resulta que está viva. Si mis hombres no me han informado mal, volvió a escapar y el cabrón de mi hermano volvió a encontrarla. Lo que más me cabrea de todo esto, es que Marcus mató a uno de sus hombres por tocar a esa zorra.

Ese hombre llevaba años trabajando para nosotros, era leal y él acabó con su vida para defenderla a ella.

Conduzco camino del imperio. Necesito un puto whisky y una furcia que me haga olvidar lo cabreado que estoy.

Nada más llegar. El camarero se pone con lo mío en cuanto me ve traspasar la puerta. Eso me gusta. Giro 180 grados en busca de Lucrecia.

No la veo.

Aprieto los dientes y me bebo el whisky del tirón. La quiero a ella, joder. Si está con otro tipo me voy a cabrear y cuando eso ocurre las balas vuelan.

- ¿Dónde está Lucrecia? - Pregunto al camarero con los dedos acariciando la pistola.

Su vista se desvía un segundo en esa dirección. Disfruto del miedo que me tienen. No todo el mundo puede tener poder sobre los demás. Pero los Morettis no somos los demás. Nadie nos manda ni nos dirige.

- Hoy no ha venido a trabajar, señor - Suelta en un tono débil y asustado.

Ella no falta. Jamás. Siempre que he querido ha estado disponible, sea la hora que sea, y justo el día que más necesito follármela para olvidar toda la mierda que me rodea no está.

- Dame su dirección - ordeno al camarero.

Me da igual tirármela aquí o en cualquier sitio, aunque preferiría no tener que ir a buscarla. Killian Moretti jamás busca a ninguna mujer.

El hombre sale corriendo. Si no llevara pantalones podría asegurar que se ha cagado encima. Todos temen a mi hermano, pero él y yo somos muy distintos. Marcus quiere que crean que los respeta, aunque a la hora de la verdad le da igual matar a cualquiera.

Un par de minutos después vuelve con un papel entre los dedos, la frente perlada de sudor que dudo que sea por correr, y me lo tiende para que lo coja.

- Tome señor, aquí es donde vive.

Le arranco el papel y salgo del bar con paso firme.

La dirección es de un barrio de mierda situado a las afueras. De esos en los que la gente normal no entraría porque posiblemente saldrían sin cartera y con un navajazo, pero yo no soy

cualquiera ¿verdad? Me subo a mi coche y conduzco a toda velocidad.

Conforme más te acercas, más consciente eres del tipo de lugar que es este. Puedes ver las pequeñas bandas de perdedores sentados en las entradas de los portales. Se creen tipos duros, intocables por llevar una pipa o una pequeña navaja escondida en los calzoncillos. Se me escapa una minúscula sonrisa.

Si no fuera un puto psicópata, me parecerían hasta adorables.

Aparco justo en frente de la dirección que me han dado y camino hacia el portal. Las barandillas están oxidadas y se caen a trozos, tres tipos charlan sentados en los escalones que dan acceso dentro, pero en cuanto me ven, se miran con suficiencia.

Saco un puño americano del bolsillo. Es de oro con diamantes en las puntas. Siempre va conmigo. A todas partes. Juntos hemos tenidos grandes batallas. No dejo de mirarlos y desvían su vista de mi puño a mi cara.

No muestran miedo. Deduzco que son los gallitos de este gallinero y van a ser el blanco de mi mala hostia ahora mismo.

- ¿Dónde crees que vas amigo? - Pregunta el más alto y fuerte de todos cortándome el paso.

A Marcus le gusta marcar territorio. Conversar para quedar por encima, pero ya he dicho en varias ocasiones que somos como el día y la noche... Así que no le contesto. No me gusta perder el tiempo.

En un rápido movimiento levanto la palma de la mano y la estrello contra su cuello, justo sobre la nuez. Se le corta la respiración al momento y cae la suelo abriendo la boca intentando que entre oxígeno en sus pulmones. El tío que estaba a su izquierda se lanza contra mi, pero mi puño americano está esperándolo y le golpeo el pómulo. Se le deforma y la sangre comienza a correr por su cara.

Esto está siendo un puto orgasmo.

El tercer tío levanta las manos. No quiere pelea.

- Largo - Ordeno. Le hago un gesto con la cabeza para que se lleve a sus amigos.

Los agarra del brazo y salen cagando leches.

Los tipos grandes y rudos no me dan miedo. Pocos hay más grandes y rudos que yo, pero que a la vez tengan cojones de matar sin dudar hay muchos menos. Aunque claro, la genética juega un papel importante. Medir uno noventa ya impone, pero estar fuerte como un toro es por matarte en el gimnasio cada día.

Subo las escaleras hasta el quinto piso. Odio que esta mierda no tenga ascensor. Solo me gusta sudar cuando hago deporte o cuando follo.

Toco al timbre, espero unos segundos y vuelvo a tocar ¿por qué tiene que tardar tanto, joder? La posibilidad de que ni este no la barajo.

-¿Si? - Pregunta una vocecilla desde el otro lado de la puerta.

No se parece en nada a la Lucrecia descarada que conozco. Esa voz parece una falsa copia débil de ella.

- Soy Killian, abre.

- ¿Killian?

Escucho como quita un cerrojo, luego, otro, un tercero suena ¿cuantos tiene esta casa? La puerta es una mierda, contrachapado barato que se rompería de una patada.

Abre un poco y asoma una parte de la cara.

- ¿Qué haces aquí? - Pregunto mirando detrás de mi.

Algo no anda bien. Me giro para mirar en la misma dirección, pero no hay nada.

- No has ido a trabajar - Acuso cabreado por haberme obligado a venir.

Sigue sujetando la puerta. Debería dejarme entrar mientras se desnuda. Así no perderíamos tanto el tiempo. Mi paciencia es casi nula y tener que dar explicaciones me cabrea.

Coloco la palma sobre la puerta y empujo. Ella da un paso hacia atrás por instinto. Ahora puedo verla entera. Tiene un ojo morado, una fea herida en el pómulos y marcas en el cuello.

No soy un buen hombre, la vida de los demás me da igual. No me importe si alguien muere o desaparece, sea hombre, mujer o niño, pero a mis putas nadie las toca.

- Quien ha sido - no pregunto. Es una jodida orden y solo quiero un maldito nombre para matarlo ahora mismo.

- No... No ha sido nadie - Coloca sus manos sobre mi pecho intentando empujarme hacia la puerta - Tienes que irte, hoy no trabajo.

No me mueve ni un centímetro. La agarro por la muñeca y la separo de mi.

-¿Quien... Cojones... Ha... Sido? - Pregunto manteniendo mi nivel de ira todo lo bajo que puedo.

Sus ojos se vuelven cristalinos, se llenan de lágrimas que intenta ocultar en una máscara impasible y serena. Traga saliva. Se deshace de mi agarre y se quita las lágrimas con el antebrazo. Hay fuego en su mirada y eso me pone a mil.

- Nadie de tu incumbencia. Eres mi jefe nada más. Ahora vete.

Podría quitarle ese problema de un plumazo, pero ella ha decidido que prefiere que ese hijo de puta siga vivo.

Acerco mi rostro al suyo, mi mejilla rozándola hasta llegar a su oído.

- Espero que no te arrepientas - Susuro.

Doy media vuelta y me voy. Si quiere que sus problemas sean suyos me parece perfecto. Tampoco es que me vaya a quitar el sueño y las ganas de follar se han esfumado.

Capítulo 11

Marcus

El cuerpo de Mía cae inconsciente. La sostengo antes de que se golpee contra el suelo. No se lo que le ha hecho Beni, pero no quiero arriesgarme a que le haya producido algún tipo de daño interno. Por fuera soy una máscara impasible y muy cabreada, pero por dentro estoy de los putos nervios.

- Vamos al hospital, Dante.

La llevo en mis brazos una vez más. El inútil de mi hombre se creía que tenía licencia para tocarla, ese error le ha costado la vida y me la suda lo que piensen los demás, el que se atreva a tocarla está muerto, sea uno de mis hombres o su hermano.

El único motivo por el que ese hijo de puta está vivo es porque el trato que me ha ofrecido Mía es demasiado jugoso. Tenerla a mi lado obediente y sumisa es lo que quiero desde que la dejé en casa de su padre antes de que desapareciera.

Dante conduce más rápido de lo normal. Entiendo que le afecte, su hermana murió por una paliza que le dio su novio. Él jamás tocaría a una mujer, no permitiría que nadie lo hiciera aunque yo mismo se lo ordenara. Durante estos meses le ha cogido cariño a Mía, aunque tengo que admitir que me cabrea verlo tan sensiblero a su lado.

Me lanza miradas a través del espejo retrovisor. Algo quiere decir pero se está conteniendo para no soltar lo que sea que tiene en la cabeza. Miro a Mía como respira tranquila y acompasadamente.

-Dilo - ordeno - Sea lo que sea lo que estás pensado, dilo.

Dante garraspea aclarandose la garganta.

- Tal vez ella no debería haber visto como matabas a Beni.

Tiene razón, pero llevo toda mi vida siendo así. Pertenezco a la mafia y la muerte es el orden del día. Simplemente no puedo convertirme en un cuento Disney de la noche a la mañana, y si soy sincero, tampoco quiero. Todos pensarían que soy débil y solo intentarían eliminarme.

Mía pertenece a mi vida ahora, y esta es dura y sangrienta, sin edulcorantes.

En el hospital la dejo sobre la camilla. Los médicos se la llevan a través de una puerta por la que no me dejan pasar. Quiero sacar la pistola y apuntar a todos los que me alejan de Mía, pero eso sería irracional. En lugar de convertir el hospital en una escena de Quentin Tarantino, me siento sobre la fría silla y espero pacientemente hasta que el médico me llama.

- Familiares de Mía Carussi.

Dante y yo saltamos del asiento y nos acercamos al médico.

- ¿Cómo está?

- Está bien, tranquilos. Tiene una pequeña conmoción cerebral. Tiene golpes sobre el estómago y

el pecho, pero las radiografías reflejan que no hay fractura.

Este imbécil dice mucho para no decir nada. Lo único que saco en claro es que Beni la golpeo duro, refuerza la idea de que he hecho bien en mandarlo al otro barrio.

- ¿Podemos verla? - Pregunto apretandome el puente de la nariz. La paciencia no es una de mis virtudes.

- Claro. Habitación doscientos treinta y ocho.

Meto las manos en los bolsillos y me voy. Camino directamente a su habitación.

- Dante - Al momento se acerca a mi lado esperando instrucciones - Busca el historial de Mía.

La veo tumbada en la cama, me acerco hasta estar casi encima de ella. Su rostro está sereno y tranquilo. Odio no poder ver sus asombrosos ojos verdes, tan intensos que te hipnotizan. Su pelo como el fuego cae a ambos lados de su cara.

Me siento impotente, como un puto inútil. ¿Cómo no he sabido protegerla?

Pero la vocecilla malvada de mi interior me recuerda que es de mi de quien debería haberla protegido. Yo la engañé, la dejé para que se enfrentara a su padre sola y la traje de vuelta cuando lo único que ella quería era desaparecer. Soy el demonio que acecha en la noche esperando para destrozarte, y por eso jamás he dejado que nadie se acercara a mi.

- ¿Marcus? - Susurra con una débil voz de gatito.

Intenta incorporarse apoyando los codos en la cama. Está un poco aturdida y sus movimientos son lentos y torpes.

- No te muevas. Descansa.

Parpadea un par de veces hasta que se espabila completamente. Volver a ver sus ojos enfocandome no tiene precio.

Pulso el botón que hay sobre su cama para avisar a las enfermeras de que ha despertado.

- Buenas - Saluda una mujer mayor - . ¿Cómo te encuentras?

Se acerca hasta Mía y observa sus constantes, le toma la tensión y le pone una cosa en el dedo que no se para que es. Permanezco en un segundo plano.

- Me duele un poco la cabeza, pero estoy bien.

- En breve vendrá la doctora, si todo está bien vendré a quitarte la vía y podrás irte a casa - Informa con una sonrisa.

Me quedaría más tranquilo si se quedará ingresada, pero al ver la cara de Mía cuando le dicen que puede que le den el alta, se que he perdido la guerra incluso antes de empezarla.

- Oh, no te preocupes, soy enfermera, yo misma me la quitaré si me dejan irme.

- ¿De verdad? Deberías cumplimentar la solicitud de empleo, andamos muy cortas de personas y unas manos más siempre son de agradecer - Esta mujer acaba de insinuar que Mía venga a trabajar aquí. Con una puta conmoción y lo que se le ocurre a esta tía es pedirle que trabaje.

Me levanto de la butaca y me coloco al lado de la cama.

- Ya veremos, de momento tiene que pensar en recuperarse - miro a la enfermera con odio. Espero que capte el mensaje.

Mía sonrío bajito y débil y me mira.

- Hombres - Dice bromeando - Son tan exagerados para todo.

La mujer dejar escapar una risa nerviosa. Después de lanzarme una última mirada intentando averiguar si hablaba en serio o no, sale de la habitación.

Al rato llega la doctora mirando los papeles con los resultados de las pruebas. Le da el alta, pero le dice que debe guardar reposo y estar tranquila.

Salimos en silla de ruedas del Hospital. Yo quería llevarla en brazos, pero ella decía que estaba bien como para salir caminando, después de que la mitad de la planta nos escuchará, nos ofrecieron una silla de ruedas. Un término medio para los dos.

Dante la empuja hasta que llegamos al coche. La levanto entre mis brazos y ella me mira levantando una ceja.

- No vamos a discutir por todo Mía, tienes una jodida conmoción, dejame cuidarte - Suelto perdiendo los estribos.

Levanta las manos en señal de rendición ¡Por fin! Llegamos a mi casa treinta minutos después. No hemos hablado durante el camino. Por las expresiones que veo por el rabillo del ojo, sigue dándole vueltas a lo que ha pasado en las últimas veinticuatro hora.

- ¿En qué piensas? - pregunto en cuanto cerramos la puerta y nos quedamos solos en el Salón.

Niega ligeramente con la cabeza.

- No me puedo creer que fueras a matar a mi hermano.

¿Qué significa eso? Soy lo que soy y no puedo cambiarlo. Pertenecemos a la mafia y somos rivales y si el pudiera meter una puta bala en mi cabeza ya lo habría hecho, en cambio yo le he perdonado la vida y todavía no se no porque accedí.

- Yo no puedo creerme que le haya dejado salir de aquí respirando después de que han intentado matarte dos veces - Suelto frío y muy cabreado.

La dejo sola y subo las escaleras. Necesito darme una ducha para calmarme.

Capítulo 12

Mía

En el fondo sé que tiene razón. Paul no se merece nada, no le debo absolutamente nada, pero no podía dejarlo morir.

Camino despacio, paso a paso. Aunque no quiera admitirlo, cada movimiento me duele.

La cara sin vida de Beni aparece de pronto en mi mente. Tampoco quería que el muriese. No entiendo este mundo, es demasiado cruel. Vivir en la fina línea de la vida y la muerte no es vivir. ¿Quién en su sano juicio elegiría este camino?

Subo las escalera agarrandome fuertemente a la barandilla. Pequeñas gotas de sudor adornan mi frente. Decido descansar a mitad de camino. La doctora ha dicho que no tengo nada roto, pero madre mía como duele.

Marcus sale de la habitación con un pantalón de pijama negro, el pecho descubierto lleno de tatuajes capta mi atención al momento. Se que es ridículo pero lo primero en lo que pienso es en el "six Pack" que marca sus abdominales. Se me escapa una risilla porque esta era una broma que tenía con mis amigas.

- ¿Qué te hace tanta gracia? - Pregunta de mejor humor.

Niego con la cabeza desviando la vista. Ni en mil vidas admitiría que su cuerpo sigue atrayéndome igual que antes. Que reacciono ante él sin poderlo evitar. Somos como dos piezas de puzzles perfectas.

- Nada, nada, tonterías.

Llega hasta mi y vuelve a levantarme del suelo. Pienso en discutir, pero me quedan por subir más de la mitad y realmente estoy agotada.

- Deja que te ayude.

Apoyo la cabeza en su hombro para descansar. El pecho de Marcus deja de subir y bajar, para al momento elevarse de nuevo.

Me sienta sobre la cama con cuidado.

- Gracias, voy a darme una ducha - Digo levantándome de nuevo. Cuanto antes me quite el olor a hospital mucho mejor.

- Vale, espera que preparo la bañera.

Escucho como abre el grifo y como poco a poco el vapor sale a través de la puerta. Camino hacia el baño y lo veo vertiendo sales que llenan de espuma el agua, que no está adecuada para su gusto, así que ajusta la temperatura del grifo otra vez.

Quien diría que el temible Marcus, prepararía un baño con sales. Termino de abrir la puerta.

- Está perfecto, gracias.

Me quedo donde estoy esperando que salga. Cuando se da cuenta, arruga la frente.

- Puedo ayudarte, no hay nada que no haya visto ya, Mía.

Abro los ojos desmesuradamente. Esta loco si piensa que voy a dejar que me vea desnuda.

- Ya... Puedo hacerlo sola, gracias.

Al fin, después de estar parado mirándome mientras me lanzaba sapos y culebras, sale enfadado. Esta faceta infantil de berrinches no la conocía, pero resulta graciosa.

Una eternidad es lo que tardo en desnudarme. Miro mi cuerpo en el espejo. Tengo varios morados sobre el estómago y las costillas. Por suerte no es nada grave.

Me meto en la bañera y disfruto de la fragancia, huele a rosas, a dama de noche, a frescura. Me encanta. El calor desentumece mis músculos, podría dormirme ahora mismo, pero con la suerte que tengo me ahogaría y me golpearía con el grifo.

Me incorporo para salir, pero un movimiento desafortunado me provoca una punzada en una de las costillas.

- ¡Ay! - Grito - Joder.

La puerta se abre. Marcus está en el umbral, sin camiseta ¿por qué demonios no se la pone? Se acerca a la bañera. Cuando soy consciente de sus intenciones, que es sacarme completamente desnuda, vuelvo a hundirme hasta el cuello.

- Marcus, sal.

- Deja de comportarse como una cría. Te voy a sacar y te voy a poner el pijama - Explica cabreado de nuevo - Que difícil te has vuelto.

Mete los brazos dentro del agua y los pasa por debajo de mi cuerpo. Yo uso mis manos para taparme todo lo posible. Esta situación es muy vergonzosa y humillante. La cara me arde y estoy segura de que estoy más roja que un tomate.

- Siempre he sido igual de difícil. - Susurro.

Me deja sobre la alfombrilla para recoger la toalla, pero sus ojos están fijos en mis morados.

- No es nada - Intento quitarle importancia.

- Me alegro de haberlo matado - Su voz sin humanidad da escalofríos. No me atrevo a contradecirlo esta vez, aunque sigo pensando que está equivocado, se cuando debo pelear y cuando debo callar.

Me envuelve con cuidado en una esponjosa toalla que cubre todo mi cuerpo.

Sale del baño y vuelve al momento con unos bóxer y una camiseta demasiado grande para mi.

- Mañana compraremos todo lo que te haga falta - Dice pasándome la camiseta por la cabeza.

- Está bien.

Su olor, el olor a Marcus rodea mi cuerpo por completo. Estaba segura de que mis sentimientos hacia él habían muerto el día que me abandonó en la puerta de mi casa, pero aquí siguen recordándome lo débil que soy ante él.

Me sienta sobre el colchón, tapa mis piernas y desaparece de nuevo. Me está poniendo nerviosa dando tantas vueltas. Aparece con un secador. Lo enchufa y seca mi pelo pasando los dedos entre los mechones.

- Si tus hombres te vieran ahora mismo te matarían - Bromeo conteniendo una risilla.

- No sólo mis hombres, así que vamos a mantenerlo en secreto - Contesta divertido.

Que me siga el juego es raro. No me cuadra.

- ¿Por qué estás siendo tan simpático?

Aparta el secador a un lado y se sienta frente a mi. Me mira con intensidad, pensando sus siguientes palabras. Yo espero con el corazón golpeando fuerte mi pecho.

- Me importas.

¿Le importo? Se acerca despacio a mi. No puedo moverme, solo puedo mirar sus labios carnosos como se acercan a los míos.

- ¿Qué....?

-Shh - corta mi pregunta antes de que pueda hacerla.

Sus labios tocan los míos, una descarga eléctrica pasa por todo mi cuerpo arrasándolo. Me quedo petrificada, pero cuando su lengua quiere abrirse paso, sin dudar mis labios se separan y le da acceso.

¿¡Qué estas haciendo!? Grita mi subconsciente, pero es demasiado tarde. El tsunami ha llegado a la costa y lo ha arrasado todo, cuando eso ocurre no puedes luchar, solo dejar que inunde tus sentidos y rezar para sobrevivir.

Marcus posa su cuerpo sobre el mio, sus manos se introducen por debajo de mi camiseta y la levanta. El contacto de sus dedos me produce escalofríos. Mis manos rápidamente acuden a su espalda, sus músculos en tensión bajo mis dedos se mueven.

Después de quitarme la camiseta sus dedos bajan hasta los bóxer y los míos, hasta los suyos. Estoy loca, lo se. No tengo ni una pizca de autocontrol, pero después de lo que he pasado estos días y del control de mi familia decido dejarme llevar, mañana volveré a la guerra por mi libertad.

Desnudos los dos, siento como Marcus se aprieta más a mi, abro las piernas alrededor de su cintura y rodeo su cadera. Sus besos bailan por cuello y mi clavícula.

Los gemidos inundan la habitación, nuestras respiraciones agitadas nublan mis sentidos. Marcus se introduce dentro de mi y es justo este momento cuando decido que todo ha merecido la pena.

Sus movimientos lentos y cuidadosos me gusta, pero necesito más.

- Más fuerte - gimo.

Coloca sus manos bajo mis glúteos y me aprieta contra él.

- No quiero hacerte daño - Gruñe en mi oído.

- No me duele, por favor - Suplico con el éxtasis reflejado en mi voz.

Sus movimientos se vuelven demandantes y exigentes. Todo el cuidado se ha perdido, hasta que exploto en un orgasmo que ya no recordaba, los mejores de mi vida los he tenido con este hombre, segundos después, Marcus gruñe en su propio orgasmo.

Capítulo 13

Mía

Todo el peso de anoche cae sobre mi, antes incluso de que abra los ojos. Miro despacio a mi lado, procurando no hacer ningún ruido. Marcus duerme con la sábana sobre su cintura.

No puedo creerme que me acostara con él. Te traiciona, te secuestra y tu te lo tiras. Que lista eres Mía. No tengo ni una pizca de amor propio.

Cierro fuerte los ojos para borrar esos pensamientos, lamentarse no sirve de nada.

Me levanto despacio, busco los bóxer y la camiseta de Marcus y me lo pongo. Voy al baño para afeitarme un poco. El pelo parece un nido para pájaros. Lo peino lo mejor que puedo, pero sigue siendo un desastre, así que me hago una coleta.

Me pellizco la mejilla mirando mi reflejo en el espejo " No la cagues más Mía" Digo para autoconvencerme.

Al salir, Marcus ya se ha levantado. Abre el armario para buscar la ropa que se va a poner. De pronto me siento sumamente tímida y no se que hacer ¿saludo de forma casual? ¿Me hago la invisible? ¿Bajo a desayunar y lo encaró más tarde?

Marcus rompe mis estúpidos pensamientos.

- A lo largo del día vendrán a ponerte la inyección anticonceptiva.

Suelo ser pacífica. Me encanta todo el tema de paz y amor, pero si intentan dominar mi vida puedo sacar los pinchos y eso es exactamente lo que está intentando hacer el hombre que hay frente a mi.

- Déjame que te aclare que no es necesario - Digo con una sonrisa de autosuficiencia en la cara - No vas a volver a torear en esta plaza.

Marcus contesta con la misma prepotencia que yo.

- Bueno, pero si el toro se escapa es mejor que te pille con un capote ¿no crees?

Entra al baño sin hacerme ningún caso lo que me pone más furiosa todavía ¿qué capote ni capote? Podría pegarle un puñetazo en este momento, pero estoy segura de que a él le daría igual...

- Va en serio, no me la voy a poner, lo de anoche fue un error que no se va a repetir.

Saca la cabeza a través de la puerta con la misma suficiencia que hace unos minutos.

- No me pongas a prueba. Esta tarde te pondrás la inyección. No tendremos más sexo, me parece perfecto, pero se te olvida que te conozco mejor que tu misma - Ahora se ha puesto serio de verdad - Deja de discutir por todo, joder.

No espera que le conteste. Cierra la puerta de un portazo. Al momento se escucha el agua caer en la bañera.

Este maldito hombre cree que puede dirigir la vida de todos a su antojo. Según le apetezca en cada momento. Y lo peor de todo es que le da igual. Tiene el mismo ego que un castillo de grande.

- ¡Imbécil! - Grito a la puerta cerrada del baño.

Bajo las escaleras despacio. Dante está en el salón dejando un montón de bolsas llenas de ropa. Me acerco a ellas con duda ¿todo esto es para mí?

- Señorita Mía ¿Necesita que le suba las bolsas a la habitación?

Dante es como un armario empotrado, grande y musculoso, una barba completamente cerrada negra y sus cejas siempre enfadadas, le da un aspecto terrorífico. Contrasta mucho cuando me habla con tanta suavidad.

- Si, por favor.

Vuelve a cargar las bolsas y yo le sigo. Tener por modelito unos calzoncillos no es mi look preferido. Le agarro del brazo para ayudarme porque, una cosa es bajar las escaleras que casi lo hago por inercia, y otra muy distinta subirlas, las punzadas en mis costillas casi consiguen cortarme la respiración.

Dante pasa sus brazos bajo mi piernas sin soltar las bolsas. Abro mucho los ojos porque de verdad es como una montaña de músculos.

- ¿Cuánto peso puedes levantar?

- Mucho - Contesta serio.

- Ya, ya, fantasma... - ríe por lo bajo.

Marcus sale de la ducha con la toalla envuelta alrededor de su cintura. Se para en seco al vernos. Camina directo hacia nosotros y como si fuera un saco de patatas me quita de los brazos de Dante.

- Deja ahí las bolsas - Creo poder ver trozos de hielo cada vez que abre la boca - si necesitas ayuda solo dímelo.

Ahora me habla a mi. Se cree que soy unos de sus hombres que tiene que acatar sus normas.

- No necesito tu ayuda - Digo enfadada todavía por lo que ha pasado hace un momento.

Me bajo de sus brazos. Voy hasta las bolsas y cuando encuentro lo que he decidido ponerme, me meto en el baño. Después de una ducha todo el cuerpo está menos tenso. Me visto con un vestido verde que queda perfecto con mi pelo largo. El naranja oscuro parece brillar más sobre él. Elijo una rebecca porque aunque ya mismo venga la primavera, todavía puede refrescar.

Al salir del baño Marcus está sentado en la cama esperándome.

- ¿Qué haces aquí? - Pregunto.

En dos grande zancadas llega hasta a mi. Sus ojos bailan por mi vestido hasta llegar a mis ojos.

- Te esperaba para ayudarte a bajar.

Ajam, Ajam, el señor de la guerra está celoso. Oído cocina.

- No hacía falta, se que estás ocupado. Podría haber llamado a Dante - Chúpate esa míster te vas a vacunar lo que yo te diga.

Aprieta los dientes. Puedo ver los músculos de su mandíbula tensarse, pero yo sigo con mi sonrisa inocente.

Me levanta del suelo como tantas otras veces en las últimas horas y baja las escaleras en absoluto silencio. Una mujer mayor trabaja en la cocina. El olor a tostadas lo inunda todo y como si fuera una alarma, mi estómago ruge fuerte.

- Lo siento - Murmuro avergonzada.

La mujer se acerca sonriendo con un plato en las manos. Dos tostadas con mantequilla y mermelada brillan. Se me hace la boca agua. Me paro un momento a pensar cuando fue la última vez que comí y llego a la conclusión de que hace muchísimas horas.

- Me llamo Louisa, encantada señora Moretti.

- ¿Qué has dicho? - Susurro perdiendo todo el aire - Mi apellido es Carusso.

Ese no es mi apellido ¿qué le pasa a esta mujer? Yo tengo mi propio apellido y no pienso perderlo.

- Disculpe, pensé que usaría el apellido de su marido.

Marcus llega a la cocina y sabe que algo ocurre. No se si es por la cara sin color de Louisa o por mi, que estoy algo confundida, pero con su mirada felina detectora se acerca a nosotras.

- ¿Qué ocurre?

Louisa se refuerce los dedos nerviosa. No quiero crear problemas a nadie, pero lo que ella no sabe es que Marcus seguro que se enfada conmigo por no querer usar su apellido. Es un macho alfa de manual.

- Nada, estábamos conociendonos - miento - oye, Marcus, ¿podrías prestarme tu móvil? Tengo que comprarme uno, pero necesito hacer una llamada.

Lo saca de su bolsillo y me lo tiende. Que raro que lo haga tan fácil y sin preguntas.

- ¿A quién?

Abro google para buscar el teléfono del Hospital. Cuando lo encuentro pulso la tecla de llamar mientras ignoro deliberadamente al hombre que me mira fijamente. Está tan acostumbrado a ser Dios, que ha terminado creyéndoselo.

Al otro lado de la línea contestan. Sin cortarme ni un pelo hago lo que quería hacer desde que hablé con esa enfermera tan simpática anoche en el hospital.

- Buenas, anoche me dijeron que necesitáis enfermeras. Comentó una compañera vuestra que tenía que cumplimentar un formulario.

- Si, si, nos vendría muy bien. Puede pasarse a lo largo del día sin problema.

Marcus sigue de pie, escuchando atentamente. No hace ningún gesto o tal vez yo no lo conozco lo suficiente, pero Louisa ha salido pitando de la cocina.

- Muy bien, muchísimas gracias.

Cuelgo el teléfono y se lo tiendo de vuelta. Se pasa la mano por la cara intentando controlarse.

- No vas a ir a trabajar - Informa.

Le doy un bocado a la tostada. Intento comportarme como si no me importara su opinión, pero la verdad es que me gustaría matarlo aquí y ahora ¿cómo puede ser tan dominante? ¿Es qué se ha criado en la selva?

- No te estaba pidiendo permiso, Marcus.

- Pues deberías - gruñe acercándose.

Es la gota que colma el vaso. Suelto la tostada sobre el plato. Lo miro sin desviar la mirada, pienso encararlo las veces que haga falta para defender mis derechos.

- Ya... ¿Podrías darme tu ropa sucia, es que había pensado en ir al río a lavarla - suelto irónicamente con la esperanza de que lo pille, aunque cada vez estoy más segura de que su cerebro es primo hermano del mono más tonto de la selva - ¡¿Pero en qué siglo te has creído que estamos?! Tu y yo hicimos un trato, pero ese trato no decía nada sobre mi independencia.

Cierro la boca. Estoy sumamente enfadada. Marcus también respira fuerte intentando contenerse.

-No necesitas trabajar yo puedo darte todo lo que necesitas.

... Ahí va un comentario más estúpido que el anterior.

- Es que lo que yo necesito es trabajar, relacionarme y sentirme útil. No soy una mujer florero, asúmelo.

- Hagamos otro trato entonces - Vuelve a su pose de negocios. Mete las manos en los bolsillos y entrecierra los ojos, pensando su siguiente jugada.

Capítulo 14

Mía

Veo como pasa los dedos por encima de su incipiente barba, pensando que decir para que ceda y me convierta en mujer florero. Ya lo intentó mi padre en su momento y estudié enfermería.

- Tu familia quiere matarte, no puedes andar por ahí como si nada.

Lo suelta y se queda tan tranquilo. No entiende que sus palabras duelen, que rasgan mi corazón.

- Tu tienes el poder de protegerme... Si quiere claro - Insinúo con malicia - además, has dicho que querías que hiciéramos un trato.

Me mira fijamente sin vacilar. Asiente ligeramente con la cabeza. Espero que sea dándome la razón. Cuando se pone en modo misterioso, como si fuera el mismísimo Lucifer me dan ganas de salir corriendo. Pero no lo voy a hacer, porque eso es lo que le da la fuerza a la gente como Marcus o mi padre.

- Cierto, puedo protegerte... Si quiero hacerlo - Termina con una media sonrisa - Está bien, puedes trabajar.

¿Perdón?! ¿En que momento se ha creído que le estaba pidiendo permiso? Su chulería no tiene límites. Abro la boca para gritarle cuatro verdades, pero antes de echarlo todo a perder, decido respirar profundamente y calmarme.

- Tu condición - Exijo enfadada.

Da un paso hasta acercarse a mí. Puedo ver como el negro de sus ojos se fusiona con su pupila, su nariz perfectamente perfilada encarándome con suficiencia, puedo sentir demasiadas cosas que no quiero sentir, así que doy un paso atrás para alejarme de él.

- Te pondrás las inyección y te comportarás. Asistirás a todos los eventos que yo tenga que asistir y serás la mujer más enamorada de la ciudad.

Su condición consiste en tener un perrito faldero detrás de él dejando que se le caiga la baba por donde camina. ¿Se puede ser más infantil?

- Muy bien.

- Muy bien - sentencia igual de enfadado que yo.

Salgo de la cocina en busca de Dante. Está subiendo las escaleras con las últimas bolsas de ropa. Lo espero nerviosa, con los brazos cruzados sobre el pecho. No miro hacia atrás, sé que Marcus me sigue observando para ver qué hago. Lo sabrá en un momento. En cuanto Dante comienza a bajar las escaleras me acerco al primer escalón.

- Dante ¿puedes llevarme al hospital? Tengo que hacer una cosa...

Su mirada se desvía hasta Marcus, y la mía con él. Espera su aprobación. Cabecea de forma imperceptible. Muy bien, ahora que el Rey ha dado el consentimiento me voy ignorándolos por completo.

Espero en el garaje a que Dante elija el coche que quiere conducir. Hay tantos, todo el sótano está lleno de ellos. Todos negros. No se que tienen de peculiar son cacharros de cuatro ruedas negros, si al menos tuviera de más colores podría elegir un color distinto cada día, dependiendo del estado de ánimo de Marcus. Es gracioso, ya que su estado de ánimo es siempre enfadado.

Dante también me ignora, o tal vez ha decidido que soy una cría y pasa de mi realmente. No nos dirigimos la palabra en todo el trayecto al hospital. En cuanto el coche se detiene abro la puerta y me bajo.

Voy hacia la mesa que preside la sala. Una mujer entrada en años con un ajustado moño me sonríe. Necesitaba ver una cara simpática entre tanto macho enfadado con el mundo.

Media hora después estoy de vuelta en el piso de Marcus. Me duele todo el cuerpo y estoy muy cansada, tal vez no debería haberme hecho la chulita, pero es que su suficiencia me enerva.

Subo a la habitación, en la mesita de noche están las pastillas que me recetó la doctora, me tomo una y me tumbo en la cama. Descansar un rato seguro que me hace bien. Poco rato después noto el efecto del relajante muscular, siento como si flotara entre nubes, los párpados me pesan. Uno de los mejores inventos sin duda.

- ¿Mía? - escucho medio dormida.

- ¿Mmmm? - Eso quiere decir que me dejes en paz y descansar.

La mano de Marcus acaricia mi mejilla, sus dedos rozan con cuidado mi piel ascendiendo hasta mi cabello. El vello de mi cuerpo se eriza con su contacto.

- Despierta, esta noche tenemos que ir a un sitio - Susurra acariciándome el oído con su nariz.

Me froto los ojos para despejarme. Bostezo y me estiro con toda la clase que jamás me enseñó mi familia, pero ¿a quién le importa? Para lo que ha servido...

- ¿Dónde? - pregunto todavía adormilada

- A una cena. En un par de horas vendrán los estilistas a prepararte.

¿Estilistas? Escuchar la palabra maldita me despierta del todo. Es un infierno soportar a personas que andan como locas con planchas ardiendo para el pelo, horquillas y maquillajes de mil colores distintos, te llenan la cara de potingues y cremas. Nunca me han gustado.

- No, no, por favor, estilistas no. Yo me arreglaré.

Marcus me mira como si me hubiera salido un tercer ojo.

- Cualquier mujer se moriría porque los mejores la arreglaran como a una princesa - Dice divertido - Pero si es lo que quieres, lo cancelaré.

Después de que por fin cediera tan fácilmente este hombre, me puse manos a la obra. Iba a ser una cena en un restaurante muy elegante así que tenía que empezar a prepararme si quería estar perfecta, porque si fallaba estoy segura de que Marcus me lo haría pagar contratando un equipo completo de estilistas para cada día.

Horas más tarde Dante aparece con una caja entre las manos, es enorme, ahí dentro solo puede

haber un vestido. En la bolsa descubro un par de zapatos negros de tacón, con pequeños adornos de diamantes que espero que sean falsos. Una pequeña caja de terciopelo rojo esconde un collar de oro blanco con una Esmeralda con pendientes a juego. Es precioso y ha debido de costar bastante.

- Gracias Dante.

- De nada Señorita Mía - Contesta de buen humor.

Miro mi reflejo listo para bajar las escaleras, donde me espera Marcus. Llevo un vestido rojo de corpiño, en la cadera se abre para formar una larga caída con vuelo. Este tipo de vestidos solo los había visto en la tele.

Las pelirojas no solemos llevar tonos rojizos, porque sinceramente, no siento muy mal, pero este tono es como lava candente, justo antes de enfriarse y volverse roca. El pelo me lo he colocado sobre un lado del hombro sujeto con horquillas, espero estar a la altura. Me pongo los pendientes y el collar y salgo de la habitación.

Marcus mira su reloj, al levantar la vista me ve. Solo espero que su mirada refleje lo que siento de verdad. Porque el siempre frío y terrible mafioso ahora parece cálido y cercano. Sube los escalones hasta llegar a mí y ayudarme a bajar.

- Estás preciosa.

- Gracias, el vestido es increíble - paso las manos por los pliegues de la falda.

Dante abre la puerta para ir preparando el coche.

- La percha hace al vestido y no al revés, Mía.

Nos montamos en el coche. Todo es tan perfecto, congeniamos tan bien que tengo que contener las lágrimas. Marcus me tenía, era suya, me casé a escondidas. Lo teníamos todo, en cambio ahora, estoy aquí secuestrada y haciendo tratos para comportarme como si fuera su esposa... Como si todo esto fuera una farsa.

Dante para el coche frente a las puertas del restaurante. Desprende elegancia por todas partes.

- No has hablado nada ¿está bien? - pregunta en cuanto bajamos del coche.

Cambio el gesto de mi cara. Un trato es un trato y Mía carussi siempre los cumple. Me pongo mi mejor sonrisa falsa antes de mirarle a los ojos.

- Estoy bien, solo pensaba si sabría estar a la altura hoy.

Pasa su mano por mi cintura y me acerca a él.

- No dudes de ti misma, eres perfecta.

Soy perfecta. Empiezo a pensar que la inyección de hormonas que me han pinchado hoy está jugando dentro de mí. Dice que soy perfecta, pero si lo fuera no me habría abandonado ¿no?

El camarero nos guía hasta la mesa. A mitad de camino veo a mi padre y mi hermano en la barra, al fondo del todo. El estómago me da un vuelco y tengo que contener las ganas de vomitar.

Marcus es igual de consciente que yo de lo que está pasando. Sus dedos se tensan entre los míos.

- Voy al baño un momento - Le digo soltándome de su agarre.

Asiente sin mirarme. Solo tiene ojos para los Carussi que están en la barra y que también le miran.

Bajo la mirada y desaparezco todo lo rápido que mis costillas doloridas me lo permiten. En el baño veo mi reflejo en el espejo. Todo el color de mis mejillas han desaparecido. Solo puedo ver a una niña asustada que no está lista para este mundo, pero que no tiene otro sitio al que ir porque hizo una estúpido trato para salvar la vida del hermano que quería matarla.

Me armo de valor. Respiro profundo y salgo. Marcus está en la barra con mi padre y mi hermano ¿por qué se ha acercado? Espero que no monten ninguna escena aquí. El restaurante está lleno de gente cenando.

Me acerco a ellos desde uno de los laterales. Un arbusto los tapa, pero puedo escucharlos perfectamente.

- Espero que lo estéis pasando bien - Dice Marcus.

Escucho el sonido del vaso de whisky chocar en la barra.

- Tenías que venir tú y tu pequeña zorra aquí, querías que os viésemos ¿eh?

Me tapo la boca impresionada. No puedo creer que mi padre se haya referido a mi así. Lo peor no han sido las palabras, ha sido el asco con el que ha hablado.

- He venido para que viérais con vuestros propios ojos como Marcus Moretti humilla a los Carusso. Tengo a Vuestra hija y la tendré mientras quiera.

- No te hagas el chulo - Ríe mi hermano - Os he visto. Estas enamorado de ella. Padre - Baja el tono como si le estuviera contando una confidencia - Mató a uno de sus hombres por tocarla.

Marcus da un golpe en la barra con la palma que me sobresalta.

- Yo no siento nada - Escupe con asco - Todo es un juego y Mía es la pieza principal para acabar con vosotros. Todos verán a tu hija conmigo.

Dejo de escuchar. Todo sonido desaparece de mis oídos ¿todo es juego? Estaba convencida de que mi corazón se rompió el día que me abandonó en casa de mi padre, pero ese dolor no es nada comparado con el puño que oprime mi corazón ahora mismo.

Capítulo 15

Mía

Todo es mentira desde el principio. Me creí la segunda parte de la historia, en la que de pronto descubre que me ama y somo felices y comemos perdices...

- Mentira - Susurro sin aliento.

Cierro los ojos. Necesito asimilar todo lo que he oído. Coloco las manos sobre mi pecho en un vano intento de que mi corazón deje de golpear como si quisiera salirse.

Camino de vuelta al baño. Necesito esconderme y recomponerme. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo he podido ser tan ridícula? Me avergüenzo de mi misma. Me educaron para que me diera a valer, para que no me rebajara y ahora mismo siento la bota de Marcus pisándome el cuello, impidiéndome respirar, riéndose de mi y de toda mi familia.

La puerta se abre y veo a Marcus.

- Es el baño de mujeres.

Reúno las fuerzas suficientes para colocar las manos sobre su pecho y empujarlo para hacer que salga y me vuelva a dejar sola.

¿Qué se supone que tengo que hacer? Me lio aquí a pegar voces o me lo guardo todo y espero el momento oportuno... Tengo tantas dudas... Y me duele tanto el corazón.

Siento como se me llena los ojos de lágrimas. No quiero llorar, no quiero ser débil ni que Marcus se crea que tiene el derecho a consolarme.

- ¿Estás bien? - sujeta mis manos y las aleja de su pecho - Estás pálida, no tienes buenas cara.

- No me encuentro muy bien.

Bajo la cabeza para ocultar la desolación que siento y que se puede ver a simple vista. Nadie jamás se ha reído tanto de mi como este hombre. Ahora parece preocupado.

Todo es mentira Mía, sus rostro preocupado mirándome fijamente, su dedo acariciando mi barbilla para que lo mire, todo falso.

- Está bien, nos vamos. Llamaré al médico para vaya a casa y te vea.

- No, no, no llames al médico, solo necesito descansar. Dante puede llevarme, no te preocupes.

Aprieta los labios formando una fina línea.

Solo puedo pensar en que quiero irme lejos de él. Necesito pensar con claridad, necesito... No se lo que necesito ni se como quitar el dolor de mi cuerpo.

- Mírame ¿estás llorando?

- Marcus estoy bien, solo quiero irme y descansar - Se me rompe la voz al final de la frase mostrando parte de mi dolor.

Las lágrimas caen por mis mejillas. Esquivo al hombre que me escruta intentando averiguar qué ha pasado desde que vine al baño. Salgo y esquivo las mesas de las personas que cenan entre lujo y licores y salgo a la calle.

Respiro profundo el aire frío de la noche. Consigue despejar parte del abotargamiento que siento. Como si sintiera algo tan amplificado, tan grande, que me deja vacía.

Una voz suena en mi oído sacándome del trance. Unos dedos fríos se cierran sobre mi brazo.

- Disfruta mientras puedas. Da igual que te hayas librado dos veces. La familia Carusso no perdona ni olvida a los traidores.

Mi padre me habla con desprecio, igual que hace un momento en la barra. Todos están contra mí ¿qué he hecho tan malo? Solo me enamoré, fue mi único pecado.

Me giro despacio hasta que lo veo de frente. Lo encaro rendida y sin fuerzas.

- Estaré esperándote entonces, padre.

Dante me agarra del brazo y me aleja del hombre que me crió. Saca la pistola aunque la mantiene apuntando al suelo, pero la amenaza es clara.

- No será necesario formar un escándalo, al menos esta noche - Dice mi padre de buen humor.

Me alejo hacia el coche. Me siento detrás y miro por la ventanilla el paisaje de camino a casa. Repito en mi cabeza ese pensamiento... De camino a casa... ¿A casa? Cuando creía que era novia de Marcus la sentía mía y cercana, ahora ya no tengo muy claro que es, pero si sé que no es nada mío.

Lloro todo el camino de vuelta, en silencio y agotada.

- Señorita Mía ¿Está bien? Si su padre la amenazó o le dijo algo...

- No pasó nada - Le corto quitándome las lágrimas de la mejilla - No te preocupes.

Aparca el coche en el garaje. Subo las escaleras sin esperarlo. Necesito pensar. Tengo un torbellino en mi cabeza. Es como si un huracán hubiera revuelto todo lo que tenía claro, como si hubiera vuelto todo falso, y no supiera que es real. No se que hacer, no se como solucionarlo.

En lugar de volver a la habitación de Marcus, entro en la que está en frente, la de invitados.

Tiro el vestido en una esquina, me pongo el pijama y me meto en la cama. Dejo que las palabras de mi padre bailen por mi mente. Duelen, pero no tanto como lo que ha dicho Marcus. Me siento tan traicionada...

Mojo la almohada bajo mi mejilla, pero ni así puedo dejar de llorar, hasta que vencida por el sueño, me quedo dormida.

- Mía ¿qué haces aquí? - Marcus me toca la frente y la cara con el dorso de la mano - ¿estás enferma?

No se el tiempo que ha pasado, pero sea el que sea, necesito más.

- Estoy bien, dejame dormir, por favor.

- Dante me ha dicho que tu padre te estaba esperando fuera ¿qué te dijo? - su tono amenazante consigue desvelarme por completo.

Me siento en la cama tapándome con la colcha.

- No me dijo nada que no supiera ya.

- Si te ha amenazado, dímelo - Cierra los puños. Sus dedos se vuelven blancos por la fuerza que está ejerciendo.

Me cuesta mucho contenerme. Seguir con la farsa.

- ¿... Y qué harás? ¿Matarás a mi padre? ¿Mataras a mi hermano? O tal vez volverás a engañarme. Nunca tienes suficiente, nada es suficiente para ti.

Ahora puedo ver claramente la confusión. Realmente no tiene ni idea de porque le estoy diciendo esto. Sería tan fácil como sumar dos más dos, pero el rey de los negocios sucios no tiene ni idea.

- ¿De qué mierda hablas?

Ahora si es el Marcus frío que me dejó tirada en la casa de mi padre. El amenazador, el que no se para ante nada ni ante nadie.

Acerco mi rostro al suyo.

- Escuché lo que le dijiste a mi padre.

No tenía pensado decirle nada, pero callarme algo tan duro me ha sido imposible.

- Escuchaste...

- Vete, no quiero hablar contigo. Tenemos un trato y lo cumpliré, pero ese trato no dice que tengamos que hablarnos en casa.

- Mía, no es lo que parece.

Sonrío con tristeza. Este tópico me lo sé de memoria. La primera vez que me traicionó pensaba que no era lo que parecía, pero era justo eso. Esta vez no es distinto. Marcus es una persona en la que no puedes confiar. Y si quieres vivir una vida larga y tranquila es mejor que no te cruces en su camino.

- Contigo, todo es lo que parece siempre. Vete.

Me tumbo de nuevo. Meto los brazos bajo la colcha y cierro los ojos. Solo quiero que salga de la habitación. Y que deje de torturarme.

No entiendo que he hecho tan malo para merecer que me traicionen de esta manera, por más que intento buscarle un sentido a todo lo que ocurre, no logro comprenderlo.

Solo tengo clara una cosa: no volveré a confiar en Marcus nunca más.

Capítulo 16

Killian

A veces la vida te da sorpresas.

Hoy tengo una reunión que, como podría decirlo, va a ser una puta locura.

Unos nudillos golpean la puerta y automáticamente una sonrisa sobrada y de suficiencia se refleja en mi cara.

Fento entra intentando parecer seguro. Paso firme, mirada altiva, aunque no se me pasa por algo como traga saliva como si tuviera un nudo.

- Bienvenido ¿A que debo tu visita?

Lo se perfectamente. Mi hermano no hizo negocios con ellos. No después de lo que ocurrió con Mía, y ahora quiere hacer un trato conmigo.

- He estado pensando en tu oferta - Se sienta en la silla y me mira fijamente. Como si realmente él fuera el que manda aquí - Hemos decidido aceptarla.

Se me escapa una carcajada que es realmente genuina. Debe pensar que soy gilipollas. Este tío de verdad cree que puede joderme y después venir a aceptar algo que ya no existe.

Me levanto despacio, rodeo la negra mesa que nos separa y me coloco a su lado.

- Sigo siendo el pequeño de los Moretti ¿por qué querías hacer negocios conmigo? - Repito las palabras que me dijo y se me grabaron a fuego.

Desvía un segundo la mirada, supongo que para recomponerse. Tal vez pensó que esto iba a ser fácil, que estaría loco por hacer negocios con ellos. Siguen sin comprender que soy un hijo de puta despiadado y que aprovecho cualquier situación para sacar tajada.

- Hemos decidido apostar por ti.

Guardamos silencio unos segundos. Mirándonos. Asiento despacio, estando de acuerdo con él. Vuelvo a mi sitio para dejar claro los puntos, porque o entra por el aro o entra. No hay más.

- Vale, perfecto.

Entrelazo los dedos encima de la mesa.

- Al final nos hemos decidido por el hermano adecuado - sonrío - prepararé el documento con mi treinta por ciento y comenzaremos a trabajar cuanto antes.

Abro los ojos con sorpresa, aunque solo es una farsa. Los dos sabemos que lo tiene todo perdido, pero estos negocios, los del bajo mundo, es un juego de estrategia, una partida de ajedrez a gran escala.

- ¿Perdona? ¿Treinta? Te ofrezco un cinco. Lo tomas o lo dejas.

- Pero... Pero... La última vez que nos vimos... - Contesta nervioso.

Imponerme sobre los demás me pone a mil. Pienso en Lucrecia cabalgándome. Es la misma sensación que cuando cierro un negocio en el que claramente gano yo.

- Eso fue antes de que me jodieras - Inclino levemente la cabeza instándole a recordar nuestra conversación anterior - Ahora esto es lo que te ofrezco. Piénsalo y dame una contestación.

No espero su respuesta. Digo lo que tengo que decir cuando lo tengo que decir. Las discusiones sin sentido no van conmigo.

Rocco llama a la puerta y entra. Espera a que le diga que puede acercarse. Sabe que estoy reunido, si nos ha interrumpido es por algún motivo.

- Buenos días, Fento - Los despido - Pasa Rocco.

Arrastra la silla para hacer ver que esta cabreado, pero es un tío listo y hace lo que le digo. En cuanto nos quedamos solos Rocco se acerca.

- Señor, esta noche su hermano y la pequeña de los Carusso van a ir a cenar a un restaurante... Solos - Deja caer al final.

Esto es perfecto. Me encanta que los jodido planes salgan siempre como quiero. Hace unos días se encontraron con su hermano y su padre. Ha llegado a mis oídos que la odian y quieren acabar con ellas más de lo que desean acabar con nosotros.

- Haz que llegue también a sus oídos. Seguro que hacen algún movimiento.

Con un poco de suerte mataré dos pájaros de un tiro. Desde que esa puta volvió mi hermano es feliz, y eso me jode más que cualquier otra cosa.

Voy hasta mi habitación y me cambio. Me pongo unos pantalones cortos negros, una camiseta y los tenis. Cuando estoy cabreado solo hay dos cosas que me calman: follar o hacer deporte.

Frente al gimnasio saco la llave del bolsillo y lo abro. Es uno normal y corriente, pero voy cuando no hay nadie más. Primero porque es peligroso para alguien como yo y no quiero estar en la jodida cinta vigilando mis espaldas, y segundo porque odio a la gente, así de simple.

Entro y camino directamente hacia la cinta. Me gusta empezar con algo de cardio para entrar en calor. Hay una puerta cerrada, pero debajo de ella sale un poco de luz. No debería haber nadie. Entro en modo peligro y me acerco despacio, intentando no hacer ruido. Pego la oreja, pero no se escucha nada.

No lo pienso demasiado, aunque tampoco es que yo sea mucho de meditar. Abro la puerta.

Al final de la habitación, encima de la zona acolchada hay un hombre, que si no recuerdo mal es uno de los tipos que suele dar clases, detrás de una mujer, le esta colocando los pies de forma correcta. Parece que tienen una clase clandestina, aunque estoy seguro que él lo que quiere es follar, como todos.

Veo los rasgos de la mujer. Me resultan familiares, aunque hay algo que no cuadra. Me acerco decidido hasta ellos. En cuanto escuchan los pasos el hombre se coloca delante de ella intentando protegerla. Mi media sonrisa peligrosa se escapa. Si quiero matar a alguien, nadie puede evitarlo.

El rostro de la chica queda completamente frente a mi.

- ¿Lucrecia? - Es la primera puta vez en mi vida que alguien me sorprende.

Es ella, pero a la vez no lo es. Tiene su cara, sus grandes ojos marrones y sus gruesos labios, pero el pelo ya no es rubio rizado, ahora es un castaño ondulado recogido en una coleta alta que deja su rostro libre. El pecho, siempre protegido en esos sujetadores brillantes tampoco es el mismo, ahora parecen dos manzanas perfectas y antes eran enorme. No va maquillada, ni lleva pestañas postizas. Parece una persona totalmente distinta.

- ¿Lucrecia? - repite el hombre y la mira extrañado.

- Señor Moretti - contesta nerviosa - No sabía que usted venía aquí, perdone.

Se acerca al borde de la colchoneta y recoge su mochila, me bordea y sale corriendo.

Estoy en shock. Esto podría ocurrir en una mala película, pero ¿en la vida real? ¿Quien cojones es esta mujer?

- ¿Cómo se llama? - Pregunto al tipo que hace un momento se ha extrañado.

Ya me ha tomado por tonto una vez. No puede engañarme, follar conmigo y salir de rositas.

Él tío se pone en posición defensiva.

- Deberás preguntárselo a ella.

- Te lo pregunto a ti - Saco del muslo una pistola, nunca salgo sin protección, y le apunto - solo te lo voy a preguntar una vez más, después espero que tengas testamento ¿cómo cojones se llama?

- Está bien... Elodie, se llama Elodie.

Ahora tengo otra misión, aparte de cargarme a mi hermano y a la puta de su mujer. Tengo que descubrir que esconde Lucre... Elodie y porque me ha engañado, y después voy a castigarla como se merece.

Capítulo 17

Marcus

Dejo que tenga la última palabra porque está muy alterada, y porque el médico nos dijo que lo mejor era reposo y tranquilidad, pero que no se crea que esto se acaba aquí.

Salgo de la habitación escuchando sus sollozos. Ahora mismo me sería imposible dormir. No se porque todo se tiene que complicar tanto.

Bajo las escaleras para trabajar un poco en mi despacho ¿cómo cojones voy a dormir con Mía llorando en la habitación de al lado? Ni siquiera se porque le dije eso a su padre, quería cabrearle y hacerle daño. Esto va así, nos pasamos la vida viendo a ver quién mea más lejos.

No puedo culpar a Mía, me casé con ella y al día siguiente la abandoné ¿cómo va a confiar en mí?

Me sirvo un whisky. Dejo que el hielo lo envuelva. Lo muevo haciendo círculos para escuchar el tintineo que hace al chocar contra el cristal. Tengo que hacer que confíe en mí, pero ¿cómo? Se que es casi imposible, pero más imposible es que la deje ir. Simplemente no puedo vivir sin ella.

Los siguientes días la dejo tranquila. Casi no nos vemos y eso me está matando. Come poco y duerme mal y tengo que contenerme para no atarla a mi cama y darle yo mismo de comer, porque se que eso lo empeoraría todo.

Me acerco hasta la habitación de invitados para intentar hablar con ella, a ver si con un poco de suerte se ha calmado en estos días.

Toco una vez a la puerta esperando que la abra. Un minuto después vuelvo a tocar, noto como la paciencia comienza a esfumarse de mi cuerpo. No puedo evitarlo, soy como una bomba con mecha corta. La tercera vez que llamo a la puerta la golpeo con la palma abierta.

- Como no abras la puerta, la voy a tirar abajo - Amenazo convencido de cumplir lo que he dicho.

Escucho girar el pestillo. Respiro aliviado porque entre en razón. Conozco a Mía lo suficiente como para saber que empezar una conversación calmada después de arrancar la puerta sería improbable.

- ¿Qué quieres?

- Quiero que hablemos - La esquivo y entro en la habitación.

Lo único que me falta para que mis hombres crean que me he vuelto blando es que me vean dando explicaciones a la hija de mi enemigo. Me convertiría en el hazme reír del oscuro mundo al que pertenezco.

- ¿De qué? Está todo muy claro, por primera vez lo veo todo claro - Su voz dolida y sus ojos rojos me afectan.

Me acerco a ella para cogerle las manos, su contacto me calma y me centra. Me ayuda a encontrar las palabras que quiero decirle, pero que mi ego no me deja. La retira en cuanto nota

mi contacto y eso me enfurece.

- ¿Qué está todo claro? No tienes ni idea de nada. Le dije a tu padre lo que le tenía que decir, pero eso no quiere decir que sea la verdad ¿entiendes?

Mía suspira, triste y derrotada. Tiene los hombros inclinados como si llevara todo el peso del mundo sobre ellos. Esperaba que reaccionara a mis palabras, no que dos lágrimas corrieran por sus mejillas.

- Todo tu eres una mentira, Marcus - susurra - Te casaste conmigo para hacer daño a mi padre y después me abandonaste - sus ojos son dos lagos llenos de agua y dolor - después me secuestraste, me encargaste a un hombre que me dió una paliza y después intentaste matar a mi hermano. Ahora vienes aquí a decirme ¿qué?

Todo lo que ha dicho es verdad, lo se, pero eso no significa que ella no me importe. Aunque odio profundamente a su familia y los mataría sin pensarlo.

Respiro hondo un par de veces. Mía se limpia las lágrimas de sus mejillas con el dorso de la mano y yo no puedo hacer nada para que sus ojos dejen de llorar. Me siento impotente y furioso. Aprieto los puños con todas mis fuerzas.

- Vengo para decirte que lo que le dije a tu padre no es cierto - Más claro no puedo ser.

Se aleja de mi y se sienta en la cama. Se mira los dedos que juegan nerviosos.

- ¿Y qué? - Pregunta con una triste sonrisa - Tu corazón es una piedra, es negro y solo sabes causar dolor. El único momento en el que fuimos felices fue una maldita mentira - sus palabras son como dardos envenenados que dan justo donde quiere hacerlo.

Me quedo clavado donde estoy. Si mi corazón es una piedra y está negro ¿por qué siento como si muriera con cada latido? ¿Por qué tengo la sensación de que la he perdido?

Me recompongo para ser el malvado Marcus con el corazón negro, pero el que puede hacer que Mía se mueva, el que puede hacer que salga de esta habitación en la que lleva encerrada tres días.

- Bueno, tu y yo tenemos un trato, vistete que tenemos que salir a cenar. En media hora vendré a buscarte.

No le doy tiempo a que conteste o se niegue, en dos grandes pasos estoy fuera de la habitación. Cierro la puerta con un gran portazo que hace crujir la madera.

Treinta minutos después nos montamos en el coche. Dante conduce mientras Mía y yo nos sentamos en los asientos traseros. Se ha sentado en el sitio más alejado al mío, pegada a la puerta y mirando por la ventanilla.

- Recuerda que tenemos un trato - Digo con la esperanza de que se acerque y me dirija la palabra.

Despacio aparta la mirada del paisaje hasta que llega a mí.

- Aquí no hay nadie que vea el teatro.

Mierda. Vuelve a girarse hacia la ventanilla. No se como hacer que vuelva a quererme ¿cómo lo hago? ¿Me odia?

Ella siempre ha sido un libro abierto, ahora sólo es un libro roto, mojado y lleno de barro imposible de leer. Lo he destrozado.

Llegamos al restaurante. He elegido uno pequeño a las afueras y he reservado todas las mesas. Quería una noche tranquila y romántica. Ahora empiezo a pensar que ha sido una mala idea. Una única mesa en el centro con un gran ramo de rosas preside el restaurante. Hay velas por todas partes, iluminando cada rincón.

Mía mira todo desde la puerta. Con un vestido blanco, su pelo rojo cayendo en cascada sobre él, le da un aspecto angelical. Es lo más puro que he visto nunca. Ella es el color en mi vida.

- ¿Para que hemos venido? - Pregunta dando un paso atrás.

- Se supone que somos un matrimonio, tenemos que hacer este tipo de cosas - Miento.

Le sujeto la mano para acercarla. Poco a poco nos vamos acercando a la mesa. Me parece increíble que haya cedido sin pelear o sin decir cosas horribles sobre mi corazón.

Aparto la silla para que se siente, pero antes de que pueda sentarme, un silbido llena el aire y cristales salen volando. Miro directamente donde Mía tiene la vista clavada. Un pequeño agujero en la cristalería del restaurante. Al momento otro sonido silbando llena el aire. Disparos.

He vivido esta situación muchísimas veces, estoy tan acostumbrado que si tomaran mis pulsaciones, mi corazón no se aceleraría ni lo más mínimo, pero esta vez siento pánico dentro de mí, se me corta la respiración, soy incapaz de meter aire en los pulmones, siento los latidos en las sienes, que golpean frenéticamente. Todo esto es lo que siento en un segundo, justo lo que tardo en saltar sobre Mía para protegerla con mi cuerpo. Nos empujo hacia atrás para tumbarnos en el suelo.

Los sonidos de balas nos rodea, y yo solo puedo pensar en que la mujer que esta debajo de mí esté viva, que ninguna bala le haya dado a ella. La aprieto fuerte contra mi pecho hasta que todo queda en absoluto silencio.

- ¿Mía? - Pregunto todavía abrazándola.

Me aparto de ella para mirarla. Observo su cuerpo, el vestido sigue blanco, ella tiembla bajo mi cuerpo y me mira fijamente.

- ¿Estás bien? - pregunta inclinándose para comprobar también que no estoy herido - ¿Quién ha hecho esto?

Solo hay una persona capaz de hacer esto. La única que me amenazó con hacerlo: su familia. Pero eso no es importante ahora, coloco mis manos a ambos lados de su cara, me sorprende al ver mis dedos temblar sobre su piel.

Yo no sabía lo que era el miedo hasta que llegó ella. Y ahora el que se haya atrevido a hacer esto lo va a pagar.

Capítulo 18

Mía

Marcus se levanta observando todo mi cuerpo con sumo cuidado, buscando alguna herida.

- Espera aquí - Dice sacando una pistola y girándose para salir tras los que nos han disparado.

Lo agarro de la solapa de la americana. ¿Cómo voy a dejar que vaya tras ellos? ¿y si lo hieren?

- No me dejes sola, por favor. No te vayas.

Encierra mis dedos entre los suyos y los acaricia. Está tan tranquilo que no lo entiendo. Acaban de intentar matarnos, ¿por qué no pierde los nervios como estoy a punto de perderlos yo?

- No te va a pasar nada ¿vale? Estoy aquí y jamás permitiría que nadie te hiciera daño - Suelta una de mis manos y acaricia mi mejilla. Su toque tranquilo y cálido consigue tranquilizarme un poco.

Se pone en pie y camina decidido hacia la cristalera que acaba de ser tiroteada hace un momento. No duda, ni tiembla. Camina decidido con la espalda recta, y la pistola en alto. Yo tiemblo como una hoja. No estoy preparada para vivir este mundo, no formo parte de él y dudo que algún día me acostumbre.

Escucho ruido de coches fuera ¿han vuelto para terminar el trabajo? Salgo disparada hasta la puerta. Si puedo hacer algo por ayudar a Marcus lo voy a hacer, no puedo permitir que lo maten. Aunque esté dolida por sus palabras y por como me ha tratado hay una cosa que no puedo negar; le quiero, haga lo que haga dudo que pueda dejar de amarlo.

Tres coches lo rodean. Corro hasta él esquivando uno de ellos. Cuatro hombres se bajan de él. El conductor del más cercano me mira, Dante. ¿Son los hombres de Marcus?

- Vosotros - Señala Marcus a uno - seguid el rastro. Los quiero a todos ellos esta noche bajo mi control.

Quiero saber quién ha sido y porque ¿¿Cómo cojones se han atrevido?!

Camino torpemente hasta Marcus. Todo mi cuerpo tiembla asustado. En cuanto me ve arruga las cejas y camina rápido hasta mí.

- ¿Por qué has salido? Te dije que no te movieras.

Lo abrazo fuerte. Entierro mi cabeza en su pecho y respiro su aroma. Huele a roble y a Limón. Escuchar su corazón me tranquiliza. Da igual lo que me haya hecho o lo que tenga planeado hacer ¿Cómo podría verlo morir y quedarme tan tranquila?

- Escuché los coches y pensé... Pensé que habían vuelto... creía que te harían daño - Explico entre sollozos.

Me separa de él y coloca sus manos detrás de mi cuello, jugando con mi pelo y con una sonrisa fresca e infantil en su rostro. Sus negros ojos brillan emocionados.

- ¿Pensabas que estaba en peligro y saliste? - niega con la cabeza para cortar el hilo de los

pensamientos - Jamás vuelvas a hacer eso. Nunca te pongas en peligro por mi.

Rodea mi cintura y me pega a él. Nos acercamos a Dante que espera órdenes.

- Lleva a Mía al castillo.

¿Castillo? No debería pensar cosas raras ya que me ha protegido de los disparos, pero escuchar castillo hace que piense en mazmorras y torturas.

- Espera, espera ¿Qué castillo? ¿Me vas a encerrar otra vez? - Me alejo de él dando un par de pasos hacia atrás.

No pienso permitir que me deje con uno de sus hombres y me hagan lo mismo que hizo Beni.

Me mira sin comprender hasta que recuerda por lo que pasé esa noche. Puedo ver el momento exacto en el que ata cabos por como su rostro cambia a pura rabia. Empuja sus cejas intentando contenerse. Golpea el capó del coche con el puño cerrado y yo pego un salto sobresaltada.

- ¡No te voy a encerrar maldita sea! - me agarra del brazo y me aleja de sus hombres para que no escuchen la conversacion - la única persona en la que puedes confiar aparte de mi es Dante. Jamás te haría daño - Respira profundo sin quitarme el ojo de encima.

¿Qué demonios le ha pasado? ¿Se enfada porque desconfíe? Como si tuviera que fiarme de todo lo que dice... Es la persona que más me ha mentido y aún así tiene la cara dura de enfadarse.

- ¿ ... Y como quieres que yo sepa eso?

- ¡Dante! - Grita ignorándome - llevála al castillo. A partir de ahora es tu responsabilidad.

Da media vuelta y se va. Se monta en uno de los coches. Desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Espero que no persiga a los que nos han disparado, preferiría que mandara a algunos de sus hombres a investigar. Lo se, soy tonta. Después de todo lo que me ha hecho sigo sin querer que sufra ningún tipo de daño.

- Señorita Mía ¿Está lista? - Me saca Dante de los pensamientos tristes que no puedo evitar.

- Llámame Mía, por favor - Suspiro ocultando la presión de mi pecho - Estoy lista.

Me monto en la parte trasera del coche. Recorremos Verona, me encanta verla por la noche, iluminada por los comercios o por las farolas, le da un aspecto triste y melancólico que siempre me ha encantado. Llegamos a las afueras, zonas boscosas danzan a ambos lados del coche y aunque debería fiarme de Dante, empiezo a preocuparme otra vez. Supongo que nunca volveré a dormir tranquila.

Todo por lo que he pasado en los últimos meses se me ha grabado a fuego en mi corazón y en mi alma, es imposible de borrar. Ahora siento que hay un peligro escondido detrás de cada esquina, siento que cualquier persona podría traicionarme o hacerme daño.

- Dante ¿Estamos saliendo de la ciudad? ¿Puedes volver? Por favor... - Le doy a la manecilla de la puerta pero las tiene bloqueadas.

- Mía - dice con su voz grave frenando el coche al lado de la carretera - No voy a hacerte daño. El castillo de la familia Moretti está fuera de Verona, nos quedan unos diez minutos para llegar.

- Lo... Lo siento. Me he puesto nerviosa.

Ahora me siento avergonzada por ser una miedosa. Me recojo el pelo en una coleta y le regaló una pequeña sonrisa.

- No pasa nada, la entiendo. Ha pasado por mucho últimamente.

Asiento dándole la razón. Arranca el coche de nuevo y nos volvemos a poner en marcha.

Un gran muro de piedra nos corta el paso. Dante baja la ventanilla y pasa una tarjeta por un lector electrónico, la verja cruje y empieza a moverse para dejarnos paso. El camino esta adornado por enormes árboles por todas partes. Al final un castillo preside el terreno.

Me incorporo y cierro los dedos sobre el asiento delante. Es impresionante, es enorme. No puedo creer que este castillo del siglo quince sea propiedad de Marcus, aunque pensándolo bien, si él quiere algo, lo tiene, así de simple.

La puerta de entrada es gigantesca y metálica. Si Dante quisiera podría meter el coche por ella y cabría perfectamente.

Salen unos sirvientes a recibirnos. Nos bajamos del coche y espero al lado del hombre al que Marcus dijo que tenía la responsabilidad de protegerme, aunque no lo amenazara, sé que si algo me ocurre lo pagará.

- Aquí estas a salvó ¿vale? Voy a ir a buscar vuestras cosas y vuelvo. No tardaré.

- Vale - Digo poco convencida.

Hay demasiada gente que no conozco. No se que intenciones pueden tener, pero si sé una cosa; dudo que Marcus me hubiera traído aquí sin pensara que corría peligro.

- Espera dentro y no salgas - Es lo último que dice Dante antes de montarse en el coche e irse.

Lo que encuentro cuando entro me deja petrificada. Es simplemente una maravilla. Las paredes son de piedras, hay unas escaleras antigua que lleva hasta la planta de arriba. Camino por el vestíbulo hasta una puerta que da a un gran salón.

Toda la pared del Fondo esta llena de ventanales, toco las cortinas que descenden desde el techo, gruesas y suaves. En uno de los laterales hay una chimenea como yo de grande, el fuego baila dentro calentando la estancia, y las frías paredes de piedra están adornadas por cuadros de personas que no conozco.

- Vaya, vaya ¿... Y usted es? - habla una grave voz a mi espalda.

Al girarme veo a un hombre que me saca una cabeza, vestido con un traje gris con camisa blanca y corbata negra. Tiene el pelo castaño y ojos verdes, no como los míos, más bien es un verde oscuro, muy oscuro.

- Me llamo Mía, encantada - Le tiendo la mano esperando que se presente también.

Deja los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo. No tiene intención de corresponder al saludo, así que la bajo yo también y quito la sonrisa con la que le recibí hace un momento.

- Así que tu eres Mía, Mía Carusso - Dice dando un paso hacia mi - Y por lo que veo sigues viva.

Detrás de mi está la chimenea. No puedo retroceder para alejarme del loco que me mira con odio. Empiezo a pensar que saltar dentro de la chimenea es mejor opción que estar cerca de este hombre.

- ¿... Y usted es?

- Killian Moretti, hermano de tu marido.

¿Marcus tenía un hermano? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Cuántas mentiras voy a ir descubriendo? Lo rodeo para alejarme del fuego y de Killian, desprende una frialdad y maldad que jamás he sentido con Marcus. No me gusta estar en la misma habitación que él.

- Es un placer conocerte.

Gira sobre sí mismo hasta volver a estar de frente a mi.

- Deberías haberte quedado dentro del coche cuando lo tiraste al canal, aunque supongo que si estas aquí es porque la venganza de Marcus no ha terminado - Suelta como si nada. Como si hablara consigo mismo.

Tal vez tenga razón su hermano. Tal vez esto no sea más que otro juego para volver a romperme. Tiene mucho odio hacia mi familia, no sé porque ni cuando empezó pero sé que no va a terminar solo porque yo le quiera. Si este es un movimiento planificado quiero saber que piensa hacer después.

No voy a permitir que vuelva a jugar con mi corazón. Lo prometí hace unos días y lo voy a cumplir. Marcus está muerto y enterrado para mí.

Capítulo 19

Mia

No pienso achantarme ante otro mafioso acostumbrado a asustar a todo el mundo ¿Quién se ha creído que es? Solo es el hermano segundón que no conoce nadie.

- Me da igual lo que tenga preparado tu hermano.

Aparta un mechón rizado de pelo del resto de mi melena y se queda mirándolo fijamente. Me quedo quieta como una estatua. Desvía sus ojos del pelo a mis ojos y al momento cierra el puño tirándome fuerte del pelo que hace un instante acariciaba.

- Debería importarte, porque vas a sufrir y yo lo disfrutaré.

Coloco mi mano sobre la suya intentando que me suelte. Casi puedo tocar el odio que desprende este hombre ¿qué he hecho yo para que todos me odien?

- ¡HERMANO! - grita Marcus acercándose a nosotros - ¿qué estás haciendo?

Killian me suelta y retrocede alejándose a mi.

- Marcus - Saluda - Estaba conociendo a tu mujer.

Los dos hermanos se acercan y se abrazan. No hay ni una pizca de cariño, no puedo ver brillo en sus ojos o una minúscula sonrisa. Todo es odio, odio, odio. Mire donde mire es lo único que hay.

Marcus llega hasta mi y me tiende la mano. Dudo. Siempre dudo cuando se trata de él. Sé que no tengo otro camino, pero me gustaría alejarme de este.

- Vamos, Mía - Me anima a decidirme.

Dejo que sus dedos rodeen los míos. Su calor traspasa mi piel, asciende por mi brazo y llega hasta mi corazón. Pero este calor quema, arde, lo destruye todo y solo deja cenizas a su paso. Este es el amor de Marcus.

Subimos las escaleras que terminan en un amplio pasillo lleno de puertas de madera tallada impresionante.

- ¿Te ha hecho algo mi hermano?

Suspiro ¿Cómo puede preguntarme algo así? Debería conocer a su propio hermano o por lo menos el odio que le tiene a mi familia. Pero lo último que quiero es crear problemas, así que decido callarme su amenaza.

- No, no me ha hecho nada, pero deberías haberme dicho que tenías un hermano.

Abre la puerta de la habitación. Hay un enorme escritorio negro en el lateral. Un armario grande lleno de ornamentos que tiene que tener un valor incalculable y una enorme cama en la pared del fondo. Las cortinas tapan lo que creo que es un balcón con preciosas vistas. Pero el olor de esta habitación es de Marcus, todo grita a voces que es suyo. No pienso dormir con él.

- Pensaba que seguía de viaje, aunque debería haberte contado que tengo un hermano, tienes

razón.

Paso los dedos por la negra madera de la mesa, es suave y dura, resistente a los años.

- Marcus.... Preferiría tener una habitación para mi.... Para mi sola.

Se para en seco, como si le sorprendiera lo que le digo. Como si pudiera borrar y olvidar todo por lo que he pasado por su culpa. No tengo intención de eliminar de mi mente los últimos meses, mucho menos los últimos días en las que le admitió a mi padre que yo no era nada.

- Bien, como quieras - Abre la puerta enfadado y sale al pasillo.

Lo sigo hasta la puerta que está al lado de la suya. Si pudiera elegir, le pediría la última habitación de la última planta, pero supongo que tendré que conformarme con compartir pared con él.

Entro en mi nueva habitación. Es igual de grande que la de Marcus, pero más fría y sin vida. Me sirve, no necesito el calor para nada, he aprendido en este mes que no necesito a nadie, ni a mi padre, ni a mi hermano y muchos menos al mentiroso de Marcus.

- Gracias - digo volviéndome hacia él.

Solo vislumbro su silueta justo antes de que cierre la puerta. No está contento ¡bien! Yo tampoco, pero el tiroteo de esta noche no cambia nada, al menos para mi.

Me doy una ducha y me pongo un pijama que había doblado en el armario. Es de color rosa palo con una batalla fina y elegante a juego. Me tumbo sobre la cama pensando en todo lo que ha ocurrido.

Marcus se fue detrás de esos hombres ¿los habrá encontrado? ¿Sabrá quién los mandó? No se cuantos enemigos tiene, solo conozco a uno y es el que amenazó mi vida días antes y sé por experiencia que sería capaz de hacerlo, no son amenazas vacías.

Si mi padre estuviera aquí delante me dispararía sin pestañear. Lo tengo asumido, por fin he visto como es realmente mi familia.

Me despierto sobresaltada. Todo está oscuro. No hay ningún ruido en el castillo, debe de ser tarde. Me levanto de la cama con lo últimos restos de la pesadilla; disparos y sangre por todas partes, hombres muertos, niños llorando. Todo muy dramático, aunque totalmente normal. Es de locos este mundo en el que todos se odian.

Salgo de la habitacion. Necesito caminar, respirar aire limpio. Bajo las escaleras hasta llegar a la entrada. Abro la puerta, aunque es de noche el aire es agradable, la primavera ya está aquí, se puede oler el aroma de las flores, los grillos cantan entre la hierba y a lo lejos algo me dice que hay un estanque por el croar de las ranas.

Dos hombres me cortan el paso.

- Señorita Mía, no puede salir. Órdenes del jefe - Dice una montaña llena de músculos.

- No quiero salir, solo pasear por el jardín, por favor. No me alejaré demasiado.

Se miran entre ellos dudando.

- Yo acompañaré a la señorita - Killian se acerca a mi lado y me sonríe.

Los dos hombres que hace un momento dudaban, ahora asienten convencidos de que con el hermano de Marcus estaré a salvo. Yo lo dudo, pero no puedo negarme a no ser que quiera que me odie más de lo que ya lo hace.

Caminamos por un estrecho camino de tierra que comienza en el jardín y se va adentrando cada vez más en las profundidades del bosque que rodea el castillo.

- ¿Has visto alguna vez el panteón familiar?

No sabía que tenía un hermano, ni un castillo, no sabía que dirigía media Italia y que era enemigo de mi familia y el espabilado este me pregunta si conocía el panteón familiar. Tengo que morderme la lengua para no decirle alguna frase de las mías.

- No, nunca había estado aquí, todo es impresionante.

- Vamos a verlo, te va a sorprender - Mete las manos en los bolsillos y se yergue sobre toda su estatura.

El resto del camino lo hacemos en silencio. Todo está muy oscuro, solo iluminado por la luz de la luna llena. Frente aparece el panteón. Más grande de lo que había imaginado. Una puerta metálica negra cierra la entrada.

Killian saca una llave grande y oxidada de su bolsillo y la introduce en la cerradura. Con un chirrido ceden y nos abre el camino hacia el interior.

Hay tres tumbas. El padre de Killian y Marcus, su madre y la tercera tumba, la más alejada no logro leer lo que pone.

Miro a Killian antes de atreverme, asiente animándose. Me arrodillo frente a la tercera tumba en la que pone mi nombre, mi fecha de nacimiento y la del día que simula mi muerte ¿por qué está aquí mi tumba? ¿Por qué no está en el cementerio donde está toda mi familia?

- ¿Qué hace esto aquí? - Pregunto pasando los dedos por encima de mi nombre.

Me cuesta reaccionar. Ver mi nombre en la lápida es duro.

- Marcus se alegró tanto del daño que os hizo, que puso tu tumba en el panteón familiar.

El eco de sus palabras se repite en mi cabeza una y otra vez.

- Mientes - Susurro sin fuerza.

Siento el aire salir de mis pulmones, dejándolos vacíos. Cada paso que doy, descubro algo que me vuelve a hacer daño.

- No tengo porque mentirte, es la verdad. El odio de Marcus es más grande que tu amor por él y por eso seguirás sufriendo.

- ¡MIENTES! - grito quitándome las lágrimas que caen por mis mejillas.

Salgo corriendo de ese lugar. No paro de correr, no puedo parar. Necesito alejarme y pensar, necesito poner en orden mis pensamientos. No puedo seguir rompiéndome a cada paso.

Salgo del recinto del Castillo ocultándome entre los árboles, solo hay un lugar al que puedo ir, el único lugar en el que he sido feliz.

Capítulo 20

Killian

Rocco ha estado buscando a Lucrecia, es decir, a Elodie.

No me acostumbro a este cambio de pronto.

Ella me ha mentido, tanto física como moralmente, y aunque en mi mundo es lo más normal, no quiere decir que haya matado por mucho menos. Me jode que se rían de mí, que me tomen por tonto.

Recibo un mensaje de Rocco.

<La han visto en el centro comercial>

Salgo de la casa y camino directo hacia el coche.

Cazar me pone a mil. Supongo que es como meterse una raya de coca, todos tus sentidos se escapan de tus manos, se magnífica, estas en una nube disfrutando, solo se acaba cuando le has metido una bala en la cabeza o le has dado una paliza a alguien. Vamos a ver que va a pasar hoy.

Conduzco a lo máximo que me permite mi coche. Respetar las señales y los semáforos es para los hijos de puta mediocres. Hasta la policía sabe que no debe joderme. Ellos no me Joden y yo no les jodo. Todos felices.

Aparco delante de la puerta. Aunque parece que he llegado en el momento exacto. Un tío grande y fuerte la tiene agarrada del brazo.

- Buenas - Saludo como el que no quiere la cosa.

Elodie me mira asustada, más que asustada, y por extraño que parezca, no me gusta ver esa mueca en su rostro. Podría decir que es bonita, no sexy, ni atrevida. Sus ojos son grandes y azules, los labios carnosos, sin ese color rojo chillón son ahora más apetecibles que nunca.

- Vete si no quieres que te haga daño.

Sonrio. Me encanta este momento.

- Lo has dejado claro. Eres el gallo de este corral, el que mea más lejos y la tiene más grande - Lo elogio aunque no hay una verdad en las palabras que salen de mi boca, solo es que él no lo sabe aún.

- Pues si sabes lo que te conviene no te metas, gilipollas - Vuelve a tirar a Elodie del brazo intentando alejarla de mí - Ella es mía.

Antes de que pueda reaccionar, le agarro el brazo que usa para tirar de ella y con un golpe seco le obligo a soltarla.

- Pero yo tengo más huevos que tu - saco la pistola de la cinturilla de mi pantalón y le disparo en el pie.

Él tío duro y amenazador desaparece. Ahora es una niña pequeña que llora y grita. En mi mundo

tienes que parecer duro, pero por encima de todo, debes serlo también, cuando disparas y cuando te disparan.

- Lárgate o el siguiente será en la cabeza.

Agarro a Elodie del brazo y la arrastro conmigo. La poca gente que paseaba ha entrado en pánico y corre intentando alejarse de nosotros.

Llegamos hasta el coche, de un tiro se suelta de mi agarre. Está cabreada, pues sorpresa, yo también.

- Debes elegir mejor a tus chulos - escupo apretando la mandíbula.

En cuanto termino de hablar, levanta la mano y me da una bofetada con todas sus fuerzas.

- Él no es mi chulo, imbécil.

Da media vuelta y se aleja. Tiene suerte de que me haya quedado completamente en shock. Jamás me había ocurrido algo así, aunque tampoco nadie había tenido los huevos de golpearme sabiendo quien soy. Los tíos más grandes y fuertes se han cagado encima, de forma literal. Esta pequeña mujer podría acabar con todos ellos si quisiera.

-Pero... ¿Qué cojones....

Cuando quiero reaccionar ya es tarde, no la veo por ningún lado.

Vuelvo a mi castillo, me encierro en el salón y dedico la tarde a beber whisky frente a la chimenea hasta que anochece, no he podido dejar de pensar en Elodie ni un momento ¿qué cojones me pasa? Me ha pegado y sigue viva ¿qué mierda me está pasando? Rompo los pensamientos cuando escucho la puerta. Los pasos se acercan hacia mí. En el momento que aparece se quien es, aunque ella no tiene ni idea de quien soy yo. Ser el hermano segundón que trabaja en las sombras tiene sus ventajas.

- Vaya, vaya ¿... Y usted es? - pregunto sorprendiéndola.

- Me llamo Mía, encantada - Me tiende la mano esperando que le corresponda. Ni por toda la coca del país tocaría la mano de un Carusso.

- Así que tu eres Mía, Mía Carusso - Digo dando un paso hacia ella - Y por lo que veo sigues viva.

Quiero que sienta el peligro, que tenga miedo y no crea que está segura, porque me encantaría matarla aquí y ahora con mis propias manos, pero eso me traería muchos problemas.

- ¿... Y usted es?

- Killian Moretti, hermano de tu marido.

La sorpresa que siente es más que evidente, mis cartas vuelven a estar sobre la mesa y llevo una buena jugada. Marcus el mentiroso no puede evitar engañarla, y a mi me encanta sembrar la discordia.

- Es un placer conocerte.

- Deberías haberte quedado dentro del coche cuando lo tiraste al canal, aunque supongo que si estas aquí es porque la venganza de Marcus no ha terminado - Suelto como si nada. Como si hablara conmigo mismo, dándole voz a los pensamientos, aunque solo son mentiras, ella no lo sabe.

Marcus llega como el Salvador que cree que es y se la lleva. Unos de mis hombres entra en cuanto desaparece la pareja feliz por las escaleras y me susurra al oído todo lo que ha ocurrido esta noche.

Por eso los Carusso son unos hijos de puta perdedores. Les pones a dos personas solas en una restaurante y son incapaces de acertar ni una maldita bala. Hay que ser gilipollas para no acercarte por detrás, pegar el cañón a la nuca y apretar el gatillo.

- Señorita Mía, no puede salir. Órdenes del jefe - Dice uno de los guardias.

No he podido dormir, así que me he dedicado a investigar a Elodie. Esta mujer es un quebradero de cabeza. Tengo que volver a encontrarla y hacerle pagar la bofetada.

- No quiero salir, solo pasear por el jardín, por favor. No me alejaré demasiado.

Me acerco sigiloso por detrás. Podría pegarle un tiro cuando nadie mira. Nadie tendría que saber que he sido yo.

- Yo acompañaré a la señorita.

Caminamos por un estrecho camino de tierra que comienza en el jardín y se va adentrando cada vez más en las profundidades del bosque que rodea el castillo.

- ¿Has visto alguna vez el panteón familiar?

Se acaba de formar una idea en mi cabeza. No puedo acabar con ella directamente a no ser que quiera morir a manos de mi hermano, pero puedo sembrar discordia, mucha discordia.

- No, nunca había estado aquí, todo es impresionante.

- Vamos a verlo, te va a sorprender.

El resto del camino lo hacemos en silencio. Todo está muy oscuro, solo iluminado por la luz de la luna llena. Frente a nosotros aparece el panteón. Saco una llave grande y oxidada de mi bolsillo y la introduzco en la cerradura. Con un chirrido ceden y nos abre el camino hacia el interior.

- ¿Qué hace esto aquí? - Pregunta pasando los dedos por encima de su nombre.

Mi hermano se volvió loco cuando los Carusso no quisieron saber nada del entierro, la repudiaban, la odiaban, así que mi hermano decidió que meterla en el panteón familiar era lo correcto. Los Morettis y Los Carusso compartiendo el mismo suelo. Solo de pensarlo quiero vomitar.

- Marcus se alegró tanto del daño que os hizo, que puso tu tumba en el panteón familiar - miento.

- Mientes - Susurra sin fuerza.

- No tengo porque mentirte, es la verdad. El odio de Marcus es más grande que tu amor por él y por eso seguirás sufriendo.

- ¡MIENTES! - grita quitándose las lágrimas que caen por sus mejillas.

Tengo que contener una carcajada enfermiza. Esto es puta gloria de los Dioses. Es mejor que matarla. Hacerla sufrir creo que va a ser mi nuevo entretenimiento.

Capítulo 21

Marcus

Me despierto de golpe con el corazón a mil. ¿Quién cojones se atreve a pegarme un susto de muerte? No tardo ni un segundo en coger la pistola escondida en el lateral de la Mesilla de noche y apuntar al hombre que me mira desde los pies de la cama.

- Mía se ha ido, hermano - dice Killian alterado.

Me levanto de la cama. Escojo cualquier pantalón y camisa para vestirme todo lo rápido que pueda y salir a buscarla.

- ¿Qué quieres decir? ¿Qué significa que se ha ido?

- Dijo que no podía dormir y que necesitaba dar un paseo, le prometió a los guardias no alejarse demasiado... Está claro que mintió.

¿Mía me ha vuelto a engañar? Me prometió quedarse a mi lado si perdonaba la vida de su hermano. ¿Tenía pensado escapar desde un principio?

Salgo de la habitación, bajo las escaleras corriendo, el sonido de las pisadas en la entrada me indica que mis hombres están listos para salir a buscarla también.

- ¡Repartios entre las estación de autobuses, el metro y cualquier medio de transporte que haya podido usar para salir de Verona! - Grito mirándolos a todos fijamente - No quiero que volvais aquí con las manos vacías.

Killian apoya su mano sobre mi hombro, llamando mi atención.

- Creo que es hora de deshacernos de ella y mandar su cuerpo a la masión de los Carusso - Afirmo con rotundidad.

Quiero quitarme su mano de encima, partirle todos los dedos y vaciar el cargador en su pecho ¿qué cojones acaba de decir? ¿Quiere matar a Mía? Todos nuestros hombres nos miran, esperando la decisión final.

Le quito la mano de mi hombro y lo empujo hacia atrás golpeando su pecho con las dos manos.

- Nadie la tocará - Gruño apretando los dientes con rabia. Me giro mirándolos a todos - ¡Sigue habiendo una bala para el que se atreva a hacerle daño!

Mía no volverá a sufrir. Recuerdo cuando la perdí, cuando creía que había muerto y sentía ese vacío en mi pecho. Lo peor no era el dolor o la culpabilidad, era la nada que se apoderó de mi vida y mi futuro. Los negocios y el dinero dejó de importarme, nada importaba ya. No pienso volver a pasar por lo mismo.

- ¡¿Qué te pasa, Marcus?! - Grita Killian perdiendo los nervios igual que yo - ¡Ahora sentimos compasión por los Carusso!- Rompe a reír a carcajadas.

No pienso pasar lo que queda de noche peleando con mi hermano o explicándole porque no quiero que sufra.

- Podéis ir - Les digo a mis hombres - y tú no vuelvas a decirme lo que tengo que hacer. Obedecerás como todos los demás.

Corro hasta mi coche y lo arranco para desaparecer segundos más tarde. Las ruedas chirrian derrapando por la aceleración. Tengo que encontrarla. ¿Cómo se le ha podido ocurrir salir sola? Su padre quiere acabar con ella a toda costa, los hombres que nos dispararon en el restaurante lo confirmaron cuando dimos con ellos.

Voy vagando por las calles buscando una melena roja. Sería fácil encontrarla porque no hay casi nadie ahora mismo. Son casi las cuatro de la mañana, y aún así siento que no la encontraré. Llamo a mis hombres con la esperanza de que alguno haya dado con ella. Todos me dan la respuesta que no quiero oír.

Una hora más tarde estoy desesperado. Golpeo el volante ¿¿Dónde te has metido?! Conduzco alejándome de la ciudad. No soy consciente hacia donde me dirijo hasta que casi he llegado. El parque de atracciones. El lugar donde fui una vez con Mía.

Nos montamos en las atracciones, comimos algodón de azúcar, paseamos cogidos de la mano y no tuve que fingir ni una sola vez. Ella era el sol que me daba calor, la Luna que iluminaba el camino en la oscuridad. Su sonrisa radiante lo envuelve todo. Aun puedo recordar como sus rizos volaban cuando bajábamos en picado en la montaña rusa.

Ahora está cerrado, no hay música ni se escuchan los gritos de las personas que se montan en las atracciones. Parece muerto, sin vida.

Una chica está sentada a lo pies de la gran entrada que da acceso al parque. ¿Mía? Paro el coche en seco dando un frenazo y corro hacia ella. No me ha visto aún, tiene la cabeza gacha, pero sus hombros convulsionan como si llorara.

- Mía, llevo toda la noche buscándote - digo con un tono tranquilo para no asustarla.

Ella levanta la cabeza. Tiene los ojos rojos y las mejillas llenas de lágrimas

- ¿Cuál va a ser tu castigo esta vez?

¿De qué habla? Que castigo ni castigo. Llevo toda la noche buscándola desesperado.

- Mía, estaba muy preocupado por ti.

Se limpia las lágrimas que salen sin control de sus ojos y se mesa el pelo detrás de la oreja. Es tan hermosa que duele mirarla.

- ¿Tanto me odias, Marcus? ¿Tanto como para disfrutar con mi muerte? No lo entiendo - Cada vez le cuesta más hablar. Habla entre sollozos sin poder contenerse y a mí se me rompe el alma de ser tan cabrón - te lo juro, no lo entiendo. Mi único pecado ha sido quererte.

No puedo soportarlo, no puedo. Si tuviera que elegir entre cualquiera cosa o Mía, siempre ganaría ella.

- Yo no te odio, nunca te he odiado ¿Por qué dices eso?

Se levanta del suelo. Se sacude motas imaginarias de la ropa y se pasa un dedo bajo los ojos para eliminar los restos de las lágrimas.

- Si no me odias, si no quieres hacerme daño ¿Por qué me ha dicho tu hermano que pusiste mi tumba en el panteon familiar para alegrarte cada vez que la vieras?

Si el dolor tuviera forma, sería el menudo cuerpo de Mía, si tuviera un color, sería el de sus ojos. La culpa de que ella haya huido en mitad de la noche justo después de un tiroteo ha sido de mi hermano.

Se me acelera la respiración. Siento la rabia controlar mi cuerpo y mi mente como tantas otras veces, se me nubla la razón. Me alejo de la chica asustada que tengo frente a mi y camino en círculos, respirando profundamente. Ella me observa sin decir nada. Esta faceta es nueva, jamás me había visto así y seguramente esté asustada, pero ella no sabe que esto que ve, es solo el Marcus tranquilo, puedo ser letal.

Me acerco a ella y le sujeto las manos entre las mías, acaricio sus dedos, suaves y cálidos.

- Mi hermano te ha engañado - Es mejor soltarlo del tirón para que me preste atención - Tu padre puso una tumba de mierda, sin tu apellido, sin tu esencia. No podía permitirlo.

- Tu nunca habrías dado la cara por mi.

Ahí está, el cuchillo en mi corazón. El cuchillo que yo mismo me he ganado. No confía en mi. He dicho tantas mentiras que es imposible que la culpe.

- Puse tu tumba al lado de las dos personas que más he querido en toda mi vida ¿Crees que haría eso por odio?

Se sienta de nuevo sobre el bordillo, confusa.

- No lo se, Marcus.

Me siento a su lado. Se lo que tengo que hacer. Esta vez no seré el cobarde que fui cuando la abandoné. Ahora se lo que tengo que hacer.

- No te fías de mi, lo entiendo, pero dame una oportunidad para recuperar tu confianza, es lo único que te pido. Por favor...

Yo rogando. Me pinchan y no Sangro. Marcus Moretti pidiéndole a alguien que le dé una oportunidad.

- ¿Cómo sé que no me estás mintiendo otra vez?

- No lo sabes - levanto una de sus manos y le doy un beso disfrutando de su olor - Pero te prometo que no voy a volver a defraudarte.

Asiente lentamente, como si le costara. Supongo que fiarse después de lo que hice es difícil, por no decir imposible, pero que no se haya negado para mi es suficiente.

- Venga, volvamos.

No le suelto la mano, me niego a dejar que vuelva a alejarse de mi. Llegamos hasta el coche, le abro la puerta y la ayudo a ponerse el cinturón de seguridad. Es una tontería y sé que ella puede hacerlo, pero a las mujeres les gustan los hombres atentos y a partir de hoy eso es lo que voy a ser.

Conduzco de regreso al castillo. Llegamos cuando casi está amaneciendo. Killian nos espera con algunos hombres. En cuanto nos bajamos del coche se acerca a nosotros.

- Llévala - Ordena a mis hombres.

Ellos empiezan a acercarse y Mía se pega a mi asustada. Estoy seguro de que cree que la hemos vuelto a engañar.

- ¡PARAD! - amenazo levantando el brazo - ¡nadie la tocará ni ahora ni nunca. Killian, no vuelvas a dar ninguna orden para hacerle daño.

Cierra los puños por como le he tenido que parar los pies. Es mi hermano pequeño, pero aún así siempre ha querido ser el que lo dirija todo.

- ¡SE ESCAPÓ! - Grita señalándola

- ¡A partir de hoy respetarás a mi mujer! ¿te ha quedado claro?

Nos pegamos tanto que casi se rozan nuestras narices. La tensión puede cortarse en el aire. Si tengo que partírla la cara, lo haré y lo disfrutaré, pero la oportunidad que me ha dado Mía es lo más preciado que tengo ahora mismo y no pienso volver a cagarla.

Capítulo 22

Mía

Killian grita a los hombres que me lleven a algún sitio. Me ha engañado, ha conseguido engañarme. Sabía desde que lo vi que no era de fiar y aún así he hecho justo lo que quería que hiciera.

Cuando Marcus le planta cara, me pego a él como una lapa a una roca. Ahora mismo, rodeada de hombres armados, este es el sitio más seguro.

Entramos en el castillo. Yo mirando en todas direcciones por si alguno de sus hombres decide que es mejor hacer caso a Killian, pero cuando veo a Dante colocarse a mi lado, me siento mucho más tranquila.

Antes de que pueda entrar en mi habitación Marcus me detiene sujetándome por el brazo.

- Quiero que hablemos un momento - Abre la puerta de su cuarto y espera que entre.

No puedo hacer otra cosa. Solo quiero dormir. Meterme en esa cama gigantesca y mullida y dormir diez horas, pero supongo que toca charlar.

Espero de pie en medio de la habitación.

- ¿De qué quieres que hablemos? - Pregunto cruzándome de brazos.

- Mía, supongo que entiendes lo que ha hecho mi hermano - Asiento. Hasta un niño de cinco años sabría porque ha mentido - Entonces también sabrás que no es seguro que estemos en habitaciones separadas.

A ver, después de más de quince horas sin dormir me dice que tenemos que hablar y me viene con estas. Otra persona que me odia, una más a la larga lista de personas que quieren matar a Mía.

¿Cómo he podido vivir tantos años alejada de este mundo? ¿Cómo pudo Marcus meterme en él con tanta facilidad?

- No voy a dormir contigo. Puedo cerrar el pestillo por las noches - Digo muy segura.

- El pestillo... ¿Crees que un pestillito podría parar a mi hermano? ¿a tu padre? No Mía, no los parará y cuando se trate de tu seguridad no voy a discutir - Levanta su voz de barítono dándome a entender que no me está pidiendo opinión sobre nada - Te vas a quedar aquí conmigo, yo dormiré en el suelo si eso hace que te sientas más cómoda.

Supongo que no tiene pensado ceder más que el dejarme la cama para mi. Aun así siento mucha rabia porque todo esto es por su culpa y ahora viene aquí obligándome a hacer lo que él quiere porque se siente culpable.

- Si te importara mi seguridad no me habrías traicionado.

Lo dejo mirándome con mayor enfado que el mío. ¿Cómo me dijo una vez? Aquí yo soy Dios, pues bien, a Dios no le sienta nada bien que le digan verdades a la cara.

Me meto en el baño. Me desvisto y me meto en la ducha. El agua caliente me calienta por dentro también. Me lavo el pelo con el jabón de Marcus, huele a él. Aunque odié admitirlo, me encanta su olor.

Antes de volver a la habitación me pongo un albornoz negro que hay colgado. Es esponjoso, mis manos quedan escondidas dentro de las mangas.

Ahora que estoy calentita y cómoda, siento como mi cuerpo pide a gritos dormir. Marcus me espera sentado en la cama.

- ¿Qué haces aquí?

- Te estaba esperando ¿tienes hambre? - Levanta la esquina de la colcha y la sábana, preparándome la cama.

Es tan doloroso recordar al falso Marcus, el que me hacía feliz, el atento y cariñoso, el que me quiso y me cuidó. Y ahora lo tengo aquí delante de nuevo ¿intenta engañarme otra vez? Le quito la sábana de entre los dedos para hacerlo yo.

- No te molestes, ya lo hago yo.

Se aparta para dejarme espacio. Me meto dentro de la cama. Es como si flotara entre nubes, bostezo instantáneamente.

- Voy a buscarte algo para que comas antes de dormir.

No me da tiempo a contestarle. Si hubiera podido le habría dicho que no tiene que fingir más, si tengo hambre bajaré a buscar comida, si tengo frío, me abrigaré. No necesito un príncipe de brillante armadura que decida que tiene que cuidarme. Cuando lo necesité, estaba sola, no estaba a mi lado.

Mi ojos se desvían hasta la cicatriz de la muñeca la que me hizo mi padre. Cada vez que la miro una única palabra viene mi mente " Traidora" Eso dijo Marcus que significaba.

La puerta se abre. Espero ver a Marcus con una bandeja llena de comida, pero en su lugar está Killian.

- No puedes entrar aquí - Me levanto de la cama y me arrebujó más en el Albornoz.

Me mira con suficiencia, pero en el fondo de sus ojos puedo sentir lo enfadado que está.

- Espero que no me estés diciendo a que parte de mi casa puedo ir y a que parte no.

Da un paso hacia mí. Es como un León acechando a su presa y yo me siento como la inocente cebra que bebe agua en el estanque.

- No, yo no, te lo dirá tu hermano. Ya sabe que has mentido, no volverá a fiarse de ti.

- Entiendo que este confundida, casi no nos conoces, dejame que te aclare las cosas - Se saca las manos de los bolsillos y coge la botella de whisky del mueble bar, mientras se prepara un vaso habla como si nada le importara - Marcus es la fuerza bruta, las balas y las amenazas, pero yo, yo soy la estrategia y la paciencia.

Bebe un trago de su vaso. Hace círculos provocando que el líquido ambarino gire con el vaso. Tiene razón, sabe cómo intimidar, pero tengo la esperanza de que Marcus llegue pronto y lo eche a patadas.

- Si se te da tan bien la estrategia ¿porqué vienes a amenazarme? - Levanto una ceja retándolo.

No puedo evitarlo, soy imprudente por naturaleza. Debería pedir perdón y suplicar misericordia, pero entonces no sería Mía Carusso. Si me atacas, estaré esperándote hasta que no pueda más.

- Touché - Deja el vaso con un golpe sordo sobre el mueble - Ten cuidado, estas avisada.

Me deja sola en la habitación. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Las amenazas de Killian o de mi padre no son amenazas vacías como las que puede hacer cualquier persona normal, si ellos dicen que van a hacer algo, lo harán, tarde o temprano, pero ocurrirá.

Me quedo de pie mirando la puerta incluso cuando Marcus llega con una bandeja entre las manos. Mi pecho sube y baja más rápido de lo normal. Las palabras de Killian resuenan en mi cabeza y solo puedo hacer la misma pregunta una y otra vez ¿ qué les he hecho yo?

- ¿Estás bien? ¿Qué te ocurre?

Deba la bandeja sobre la cama. Un sándwich y un vaso de zumo. Levanto la rebanada de pan para descubrir lechuga, tomate, atún y almendras esparcidas por todas partes.

- Estoy bien, no tengo hambre, pero gracias.

Miro las almendras por última vez antes de volver a colocar la rebanada de pan en su sitio.

Me meto en la cama mientras Marcus corre las cortinas. Todo queda en penumbra, una agradable oscuridad que deja verlo todo, pero que hace que pesen los párpados con cada pestañeo.

- ¿Tu qué vas a hacer? - Pregunto bostezando.

Pasa sus dedos por mi frente para quitarme uno de mis rizos. Cierro los ojos sintiendo como poco a poco me voy cada vez más lejos.

- Me quedaré hasta que despiertes - Deja un suave beso sobre mi frente - Descansa.

Camino sobre una vieja alfombra hacia el altar. Marcus lleva el traje de novio más bonito que he visto nunca, le queda perfecto, como si se lo hubieran hecho a medida. Me espera con una sonrisa emocionada, la misma que tengo yo.

La cola de mi vestido de novia arrastra tras de mí, solo dos personas van a ser testigos de nuestro amor, pero no necesitamos nada más. Ni grandes fiestas ni cientos de personas tirándonos arroz. Solos él y yo.

Doy un paso tras otro hasta que llego a su lado. El cura nos habla hasta que llegamos a la parte en la que tengo que contestar. Soy tan feliz que estoy deseando contestar que quiero pasar el resto de mi vida con él.

- Si, quiero.

El cura sigue mirándome, como si no me hubiera escuchado. Marcus sigue cogiendo mi mano, esperando mi contestación.

- Si... Si, quiero - Repito.

Nadie reacciona a mis palabras. Me observan congelados, estatuas que siguen esperando mi respuesta.

- ¡Si quiero! Marcus ¿me escuchas? ¡Si quiero!

Despierto sobresaltada. Todo ha sido una maldita pesadilla. Coloco las manos sobre el pecho, necesito que se calme un poco o terminaré despertando a Marcus que duerme en una butaca a mi lado.

Mi boda perfecta se convirtió en la pesadilla de mi vida.

Capítulo 23

Marcus

Mis ojos miran fijamente el vaso con whisky del mueble bar. Sé sin lugar a dudas quien es su dueño y no pienso dejar las cosas así. Tiene que aceptarlo, porque no existe un camino alternativo en el que mi hermano haga algo contra Mía y yo no la defienda.

En cuanto escucho su tranquila respiración, lenta y acompasada, salgo de la habitación.

Voy directo al despacho de mi hermano. Me engañó, me miró a la cara y me mintió. Sé que no le cae bien Mía, ni ningún Carusso, pero va a tener que respetarla si no quiere que tengamos una guerra interna. Estoy seguro de que nuestros enemigos se aprovecharían de nuestra debilidad.

Abro la puerta sin llamar. Levanta la vista del libro que está leyendo, lo cierra lentamente sin apartar la mirada de mí. Me reta mi propio hermano y yo tengo que contener la ira. Solo hay una persona capaz de sofocar el fuego que se abre camino dentro de mí; Mía, como ahora no está conmigo, no tengo que contenerme.

- Veo que no sabes llamar a la puerta.

Camino despacio hasta su mesa. Tomándome mi tiempo.

- ¿Qué le has dicho cuando has ido a verla a mi habitación? - Afirmino para que no pueda mentirme.

Se levanta, coge el libro y lo coloca con cuidado en la estantería. Siempre ha sido más dramático que yo, le gusta el suspense y se le da bien, por eso mismo no caigo en su trampa de perder los nervios.

- Hermano, hermano, tu duda me ofende. He ido a verla para ver cómo estaba y para disculparme.

Si cualquier gilipollas que me mirara a la cara y me soltara esta estupidez consiguiera colármela, no sería el hombre más poderoso de Italia, bueno, de los bajos fondos de Italia. Cree que puede engañarme.

- No vuelvas a acercarte a ella - Cierro el puño atrapando el cuello de su camisa - eres mi hermano y te quiero, pero no permito que nadie se meta en mis asuntos, ni siquiera tú.

- Cálmate hermano, está bien, no volveré a acercarme a tu amorcito.

No me creo ni una sola palabra. A partir de hoy siempre habrá un par de ojos de confianza puestos en Mía. Lo empujo hacia atrás.

Todos los sentimientos que me nublan, todos los que rigen mi día a día, desaparecen en cuanto la veo en la cama, el pelo revuelto encima de la almohada, menos un mechón que le tapa los ojos, lo aparto con cuidado para no despertarla.

Cada noche recuerdo el momento justo en el que la obligué a bajarse del coche, su mirada dolida y defraudada la tengo grabada a fuego, el dolor en su rostro era tan visible como el sol durante el día. Imagino que nunca la dejo allí, arranco el coche y nos alejamos. Imagino que no soy yo el

cuasante de la cicatriz de su brazo, de su desconfianza ni del dolor que siente.

Tal vez algún día pueda recuperarla, tal vez vuelva a mirarme como lo hizo una vez, de momento me basta con que confíe más en mi que en el resto de nuestros enemigos.

Un rayo de luz me da directamente en la cara. Abro los ojos para ver la cama vacía frente a mi. Miro por toda la habitación, está vacía. Voy directo al cuarto de baño.

- Mía ¿Estás ahí? - Pregunto golpeando la puerta.

Nadie contesta. Dudo que mi hermano o uno de sus hombres haya hecho algo tan pronto, pero no puedo evitar el desasosiego que me inunda cuando no se donde está.

Camino por lo pasillos del castillo atento a cualquier ruido, esperando escuchar su voz en cualquier momento. La oigo a lo lejos. Me acerco a una de las cristaleras y la veo. Mi corazón vuelve a latir.

Yo sé lo que siento, pero nadie más puede enterarse. Ella sería el camino hacia mi. Pensar que pueda pasarle algo por mi culpa.... Eso no puede pasar jamás.

Salgo fuera y Mía me ve.

- ¿Dónde estabas? - pregunto más fuerte de lo normal.

- Aquí - Se pasa un mechón por detrás la oreja, nerviosa - Me llamaron al móvil y no quería despertarte.

Espero con la paciencia que no tengo que me explique quien la ha llamado. Me doy cuenta de que no tiene intención de darme más explicaciones. Esta mujer me saca de mis casillas a veces.

- ¿Quién te ha llamado?

Se acerca hasta las flores y se agacha para olerlas. Lo hace a conciencia. Es rebelde aunque parezca sumisa, se revela en cada pequeño detalle que puede, siempre lo ha hecho, pero antes yo era el calzonazos que tenía que enamorarla, ahora soy el demonio que tiene que protegerla. Los roles han cambiado.

- Era del Hospital. Empiezo a trabajar el lunes - Suelta con una sonrisa genuina. Como si fuera una maldita buena noticia.

No puedo prohibirle que trabaje. Bueno, si que podría pero me odiaría aún más. Tampoco quiero que crea que soy un cavernícola que le gustaría mantener encerrada a su mujer en un lugar seguro veinticuatro horas, aunque así es exactamente como me siento con Mía.

- Te llevarás a Dante y tendrá puesto un ojo en ti en todo momento ¿Está claro?

Pone los ojos en blanco y resopla.

- Clarísimo - Dice dando media vuelta y entrando de nuevo en el castillo.

Saco el teléfono del bolsillo y llamo a Dante. Le informo de que tiene que ser la sombra de Mía. Tengo a muchos hombres trabajando para mi, otros muchos para mi hermano, pero sólo hay uno al que le confiaría mi vida o la de Mía.

En los siguientes días nos vemos poco, ella está emocionada con su nuevo trabajo y yo tengo que lidiar con muchos problemas que están surgiendo últimamente. Hay envíos que desaparecen, redadas que no esperábamos. Algo no huele bien en todo este asunto y voy a investigarlo.

Mis hombres están sobre aviso. Están pendientes de cualquier cosa que vean o escuchen fuera de lo normal, incluso nuestro infiltrado en la policía ha sido amenazado, pero de momento no sabemos nada.

- Dante, quiero que lo investigues a fondo. Dudo que sea casualidad.

Dante asiente frente a mi. Opina igual que yo.

- ¿Sospecha de alguien en concreto?

Aprieto los labios cabreado. Claro que sospecho de alguien. Hay tantas personas a los que les encantaría que me hundiera que no podría contarlas con los dedos de las manos, pero solo hay un par con suficientes cojones como para plantarme cara abiertamente y sabotearme.

- Vigila a los Carusso, y también... Investiga los últimos movimientos de mi hermano.

Unos pequeños golpes en la puerta rompen el ritmo de la conversación. Nadie puede saber lo que se habla aquí.

- Adelante - Dante se aparta a un lado para salir en cuanto se abra la puerta.

Mía asoma la cabeza tímidamente. Entra despacio. Ella siempre ha desprendido un aura angelical que me derrite, pero lo que veo ahora me deja sin aliento. Es simple belleza. Lleva el pelo recogido en una coleta y un pijama de hospital blanco. Es el día que empieza a trabajar.

Me gustaría atarla a la cama y prohibirle ir a ningún sitio si no es acompañada por mi, pero ella no es de las sumisas, no. Ella me drogaria o se haría pasar por muerta y desaparecería, así que tengo que andarme con pies de plomo para no asustarla.

- Es la hora, tengo que irme o llegaré tarde - Su dulce voz nos aleja de los problemas del submundo.

- Estas muy guapa - Rodeo el escritorio y me acerco a ella - Dante te llevará y se quedará contigo

- Abre la boca para protestar, pero no voy a ceder - No notarás que está ahí, pero estará.

Se muerde el labio y a mí me dan ganas de morderlo también. Acerco mi rostro al suyo, pero en lugar de saborear sus labios color fresa, asciendo hasta su frente y la beso.

- Bueno... Dante... Deberíamos irnos - Dice nerviosa alejándose.

Los sigo hasta la puerta. Quiero mirarla una vez más antes de volver a los sucios negocios que dirijo.

- Suerte en tu primer día.

Sale por la puerta principal y parece que toda la luz que envolvía el castillo se ha ido con ella. Cierro la puerta del despacho. Me sirvo un whisky del mueble bar y vuelvo a centrarme en los papeles que tengo sobre la mesa. Busco a la persona que me está traicionando, la que va a morir.

Capítulo 24

Mía

Ya me había olvidado de lo que me gusta el olor a hospital. Este trabajo me encanta. Hoy he sido un poco la chica para todo, pero no me importa. Soy la nueva, la novata, es normal.

Termino de cambiarme y salgo para ir en busca de Dante, antes de que pueda salir me topo con él. Ni en mil vidas habría dicho que un hombre tan grande podría ser silencioso como un ninja, pero este lo es.

- Podemos irnos, he terminado ya.

Dante me quita la bolsa de deporte donde guardo una muda limpia y algunas cosas de aseo personal y yo aprovecho para quitarme la gomilla del pelo y dejarlo suelto.

Estoy bastante cansada, pero ha sido tan emocionante poder ayudar a las personas que no cambiaría mi trabajo por nada del mundo. Nadie puede quitarme la sonrisa de la cara ahora mismo.

Dante aparca el coche en la explanada. Marcus sale a recibirnos. Se parece al antiguo Marcus, el atento y cariñoso, pero ese era falso. Me da miedo descubrir que vuelve a engañarme por algún motivo oculto.

Me pidió una oportunidad y decidí dársela, pero eso no significa que vaya a confiar ciegamente otra vez en él.

- ¿Cómo ha ido tu primer día? - Pregunta besando mi frente.

Esa pregunta me anima. Elimina inmediatamente todas las dudas y me centro en contarle todo lo que he hecho.

- He tenido que curar varias heridas. Ha sido emocionante.

Me observa divertido. Debo parecerle una loca. Oh mira, a Mía le encanta curar heridas. A mi padre también le parecía una estupidez. No entendía el motivo hasta que me hirió a mí. A él no le gusta curar a las personas, él prefiere derramar su sangre.

- Me alegra que te guste - Dice pasando su pulgar por mi mejilla - Ahora ve a arreglarte, vamos a ir a uno de los bares que dirijo para celebrar tu primer día de trabajo.

Es raro tener un marido del que no sabes nada. No tenía ni idea de que era el dueño de un bar ¿Cuánto más me habrá ocultado? Si he decidido darle realmente una oportunidad, también tengo que estar abierta a toda la información que me ocultó cuando sólo trataba de engañarme.

- Está bien, no tardaré.

Me doy una ducha rápida. No dejo de pensar en que ropa podría ser la adecuada. Nunca he ido a fiestas, ya no hablo de bares, mi padre era sumamente estricto.

Al abrir el armario descubro que toda la ropa que me compró en el duplex ya está aquí. Voy pasando las perchas buscando algo elegante y sexy. Quiero dejar la mojigata que llevo dentro

entre estas paredes.

Hoy seré Mía Carusso, la esposa del mafioso Marcus Moretti. Yo sola me río de las tonterías que pienso.

Un modelito llama mi atención. Un vestido negro palabra de honor, todo el pecho está hecho de lentejuelas y cuando llega a la cadera cae una pequeña falda de raso hasta los muslos. Si le pongo unos tacones quedará perfecto.

Me arreglo el pelo, aunque después de mirarme en el espejo podría decir que me lo desarreglo lo llevo en plan leona, suelto y a lo loco con los rizos mandando sobre todo lo demás. Me gusta lo que parezco. Poso delante del espejo como si fuera una de las peligrosas ángeles de Charlie. Ellas desprenden seguridad y poder por todos los poros de su piel. Me gustaría ser así.

Bajo las escaleras en busca de Marcus, un silbido llama mi atención.

- Estas increíble - Marcus sujeta mi mano y me obliga a dar una vuelta.

- Gracias - Sonrio contenta porque le haya gustado.

Coge mi abrigo del perchero y me ayuda a ponérmelo.

- Esta noche hace frío - Aunque es primavera ha refrescado los últimos días. Espero que pronto vuelva el aire primaveral.

Dante para el coche frente a la puerta. Los hombres de Marcus se bajan de sus coches antes que nosotros y se colocan en las posiciones que supongo son las que les han dicho.

Tener tanta protección las veinticuatro horas me da miedo ¿Por qué necesitamos tantos hombres? ¿Nuestra vida corre peligro cada vez que salimos a la calle? Tengo tantas preguntas que no se ni por donde empezar.

La gente que hace cola para entrar se apartan a un lado al vernos, bueno, al ver a Marcus, seguro que a mí no me conoce nadie.

- Buenas noches señor Moretti - Saluda un hombre abriéndónos la puerta del Interior.

Todo está en semi oscuridad. Suena música chill out por los altavoces y la gente baila en la pista o bebe en la barra. El lujo se ve por todas partes. Hay una zona de asientos repleta de sillones de cuero negro. Si miras hacia arriba puedes ver otra planta formada por espacios privados y en medio de la pista de baile una gran lámpara de araña cuelga. Esperaba algo más parecido a las películas, moteros por todos lados y borrachos vomitando por las esquinas. Está claro que tengo que actualizarme.

- Qué quieres beber? - pregunta Marcus acercándose a mi oído.

Sus labios rozando mi lóbulo provoca pequeñas descargas eléctricas que me ponen los pelos de punta.

- Eh... No se... Lo que tu quieras.

Camina decidido hacia la barra. Le dice algo algo hombre que hay tras ella y este se pone a trabajar de inmediato en las copas.

Marcus sujeta su vaso de whisky y en la otra mano trae un copa de cóctel.

- Pruébalo - Me anima - Te gustará.

La sujeto con cuidado. Poso mi labios sobre el cristal y dejo que el líquido caiga por mi garganta. Nunca había probado este cóctel, es sin duda alguna mi bebida favorita a partir de ahora.

- ¡Dios mío, Marcus! - Digo sorprendida - ¿Qué lleva? Esta riquísimo.

Él, ríe divertido. Supongo que le hace gracia porque parece que he vivido encerrada en una cueva y que hoy por fin estoy viendo la luz.

- Se llama Pisco Sour y tiene lima, azúcar y whisky entre otras cosas así que no te lo bebas demasiado rápido o se te subirá a la cabeza.

Dicho y hecho. Me lo aparto rápidamente de los labios. Casi me había bebido la mitad. Si tienes entre tus manos una bebida que sabe muy fuerte, te la bebes despacio porque en realidad no te gusta demasiado, pero tener algo que sabe dulce y delicioso y no poder bebértelo es un sufrimiento.

Un hombre se acerca a Marcus, le dice algo en el oído y se aleja.

- Dame un minuto y vuelvo - Deja su vaso sobre una de las mesas - No tardaré.

- ¿Pasa algo?

Se inclina hasta quedar a mi altura. Me mira intensamente, pero mis ojos están hechizados por los suyos.

- Eres tan dulce... No tardaré.

Me pilla desprevenida y por eso cuando deja un beso sobre mis labios no me muevo ni un centímetro. Cuando ha desaparecido de mi vista, todavía siento su calor sobre ellos.

Killian aparece detrás de una pareja y camina decidido hacia mí. Este hombre solo puede traer problemas. Busco entre todas las personas a Marcus. Ojala aparezca pronto.

- Buenas noches, Mía. Estas preciosa.

- Gracias - Digo con desgana.

Levanta mi brazo para ver el cóctel que estoy bebiendo. Lo acerca a su rostro y pasea las manos por el borde.

- Tienes buen gusto. Es el que más piden.

No se a que está jugando, pero ya me he cansado. Si Marcus lo ve cerca de mí se va a liar y solo pensarlo me pone nerviosa.

- ¿Qué quieres, Killian? Creía que Marcus te había pedido que te alejaras de mí - Le doy un trago demasiado largo a mi copa y la termino.

Sonríe como si le diera igual lo que acabo de decirle. No le importa que no quiera tenerlo cerca o que su hermano no confíe en él, es un psicópata narcisista.

- No se como mi hermano ha podido dejarte sola. Solo he venido a decirte que está en el reservado tres, puedes ir si quieres.

¿Qué hace en uno de esos reservados? Espero que no tenga pensado tenerme esperándolo toda la noche.

- Vale, gracias.

Esas dos palabras traducidas significan que te vayas, y parece que lo entiende porque sin decir nada más Se aleja de mi y vuelve a desaparecer entre la gente.

Espero diez minutos más. Algo raro comienza a pasar. Los borde de mi visión se difuminan cada vez que muevo los ojos para enfocar a algún lugar del bar, empiezo a sentir mucho calor, incluso puedo notar como pequeñas gotas de sudor se empiezan a formar en mi frente. Pero lo más raro de todo son las ganas de acostarme con Marcus que tengo. Todo mi cuerpo me pide a gritos que me quite la ropa y vaya a buscarlo.

¿Por qué me estoy encontrando tan mal de pronto? ¿Dónde está Marcus? Una voz repite la misma frase una y otra vez en mi cabeza: Killian te ha puesto algo en la copa. Tienes que buscar a tu marido o su hermano hará algo que no te gustará.

Capítulo 25

Mía

Si los síntomas que tengo son por algo que me ha puesto Killian en la Copa, estoy segura de que tiene alguna intención oculta, pero ¿cuál?

Encuentro las escaleras que llevan a los reservados. Coloco una mano sobre la pared para ayudarme a mantener el equilibrio. Todas las personas se difuminan al moverse, pero eso no es lo peor, lo peor es el calor que siento dentro de mí, pequeños escalofríos recorren mi cuerpo por la excitación que siento. Jamás he tenido esta necesidad tan urgente de sexo.

¿Cuál es la intención? Piensa, Mía. ¡Céntrate! Pero es imposible, solo veo el pecho desnudo de Marcus y mis dedos tocando sus músculos. Me viene a la cabeza la cinturilla de su vaquero, y unas ganas locas de bajárselo me invaden. Me limpio el sudor de la frente mientras intento controlar la respiración.

Voy a matar a Killian. Se ha pasado. Me froto los ojos para enfocar la vista, "Reservado 2" Bien, el siguiente es donde está Marcus. Avanzo despacio hasta que toco la puerta. Por fin se va a terminar esta pesadilla.

La abro sin llamar. Es una emergencia, cualquier cosa que esté haciendo puede esperar. Hay un hombre vestido con un traje azul oscuro, está sentado en un sillón de cuero rojo y mira fijamente una barra que va desde el suelo hasta el techo. He visto este tipo de barras muchas veces y normalmente es para hacer bailes.

- Perdona - digo pasándome la mano por la frente otra vez.

La descargar eléctricas que siento cada vez van a más. Siento mi corazón cabalgar desbocado y no sé como, de pronto tengo clara la intención de Killian. Me droga con algo que me convierte en una máquina de sexo andante y me manda a un reservado donde hay un tío que no es su hermano. ¡Qué tonta has sido, Mía!

- Ya estás aquí preciosa - Se acerca y pasea sus dedos por mis brazos.

Es un hombre joven, con el pelo castaño y los ojos marrones. Si lo viera por la calle tal vez pensaría que es mono, pero aquí y ahora me da pánico estar encerrada con él.

No quiero sentir nada, pero no puedo evitar la respuesta de mi cuerpo por las drogas. Mi cerebro grita que salga de aquí de inmediato, pero mi cuerpo es otra historia. Siento asco por estas sensaciones que no puedo controlar y que no quiero sentir.

- Creo que se ha confundido, estoy buscando a Marcus, Marcus Moretti - Recalco el apellido para intentar asustarlo.

Se acerca más a mí y rodea mi cintura pegando mi cuerpo al suyo.

- Aquí solo estamos tú y yo, hagamos que merezca la pena.

En una situación normal sería capaz de defenderme. Una buena patada en las pelotas y jamás volvería a acercarse a una chica drogada, pero no puedo controlar mi cuerpo. Mis dedos

tiemblan,
mi mente se nubla cuando quiero pensar rápido, estoy abotargada.

El hombre acerca su nariz a mi cuello y aspira, suelta un gemido y baja su mano de mi cintura a mi glúteo. No hay droga que haga que disfrute con un violador.

- Para - pido empujándolo, pero no lo muevo ni un centímetro.

Su sonrisa se amplía más, disfrutando de mi NO. Este tío está enfermo. Killian buscó a la basura más grande de todo Verona y la trajo para que me destrozara.

- Shhhhhh - coloca un dedo sobre mis labios - te prometo que te gustará.

La puerta se abre de golpe. Parte del marco se ha desprendido. Un montón de hombres entran rodeándonos, y este maldito hombre aprieta más nuestros cuerpos.

Marcus aparece como un gigante. Con la furia reflejada en su rostro. Los ojos entrecerrados y los dientes apretados. Intento separarme una vez más, pero el tío que al parecer quiere morir no me lo permite.

En cuanto llega a nosotros lo agarra por el cuello y lo separa de mi. Lo empuja con tanta fuerza que trastabillo cuando obliga a sus brazos a dejar de abrazarme.

- ¡Eh tío! ¿Qué hacéis? Este es mi reservado. Salid de aquí inmediatamente.

Los hombres que nos rodean no hacen ningún movimiento, deberían hacer algo. Podrían llevarse al hombre para que Marcus no se pelee. Me acerco por detrás a él y le agarro del brazo para calmarlo, pero tira de su brazo para que deje de tocarlo y me mira conteniendo la rabia.

- ... Y está es mi mujer - Gruñe.

En todas las películas de mafias que he visto siempre hay algo que ocurre en todas. Cuando el marido mafioso cree que su mujer la está engañando, se la carga. La tira por un precipicio, por un puente, la entierra donde nadie pueda encontrarla... ¿Eso va a hacer Marcus conmigo?

- Deberías vigilar mejor a ese bombón, le va demasiado la marcha.

La respuesta no se hace esperar. Marcus golpea con su puño y toda la rabia la cara del hombre que acaba de buscarse un poderoso enemigo.

No puedo permitir que gane Killian, no puedo dejar que Marcus le crea. Intentando controlar mi cuerpo, me acerco al desconocido y le doy una bofetada.

- Deja de mentir - Me giro hacia Marcus - Me han puesto algo en la bebida, no sé que es... Pero...

- ¿Como le explico que estoy sumamente excitada delante de todos? - no sé qué me pasa, no estoy bien.

Se acerca y me mira fijamente. Primero los ojos, después su vista baja a mi pecho, que sube y baja como si hubiera corrido un maratón, coloca dos dedos en el lateral de mi muñeca, supongo que quiere escuchar mi corazón drogado yendo a mil por hora.

- Tienes las pupilas dilatadas - Dice volviendo a mirar mis ojos - ¿Quién? ¿Quién ha sido? - Repite al ver que no contesto.

Sería muy fácil gritar el nombre de su hermano y ¡tachan! Problema resuelto, su hermano se ocuparía de él y jamás volvería a molestarnos, pero no puedo hacerlo. No puedo ser la causante de que Marcus pierda a su hermano, por muy mala persona que sea. Jamás seré la mujer de la mafia despiadada que acaba con el que se interponga en su camino, solo puedo ser Mía, la enfermera que cura y cuida a todo el que lo necesite.

- No lo se, ¿Podemos irnos?

Con la cabeza le indica a sus hombres que se lleven al joven que hace un momento tenía sus manos sobre mi cuerpo. Marcus pasa su brazo por mi cintura ayudándome a caminar y salimos. Después todo, este final no lo esperaba.

No sentamos en la parte trasera del coche. Dante se coloca en el asiento del conductor. Marcus pulsa un botón y sube un cristal oscuro que nos separa de Dante.

-¿Estás bien? - Pregunta en cuanto nos quedamos solos.

Tengo muchos pensamientos confusos. El hombre despiadado que me abandonó parece ahora mismo estar muy lejos. Necesito sentir su cuerpo bajo el mío, necesito sus dedos recorriendo cada centímetro de mi.

Acerco mi rostro al suyo y no me detengo hasta que mis labios tocan los suyos. Pero no es suficiente, empujo mi lengua mientras gimo, Marcus jadea, perplejo, pero se deja llevar y cierra los ojos. Sus manos descienden por mi cintura provocándome mil sensaciones que estallan en olas de placer.

Me separo de él respirando entrecortadamente.

- Marcus... Necesito... Lo que me han echado en la copa... Necesito que me hagas el amor- Admito avergonzada.

Hace un ligero movimiento con la cabeza, sorprendido por mi declaración. Con sus manos en mis caderas me levanta y me sienta a horcajadas sobre él. Siento su bulto crecer debajo de mi. Me lanzo sobre sus labios como si fuera la última gota de agua en medio del desierto. Adoro su sabor dulce y el pequeño resto de whisky.

- Te necesito - digo sobre sus labios.

Marcus me levanta el vestido. Llega hasta los bordes de mis braguitas y las destroza. Ahora mismo no me importa nada. Solo sentirlo dentro de mi, es lo único que necesito. Mis manos intentan desabrochar los botones de su camisa. Quiero sentir el calor de su piel sobre la mía, sus duros músculos bajo mis dedos, pero mis manos son torpes y no consigo desabrocharlo, así que hago lo único que puedo hacer, pego un tirón con todas mis fuerzas y varios botones salen volando.

- Salvaje - Gruñe excitado.

En cuanto he cumplido mi objetivo empieza mi lucha con el cinturón. Ahora tengo la ayuda de Marcus que está igual de desesperado que yo, y unos segundos más tarde me levanto un poco para sentirlo por fin dentro de mi.

- Oh Dios mío, Marcus.

Coloca sus manos sobre mis caderas para ayudarme. Todo él me llena y me completa. No puedo dejar de moverme arriba y abajo para sentirlo, cada vez con más desesperación.

- No puedo aguantar - Admito notando pequeñas luces sobre mis ojos. No duraré mucho más.
- Vamos pequeña - coloca sus manos sobre mis caderas y vuelve mis movimientos más violentos
- Déjame ver tu orgasmo.

Dicho y hecho. Marcus susurrándome con su voz sexy de ultratumba, me llevan al cielo. Enormes oleadas de placer bajan por mi cadera. Escucho como gruñe justo después de mí. Y nuestros movimientos poco a poco se van relajando. Apoyo mi cabeza sobre su hombro. Estamos sudorosos y su respiramos fuera de control. Pero este ha sido el sexo más salvaje de toda mi vida.

Cierro los ojos un momento. Necesito descansar después de lo que acaba de pasar. Mi cuerpo ha estado demasiado tenso durante tanto tiempo, que ahora que está relajado, puedo por fin disfrutar de lo que acaba de pasar.

Capítulo 26

Marcus

Duerme apaciblemente con su cabeza apoyada en mi pecho. Tiene las mejillas coloradas y la frente sudorosa y aún así, es lo más bello que he visto en mi vida. Abro uno de sus ojos con cuidado, su pupila sigue dilatada, aunque parece que ha disminuido un poco.

Dante aparca el coche. Abro la puerta con cuidado y me bajo con Mía en mis brazos. Duerme profundamente, ni una bomba podría despertarla ahora mismo.

- Ven conmigo - Le digo a Dante en un tono bajo.

Entramos al castillo en completo silencio. Este es uno de los motivos por el que es mi mano derecha, sabe lo que quiero en cada momento y por regla general coincidimos.

Entro en mi habitación y camino hasta la cama. Suelto a Mía despacio. Observo su cuerpo, perfecto y suave, tallado por los ángeles especialmente para mi. Me da pánico pensar que puedan hacerle daño para llegar a mi, el temible Marcus capaz de perder la cabeza por una mujer.

Abro el armario y saco un pijama. No voy a dejar que duerma con un vestido de fiesta. Le bajo la cremallera y se lo quito. Debería ser un caballero y cerrar los ojos hasta que este vestida de nuevo, pero yo no soy un caballero, así que disfruto de su estómago plano, acerco mis labios y beso su ombligo. Le pongo el pantalón de pijama porque una sola ronda de sexo salvaje con Mía no es suficiente, y teniendo en cuenta que está inconsciente no sería lo más adecuado.

- Marcusss - Susurra dormida - No me dejes.

Una bala en el estómago habría dolido menos que esas cuatro palabras. Sé que le hice daño, que la traicioné. Sé que aún le duele lo que le hice y desearía poder cambiarlo, pero no puedo. La jodí y ahora tengo que cargar con las consecuencias.

- Jamás voy a dejarte - digo bajito en su oído - Ahora descansa.

Cubro su cuerpo con el edredón. Observo sus labios, hace un rato me buscaban desesperados y ahora tengo que saborearlos antes de volver a la realidad. Poso mis labios sobre los suyos. Despacio, disfrutando de su suavidad.

Cierro la puerta con cuidado de no despertarla. Cierro los ojos un segundo. Necesito centrarme y cambiar la máscara. Es más fácil llevar la que he tenido toda mi vida. Camino con paso firme y decidido hasta Dante, que me espera en el Salón.

- Quiero las grabaciones del local y las del reservado 3 .

Mía me ha dicho que no se acordaba, y una mierda, claro que lo sabe, tan sólo no me lo ha querido decir, pero eso no quiere decir que lo vaya a dejar estar. El que se mete con mi mujer, se mete conmigo y pienso mover cielo y tierra para encontrarlo.

- Si, señor - Asiente - Nuestros hombres ya las están recogiendo.

Camino por el Salón dando grandes zancadas. Ahora que no tengo a Mía cerca vuelvo a pensar con claridad. Algún desgraciado pensó que sería divertido drogarla, darle algo y llevarla a algún

sitio oscuro para terminar de cumplir sus intenciones. Solo de imaginarme lo que podría haber ocurrido me hierve la sangre.

Golpeo la pared con el puño.

- ¿Dónde estabais todos? - Pregunto acusándolo.

Dante se acerca arrepentido. Pero eso no es suficiente. Le dije que era su puta responsabilidad.

- Con usted, señor. No volverá a ocurrir.

Lo empujo contra la pared y coloco mi antebrazo sobre su cuello. Es mi amigo, más que mi propio hermano, pero con la seguridad de Mía no se juega.

- Jamás vuelvas a dejarla sola, ni por mi ni por la maldita reina ¿Está claro?

Asiente manteniendo la calma. Sé que podría liberarse en cualquier momento, lo he visto pelear, y aún así no lo hace porque así somos nosotros, animales de la noche peligrosos y letales hasta con nuestra propia sangre.

El móvil de Dante suena con un mensaje. Por fin voy a poder ver las grabaciones. Varios hombres se quedan en el umbral, intercambian varias palabras y después de darle dos discos, se van.

Estoy impaciente por ver lo que hay grabado . Parece que tardamos una maldita eternidad en que las imágenes comiencen a aparecer en la pantalla, pero cuando por fin lo hace entrecierro los ojos y presto máxima atención.

El video de la sala está claro. Mi hermano juega con sus manos sobre la copa de Mía. Pausamos la grabación justo cuando una pequeña pastilla pasa de unos de sus dedos al interior de la copa de mi mujer. Ella se queda sola después, esperándome, después camina hacia las escaleras.

Sacamos este disco que no sirve para nada e introducimos el siguiente. Este tiene audio y vamos a tener más claro lo que ha pasado, aunque yo lo tengo bastante claro.

Escucho a Mía decirle mi nombre y mi apellido al hijo de puta que va a hacer compañía a los peces esta misma noche y también veo como se resiste a pesar de la pastilla que mi hermano le puso en su bebida.

Cierro los ojos y me aprieto el puente de la nariz. Normalmente soy capaz de controlarme. Ahora mismo siento la rabia fluir por mis venas con cada latido. Cojo mi vaso de whisky y los estrello contra la pared. Tengo que respirar profundo y centrarme, de lo contrario tomaré la decisión equivocada.

- Dante, que unos hombres desconocidos hagan una visita a mi hermano - Me importa una mierda que tengamos la misma sangre, va a pagar lo que ha hecho.

Cierra el portátil y puedo notar su mandíbula tensa. Esta igual de cabreado que yo. No soporta lo que ha visto en las imágenes y sé que esta orden la va a llevar a cabo con mucho gusto.

- Será un placer - no se mueve de donde está. Busca las palabras adecuadas para decir algo más - ¿Qué hacemos con el hombre del reservado?

No tengo duda alguna ni remordimiento. Esto es la selva, el más fuerte manda y el que se la intenta jugar al fuerte tiene que asumir las consecuencias.

- Llévalo a nadar.

Ahora si sale decidido a cumplir con lo que le he ordenado. Ese hombre no verá un nuevo día. Estaba compinchado con mi hermano y sabía perfectamente quien soy yo. Hasta nunca.

Me sirvo otro whisky y me lo bebo de un trago. Si no hubiera terminado la reunión antes de tiempo no habría llegado al reservado antes de que ocurriera algo terrible. Solo de imaginarlo me dan ganas de ir yo mismo y darle una paliza a mi hermano, pero no puedo iniciar una guerra interna abiertamente, aunque eso es justo lo que él quiere. Va a pagar por lo que ha hecho, tarde o temprano lo pagará ante mi.

Abro la puerta con cuidado y veo que Mía sigue tumbada en la misma posición. No se ha movido nada. Llego hasta ella y no puedo evitar colocar una mano sobre su pecho, me tranquiliza sentirlo subir y bajar cada vez que respira.

Me tumbo a su lado. Necesito sentirla cerca. Sé que le prometí que dormiría en la butaca de mierda, pero no puedo cumplir esa promesa, no después de lo que ha pasado esta noche. Mañana mismo mandaré que la tiren.

Justo en ese momento se da la vuelta y acomoda su cabeza sobre mi pecho, pasa su brazo por encima de mi abdomen y se acurruca contra mi. ¿En qué momento me volví tan blando? Jamás he sentido la necesidad de compartir mi cama con ninguna mujer, y con Mía es lo más natural, lo que pide mi cuerpo a gritos. Tengo que ocultar estos sentimientos por el bien de los dos, porque puede ser nuestra perdición.

Abro los ojos en cuanto dejo de notar el peso del cuerpo de su sobre mi. Se levanta con cuidado, intentando peinarse los pelos, parece una pequeña leona, entra al baño y por algún extraño motivo, me sorprendo sonriendo como un novato con su primera paja. Soy ridículo. Me levanto de un salto y me pongo el pantalón del pijama.

Un rato después sale Mía vestida con el uniforme de trabajo. Debe estar loca si piensa ir a trabajar después de lo que pasó ayer.

- ¿Dónde crees que vas? - Pregunto más serio de lo que debería.

Ella me mira arrugando las cejas.

- A trabajar. Es mi segundo día, no estaría bien visto que faltara.

Se hace una coleta alta, puedo ver su fino cuello de cisne llamarme.

- Ayer te drogaron, no creo que te digan nada por faltar. Necesitas descansar.

Sale de la habitación sin hacerme caso. Nadie se atrevería a dejarme con la palabra en la boca, pero ella no me teme, está claro.

La sujeto por el brazo cuando llegamos abajo. Me evita, evita mirarme a la cara, pero que cojones... Sus mejillas se han sonrojado.

- Marcus, estoy bien.

Respiro profundamente. Tengo que recordarme continuamente con esta mujer que no puedo perder los papeles ni tratarla como trato a todos si no quiero que vuelva a huir de mi. Si mi intención es que quiera estar conmigo y que vuelva a ser la chica enamorada que destruí,

- Vamos a hacer una cosa - Intento poner algo de cordura - Vete a trabajar, pero cuando vuelvas vamos a hablar de lo que ha pasado.

Espero pacientemente a que me conteste. Sus ojos por fin enfocan los míos. Es como adentrarse en un bosque en plena primavera.

- Vale - Musita avergonzada - Después hablamos.

Tira del brazo para soltarse, pero no es así como se va a ir, ni hablar. Me acerco a ella, despacio para no asustarla. Me agacho un poco hasta quedar a su altura y dejo un beso sobre sus labios. Acerco mis labios hasta que rozo el lóbulo de su oreja.

- Ahora si puedes irte, esposa.

Capítulo 27

Killian

Golpeo el suelo con la silla una y otra vez, descargando toda la jodida rabia, hasta que solo son un puñado de astillas.

Odio a Marcus y a su mujer. No podía tomarse la pastilla y follarse al tío del reservado, mi hermano se habría vuelto loco al instante y los habría matado a los dos.

¿Por qué todo tiene que salirme tan jodidamente mal?

Respiro entrecortadamente, mi pulso va a mil y mi mala ostia no disminuye ni un poco.

El móvil suena encima de la mesa. Rocco vuelve a llamarme. Me tiene hasta los cojones con tanta llamadita, parece mi puta novia, y todo para darme información de mierda que no sirve para nada.

La última llamada fue para advertirme que Marcus se había dado cuenta de que algo andaba mal en el negocio ¿y a mi me coño me importa? No puede llegar oficialmente hasta mi, es irrastreable, y los tipos que podrían delatarme no lo harán porque valoran su vida y el dinero que les doy. Así de simple.

- Habla rápido - Contesto al teléfono.

- Han visto a Elodie en una gasolinera a las afueras de la ciudad, creo que intenta escapar.

Así que quiere huir después de abofetearme, pues lo va a tener difícil porque no soy de los que lo dejan pasar.

- Mándame las coordenadas.

Cuelgo el teléfono. Cojo las llaves del coche y salgo para interceptarla antes de que haga alguna gilipollez como hacerse pasar por muerta o tirar el coche a algún sitio. Me la colaron una vez, no hay opción para una segunda.

Una vez que Rocco me manda la ubicación, conduzco hasta allí. Es una gasolinera de mala muerte, con tres surtidores destartados en medio de la nada y un motel encima de la gasolinera.

Las cámaras no han captado como se iba ni han visto su coche por ninguna carretera. En el siglo que estamos es prácticamente imposible que no te vea una cámara o un radar, así que voy a dar por sentado que sigue aquí.

Entro en la recepción del motel. Un tío gordo con camiseta de tirantes que en algún momento había sido blanca me mira esperando que hable. Solo respirar el mismo puto aire que él me da asco.

- Estoy buscando a una chica. Elodie o Lucrecia. Es bajita, delgada y tiene los ojos azules.

El tipo se quita el palillo de dientes del lateral de la boca y me sonríe con complicidad.

- Todos buscan a una chica aquí - Extiende la mano y hace unos movimientos con los dedos

esperando unos billetes que no van a llegar.

Meto la mano en el bolsillo, con una sonrisa que indica que he comprendido lo que quiere decir. Llego hasta su mano, y antes de que pueda apartarla le retuerzo los dedos hasta que escucho un crujido.

Él tío grita intentando alejarse, y aunque sienta un profundo asco al tocarlo, no pienso soltarle hasta que me de la información que quiero.

- ¿Dónde está? - Pregunto levantando la voz.

Entre tanto grito y lloro no se si me está comprendiendo, aunque siempre puedo romperle los dedos de la otra mano.

- ¡Me has roto los dedos! ¡JODER! Habita... ción trece, pero sueltame.

Nada más escucharlo le suelo, el cae hacia atrás y su culo asqueroso rebota contra el suelo mientras pega la mano a su pecho.

El pasillo que da a las habitación, bordea el edificio por fuera. Si tocas algo de este lugar ten irás con un mínimo de quince enfermedades distintas, es realmente asqueroso.

Me paro frente a la puerta que me ha dicho, levanto el puño para golpearla, quiero darle la oportunidad de que me abra ella misma, pero antes de poder hacer nada unos tipos me ponen una bolsa negra sobre la cabeza y me arrastran hacia atrás.

Los puñetazos y las patadas no dejan de caer sobre mi cuerpo, pero no veo, así que no puedo defenderme porque la bolsa aprieta tanto que ya es un milagro que pueda respirar.

Unos minutos más tardes estoy en la parte trasera del motel, tirado en el suelo, pero todo se ha quedado en silencio. Espero unos pocos segundos antes de levantar los brazos y quitarme la bolsa. Estoy completamente solo.

Puede que me hayan roto un par de costillas, tengo contusiones por todo el cuerpo, la cabeza comienza a palpitarme y algo cálido desciende por la frente, pero lo más importante de todo es no gritar como una nenaza ni pedir clemencia. Nunca la dan y verte llorar solo les hace disfrutar a los enfermos como yo. Solo puedes resistir estoicamente o morir con dignidad.

Me levanto despacio, pero decidido. Se han ido. Estoy solo. Esto solo ha podido hacerlo una persona y el solo pensamiento me hace sonreír. Marcus siempre tan predecible. Él no mataría a su hermano porque es un marica con sentimientos, pero yo si habría mandado a tu mujer drogada para que un tío la violara. Es la gran diferencia entre nosotros; el tamaño de nuestros huevos.

Deshago el camino hacia la habitación de Elodie. Puede que mis sentidos no sean los mismo y que estén ralentizados, lo más probable es que tenga una conmoción, pero antes de llegar ya puedo ver la puerta abierta y el marco colgando.

Una voces se escuchan desde el interior. Elodie grita. Llego hasta la puerta y los veo forcejear. Un tipo intenta agarrarla mientras la amenaza con un cuchillo. Ella tiene una pequeña lámpara entre las manos, le apunta para evitar que se acerque.

Cuchillo contra lámpara ¿quien ganará?

- Él quiere verte, preciosa. No puedes escapar - Amenaza divertido por la situación.

Me gusta este tipo. Es como yo, del estilo mala gente. Disfruta del dolor ajeno, le pone y le divierte. Si yo fuera un tío decente, le noquearía y salvaría a la muchacha, pero quiero ver que ocurre.

En cuanto se acerca un poco, Elodie levanta la lámpara y le golpea en la cabeza, el tío ni se inmuta. Bien por él, a mí una jodida bofetada me dejó congelado. Tira el cuchillo y agarra la lámpara, literalmente se la arranca de las manos y la tira lejos.

La habitación está destrozada, el colchón está caído por uno de los laterales, las sábanas esparcidas por el suelo, la mesita de noche se ha movido varios metros y ahora está la lámpara rota y el suelo lleno de cristales ¿cómo puede costarle tanto sujetar a una chica que medirá uno sesenta?

Después de que ella se quede sin ningún "arma" la tira boca abajo contra el suelo y se sienta a horcajadas sobre ella. Aunque se retuerce y grita, esta inmovilizada. Hasta aquí has llegado pequeña.

- Odio interrumpir, realmente estaba disfrutando - Hablo dando un paso y entrando en la habitación - Todo este circo que habéis montado ha sido muy gracioso, pero necesito a la chica.

Él hombre la agarra por el pelo y le obliga a levantar la cabeza, acerca su rostro al de ella.

- A cuanta gente has cabreado, monada.

Le ata las muñecas con unas bridas y la deja en el suelo. Se acerca un poco, no lo suficiente como para que pueda golpearlo. Tipo listo.

- Mi jefe la quiere, así que ya puedes irte.

Giro el cuello a derecha e izquierda hasta que cruje. Esos mamones de Marcus me han hecho daño.

Salvo la distancia que nos separa para poder tenerlo a tiro, aunque sea solo una expresión, porque mi arma, entre patada y patada ha desaparecido.

- Tu jefe puede chupármela.

Alguien me da un golpe seco en la cabeza por detrás, supongo que han sido demasiados para un solo día. Mi visión se vuelve borrosa y caigo al suelo.

Capítulo 28

Mía

Cada vez que cierro los ojos vuelvo a revivir la noche anterior. El momento desesperado en el interior del coche de Marcus. Me muero de vergüenza. Literalmente, voy a morir de vergüenza.

Fui capaz de contenerme cuando el hombre que estaba dentro del reservado intentaba acostarse conmigo. No dudé ni un momento. Sabía que no había droga que me hiciera acostarme con él. Pero en cuanto nos quedamos Marcus y yo a solas todo se intensificó. Mi cuerpo pedía a gritos el suyo, exigía sentirlo y acariciarlo, fue superior a mí.

Esta tarde quiere que hablemos ¿cómo voy a encararlo después de mi comportamiento? Quiero que me trague la tierra y no volver a salir.

En el hospital todo va como de costumbre. Me encanta estar aquí. Me olvido de todo, los problemas y las preocupaciones dejan de existir y mi día mejora, o por lo menos eso pensaba yo, hasta que tengo que ir a curar a una chica que al caerse por las escaleras se ha hecho una herida en el brazo. Nada más verla está claro que su caída tiene nombre y apellido.

- ¡Buenas! - Saludo con una sonrisa - Mi nombre es Mía.

Es importante que se sienta agusto para poder entablar una conversación. Quiero comprobar si tengo razón o no.

- Mi nombre es Lea - Dice tímida, mirándose las manos.

Es una chica muy guapa, pelo castaño largo y ojos marrones, pero lo que más llama la atención es su mirada. Es una mirada triste, asustada, de impotencia, de súplica. Se me parte el alma ver a una mujer que sufre, pero no reúne el valor para alejarse de su agresor.

- Voy a curarte ¿vale?

Acaricio con mis dedos su mano para que me preste atención y compruebe que no voy a hacerle daño.

- Está bien - Por fin me mira y me sonríe, es una sonrisa pequeña, casi inexistente, pero suficiente por ahora.

Intento entablar conversación en varias ocasiones, pero contesta con monosílabos. Supongo que lleva siendo maltratada mucho tiempo, tiene automatizadas las respuestas cortas y ambiguas, casi como si se esforzara por no contestar erróneamente.

Decido acompañarla a la sala donde se supone que la espera su marido. Miro hacia atrás y veo a Dante a cierta distancia de nosotras. Tener a un gigante cubriéndote las espaldas hace que sea más lanzada de lo normal. Pero si puedo aprovechar la situación para ayudar a otra persona, lo voy a hacer.

- Ya era hora - Se acerca un hombre con el pelo lleno de gomina y peinado hacia atrás - Llevas una eternidad dentro.

No pregunta cómo está o si tiene que tomar alguna medicina. Lo que más le preocupa después de

que su mujer haya tenido un " Accidente" Es que ha tardado demasiado en salir. Lea baja la cabeza y se disculpa.

Me interpongo entre ambos

- Supongo que usted es su marido.

La agarra de la muñeca y tira de ella hasta acercarla a él. Odio este tipo de hombres. Después de lo que me hizo mi padre, de la paliza de Beni o de los engaños de Marcus, no puedo soportar ver el mismo dolor en los ojos de otra chica.

- Si, soy yo ¿por qué?

- Para comentarle que su esposa está bien, supongo que estaba muy preocupado.

Resopla cansado. Le estoy molestando y me encantaría que intentara hacerme algo para que Dante le destrozara a patadas.

- Si, si claro que lo estaba - Tira de Lea para que camine hacia la salida - No vuelvas a hacerme esperar.

Escucho sus últimas palabras. Acaba de mandarla al hospital después de darle una paliza, pero no ha sido suficiente, nunca es suficiente para este tipo de personas.

El resto del día no puedo quitarme a esa chica asustada de la cabeza. Podría intentar hacer algo más por ella, pero no puedo robar información privada del hospital, podría meterme en un buen lío. Tal vez si se lo comento a Marcus él pueda ayudarme. Es poderoso ¿no? Muchos hombres trabajan para él, muchos le temen y le obedecen.

Dante me deja en la entrada del Castillo. Espero que Marcus ya haya llegado de trabajar también, tengo que hablar con él.

Golpeo la puerta de su despacho. Si no está fuera, siempre está aquí metido rodeado de papeles y whisky.

- Adelante - suena su voz desde dentro.

Abro la puerta y camino decidida hasta la mesa. Marcus entrelaza los dedos y se reclina sobre el sillón.

- Tengo que pedirte un favor.

Al grano. Sin rodeos y sin dudar, como quitar una tirita, es menos dolorosa si no dudas.

- Tu dirás - Me anima divertido.

Si, si, debo ser súper divertida. Se que este mundo oscuro me viene grande y que tiene que ser gracioso verme con mi uniforme blanco y mi pelo rojo, exigiéndole un favor al mafioso más peligroso de media Italia.

- Hoy he tenido que curar a una chica, creo que su marido le pega, tengo que hacer algo, Marcus. Tenemos que hacer algo - Explico atropellándome con las palabras.

Se levanta de su silla de cuero negra como si fuera un ejecutivo, pero sus vaqueros y su camisa

negra no se parece en nada a esos hombres, tampoco los tatuajes que se ven con la camisa remangada o su manera de caminar, acechando y amenazadora. Rodea la mesa hasta que llega a mí, sus manos se posan en mi cadera y me obliga a girar hasta que chocó contra la mesa, sin esfuerzo alguno me levanta y me sienta sobre ella.

- Antes de nada, tu y yo tenemos una conversación pendiente.

Mierda. Me había olvidado completamente de lo que ocurrió anoche ¿ahora que voy a hacer? Me muero de vergüenza. Jamás en toda mi vida he sido tan lanzada, básicamente lo que sucedió fue que me tire a su cuello, le rogué que me hiciera el amor y se lo hice yo a él.

Siento el calor ascender por mi cuello, mis mejillas arden y tengo que apartar la mirada.

- No hay que hablar nada...

Coloca un dedo sobre mis labios para que no siga hablando. Su mirada comprensiva me dice que sabe perfectamente como me siento.

- No hicimos nada malo, Mía. Eres mi mujer y nos atraemos, es normal.

Piensa que no ha ocurrido nada entre nosotros. Quiero decir que él realmente cree que somos un matrimonio normal, pero no lo somos y mi comportamiento de ayer lo confunde más. Accedí a darle una oportunidad, no ha perdonarle absolutamente todo y que fuéramos un matrimonio feliz.

- No es normal, no lo es. Lo de ayer fue un error - he ido bajando la voz conforme su mirada se volvía más fría con mis palabras. No le gusta lo que estoy diciendo ni lo esperaba - Fue por las drogas, perdí el control.

Termino casi en un susurro. Me muerdo el labio nerviosa. Se suponía que la conversación no iba a ir así, teníamos que hablar sobre Lea y estaba convencida de que Marcus me ayudaría, pero si ahora le vuelvo a pedir el favor, me va a sacar a patadas. Noto como lucha para controlarse.

- No quieres admitir lo que sientes por mí - Su voz es fría como el hielo.

Siempre ha sabido leerme a la perfección, así que solo puedo admitir la verdad, mis miedos, para que intente comprenderme. Con Marcus las medias tintas no suelen salir bien paradas.

- Sé lo que siento por ti, pero también sé que te estás comportando como el Marcus que me engañaba, el que me mintió y me abandonó - He cogido carrerilla y ya no puedo parar ¿no quiere saber la verdad? Pues toma verdad - tu no eres así, y estoy cansada de sentirme engañada - Me bajo de la mesa y camino hacia la puerta. Había tenido un buen día alejada del hombre que tanto daño me ha hecho, el único que ha sido capaz de romper mi corazón - He visto como eres en realidad, Marcus, no lo olvides.

Salgo de su despacho con un humor de perros. Necesito descargar de alguna forma toda la rabia que siento. Salgo por la parte trasera a los jardines. Tal vez si paseo un rato se me pase.

Hay un estrecho camino de tierra entre los árboles. Camino por él en la penumbra que las altas copas proyectan sobre el suelo. Respiro hondo y cada flor que veo me agacho para olerla. Esto debería considerarse terapia, puedes olvidarte de todo si consigues centrarte en el encanto de los bosques.

Llego a un pequeño claro. Me tumbo sobre la hierba y cierro los ojos. El sol no calienta la suficiente como para quemar, pero si lo bastante como para que entre en un duerme vela agradable.

Aunque tengo los ojos cerrados una sombra oscurece la claridad que siento a través de los párpados. Al abrirlos encuentro a Marcus. Se sienta a mi lado con una cesta de picnic.

- ¿Qué es? - pregunto sin quitarle ojo a la cesta de mimbre.

Saca unos tupper de distintos tamaños. Al abrir el primero me sorprende una ensalada con infinidad de ingredientes, el otro tiene fruta y el tercero un trozo de tarta de algo parecido a la tarta de queso que me vuelve loca. Ni por asomo me creo que esto lo haya preparado él, pero es un detalle que haya tenido la idea y esté aquí conmigo.

- Un picnic, venga come - Dice tendiéndome un tenedor - Puedes pensar que actúo porque has visto la peor cara de mi, pero no es así, contigo no puedo ser así, no me sale... Ya no...

Ya no... ¿Qué significa eso? ¿Acaso insinúa que es así de verdad? Este hombre me provoca dolor de cabeza. Ni en un millón de años creo que lograré saber que piensa de verdad.

Pincho el tenedor en el centro de la ensalada. Me lo acerco a la boca y justo antes de comer el bocado, veo pequeños trozos de almendras repartidas por la ensalada. Instintivamente, suelto el tenedor que cae al suelo. Él no puede saberlo, no hay forma de que nadie lo sepa, mi padre se aseguró de ello. Mi alergia a las almendras no aparece ni en mi historial médico.

En un principio no entendía porque mi padre desde pequeña me obligó a ocultarlo, a borrarlo de todas partes, a disimular cuando algo tenía almendras y hacia creer a los demás que no tenía hambre.

- ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Me mira con preocupación. Acerca su rostro al mío y realmente puedo ver que está preocupado ¿es de verdad? ¿Siente algo verdadero por mí o vuelve a ser una estrategia? ¿Confío en él y le cuento lo que nadie sabe? En este castillo parece que tienen predilección por las malditas almendras y si algún día no estoy atenta puedo comerlas y... El error sería fatal.

Capítulo 29

Mía

Intento pensar de forma racional y darle un voto de confianza, aunque me cuesta. Todas mis alertas se encienden preguntándome si me he vuelto loca para confiar en él.

La última vez que confié, terminó mi coche hundido en uno de los canales y yo dada por muerta.

- Marcus, la ensalada tiene almendras. Y yo soy alérgica a las almendras.

Baja la vista hasta la lechuga sin comprender. Ladea ligeramente la cabeza.

- ¿Cómo de alérgica? - pregunta bajando un punto la voz.

Rebusco las palabras adecuadas porque ya empiezo a comprender a Marcus. Es un polvorín en el que la más mínima mecha provoca que explote. Tal vez enterarse de algo tan íntimo, y saber que se lo he estado ocultado es una de esas mechas.

Mientras espera mi contestación coloca la tapa sobre la ensalada y la aleja de mí hasta meterla dentro de la cesta de mimbre. El tenedor con la lechuga que dejé caer lo mete dentro también. Será exagerado.

- Pues... En plan que puedo morir. Se me cierra la garganta y es... Es muy desagradable.

-¿... Y no has pensado que era importante que lo supiera? ¿sabes cuantas comidas llevan almendras?

¿Se enfada por que no lo sabía? Creo que después de su traición no debería exigirme nada. Él menos que nadie debería pedirme explicaciones, pero es Marcus de quien hablamos. Respira profundo para controlarse.

- Marcus, mi padre desde que era pequeña me enseñó a ocultarlo, ni siquiera aparece en mi historial médico - Explico para que se calme - Nunca había entendido porque estaba tan obsesionado, hasta ahora.

Es como si hubiera vivido en la oscuridad y por fin viera la luz. Muchas personas quieren hacer daño a mi padre, ya sea a él directamente o a través de mi hermano y de mí. Sería muy fácil poner un puñado de almendras en mi comida en una de las muchas fiestas a las que íbamos.

- Vale, vale, nada de almendras ¿algo más que deba saber? - me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

Niego ligeramente con la cabeza. Cuando es tan atento me siento tímida. He visto como puede ser, pero también veo como es conmigo. Solo espero que no vuelva a defraudarme, dudo que pudiera soportarlo de nuevo.

El roce de sus dedos sobre los míos me producen escalofríos. Tira sin ningún esfuerzo de mí, me levanta como una pluma y me acerca a él, pega nuestros cuerpos y puedo sentir sus músculos bajo la ropa. Levanto la vista y clavo mis ojos en los suyos, su mirada vibrante y llena de deseo acelera mi pulso.

- No más mentiras, Mía.

Rodea mi cintura. Es increíble que tenerlo cerca me altere tanto. Mis pulsaciones se vuelven locas cuando me toca. Me siento como una brújula con un imán cerca, la aguja que debería marcar el norte gira loca. El hombre que más daño me ha hecho es también el que más amo. Tal vez no vuelva a defraudarme.

- Deberíamos volver - Digo separándome para dejar de sentir las sensaciones que me provoca.

Lleva la cesta con la comida en una mano, y con la mano libre busca la mia. Me sorprende que sea tan cercano. Ni siquiera cuando hacía como que me quería era tan atento, pero no aparto mi mano de la suya.

Salimos del sendero y del pequeño bosque. En la entrada del Castillo acaba de aparcar un coche. Abre la puerta y sale Killian.

Tiene un brazo escayolado y muchos golpes por la cara. En la frente tiene una gasa tapando una herida en la que con total seguridad le han tenido que dar puntos ¿qué le ha pasado?

Miro de reojo a Marcus. Quien quiera que le haya hecho eso va a sufrir su furia. Me tenso solo de pensarlo, pero una vez más el hombre que está a mi lado me sorprende. Tira de mi brazo para que me quede un poco rezagada y se acerca hasta su hermano tranquilamente.

- Que mala cara tienes, hermano.

Killian cierra los puños, disimula una muñeca de dolor por el esfuerzo y transforma la cara al momento en una falsa sonrisa. Jamás entenderé a estos dos hombres, pero es evidente que como familia tienen serios problemas.

- Ya ves, un pequeño accidente sin importancia - Comienza a caminar hacia la casa.

Aprieto la mano de Marcus para llamar su atención. Intento decirle con la mirada si sabe lo que está pasando. Tengo que reprimir la risa que se me escapa por la cara con la que me responde, insinuando que no tiene ni idea.

La mala suerte esta de mi lado y Killian se vuelve al escucharme reír. Ahora soy yo la que me escondo avergonzada. Ya me odiaba con todas sus fuerzas, pero si encima cree que me hace gracia que tenga un accidente, va a querer acabar conmigo.

- Ignóralo - Susurra Marcus arrimándose a su costado - Está un poco susceptible - Termina la frase más alto de lo normal para que lo escuche.

Me siento muy incómoda con lo que está pasando. Lo adelantamos y entramos en el castillo. Tira de mi sin parar, no tengo ni idea de adonde quiere ir, pero le sigo sin decir nada, solo puedo pensar en Killian.

Marcus habría bajado al mismísimo infierno para acabar con la persona que le pega una paliza a un miembro de su familia, pero en lugar de enfadarse le ha dado igual, me atrevería a decir que le ha parecido hasta gracioso ¿por qué le ha dado igual?

Llegamos a la cocina. La mujer que se encarga de ella está dando vueltas preparando la cena.

- Buenas tarde señor, ¿desea algo? - Pregunta educadamente.

Abre un armario tras otro buscando algo. No entiendo que está haciendo, últimamente hace muchas cosas que no entiendo. Ya empiezo a acostumbrarme.

- Estoy buscando los frutos secos ¿Dónde están?

- Si, señor, están aquí - Abre la puerta de una alacena donde guardan las pastas, los frutos secos y muchas conservas - ¿buscaba algo en particular?

Entra dentro y va girando los botes para ver el contenido. Yo creo que me va a dar un infarto en cualquier momento. Llevo toda mi vida disimulando y ahora viene el gran capo como un elefante en una cacharrería. Me dan ganas de matarlo.

- Tira todas las almendras que haya. A Mía no le gustan - afirma serio - Que ningún plato vuelva a llevarlas.

La pobre mujer también va a sufrir un infarto como yo. Se interpone entre el hombre imponente que la mira como un depredador. No puede evitarlo, lleva toda la vida intimidando y ahora le sale natural, busca con dedos temblorosos entre los botes y saca dos llenos de almendras.

Segundos después los dos botes adornan el cubo de la basura. Bueno, por lo menos no tendré que acostarme sin cenar nunca más.

Al salir de la cocina no puedo aguantarme más.

- Has asustado a la pobre mujer ¿lo sabes? ¿No puedes ser más simpático? - Pregunto - un muchas gracias tampoco estaría mal.

Marcus me mira divertido. Tengo la sensación de que soy su payaso particular porque siempre que digo algo en serio me mira con una sonrisa indulgente que si midiera medio metro más y tuviera el doble de músculos ya habría borrado de su cara.

- Claro, también puedo darle un abrazo y pedirle un trozo de bizcocho - Bromea - Venga Mía, no puedo ir por ahí siendo débil, en mi mundo sería nuestra perdición.

Me da un beso en la frente dando por terminada la conversación y se va a su despacho. Casi es la hora de cenar. Entro en el gran salón para ver los cuadros que adornan la pared y así hacer tiempo mientras me ruge el estómago.

Killian está frente a la chimenea mirando las llamas. Mi instinto me grita que me gire y me dé la vuelta, y cuando estoy a punto de hacerlo, se gira y me sorprende.

Decido hablar antes de que lo haga él y me amenace de alguna manera.

- Espero que no te duela mucho - Levanto el brazo señalando las heridas, como si él no supiera perfectamente donde las tiene - Si te puedo ayudar en algo...

Se acerca despacio a mi. Dando un paso tras otro, tomándose su tiempo. No aparta en ningún momento la vista de mis ojos.

- Eres muy amable, lo tendré en cuenta.

Pasa por mi lado y se va.

Esto es malo, muy malo. Si Killian es amable conmigo es porque ha pasado algo y pienso averiguar lo que es.

Capítulo 30

Mía

Los días pasan tranquilos. Killian no ha vuelto a molestarme y Marcus anda muy liado. Nos vemos para cenar y después vuelve a encerrarse en su despacho hasta tarde.

Cuando me quedo dormida aún no ha venido a la habitación. Tengo que mantener bajo control la batalla que tiene la parte racional de mi cerebro con la parte irracional.

Una me repite constantemente que no espere nada de él, que no caiga en sus garras si no quiero que vuelva a romperme, pero la otra, la otra es más fuerte... Me grita que no puedo alejarme, quiero verlo a todas horas, quiero que me busque, quiero muchas cosas que últimamente parecen imposibles.

Soy adulta y entiendo que tiene mucho trabajo, pero eso no significa que si realmente quisiera pasar más tiempo conmigo, podría encontrarlo ¿no?

¡Basta, Mía! Deja de pensar en ese hombre y termina de vestirme, últimamente hablo demasiado conmigo misma, no descarto terminar en un psiquiátrico.

Dante me espera en la entrada para llevarme al hospital.

- Buenos días ¿cómo estás? - pregunto entrando en el coche.

- Bien, espero que tenga un buen día.

En cuanto pongo un pie dentro del hospital me siento totalmente distinta. Todos mis problemas, todo lo que tengo en la cabeza y me preocupa desaparece. Solo existe el aquí y el ahora y eso me encanta.

El día pasa tranquilamente, no hemos tenido nada grave, pero siempre dicen que nada es perfecto y me doy cuenta en cuanto vuelvo de tomarme un café.

En la pequeña habitación de curas hay una muchacha de espalda a mi con el pelo castaño, la reconozco sin necesidad de ver su cara. Temía que algo así sucediera, pero en el fondo sabía que era inevitable.

Me acerco a ella con cuidado, no quiero asustarla.

- Lea ¿cómo estas? - está sentada en la camilla mirando hacia el suelo.

Levanta la cabeza despacio. Tiene los ojos llenos de lágrimas retenidas, su mirada es tan triste que me parte el alma.

- Bien, bien. Soy tan torpe...

Asiento con la cabeza dándole la razón. Es torpe por volver con ese animal, aunque ella cree que asiento por otro motivo.

Recojo el informe para comprobar que tiene y que instrucciones ha dado el médico. Tiene una pequeña fractura en la muñeca. Tendrá que llevar escayola varias semanas. Podría haber sido

peor, algún día será peor.

- Lea, escúchame - intento razonar con ella mientras preparo todo lo que voy a necesitar - Puedes cambiar tu vida, no tiene porque ser siempre así.

Se pasa el pelo por detrás de la oreja, nerviosa.

- No se a que te refieres, siempre he sido muy torpe, no es culpa de nadie.

No va a admitir nada a no ser que la ponga al límite. Ni siquiera cuando mi padre quiso matarme se lo conté a mis amigos. Sientes una vergüenza que intentas ocultar a toda costa. Supongo que puedo comprender cómo se siente, aunque sólo en parte.

- No puedes engañarme, Lea. ¿Sabes? Yo podría ayudarte. Tal vez te suene mi cara de la tele.

Me mira sin comprender, pero por lo menos he conseguido que me preste atención.

- ¿De la tele? ¿Eres famosa o algo así?

Coloco su brazo con cuidado y empiezo a trabajar en su muñeca. La envuelvo en una gruesa tira de algodón. Lea se encoge sobre si misma aguantando el dolor. Es una luchadora. No es débil, ni estúpida como le han hecho creer, es una superviviente.

- Tiré mi coche en unos de los canales de Venecia e hice creer a mi familia que había muerto - Admito sin apartar mis ojos de los suyos. Tiene que comprender el trasfondo - Siempre hay una salida y yo te estoy ofreciendo una. No la rechaces, Lea.

Ya está, lo he dicho. Si se niega, si no quiere ayuda lo único que podría hacer es pedirle a Dante que le dé una paliza a su marido, pero eso le complicaría las cosas a ella, sería peor.

- ¿Tu? - Salta de la camilla - ¡Claro que sé quién eres! Escuché rumores sobre... Sobre ti...

Está emocionada. Es realmente preciosa cuando se quita la máscara de tristeza que lleva siempre puesta. Le agarro la mano que no tiene lesionada y la aprieto. Me gustaría transmitirle fuerzas, toda la que le hiciera falta para tener el valor de huir ella también.

- Ven conmigo, Lea, por favor - Vuelvo a insistir.

Traga saliva. Casi puedo escuchar como su cerebro funciona a toda marcha intentando encontrar una solución sin huir. No hay solución. Un maltratador es un maltratador y lo único que puedes hacer es alejarte de él antes de que te mate.

- Está bien... Pero, no tengo a donde ir, ni dinero. Yo... No se como hacerlo.

- Yo te voy a ayudar. Vamos.

Termino de colocar la escayola en su muñeca. Después, en lugar de salir hacia la sala de espera de familiares, la llevo hacia la zona de descanso de los trabajadores. Hay una salida auxiliar por la que podemos salir sin llamar la atención.

Aviso a Dante para que venga a buscarnos. Ninguna persona en su sano juicio se atrevería a intentar hacernos algo con Dante cerca nuestra, pero Lea no lo conoce y conforme pasan los minutos puedo ver cómo se va poniendo cada vez más nerviosa. Se muerde el labio, se pasa la

mano por la frente para quitarse el sudor que empieza a empañarla.

- Cálmate, no va a pasarte nada ¿vale? No lo permitiría - Coloco mis manos sobre sus mejillas para que me preste atención.

- Tu no lo conoces, él... Es peligroso.

Tiene razón, no lo conozco, pero dudo que sea más poderoso que Marcus. Ese hombre no me da miedo y en cuanto ella vea que hay más vida fuera de la jaula en la que la tenía encerrada, también se dará cuenta de que lo mejor es ser valiente.

- Deja de preocuparte - Dante llega hasta nosotras. Asusta a Lea que rápidamente se esconde detrás de mi - Este es Dante, mi guardaespaldas.

Lo saluda con una tímida sonrisa. La ayudo a entrar en el coche. No quiero que escuche lo que voy a hablar con él, solo voy a conseguir ponerla más nerviosa y que dude todavía más.

Después de contarle a Dante más o menos por encima todo lo que ha pasado desde el primer día que me encontré con ella y lo que ha estado pasando la pobre con su marido, me monto en el coche. Se va a venir al castillo con nosotros, al menos por ahora.

No creo que le moleste a Marcus, el castillo es grande y hay sitio de sobra. Estoy segura de que comprenderá que no podía cruzarme de brazos y no hacer nada.

Lea está claramente nerviosa durante todo el trayecto. Cada vez está peor. He leído algo sobre mujeres maltratadas y creo que este es el punto en el que se arrepiente y cree que si vuelve con él, la perdonará, pero que si se aleja del maltratador será peor ¿hay algo peor que vivir con alguien que te maltrata?

- Vas a estar bien, confía en mi.

Se limpia una lágrima que cae por su mejilla. Mira por la ventana para no mirarme a mi.

- Estoy un poco nerviosa, lo siento.

Llegamos por fin al castillo, y ha ocurrido tal y como lo había pensado. Lea se ha quedado tan impresionada al verlo que se ha olvidado de todos los miedos que traía. Al menos durante un rato tendrá algo de tranquilidad.

Dante aparca el coche en la entrada igual que siempre, pero antes de que podamos bajarnos escuchamos ruidos de un coche a toda velocidad, resuena el chirrido de ruedas derrapando.

Un coche negro frena justo detrás nuestra. El conductor es el marido de Lea. Ella tiembla como una hoja en su asiento si atreverse a moverse.

- No salgas del coche - Ordena Dante abriendo su puerta.

Me lo ordena como si fuera a hacerle caso. Abro mi puerta y salgo tras él.

El hombre se baja también. Tiene una pistola en la mano y está claramente fuera de si. Doy un paso atrás. Sería capaz de hacer cualquier cosa en este momento, parece totalmente ido.

- ¡AHÍ ESTAS MALDITA ZORRA! - grita justo antes de disparar hacia el cielo.

Dante saca su pistola y apunta hacia su cabeza si dudar.

El ruido del disparo ha llamado la atención de todos los hombres del castillo que salen para ver qué ocurre. El primero en aparecer es Marcus. Camina hacia mi con su pistola en la mano también. Me mira de arriba a abajo comprobando que estoy bien.

Lea sale del coche y se queda donde está, justo detrás de Marcus y de todos sus hombres que han abierto una trinchera delante de nosotras. Empiezo a dudar seriamente de que haya sido una idea tan estupenda como pensaba al principio.

- ¿Quién se ha atrevido a venir a mi casa pegando tiros? - Marcus da un paso hacia él.

Se mantiene tranquilo y amenazador, mientras que él marido de Lea esta encorvado y demacrado. No va a terminar bien como siga así.

- ¡ESA ES MI ESPOSA! - grita señalando a la chica que tiembla pegada al coche - ¡ESA GUARRA SE LA HA LLEVADO!

En cuanto termina de hablar Marcus golpea su mandíbula con el puño cerrado. Choca su espalda contra el coche, pero antes de que pueda reaccionar ya está otra vez encima de él. Mi marido agarra su cuello con una mano y lo levanta, obligándolo a ponerse completamente erguido.

- Jamás insultes a mi mujer a no ser que quieras morir - Suelta su cuello y cae al suelo dando grandes bocanadas - Dices que esa chica es tu mujer. Bien, llévatela.

Escucho las últimas palabras de Marcus casi en cámara lenta. El hombre que creía que siempre me apoyaría y que jamás volvería a traicionarme acaba de mandar a la muerte a la mujer que prometí proteger.

Capítulo 31

Marcus

Desde mi despacho escucho el inconfundible sonido de un disparo. Todo el mundo sabe que en mi propiedad está prohibido disparar a no ser que sea un asunto de vida o muerte.

Salgo corriendo hacia la calle. Voy directamente hacia Mía, necesito comprobar que no está herida. En cuanto veo que está bien me fijo en todo lo demás, la chica asustada pegada al coche que lleva una mano escayolada, el hombre con pinta de alcohólico que tiene una pistola en la mano y la mirada culpable de mi querida mujer.

Una vez más ha decidido hacer las cosas por su cuenta. Admiro su valor y su tenacidad, pero cualquier día se va a meter en un problema y me da pánico pensar que cuando llegue ese día, tal vez llegue tarde.

- ¿Quién cojones se ha atrevido a venir a mi casa pegando tiros? - Doy un paso hacia el tipo que ha disparado.

Ahora tiene que rendir cuentas ante mí. No lo sabe todavía, pero va a tener suerte si sale de aquí con vida. Se cree un mafioso con su arrugado traje y esa peste a whisky barato.

- ¡ESA ES MI ESPOSA! - grita señalando a la chica que tiembla pegada al coche - ¡ESA GUARRA SE LA HA LLEVADO!

La clave para estar en el poder es mantenerse frío, pero cuando escucho esas palabras salir de su asquerosa boca no pienso, no veo y no puedo actuar con claridad. Solo pienso en partírsela. Le pego un puñetazo con todas mis fuerzas. Siento su mandíbula crujir bajo mis nudillos y si tengo que ser sincero, disfruto demasiado cuando veo el hilo de sangre que sale de su labio.

Se agacha acurrucado contra el coche como el cobarde de mierda que es. Solo es valiente para pegarle a su mujer. Cuando tiene delante a otro hombre que le planta cara se mea encima. Lo agarro del cuello y lo levanto. Aprieto su traquea impidiendo que pueda meter aire en sus pulmones.

- Jamás insultes a mi mujer a no ser que quieras morir - Suelto su cuello y cae al suelo dando grandes bocanadas - Dices que esa chica es tu mujer. Bien, llévatela.

Me encanta ver cómo cambia su cara de cagado a sorpresa. Debe pensar que ha ganado, que ha podido con Marcus Moretti. Bien, disfruta mientras puedas.

- ¡QUÉ! - grita Mía detrás de mí. No hace falta que me vuelva para saber cómo está ahora mismo. Debe pensar que soy el peor monstruo que hay aquí - ¡NO PUEDES HACER ESO! ¡NO LO HAGAS!

Grita sin parar y escucho como forcejea. Confío plenamente en Dante y sé que la retendrá para que no corra ningún peligro.

Sigo ignorándola, como si no fuera importante. Solo existe el hombre que tengo frente a mí y que de momento no se atreve a hacer ningún movimiento.

Unos pasos a mi izquierda llama mi atención. La chica que temblaba de miedo camina hacia nosotros. Es valiente aunque este mierda la tenga destrozada y eso lo valoro. Sigo escuchando a Mía gritar y pelear para soltarse.

Por fin el hombre reacciona y da un paso hacia mi. La chica llega a mi altura, justo cuando está a punto de traspasarme levanto el brazo y le corto el camino. Ella se para en seco sin comprender.

- Perdona, me he expresado mal, he querido decir que te la lleves... Si puedes.

Muevo la corredera hacia atrás y cargo la pistola. Esa es la señal para mis hombres de que esto no es una puta bravuconada. Se carga la pista cuando se está dispuesto a gastar sus balas. Escucho las pistolas cargarse a mi espalda.

El hombre que ahora suda como un cerdo mira a su mujer con tanto odio que dudo que alguna vez la haya querido. Ella no va a salir de aquí. No hay nada más que tengamos que discutir.

- Te arrepentirás de esto - La amenaza - Todos os arrepentireis.

Abre la puerta del conductor y sale dejando una estela de polvo. Una lástima. Me habría encantado acabar con él. Un demonio menos en este mundo.

Mía corre hacia mi. Ahora si me giro hasta quedar frente a ella. Tiene las mejillas llenas de lágrimas. Odio que mis palabras hayan provocado eso, pero no se hacerlo de otra forma. Este es un juego de poder y amenazas y yo siempre gano.

- ¡¿A ti que te pasa?! - Me grita y comienza a pegarme en el pecho con los puños- ¡¿estás jugando?! ¡¿Te parece gracioso?!

Le agarro las muñecas y no las suelto hasta que deja de forcejear, entonces le beso una y acto seguido la otra. Sin pensarlo demasiado la pego a mi y aspiro el aroma que desprende su pelo de fuego.

- Siento haberte hecho sufrir - Digo sin soltarla.

Mis palabras consiguen calmarla. Después de dudar un poco, levanta sus brazos y me abraza también. El mejor regalo que me podrían hacer es sentir el calor de su cuerpo rodeando el mio.

Su respiración sigue agitada, aunque nunca lo habría dicho de ella, siento sus brazos temblar mientras me abraza.

- Pensaba que ibas a dejar que Lea se fuera con ese animal - admite.

En otro momento y en otras circunstancias tal vez la vida de los demás me daría igual, no buscaría problemas por salvar a nadie. No soy un puto Ángel de la guarda, pero venir a mi casa pegando tiros es inadmisibile.

Si este tipo me hubiera pedido al mismísimo Lucifer, se lo habría negado también, es así de simple, pero todo esto no es necesario que lo sepa Mía.

- Como ves estabas equivocada. Enseña a tu amiga su habitación - Le dejo un beso en la mejilla. Tengo que hablar con mis hombres sobre lo que ha pasado - se puede quedar todo el tiempo que quiera.

Antes de darme la vuelta Mía me regala lo más preciado, lo que hace que todo merezca la pena, una sonrisa como las de antes... No la había vuelto a ver desde entonces, todas tenían un matiz triste que odiaba.

Me convierto en el salvador de una chica y ahí está, si llego a saber que era tan fácil hacerla feliz me habría puesto un puto traje de superheroe hace tiempo.

- Dante, tenemos que hablar - Camino directamente hacia el despacho.

Me cuenta todo lo que ha pasado, es lo mismo que sospechaba. Preparamos algunos hombres más para que protejan el castillo y todo el territorio que lo bordea. No quiero fisuras ni errores.

Dante va a investigarlo para comprobar si es una amenaza real o solo un gallito de pelea que grita más alto de lo que debería.

Después de pasar media tarde estudiando las posiciones nuevas de mis hombres busco a Mía. Últimamente nos vemos poco. Seguimos teniendo problemas de pérdidas de paquetes y no se como cojones conocen donde se van a hacer los intercambios, pero tenemos que averiguarlo y atajar el problema, o al final el problema lo tendremos nosotros, pero después de lo que ha pasado hoy necesito disfrutar un poco más de ella.

La encuentro en la habitación que eligió ella el primer día, la que está pegada a la nuestra. Sabía que haría algo así, no puede evitarlo. Necesita cuidar a los demás, estar cerca por si esa chica la necesita en algún momento. ¿Cómo no me había dado cuenta de cómo era hasta ahora? ¿Realmente el odio hacia su familia me cegó tanto?

Toco suavemente con los nudillos aunque la puerta está abierta. Mía se gira, pero su amiga se asusta. Me quedo donde estoy, no se como actuar en estas situaciones.

- Marcus, hola - Mi esposa llega hasta mi, me coge de la muñeca y me lleva hasta su amiga. Soy como un títere en sus manos y eso me encanta - Ella es Lea, Lea, este es Marcus, mi marido.

Mi marido, resuena en mi cabeza. Estoy sorprendido por su tono. Sin rencor ni rechazo, solo presentándose. Soy oficialmente un calzonazos, menos mal que nadie puede escuchar los pensamientos si no, estaría acabado. Esta mujer podría hacer conmigo lo que quisiera y yo la seguiría hasta el fin del mundo sin dudar.

- Encantada - habla tan bajo que me cuesta escucharla - Siento haberle causado problemas.

- Bueno, aquí siempre hay problemas, pero los solucionamos, tranquila. Si necesitas cualquier cosa pídeselo a Mía.

Decido irme y dejar que las dos hablen, es la mejor terapia para Lea, una amiga que poco a poco consiga quitarle las inseguridades.

Lo que al principio parecía imposible, que Mía volviera a confiar en mi, ahora ya es una realidad. No confía ciegamente, pero algo es algo.

Capítulo 32

Killian

La última vez que vi a Elodie las cosas no salieron como esperaba... Al menos al principio. Nadie me jode sin llevarse su merecido.

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de ella atada, sentada frente a mi completamente aterrada. Se supone que yo soy el miedo, con lo que sueñan los mierdas de los bajos fondos y cualquiera que se atreve a retarme, pero su miedo no era por mi, en realidad, ella buscaba seguridad conmigo.

Esto es de locos ¿cuando Killian se ha metido en la batalla de otro? ¿Cuando ha defendido a una mujer? Y por encima de todo eso ¿cuando alguien se ha sentido seguro a mi lado? No recuerdo una época en la que no haya sido el malo.

No puedo borrar de mi maldita cabeza su mirada, suplicándome que la ayudara, aunque yo era el que estaba siendo torturado por el psicópata de su ex, un Ruso con muy mal genio.

Cuando nos dejaron solos para que recapacitáramos, la gilipollez más grande que puedes hacer, conseguí soltarme, desatarla a ella y matar a los hombres que nos vigilaban, aunque el muy cabrón había desaparecido.

En un visto y no visto Elodie se esfumó también. No se en que puto momento me he visto involucrado en toda esta mierda, ni por qué esta maldita mujer me cabrea tanto.

Pero Marcus lleva unos días muy tranquilo, demasiado tranquilo y la risa de la guarra de su mujer es algo que no consigo olvidar. Que le vamos a hacer, soy vengativo y lo disfruto.

Me siento en este pequeño bar escondido en la parte más antigua de Verona, debo admitir que tiene su encanto. Los techos altos, las paredes salpicadas en tonos verdes, lleno de plantas decorando todo el entorno.

Bebo un sorbo de mi whisky esperando. Odio que me hagan esperar, maldita sea.

Un coche aparkan justo frente a la cristalera.

Ahi esta mi hombre, el que voy a usar para mis intereses, como siempre hago.

Él marido de la nueva amiguita de Mía se acerca a mi mesa. Lleva un traje caro y camina con paso decidido. Todo en él grita peligro. Bueno, grita peligro para cualquiera, no para mi. Yo puedo ver más allá que los demás. Las pequeñas gotas de sudor que adornan su frente, el leve movimiento nervioso que hace con los dedos justo antes de disimularlo metiendo las manos en los bolsillos y como le cuesta tragar saliva, por su garganta reseca.

- Que quieres - Suelta con un tono de impaciencia que solo hace que me cabree.

Suelto el vaso despacio y me quito las gafas de sol. Me encanta poner nerviosos a los demás.

- ¿Yo? Yo no quiero nada - digo sin apartar la mirada de él. Dejo que pasen unos segundos antes de continuar - Tu necesitas algo y yo puedo ayudarte.

Bebo lo que queda de mi vaso y le hago un gesto con la cabeza al camarero para que me traiga otro. Este cabron si quiere algo que lo pida él mismo.

- ¿ Qué podría necesitar yo de ti? - Pregunto mientras se sienta en la silla frente a mi.

- A tu mujer, claro.

Aprieta los dientes mostrando la rabia que siente. Todas son iguales, no se salva ni una.

Como un huracán, la imagen de Elodie llega arrasando todo ese pensamiento. Ella es la peor. Cada vez que tiene la más mínima oportunidad desaparece, no sin antes usarme para que la salve.

- Que tienes en mente.

Me cabrea que me exija con esa superioridad fingida. O eres superior o no lo eres, pero fingirla tiene las patas muy cortas. En el momento que no salen las cosas como esperabas te meas en los pantalones de forma literal y queda a la vista que solo eras un cagado con ínfulas.

- Tu mujer es la protegida de Mía, la chica que conociste. Si acabas con ella, nadie la protegerá, y casualmente se su horario de mañana y que va a estar bastante solita.

No tiene porque saber mis intenciones. Hay pocas probabilidades de que consiga su objetivo, pero si su movimiento consigue desestabilizar a Marcus o por suerte del destino acaba con Mía, tendré doble premio y todo el imperio que construyó mi padre será mío por fin.

-¿Qué ganas tu con eso? Es tu cuñada ¿no?

Cierro los dedos formando un puño y golpeo la mesa. Esas putas palabras las aborrezco con todo mi jodido ser. Una Carusso jamás formará parte de la familia. Jamás.

- Cierra tu sucia boca y deja de tocarme los cojones - Amenazo inclinándome ligeramente hacia él - Acaba con ella y tendrás a esa zorra de vuelta.

Tiro el papel con los horarios de Mía sobre la mesa. El camarero llega con mi vaso de whisky, antes de que pueda soltarlo sobre la mesa se lo quito de las manos y me lo bebo de un sorbo.

- Él paga.

Me pongo las gafas de sol y me largo dando grandes pasos. Tratar con la gente me cabrea, que se me cuestione me cabrea, que no hagan lo que digo me pone de los putos nervios.

Vibra el teléfono en mi bolsillo. Al sacarlo descubro que es Rocco.

Lleva muchos años trabajando para mi, podría decirse que es casi de la familia, pero si vuelve a hacer que corra detrás de Elodie para que se vuelva a escapar voy a tomar medidas que no le va a gustar nada.

- Dime.

- Sabemos donde vive. Es una casa vieja, a las afueras.

No se cuantas veces la he encontrado y cuántas se ha escapado. Jamás me había pasado algo igual. Esta mujer tiene la capacidad de mimetizarse con el entorno y desaparecer por completo en un instante, pero desaparecer por mucho tiempo es complicado si no sabes hacerlo. Toda la

ciudad tiene cámaras. Los bancos, las tiendas, las carreteras. Es imposible esconderse para siempre hoy en día.

- Pásame la dirección. Espero que no la hayas vuelto a cagar - amenaza - ¿Habéis desviado el dinero de Marcus?

- Si jefe, está muy cabreado, no sabe lo que está pasando.

- Perfecto - Sonrío

Siento como se me acelera el corazón en el momento que me subo al coche y pita mi teléfono con el lugar donde ella está ahora mismo.

Cuarenta y cinco minutos después apago el motor. A lo lejos, medio escondida entre los árboles se ve una pequeña casa de una planta, tiene varios pinos que la bordean, las paredes están llenas de enredaderas que suben casi hasta el tejado.

Esta vez no pienso ser el mismo payaso del que se ríe una y otra vez. Me escondo entre los árboles y avanzo poco a poco, intentando no hacer ruido. Esa casa tiene tres grandes ventanas desde las que podría verme fácilmente.

Me pego a la pared y camino de lado hasta llegar a la puerta. No se escucha nada, ni un ruido, pero Rocco me ha asegurado que ella sigue ahí. Siento el corazón golpeando con fuerzas mis costillas. La caza es realmente excitante y ella es mi presa favorita ahora mismo.

Levanto la pierna y le doy una fuerte patada a la puerta. Cede al momento desprendiéndose restos de madera del marco y golpea la pared con fuerza.

Adelanto unos pasos y entro. Elodie aparece corriendo por uno de los pasillos. Su rostro muestra un evidente pánico, que se esfuma al verme a mi ¿por qué coño teme más a ese gilipollas que a mi?

Camino hasta ella y la agarro del cuello. Que no me tenga miedo tiene solución. Puedo hacer que se cague en un segundo.

- Ki... Killian - Susurra.

No puedo hablar porque no puede respirar. Es la magia de apretar en los puntos exactos.

Mi atención se desvía por un ruido que viene del pasillo, pero no la suelto. Unos segundos más tarde aparece una niña de un año o dos, andando con muchas dificultades. Tiene los brazos extendidos intentando mantener el equilibrio y una gran sonrisa en la cara.

-Ma...má, mamá, mamá, mamá - Repite una y otra vez orgullosa y feliz.

Esto si que me deja en shock. Suelto el cuello de Elodie y cae al suelo respirando con dificultad mientras se arrastra hacia su hija.

No puedo apartar los ojos de la niña, no puedo calmar los latidos de mi corazón, no puedo controlar la respiración que se me ha acelerado, porque, por extraño que parezca, esa niña es la viva imagen de mi hermano y mía cuando eramos pequeños y solo puedo pensar en la cantidad de veces que me la he follado.

Capítulo 33

Marcus

Me siento sobre la silla que me ofrece Ares, evidentemente no es su nombre real, es un apodo que él mismo se puso para acojonar a los novatos. Se creen que es el Dios de la guerra, invencible y todas esas mierdas.

- ¿Qué te trae por aquí? - Pregunta sentándose frente a mi.

- Como sabrás hay alguien que me está jodiendo. Explico un poco por encima - Quería saber si te has enterado de algo.

Lo que más me interesa es observar su reacción. Tengo que descartar sospechosos y es difícil engañarme. Tiene muy trabajada su cara de poker, ni un solo movimiento fuera de lo normal. Este tío es bueno, pero no tanto como yo.

- No he escuchado nada, lo siento - Se levanta y camina hacia la puerta.

¿Me está echando? Amablemente me está pidiendo que me largue. Aprieto la mandíbula, o es muy listo o muy tonto. No se donde encasillarlo todavía, aunque tampoco es que sea necesario hacerlo...

- Escuchame bien, Martín - Uso su nombre real mientras le ajusto la corbata apretándola más de la cuenta - Si me entero que has tenido algo que ver, que sabías algo o que simplemente has respirado cerca del que sabía algo, te las verás conmigo.

Termino de apretarle el nudo de la corbata y salgo sin volver a mirarlo.

Ya es noche cerrada cuando llego al castillo. Cerca de la entrada, unos pasos antes de adentrarse en el bosque, están Mía y Lea. Han colocado dos tumbonas y están tapadas con unas colchas mientras miran las estrellas. Dante está de pie como una estatua unos metros detrás.

Me acerco a ellas, Mía está explicando algo sobre las estrellas. Está tan concentrada que no me escucha llegar.

- ¿Qué miráis tan concentradas? - Pregunto dándole un beso en la mejilla.

Lea se levanta despacio, dobla la colcha y me saluda con una tímida sonrisa.

- Buenas noches, Marcus. Yo ya me iba.

Me vuelvo hacia Dante, aquí hay muchos hombres que la protegerían con su propia vida, pero también está mi hermano, y no me fío absolutamente nada de él.

- Acompaña.

Se acerca hasta ella y espera hasta que comienza a andar. Jamás habría dicho que alguien como Dante tendría tanta paciencia con una chica como ella, pero ahí está, sin acercarse ni tocarla, solo esperando a su lado. Increíble como nos dominan las mujeres.

Me siento en la tumbona que se acaba de quedar libre.

- ¿Sabes reconocer estrellas? - Pregunto centrándome solo en ella. Mira fijamente hacia el cielo, disfrutando de lo que ve.

- ¿Conoces la historia de la constelación de Orión? Es muy triste.

Levanta el brazo y con el dedo extendido recorre el camino de las estrellas que forman la constelación. No puedo dejar de mirarla a ella. Tiene el pelo recogido en una trenza que cae sobre su hombro. Lleva un poco de maquillaje, tan sutil y delicado como ella misma.

- Cuéntamela - Pido acercando mi tumbona a la suya.

Me acomodo a su lado. Mientras ella busca las palabras para empezar la historia.

- Artemisa estaba enamorada de Orión, él era un gran cazador y ella la Diosa de la caza, pero Apolo, el hermano de Artemisa, estaba celoso - Me mira y levanta una ceja divertida - Creía que su hermana no debía estar con un simple mortal, así que decidió acabar con la vida de Orión.

Ha vuelto a centrar su atención en las estrellas. Supongo que estar cerca de mi hermano después de todo lo que le ha hecho le recuerda un poco a esta historia. Espero que Killian tomara mi aviso en serio, si no la próxima vez será peor para él.

- Continúa, por favor - Pido al ver que se ha quedado callada.

- Si, perdona. Intentó matarlo de diferentes maneras, pero no pudo, así que decidió engañar a su propia hermana. Sabía que Artemisa era la mejor con el arco, no había objetivo al que no pudiera dar. Le señaló un punto sobre el mar que estaba lejos, muy lejos - Suspira y me mira con la intensidad de sus ojos verdes - El punto era Orión, pero ella no lo sabía.

- ¿... Y qué pasó? - Pregunto totalmente interesado. Mía tiene un don para contar historias con su dulce tono de voz. Jamás me cansaría de escucharla.

- Que acertó. El cuerpo de Orión llegó a la orilla y ella se dio cuenta de lo que había hecho. Después de llorar durante días mandó su cuerpo a las estrellas.

Si eso hubiera pasado en mi mundo, Apolo habría llorado lágrimas de sangre. Hay tantas cosas que no sé de la mujer que tengo a mi lado.

Mía se levanta. Estira los brazos para desentumecerlos. Jamas he visto a un adulto estirándose como un niño, y ahí está ella pareciendo el ser más adorable del mundo.

- Vamos a dormir, estás cansada.

Mientras nos preparamos para acostarnos me cuenta como va evolucionando Lea. No me interesa mucho, pero a ella si y eso es suficiente motivo para que se convierta en un tema interesante para mi.

Aun no se atreve a salir de aquí, de hecho, no debería hacerlo todavía hasta que sepamos si su marido es realmente peligroso, y hasta dentro de unos días no me mandarán el informe. No habla mucho con nadie, a excepción de Dante que siempre está cerca por si necesita algo. No soy el único calzonazos, algo es algo.

Me me meto en la ducha, cuando salgo Mía está dormida. Respirando despacio observo como su pecho sube y baja. Me tumbo a su lado, y poco después, me duermo yo también.

Estoy en una orilla y tengo un arco en la mano. No se que hago aquí ni porqué, solo sé que tengo que disparar al punto que brilla a los lejos. Lo levanto a la altura de mis ojos y estiro el brazo. Con la otra mano agarro la cuerda y la tenso con la flecha. En cuanto he fijado el objetivo la suelto y sale disparada. El cuerpo de Mía se acerca flotando en el agua con la flecha clavada en el corazón.

Despierto en medio de la noche con la respiración agitada como si hubiera corrido una maldita maratón ¿desde cuando tienes pesadillas, Marcus? ¿En qué momento te has convertido en un blandengue que sueña con historias de adolescentes?

Me giro hacia la mujer que duerme tranquilamente. Un mechón de pelo le cubre parte de la cara. Se lo aparto con cuidado y se lo coloco detrás de la oreja.

- ¿Qué me estás haciendo? - Susurro mirándola con intensidad.

Me preocupa estar demasiado obsesionado, no tener el control de mis pensamientos o que me afecten hasta el punto de tener pesadillas en la que mato a la mujer que amo.

Antes de que amanezca ya me he levantado. Hoy tengo que visitar varios de nuestros negocios para revisar los libros de contabilidad. La clave para que no crean que pueden engañarte es no dar pie para que te engañen. Hasta ahora siempre me ha funcionado este método. Ahora tengo que encontrar el que ha tenido los huevos suficiente como para plantarme cara.

Por la tarde, mientras conduzco de camino al castillo recibo una llamada de Dante. Pulso el manos libres y contesto.

- Dime.

- Tenemos un problema - Escucho el sonido de chirrido de ruedas por el teléfono - Un coche nos está persiguiendo.

Mía acaba de salir de trabajar y Dante la trae de vuelta. Hago un cambio de sentido sin fijarme en los demás coches.

- ¿Cómo está Mía? Voy hacia allí - Voy adelantando los coches sin ningún miramiento. Me pitan uno tras otro mientras piso el acelerador a fondo - ¿Por donde vais?

Mía grita y me hiela la sangre. Escucho disparos de fondo ¿Quién cojones se ha atrevido a hacer eso? Jamás he tenido tanto problemas, siempre me han respetado. Todos los hijos de puta del inframundo me respetaban.

- Hemos tenido que desviarnos ¡mierda! - Grita Dante.

- ¿Dante? - Dice Mía - ¿estás bien? - Pregunta con voz histérica - Dante, despierta por favor.

Meto quinta y me paso la mano por el pelo. No puedo perderla, a ella no puede pasarle nada, esto no puede estar pasando.

- Mía ¿qué ocurre? Estoy llegando ¿vale?

- Marc.....

Se corta la llamada. Siento una desesperación e impotencia que no había sentido nunca. Tengo

que llegar tiempo. Si llego a ella y está bien no va a volver a salir a trabajar. ¡Maldita la hora!
¿Por qué cojones tengo que decirle a todo que si?

Mi puto mundo es peligroso. Una equivocación y estás muerto y ahora estoy pagando la mía.

Capítulo 34

Mía

Salgo de trabajar de buen humor. Marcus y yo nos llevamos mejor que antes. Parece que ha comprendido que no puede tratarme como si fuera un súbdito suyo.

Cada vez se parece más al Marcus del que me enamoré, el que convertía mi pecho en mil mariposas revoloteando. Poco a poco voy olvidando la mañana que me dejó y todo mi cuento de hadas se vino abajo como un castillo de naipes

- ¡Joder! - Dice Dante mirando por el retrovisor.

Me giro sobre mi misma para mirar por el cristal, hay un coche azul pegado a nosotros. Frena un poco para acto seguido acelerar. Su morro choca contra nuestro coche. La fuerza del impacto me impulsa hacia atrás.

- ¿Quién es? ¿Qué quiere? - Pregunto nerviosa sin perder de vista el coche.

Dante quita una mano del volante y llama con el manos libres.

Marcus contesta al otro lado del teléfono.

- Tenemos problemas, un coche nos está persiguiendo.

- ¿Cómo está Mía? Voy hacia allí ¿Por donde vais?

No puedo apartar la vista del coche que intenta constantemente adelantarnos para cerrarnos el paso. Dante se adelanta a sus intención y le bloquea el paso obligándolo a ponerse detrás de nosotros constantemente.

Un hombre sentado en el asiento del copiloto saca la cabeza y parte del tronco por la ventanilla, lleva una pistola en la mano. Intenta apuntar durante unos segundos y después, decidido, dispara todas las balas.

Grito y me tapo los oídos. Me hago una bola en el asiento. Vamos a morir, no podemos escapar del coche que nos persigue y yo no soy de ayuda, no valgo para disparar a una persona. Cierro los ojos fuerte.

Por favor Marcus, ven pronto - es lo único que soy capaz de pensar.

- Hemos tenido que desviarnos ¡mierda! - Grita Dante.

El conductor consigue ponerse en paralelo a nuestro coche, justo a la altura de Dante. El compañero saca la pistola y dispara.

La cabeza de Dante cae hacia un lado y el coche sigue la misma trayectoria, nos vamos a salir de la carretera. Sin pensarlo demasiado salto hacia delante y cojo el volante.

- ¿Dante? ¿estás bien? Dante, despierta por favor - Me sorprende mi propia voz. Como si no fuera mía.

Lo zarandeo un poco pero no logro que despierte.

- Mía ¿qué ocurre? Estoy llegando ¿vale? - grita desde el otro lado del teléfono.

- Marc.....

No tenemos cobertura y la llamada se ha cortado. Con la mano libre le pego a Dante una bofetada con todas mis fuerzas. Abre un poco los ojos, sin fuerzas.

- Gracias a Dios, Muévete - Lo empujo hacia el asiento del copiloto sin soltar el volante.

Tengo el pelo revuelto por el aire que entra a través de la ventanilla y la frente empapada en sudor, pero lo que más noto es mi corazón, jamás me había ido tan rápido. Nunca había tenido la certeza de que vivir o morir iba a depender de lo que yo hiciera. Si me tumbo detrás a llorar como un bebé, Dante y yo moriremos y eso no puedo permitirlo.

Con mucho esfuerzo se deja caer sobre el asiento de al lado. Me coloco frente al volante y tengo que girarlo noventa grados para impedir que vuelvan a revasarnos.

Miro de reojo la herida que tiene el hombre que siempre me protege. Le han herido entre el hombro y el cuello. Está perdiendo demasiada sangre, si no hacemos algo rápido podría morir.

Volvemos a la autovía y piso a fondo. El velocímetro marca ciento setenta. Yo soy como una abuelita al volante, rara vez voy a más de cien. Y aquí estoy ahora, haciendo como en las carreras de coches. La única diferencia es que en el cine todo es falso, en la realidad todo se ve como borrones que pasan demasiado de prisa a nuestro lado.

Estoy segura de que en cualquier momento me dará un infarto.

- Dante ¿Qué hago? Ayúdame, por favor - Suplico.

- A.. Acelera - se esfuerza en contestar - Y no p... Pares

Cambio de carril para adelantar a un coche que va a una velocidad normal, pero no para mi ahora mismo. Suenan disparos a nuestro alrededor e instintivamente me agacho sobre el volante, uso una de mis manos para taparme la cabeza.

El cristal de atrás estalla en mil pedazos después de que las balas consigan chocar contra él.

¿Dónde está Marcus? ¿Por qué no ha llegado todavía? Voy esquivando coches y balas sin saber que es lo que estoy haciendo. Ni siquiera sé a donde voy a llegar si sigo por esta carretera. Tal vez lo mejor sea parar el coche e intentar hablar con estos locos.

Mi cabeza me contesta sola a las estúpidas ideas que tengo.

Si quisieran hablar lo habrían hecho antes de empezar a disparar, que eres un poco tonta, Mía.

De pronto frente a mi, un par de kilómetros por delante, una fila de coches negros vienen a toda velocidad. No tengo nada que hacer contra tantos coches. Es imposible que pueda esquivarlos.

Uno se adelanta más de la cuenta. ¿Podría ser Marcus? Desde luego se parece a él. Antes de que piense en pisar el freno, se desvía hacia la izquierda, da un volantazo que provoca un chirrido ensordecedor y el olor a goma quemada inunda durante un segundo todo el ambiente y frena justo detrás de mi.

Los coches negros que conducían en dirección contraria se abren camino, unos hacia la

izquierda y otros hacia la derecha dejándome pasar sin problema y haciendo una barrera entre el coche que me perseguía y nosotros.

Piso el freno de golpe. No puedo creerme que se haya terminado esta pesadilla y que haya salido bien. Es imposible.

Abro la puerta para salir, pero las piernas me tiemblan tanto que tengo que esperar porque sino me caeré al suelo. Me tiro hacia Dante, le busco el pulso y parece que lo tiene estable. Me quito la rebeca y la coloco sobre la herida intentando taponarla.

Miro por el espejo retrovisor como Marcus corre hacia nosotros, hacia mi.... Salgo del coche también para llegar hasta él. Chocamos con la necesidad de sentirnos. Pego la cara contra su pecho y rompo a llorar. Toda la tensión acumulada, el miedo, la certeza de que no iba a volver a verlo y de pronto aquí estamos, vivos los dos con una nueva oportunidad. Marcus me abraza fuerte, demasiado fuerte, supongo que no era la única que tenía miedo.

- ¿Estás bien? - Pregunto separándome y analizando cada parte de mi cuerpo en busca de heridas
- ¿te ha hecho algo?

Los hombres de Marcus se han hecho con el control de la situación. Tienen al hombre que me perseguía, y otros se han acercado hasta Dante para atenderle mientras llega la ambulancia.

- Estoy bien, estoy bien - Contesto nerviosa - ¿Quién era? ¿Qué quería de nosotros?

No he podido verlo, pero después de lo que acaba de pasar solo tengo clara una cosa; no me importa lo que le pase porque sé que él no habría tenido piedad de nosotros si hubiera conseguido hacernos parar.

- Es el marido de Lea, pero no te preocupes, no vas a volver a verlo - la promesa que me hace me pone los pelos de punta.

Es una promesa de muerte y sangre y aunque me gustaría pedirle que no lo matara, no creo que sea capaz de hacerlo después de lo que ese hombre ha hecho.

Marcus me acompaña hasta su coche. Me abre la puerta y me abrocha el cinturón. Debe pensar que estoy en estado de shock o algo y que no soy capaz de hacerlo por mi misma.

- Estoy bien, de verdad.

Coloca las manos sobre mis mejillas y respira profundo. Cierra los ojos durante un instante y después arranca el coche.

- Has sido muy valiente. Gracias a ti estais vivos - Admite.

Me ruborizo al escuchar como me elogia. No ha sido para tanto. Me he dedicado a dar volantazos y a ver mi vida pasar por delante de mis ojos a cámara lenta. Todo muy dramático.

- Gracias.

Llegamos al castillo y aparca donde siempre. Se baja rápido para abrirme la puerta y ayudarme a salir. Empiezo a pensar que solo es una excusa para estar pegado a mi, aunque no le hagan falta excusas para eso. A mi también me gusta tenerlo cerca, me calma su olor, su tacto, sentir sus músculos protegiéndome.

Me acompaña hasta la habitación. Se que pasa algo por cómo camina de un lado a otro dando grandes zancadas.

- ¿Qué te pasa? - Pregunto acercándome a él.

Se para en seco y me mira. No como lo hace siempre, sino con desesperación, con dolor. Sabe todo lo que podríamos hacer perdido hoy los dos.

- He estado a punto de perderte y no puedo permitirlo - Coloca sus manos sobre mis hombros - no vas a volver a trabajar, no vas a volver a salir de este castillo si no es conmigo.

¿Pero que dice? ¿Se ha vuelto loco? ¿Es que cree que puede convertirme en su prisionera?

Me suelta antes de que pueda reaccionar y camina hasta la puerta. Me mira por última vez y sale. Cierra la puerta y justo después escucho una llave girar la cerradura ¿Me ha encerrado?

Corro hacia la puerta e intento abrirla. Es imposible, me ha encerrado. Después del día que he pasado en lugar de apoyarme, me encierra y pretende tenerme enjaulada. ¿Cómo pude pensar que había cambiado? ¿En qué momento creí que podíamos ser felices juntos?

Capítulo 35

Mía

Corro hacia la puerta y la golpeo con el puño cerrado. No puedo creer que vuelva a ser el mismo cavernícola que antes, creía que había empezado a respetarme, pero no, Marcus solo sabe imponerse y obligar a los demás a que hagan lo que él quiere.

- ¡MARCUS! ¡ÁBREME! - grito sin dejar de golpearla - ¿¡NO ME ESCUCHAS!? ¡ABRE LA PUERTA!

Se va a enterar de lo que es bueno. No pienso permitir que me encierre. Entro al baño y abro un cajón, rebusco dentro hasta que encuentro una horquilla. Vuelvo a la puerta de la habitación.

Abro la horquilla completamente y la introduzco en la cerradura. Voy haciendo movimientos hasta que escucho el click característico, entonces la giro y ¡magia! Abro la puerta sin problema.

Bajo las escaleras dando grandes zancadas. Pocas veces he estado realmente enfadada con Marcus, me dolió cuando me traicionó, cuando me trataba como si no importara nada, pero esto es distinto, no pienso volver a permitir que decida por mí nunca más.

Abro la puerta del despacho sin llamar ni pedir permiso. En cuanto entro se queda de piedra. Viene hacia mí y me coge del brazo, me lleva fuera casi arrastrándome.

- ¡¿Quién cojones le ha abierto la puerta?! - Grita a nadie en particular.

Acabo de descubrir que mi querido marido se cree que soy una inútil incapaz de abrir una cerradura. Tal vez crea que una mujer no puede abrir puertas con horquillas, o conducir más rápido que otro coche en una persecución.

Pego un tirón y me suelto.

- He sido yo, yo he abierto la puerta y si vuelves a encerrarme lo volveré a hacer - Lo encaro levantando el dedo - No hagas esto, Marcus.

Sus hombres se han acercado a nosotros al escuchar las voces. Ahora no quiere que se enteren de que entre tanto hombre en este castillo, una mujer es capaz de plantarle cara.

Camina de vuelta al despacho sin siquiera mirarme. Lo sigo porque estoy segura de que esta conversación no se ha terminado.

- ¿Qué habría pasado si hoy no hubiera llegado a tiempo - Pregunta apretándose el puente de la nariz.

Así que por eso está así. Cree que puede mantenerme con vida si me deja encerrada en la habitación para siempre. Tengo que quitarle esa idea de la cabeza como sea.

- Estoy bien, llegaste a tiempo.

- ¡¿QUÉ HABRÍA PASADO?! - grita.

Golpea con el puño la mesa y respira entrecortadamente. Me mira fijamente. Solo veo un león

enjaulado que busca una salida, pero no ve ninguna. Es prisionero de sus propios miedos.

Me acerco hasta él. Uno de los dos tiene que calmarse porque si no vamos a ser incapaces de entrar en razón.

- ¿Qué habría pasado si cuando mi padre ordenó que me mataran no hubiera huido? ¿Qué crees que habría pasado si la primera bala que dispararon en el restaurante se hubiera desviado un poco hacia la derecha - Coloco mi mano sobre su mejilla, raspa un poco por la barba que comienza a crecer - Marcus, ¿qué habría pasado si tú hombre me hubiera dado un mal golpe en la cabeza? Hace mucho que podría haber muerto, pero eso no puede impedirnos vivir.

Se aleja unos pasos de mí. Odio no ser capaz de calmarme. Entiendo sus miedos, son los mismos que tengo yo con él. Me da pánico pensar que su modo de vida un día pueda acabar con lo que tenemos. De hecho estoy segura de que algún día uno de los dos vestirá de negro y se lamentará por no haberse alejado de las balas y las drogas.

- No podría soportarlo - Susurra mirando al suelo - No podría seguir viviendo sin ti.

Vuelvo a acortar la distancia y levanto su barbilla con un dedo, quiero ver sus ojos negros. Le sonrío con todo el amor que siento hacia este hombre.

- Jamás me alejaré de ti, pero tienes que dejar de hacer esto, por favor. A mí también me da miedo cuando te vas ¿no lo ves?

Pega su frente contra la mía y cierra los ojos, yo los cierro con él. No sé en que momento le he personado todo lo que ha hecho, pero ha sucedido. No siento rabia ni rencor, en algún punto consiguió que mi corazón volviera a latir solo por él.

Su vida es como la tierra movediza, una vez que te acercas demasiado es imposible salir, te hundes sin remedio. Si eso tiene que pasar, será junto a Marcus y no me arrepentiré de nada.

- Está bien, está bien, tu ganas - Se acerca despacio a mis labios y me besa. Siento sus labios encerrar el mío, el calor y la humedad que me atrae como Ícaro al sol - Pero con condiciones. Ahora tengo que irme, pero esta noche hablaremos.

Coloco mi cabeza sobre su pecho y aspiro su aroma. Él, me envuelve entre sus brazos y respira el olor de mi pelo. Es la primera vez que estoy segura de sus sentimientos. Por fin ha dejado que los vea.

En la entrada está Lea hablando con Dante. No parece asustada ni atemorizada, me encanta que esté relajada y se sienta protegida.

Decido dejar a los dos con su charla, pero en lugar de salir a los jardines o subir a la habitación, bajo las escaleras. Después de todo el tiempo que llevo aquí, todavía no se todo lo que oculta este castillo.

Hay un largo pasillo de piedra sin ningún adorno, ni cuadros ni nada, solo la fría pared de piedra oscura. Hasta la iluminación es distinta a la del resto del castillo, aquí cuelgan las bombillas sin ningún tipo de adorno o lámpara.

Hay puertas a la izquierda y a la derecha de madera maciza. Abro la primera con la que me encuentro, las visagras crujen por la falta de uso. Esta completamente vacía, no hay

absolutamente nada dentro.

Que raro es todo esto ¿no tienen habilitada esta parte del castillo? Escucho voces que provienen del final del pasillo. Camino hacia el ruido como una autómatas. Algo en mi interior me dice que no debería ir, que lo que esté ocurriendo dentro no me interesa, pero así soy yo, da igual cuantas alarmas salten, da igual que tengan luces de neón, si decido hacer algo, lo haré.

Llego hasta la puerta. Ahora las voces del interior son mucho más claras. Una de ellas es la de Marcus, no entiendo bien lo que dice, así que pego la oreja y presto toda la atención.

- Sabes lo que va a ocurrir ¿verdad? Has intentado matar a mi mujer - Suena un ruido sordo, parece un puñetazo pero no estoy segura - Lo vas a pagar con tu vida.

Un hombre comienza a llorar. No es un llanto como en las películas, es desconsolado, asustado. Sabe que va a morir. No puedo soportarlo ¿cómo puede vivir Marcus matando gente?

- Por favor, por favor, no me mates, yo solo quería recuperar a mi esposa.

- ¿Recuperar a tu esposa? ¿Para qué? Eres un saco de mierda que maltrata a su mujer.

Escucho como se carga el arma de Marcus. No puedo quedarme quieta, no puedo hacer como si no hubiera escuchado nada.

Empujo con todo mi cuerpo y abro la puerta.

El hombre cuelga de unas cadenas ancladas en el techo. Tiene el cuerpo ensangrentado. No la cara o las muñecas por las cadenas, todo el cuerpo, le han torturado.

Marcus tiene el brazo en alto con la pistola pegada a la frente del marido de Lea.

Debería haber llamado a la policía cuando comenzó la persecución y este hombre estaría en la cárcel y no aquí.

- ¡PARA! ¡NO LO MATES!

Corro hacia Marcus y le agarro el brazo con el que sostiene el arma. Me mira fijamente sin moverse ni un milímetro.

Antes de que me de tiempo a seguir convenciéndole aprieta el gatillo. La bala sale y entra en la cabeza del hombre en un instante. Justo en ese momento su cuerpo cae inerte. El único motivo por el que no cae al suelo es porque las cadenas se lo impiden. Cuelga sin vida de ellas.

Doy un paso atrás, necesito alejarme de ellos. ¿Cómo pueden vivir rodeados de muerte y sangre? Se comportan como si una vida no fuera importante. Da igual quien vive o muere, no importa.

Salgo corriendo sin pensar a donde voy a llegar, solo sé que necesito alejarme de todos ellos.

Capítulo 36

Killian

Estoy en shock. Yo, el hijo de puta más grande no se que hacer. No puedo dejar de mirar a esa niña mientras Elodie está sentada en el suelo, a su lado, y la entretiene.

La pequeña coge una especie de pelota con cascabeles dentro y camina hacia mi, se tambalea amenazando con caerse, hasta que por fin llega y me la tiende.

Si querer ni pretenderlo sonrío a la pequeña y cojo el juguete, moviéndolo para que haga ruido.

- ¿Qué edad tiene? - Pregunto volviendo al tono glacial.

Elodie deja de sonreír. Tal vez pensaba que me apidaria de ella y me iría como si no hubiera pasado nada, pero no, eso no va a ocurrir.

- Once meses - Susurra.

Once meses. Lleva más tiempo trabajando en el club, podría ser de cualquiera, pero sus ojos, las facciones de su cara, todo me grita que una Moretti.

- ¿Cómo se llama?

- Martina...

- ¿Es mía?

La niña sigue intentando caminar por toda la sala. Elodie la persigue y cada vez que pierde el equilibrio la sujeta para que no se caiga.

- No, claro no - contesta decidida y sin ninguna duda.

Desvío la mirada de la niña hasta a ella y levanto una ceja. Puede intentar engañarme o tal vez sea cierto, pero si algo he aprendido a lo largo de los años es a no fiarme de nadie, diga lo que diga.

Se ha esforzado demasiado para huir de mi. Yo jamás le he hecho nada, nada malo quiero decir. Hemos disfrutado bastante juntos, así que no tiene sentido su comportamiento a no ser que tuviera miedo de que descubriera algo...

- Bien, la niña se va a venir conmigo y le voy a hacer una prueba de paternidad.

Me acerco a la niña y la cojo en brazos para salir de allí. Necesito saber la verdad cuanto antes y todo el mundo sabe que la paciencia no es uno de mis fuertes.

- No, no, no, por favor, no me quites a mi hija, por favor - repite desesperada.

Me agarra del brazo suplicando que no la aleje. La pena no es algo que me dicte lo que hacer.

- Si no es mía, no tienes nada que temer - Entrecierro los ojos analizando su reacción.

Un segundo después se la maldita verdad sin tener que hacer ninguna prueba. Abre los ojos y se

queda paralizada donde está. Sabe que es cuestión de tiempo que toda la verdad salga a la luz, ya no puede mentir más. Pero si esta niña es mía, y ella me lo ha ocultado... Debería estar aterrada de verdad...

- Killian, por favor - Susurra respirando agitadamente - No puedes llevarte a mi pequeña, por favor.

¿Qué coño me pasa? ¿Por qué cojones estoy dudando? ¿Por qué sigo aquí parado sin moverme? Sus ojos cristalinos llenos de lágrimas, el desespero cogiéndole el pie a la pequeña, me hace dudar. Y yo odio dudar.

-Dime la puta verdad.

Cambio a la niña al otro brazo y me acerco un poco más a Elodie. Puede que si es sincera, tal vez sea indulgente.

- Ella no...

-¡QUE NO ME MIENTAS, JODER!

La niña romper a llorar. Se ha asustado con el grito y Elodie corre a quitármela de los brazos para calmarla. Dejo que lo haga. Lo último que quiero es que me tema.

¿Qué? Es la primera vez que no quiero que alguien me tenga miedo. Todos estos sentimientos me están volviendo loco. No me reconozco.

- Está bien, te lo voy a contar todo, pero... Por favor, prométeme que no nos harás daño y que no la alejarás de mi.

Es increíble que piense que voy a aceptar lo que ella diga. Que quiera que le prometa cualquier mierda.

- No voy a prometer nada. Ahora... Dime... Toda... La puta... Verdad.

Elodie rompe a llorar. Sabe que ha perdido y no puede hacer nada más. Ya no hay forma de escapar o esconderse. Ha llegado la hora de afrontar las decisiones que ha tomado.

- Mi marido... Él era muy violento - Comienza a explicar - así que me escapé y terminé aquí, en Verona. Es un tipo peligroso, no podía simplemente comenzar una nueva vida y ya, por eso comencé a trabajar en tu club. No pedían datos, ni dni ni nada, podía conseguir dinero sin que nadie supiera quien soy.

Se calla esperando que asimile lo que ha dicho. No hay que ser muy listo para saber esa parte de la historia. Después de conocerlo en persona solo había que sumar dos más dos.

- Continúa.

- Está bien... Yo siempre me protegí cuando estaba contigo... Pero una vez tomé antibiótico y no sabía que disminuía la eficacia...

-Sigue - Gruño casi sin poder contener los nervios que siento por dentro.

- Descubrí que estaba embarazada... Yo... Yo... - Rompe a llorar y se tapa la cara para no asustar

a la niña que la mira desconcertada, aunque unos segundos más tarde, ya está entretenida con la pelota - yo misma le hice una prueba de paternidad.

Esa última frase me descoloca ¿En que jodido momento le ha podido hacer una prueba para saber si es mía o de cualquiera? Ella ha estado con muchos hombres, y no es algo que me importe, yo he estado con muchas más mujeres.

-¿Cómo?

-Dios mio, Killian. Por favor. Prométeme por lo menos que no me matarás, por favor.

Se arrodilla frente a mi sin soltar a la niña. Esta sentada rogándome por su vida. La pequeña la mira y llora también y yo me siento como un puto monstruo.

- Está bien, está bien. Deja de llorar, la estás asustando. No voy a hacerte nada.

La sujeto por el brazo y la ayudo a levantarse. Se quita las lágrimas del rostro rápidamente, mientras calma a su hija.

- Hice que analizaran uno de tus pelos... Y... Bueno, salió positivo.

Ya lo sabía, algo dentro de mi me lo decía desde el mismo momento en el que la vi, pero escucharlo es algo totalmente distinto. Tener la certeza completa te cambia.

No podría explicarlo, pero todo el odio que siento las veinticuatro horas, ahora hay un pequeño hueco dedicado al amor. Un amor incondicional que ni siquiera sabía que podía sentir. Esa niña es mi hija. Mi hija.

Elodie espera a que reaccione, está ligeramente inclinada hacia atrás esperando un golpe que no va a venir.

- ¿Y qué hiciste? ¿Por qué te persigue tu marido o ex marido o lo que sea?

Aun siento que me faltan detalles de esta historia. No tiene ningún sentido que ella estuviera bien escondida y que de pronto ese psicópata la persiga una y otra vez de una forma tan desesperada.

Traga saliva despacio y cierra los ojos.

- Por aquel entonces te tenía más miedo a ti que a él... Así que volví con él y a las pocas semanas le dije que estaba embarazada...

Aprieto los dientes. Me paso la mano por la cara porque necesito concentrarme. Esta niña está atenta. Sabe que algo pasa y no quiero sentirme mal por asustarla, pero ahora mismo me encantaría cargarme todos los jodidos muebles de esta puta casa.

Se quedó embarazada, me lo ocultó y se largó para hacer creer que a otro tío que él era el padre.

-Cuéntamelo todo de una puta vez, porque no sabes lo que me está costando controlarme.

- Vale, vale. Todo estuvo tranquilo hasta que nació. Los bebés lloran, pero eso él no lo entendía y una noche... Le hizo daño en el brazo. Al día siguiente me escapé de nuevo y no volví.

Desvío la vista hacia mi hija. Tiene una pequeña cicatriz por encima de la muñeca. Mi respiración comienza a acelerarse y los bordes de mi visión se vuelven rojos. Ese hijo de puta

hizo daño a mi hija... A un bebé recién nacido...

Me alejo de Elodie y salgo fuera de la casa, no puedo controlar la velocidad con la que mis pulmones inhalan oxígeno. Bordeo la casa y llego hasta un enorme tronco. Todavía tengo vendas en los brazos bajo la camisa, pero eso no impide que lo golpee una y otra vez, ni cuando la corteza comienza mancharse de sangre.

Voy a matar a ese hijo de la gran puta. Lo voy a descuartizar poco a poco hasta que solo sea un amasijo de carne y huesos.

-Killian, para - Elodie se coloca detrás mía y me pone una mano sobre el hombro.

- Mamá, mamá, mamá... Papá - Canturrea la niña.

Papá... Me giro para verla. Es preciosa. Tiene unos enormes ojos verdes que me miran divertidos. Lo que nadie ha conseguido nunca, lo acaba de hacer ella con una simple palabra.

Se la quito con cuidado de los brazos.

- Se viene conmigo - Digo justo antes de empezar a caminar hasta el coche.

Elodie corre detrás de mí.

- ¿Qué? No, no, no. Lo prometiste, lo prometiste.

- Prometí no matarte, te prometí no hacerte daño y que te deje vivir después de lo que has hecho es más de lo que mereces - Suelto con odio para seguir mi camino hasta el coche.

Corre para adelantarme y se pone delante de la puerta. Está completamente desesperada. Joder, tampoco me gusta verla a ella así ¿qué mierda me está pasando?

- Haré lo que quieras, te lo juro. Tu solo dime que quiere y lo haré, pero no puedes separarnos - Sus dedos tocan mi brazo de forma de nerviosa.

Una idea comienza a tomar forma en mi cabeza. Una idea que me gusta demasiado como para rechazarla y que solo pensar en ella me la pone dura.

- ¿Harás lo que yo quiera? Bien. Serás mía a partir de ahora. Harás y dirás lo que yo quiera, fuera y dentro de la cama. Esta es la única oportunidad que te voy a dar.

Nunca he dicho que sea una persona honorable. Ya estaba obsesionado con follarme a esta mujer, lo mejor de todo esto es que la puedo tener veinticuatro horas para mí.

- Acepto, seré tuya, tu esclava, lo que quieras, no me importa.

Le tiendo a la niña para que la coja y le abro la puerta trasera.

-Entonces sube al coche. Os voy a llevar a un lugar seguro.

Capítulo 37

Marcus

Deseo hacerla feliz a toda costa, pero esto no puedo hacerlo por ella, aunque me lo pida con los ojos llenos de lágrimas, aunque después de disparar se me quede grabado a fuego la decepción que he visto en su rostro, es imposible que pueda darle lo que quiere.

Este hombre es un asesino. Ha maltratado a su esposa infinidad de veces, intentó matar a mi propia mujer y tiene unos cuantos cadáveres escondidos en lugares oscuros donde la policía no daría con ellos ni en un millón de años, pero yo no soy la policía y el camino de este hombre ha llegado hasta aquí.

Les doy instrucciones a mis hombres sobre lo que deben hacer con el cuerpo y después salgo para buscar a Mía.

En la entrada están Lea y Dante charlando.

- ¿Habeis visto a Mía? - Pregunto.

Ellos se miran como diciendo... Ya se han peleado otra vez ¿desde cuando Dante se ha tomado estas atribuciones? Nos peleamos mucho porque es cabezota, le cuesta aceptar mi vida, esto es lo que soy y lo que seré, y cuanto antes lo acepte mejor para todos.

- Acaba de subir las escaleras - Lea señala con el dedo el camino que ha seguido mi mujer.

Doy media vuelta y me alejo. Reviso todas y cada una de las habitaciones. No está en ninguna ¿dónde cojones se ha metido? Sigo el camino de las escaleras que suben hasta un pequeño torreón con unas vistas increíbles.

Abro la puerta de madera vieja y ahí está.

Me acerco hasta ella y la observo. No veo nada raro, sus ojos brillan con la luz del sol y el verde parece más vivo que nunca, no están enrojecidos ni nada.

Tengo que regañarme por ser tan blandengue ¿ojos rojos? ¿En serio Marcus? ¿Desde cuando te importa que una mujer o un hombre lloren. Sin querer vuelvo a contestarme, la amas.

Mía deja de mirarme, se da la vuelta y se apoya sobre la vieja piedra. Mira al infinito, a lo lejos.

- ¿Qué quieres, Marcus?

- Quiero que entiendas porque he tenido que matarlo.

Se gira de pronto y me mira con el cejo fruncido. De pronto rompe a reír y se coloca una mano sobre la frente.

- Ese hombre tendría que haber sido detenido, pero no, tu te crees Dios, crees que puedes hacer lo que quieras siempre ¿verdad?

Es una novata en mi mundo o en el de su padre, todavía no tiene ni idea. O comes o te comen. Nadie va a la policía. Nosotros resolvemos nuestros propios problemas porque hemos decidido

vivir al margen de la ley, no podemos exigir nada...

- Vale, lo detienen ¿por qué motivo? ¿Correr demasiado con el coche? Mañana estaría fuera - Tienes que comprender que las personas del inframundo son peligrosas y puede costarte la vida - ¿Qué haría después? Te lo voy a decir - Digo con desprecio - Iría a por ti o a por su mujer, tal vez mataría a tu hermano para vengarse de ti o me metería una bala en la cabeza - Esto último lo dudo, el tío era un mierda al que le gustaba asustar a la gente, pero cuando das con alguien peor que tu, no tienes nada que hacer - ¿Sabes a cuantas personas a matado?

Abre los ojos sorprendida por lo que acabo de decirle. Es fácil posicionarse en la parte de la verdad absoluta cuando no tienes ni puta idea de lo que ocurre cuando no miras. Mía no conoce nada de la vida del marido de Lea, y aún así ha decidido que yo era peor monstruo que él.

- Vale, vale, ya lo he entendido.

Parece un gatito con las uñas sacadas, no le gusta que la regañen y a mí me parece de lo más adorable cuando admite que está equivocada.

- Ven aquí anda - Tiro de su brazo y la acerco a mi pecho.

Me encanta como huele. Podría pasar horas aspirando su aroma y no me cansaría. Coloca su cabeza sobre mi pecho y suspira. Pienso en hacer algo especial con ella. No me gusta que nuestra vida gire en torno al peligro, no quiero que sea lo que la rodee a ella. Mía es luz, es sol, ella es la bondad y la alegría. Somos polos opuestos, dos imanes que irremediablemente están destinados a sentirse atraídos.

- Tengo que irme a trabajar, pero esta noche a las nueve vendré a buscarte, quiero darte una sorpresa.

Me separo de ella, pero antes de irme le dejo un beso en la frente mientras coloco mis manos sobre sus mejillas como siempre hago. Me encanta sentir su piel suave bajo mis dedos, hace que todo esto sea más real.

- Te quiero - Le susurro antes de irme.

Doy media vuelta. Mía vuelve a abrazarme por la espalda y coloca sus manos sobre mi pecho.

- Yo también.

El resto del día lo paso rodeado de cuentas y papeles. Voy a ver varios de mis negocios, un bar y un salón de juegos. En ellos aprovechamos para lavar dinero o para mover mercancías, pero últimamente alguien me la está jugando, así que he decidido estar más pendiente.

Mis hombres me traen documentos con las cuentas. La mayoría están claras y ordenadas, no parece que haya ningún descuadre.

- Señor - Llama mi atención Dante - Aquí puede que haya algo.

Me tiende un tocho de papeles llenos de cuentas. La página con el descuadre marca una entrada de dinero de veinticinco mil euros, pero dos hojas después no cuadra, se repite la operación con la diferencia de que se han perdido diez mil euros.

Miro el reloj, casi es la hora. No puedo llegar tarde a mi cita con Mía. Con ella siento que puedo

perderla en cualquier momento, un mal movimiento y se desvanecerá.

Tengo mucha seguridad en mi mismo, pero en lo que respecta a esta mujer soy un maldito crío. La perdí una vez y recuerdo como me sentí, totalmente devastado. Haré lo que haga falta para que esté a mi lado.

La veo esperándome fuera del Castillo. Está preciosa con un pantalón pitillo y una camisa verde. Lleva sueltos sus grandes rizos que caen en cascada.

En cuanto paro el coche se monta rápido. Me divierte lo ansiosa que está por saber cuál es la sorpresa.

- ¿Lista? - pregunto mientras la ayudo a abrocharse el cinturón de seguridad.

- ¿Dónde vamos?

Sonrío como única contestación. No le voy a decir nada, pero estoy seguro de que le va a gustar.

Llegamos al centro comercial. Aparco en uno de los aparcamientos libres y rodeo el coche para abrirle la puerta.

- ¿El centro comercial? - Pregunto incrédula - Pero tu lo odias.

Cojo su mano y entrelazo sus dedos con los míos. Camino decidido hacia las puertas de cristal que se abren en cuanto nos acercamos. Mía me lanza miradas furtivas si comprender.

Nos montamos en el ascensor y bajamos un nivel. Ahora soy yo el que la mira. Y ella me corresponde sorprendida. Ya se ha dado cuenta de cual es mi sorpresa.

La primera vez que vinimos aquí fue por una sorpresa suya. Yo tuve que fingir que me interesaba, no quiero ese falso recuerdo, quiero momentos verdaderos a su lado.

Saco la cartera del bolsillo de mi pantalón y la abro. Saco la fotografía y se la enseño. La mira con tristeza comprendiendo que su realidad era una mentira.

- Cuando creí que habías muerto esta foto se convirtió en lo más importante, Mía.

La coge con cuidado y la mira, después levanta la vista con los ojos húmedos conteniendo las lágrimas.

- ¿La has guardado todo este tiempo?

Miramos el fotomatón en el que entramos hace ya una vida. Otra vida en la que estábamos destinados a ser enemigos, a odiarnos y destruirnos. Donde estaba seguro que iba a ganar una guerra que yo mismo empecé, y esta mujer con su dulzura y amor acabó derrotándome.

Capítulo 38

Mía

Los días pasan tranquilos. Dante cada vez está mejor, aunque la herida parecía aparatosa, sacaron la bala y con un cabestrillo estaba como nuevo. Marcus tenía razón, tuvimos suerte de que todo quedara en un susto.

Hoy han llegado un montón de vestidos de noche. Son impresionantes, los hay de todos los colores y de todos los tejidos. Lea y yo los miramos embobadas, nos hemos hecho grandes amigas.

- ¿Cuál te gusta? - Pregunto pasando los dedos por la falda de todos.

Saca una percha y la coloca delante de su cuerpo. Es color crema, muy elegante, con bordados a la altura del pecho.

- ¿Qué te parece este?

Hay momentos en los que vuelve a ser la Lea asustada que conocí, mira al infinito y se queda pensativa, es inevitable. Todo lo que vivimos a lo largo de nuestra vida nos deja una cicatriz, para bien o para mal nos moldea, aunque estoy segura de que poco a poco la tristeza se irá de sus ojos como se fué de los míos.

- Es precioso. Venga, ve a probártelo.

Mientras ella se lo prueba, voy mirando los demás. Ninguno llama especialmente mi atención. Todos son preciosos y carísimos, pero no se porqué, no me emocionan.

Unos pasos llaman mi atención. Marcus viene hacia mi con una enorme caja entre las manos.

- ¿Qué es eso? - Pregunto intrigada.

Deja la caja sobre una mesa y le quita la tapa.

- Tu vestido para esta noche.

Un papel blanco lo esconde y no puedo verlo, me acerco y lo levanto con cuidado. Bien doblado hay un vestido de predería en tono plateado. Lo sujeto con cuidado y estiro los brazos para verlo bien.

Tiene un escote en uve que llega hasta casi el pecho, se pega perfectamente a la figura hasta las rodillas y después cae hasta el suelo. Las piedrecitas brillan con cada movimiento de la tela. Es el vestido más impresionante que he visto nunca.

- Marcus, es precioso.

Mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saca una pequeña caja. En la cubierta lleva el logotipo de una joyería.

- Hicimos un trato hace unos días - Abre la caja y me muestra una pulsera de diamantes presidida por un Rubí circular - Esta era la condición para que siguieras con tu vida.

Se ha vuelto loco. Definitivamente toda la presión ha podido con él y ha perdido la cabeza. El marido de Lea por poco me mata y para que pueda ir a trabajar ¿tengo que llevar una pulsera de diamantes? Cada vez entiendo menos a este hombre.

- No lo entiendo ¿qué se supone que debo hacer con ella?

La saca con cuidado y me la pone en la muñeca. Coloca el Rubí en la parte superior, para que lo vea bien.

- No es una pulsera cualquiera. Tiene un localizador, y esto - Pulsa la gema roja que tanto destaca - es un botón del pánico - explica pulsándolo

Unos segundos después aparecen por la entrada del castillo los hombres de Marcus, tienen la mano preparada en la empuñadura de la pistola, por si hiciera falta usarla.

Se paran al vernos. Yo en cambio creo que esto es demasiado excesivo incluso para mi marido, pero hice un trato con él y dudo que me deje ganar la discusión si le pido que tire esta pulsera, que más bien parece una cadena de mi prisión particular.

- Está todo bien, solo estaba mostrándole a Mía como funciona.

Tiene una pose de suficiencia que me molesta. Me siento como si esa pulsera fuera una cárcel. No podré hacer absolutamente nada sin que él lo sepa. Estaré veinticuatro horas vigilada. Cada idea que tiene mi marido es peor que la anterior.

Lea aparece con su vestido color crema. Le queda muy bien. Es guapísima. Desvío la vista hasta Dante que la observa sin parpadear. ¿Puede ser que a Dante le guste Lea? Me encanta hacer de hada madrina. Esta noche, durante la fiesta, voy a comprobarlo, si es cierto pienso ayudar a Dante. Lea se merece a un hombre como él y no el animal con el que se casó.

- Gracias por el vestido, Marcus.

Mi marido levanta una mano y le quita importancia. Para él supongo que esto es un gasto pequeño en comparación con todo lo que tiene.

- No es nada, espero que te guste - vuelve a prestarme toda su atención y me da un beso en la frente - Tengo que volver al trabajo. Nos vemos esta noche.

Asiento sonriendo como una boba. Estaba segura de que había dejado la adolescencia atrás, pero aquí estoy mirando como se va mi marido con su vaquero y su camisa negra pegada.

Lea y yo pasamos la tarde entre cosméticos y perfumes, eligiendo zapatos, collares, pintalabios, bolsos. Todo muy divertido. Hacía mucho que no pasaba un día de chicas.

Cuando el reloj marca la hora, bajamos las escaleras para ir a la fiesta. Me miro en el espejo de cuerpo entero y me quedo sin habla. Me he recogido el pelo en un moño con algunos mechones sueltos y el vestido es simplemente impresionante.

Dante no puede conducir porque todavía lleva el brazo en cabestrillo, así que hoy lo releva Al, un hombre algo entrado en años pero muy simpático que nos abre hasta la puerta. Dante hoy va a ser el copiloto y eso lo tiene de mal humor.

Lea y yo charlamos durante todo el camino, pero como pensé esta tarde, hoy voy a ser la

detective Mía y cazo a Dante mirando a mi amiga por el retrovisor varias veces.

Antes de que pare el coche Al, veo a Marcus esperando en la entrada. Lleva un traje azul con una camisa celeste. Siempre viste muy informal con vaqueros y camisetas, pero hoy está guapísimo.

Abre la puerta y me ayuda a bajar. Se queda paralizado mirando el vestido. Le ha pasado lo mismo que a mí y me hace gracia. Sonrío y doy una vuelta completa para que lo vea bien.

- ¿Qué opinas? - Pregunto divertida.

- Si te lo digo pasaría la noche en el calabozo.

Le pego en el pecho advirtiéndole que deje de bromear. Lea está a nuestro lado, algo incómoda por nuestros arrumacos. Me había olvidado completamente de ella, pero al momento se me ocurre una idea genial.

- Oye Dante, porque no acompañas a Lea así no tiene que entrar sola.

Marcus va a decir algo, pero le aprieto la mano. Me mira sin comprender. Los hombres nunca entienden nada.

- Claro, no me importa - Dice colocándose al lado de Lea y levantando el codo para que coloque su mano.

- Gracias - Dice acercándose a él.

Marcus y yo nos quedamos algo atrasados. Antes de que pueda decirme algo, soy yo la que lo amenaza, puede que él sea el Dios del inframundo o lo que sea, pero si puede salir algo bonito entre tanto dolor, va a tener que respetarlo.

- No te metas - Levanto el dedo acusador - no fastidies mi planes Marcus Moretti.

Levanta las manos en señal de rendición. Todo esto le hace mucha gracia.

- Está bien, está bien, no diré ni haré nada - Coloco la mano sobre su codo y caminamos hacia la entrada - la gata saca las uñas - Susurra para si mismo.

Una vez dentro me cuentan que es una fiesta benéfica. Toda la gente influyente acude para donar dinero o propiedades a varios centros de acogida.

Todo lo que nos rodea es lujo y ostentación. Enormes mesas blancas y redondas. En el centro una gigantesca lámpara de araña. Las paredes están adornadas por cortinas doradas y frente a todos nosotros un escenario con un micrófono.

Nos sentamos donde nos corresponde. Los hombres rápidamente se ponen a hablar de negocios y sus mujeres se acercan a mí.

- Encantada, me llamo Mery - me tiende una mano - Ella es Holy y la que está a su lado es Bonny.

Las tres parecen simpáticas y Marcus habla con sus maridos como si fueran amigos, así que me relajo.

- Encantada de conoceros. Es la primera vez que vengo a este tipo de fiestas y no se muy bien como va - Admito con complicidad.

- Bah, vista una, vista todas - Dice Mery, parece que es la más extrovertida de todas.

- Relájate, después de cenar suben al escenario y comienzan con los donativos - Me informa Bonny - Y después barra libre y baile.

Bueno, es como cualquier otra fiesta, pero en esta millonarios regalan cosas. Creo que podré sobrevivir el resto de la velada.

Mientras mis compañeras de mesa me van contando las intimidades de otras mujeres, voy mirando por las mesas. Una llama mi atención, está pegada a la pared, al fondo, mientras que la nuestra está casi rozando el escenario. Mi padre y mi hermano me miran con odio.

Hacía tiempo que no había vuelto a pensar en ellos. Formaban parte de mi pasado, de un pasado doloroso que quería olvidar.

Me disculpo y me levanto. Marcus al momento se fija en mi y se levanta también.

- Voy al baño, ahora vuelvo - Digo para tranquilizarlo.

Asiente y vuelve a sentarse.

Necesito refrescarme un poco, o por lo menos dejar de sentir sus miradas de odio en mi nuca. Por el comportamiento de Marcus estoy segura que no tiene ni idea de que están aquí.

Entro en el baño y miro mi reflejo. Estoy muy guapa, el vestido y el maquillaje son fantásticos, pero he perdido el color de mi cara. Saco el colorete del bolso y me aplico un poco en las mejillas. No quiero fastidiarle la noche a nadie. Total ¿qué puede hacer mi padre o mi hermano delante de tanta gente?

La puerta se abre y me encuentro la persona que ni en un millón de años querría ver. Mi padre.

- Tenía ganas de verte.

Si no fuera por el desprecio con el que habla pensaría que es verdad.

- ¿Para qué, padre? Pensé que nos habíamos dicho todo lo que teníamos decir la última vez que nos vimos.

Se acerca despacio a mi. En un acto que a él puede parecerle que es de miedo, coloco mi mano sobre la pulsera que Marcus me ha regalado, justo encima del Rubí.

- Ni por asomo hija, ni por asomo. Vamos.

Me agarra del brazo con fuerza y tira de mi. No dudo ni un segundo. Pulso el botón del pánico de la pulsera. Jamás podré agradecerle a Marcus que sea un paranoico controlador. Si no el final de esta noche sería muy distinto.

Capítulo 39

Mía

Mi padre no parece enfadado, pero he aprendido a la fuerza que no puedo fiarme de él. Salimos del baño, pero no podemos avanzar mucho más, hay ocho enormes hombres con las pistolas en las manos apuntando a mi padre.

Uno de los hombres de Marcus se hace a un lado y aparece mi marido junto con los tres hombres con los que hablaba en la mesa. Todos llevan pistolas ¿Es qué aquí no hay nadie normal? ¿Todos pertenecen al mismo gremio?

- Querido suegro ¿quieres morir? - Marcus llega hasta nosotros y arranca el agarre de mi padre de un tirón - No la toques con tus asquerosas manos.

Me llevo la mano al antebrazo, lo tengo dolorido por la fuerza con la que mi padre tiraba de mi.

- Solo quiero hablar con mi hija ¿desde cuando eso es un delito?

Me quedo petrificada observando a mi padre ¿puede que esté arrepentido? Si es así, es la mejor noticia que me podría dar.

Marcus lo agarra por el pecho y lo estampa contra la pared.

- No tienes nada que dec...

- Yo quiero escuchar lo que tiene que decir - lo interrumpo.

Marcus resopla. Suelta a mi padre y se gira hacia mi. Se pasa las manos por el pelo como cada vez que digo o hago algo que le desespera. No me importa.

- Mía, es un truco ¿no lo ves? - Susurra cabreado - Tu padre ni olvida ni perdona.

- Es mi hija - Salta mi padre - ¿cómo no voy a perdonarla?

Está comenzando a dolerme la cabeza. Puede ser un truco, claro que si, pero estoy rodeada de hombres armados que no dudarían en disparar, y si no quiere engañarme puede que arreglemos las cosas y así podremos dejar atrás tanto odio y sufrimiento.

Marcus vuelve a empujarlo contra la pared, coloca la pistola sobre la sien de mi padre. Casi no puede contener la ira, temo que pierda el poco control que le queda.

- Cállate, bastardo - Ordena.

Me acerco a los dos hombres de mi vida y colocó mi mano sobre la de mi marido, justo a la altura de la pistola. Niego con la cabeza, él sabe que si le hace daño a mi padre jamás le perdonaré, no me importa si es un mafioso o si ha intentado matarme, no soy como ellos y no quiero solucionar las cosas a balazos.

- Voy a hablar con mi padre.

No le pido permiso, solo tiene que respetar mi decisión. No puedo pasarme la vida al lado de un hombre que cree que puede dirigirme, y él lo sabe.

Suelta a mi padre conteniendo la rabia. Tiene el ceño fruncido y los labios apretados. Antes de que pueda darme cuenta, golpea el puño contra la pared, vuelve a hacer dos veces más, temo que se parta un dedo así que agarro su brazos suplicándole que pare. Ha perdido completamente la poca serenidad que tenía.

Sus hombres y los tres compañeros de mesa que le acompañaron hasta aquí siguen con las pistolas apuntando a mi padre, ver a Marcus así solo hace que todos se pongan nerviosos.

- ¡VALE! - grita - Cacheadlo - Ordena a sus hombres - Después podréis hablar, pero yo estaré presente, no pienso dejarte a solas con él así que ni me lo pidas.

Sus hombres comprueban que no va armado, no tiene nada con lo que pueda hacerme daño. Caminamos los tres hacia uno de los despachos. Marcus abre la puerta con violencia y espera a que mi padre y yo pasemos, después la cierra de un portazo.

Mi padre se acerca a mi. Su mirada se ha dulcificado, no es la misma que la del baño. Y aún así, no termino de creermelo esta actitud sumisa y paternal que jamás ha tenido.

- Hija, esto se nos va de las manos.

Asiento dándole la razón. Es la hora. El momento en el que tenemos que arreglar nuestra relación. Sino cualquier día Marcus matará a mi padre o mi padre me matará a mi.

- Tiene razón, padre. Todo este odio se tiene que terminar.

Marcus se acerca a nosotros con tranquilidad, o por lo menos mucho más tranquilo que hace un rato. Mira a mi padre con un sonrisa cómplice y después a mi.

- Señor Carusso, ya que queréis hacer borrón y cuenta nueva, cuénteles a su hija quien nos disparó en el restaurante.

Hubo un momento en el que se me pasó por la cabeza, pero que realmente haya sido capaz de hacer así. Coloco mis manos sobre mi boca, sorprendida y dolida a partes iguales.

- Hija, escúchame - pone sus manos sobre mis hombros para llamar mi atención - nadie salió herido, no quería hacer daño, solo asustar. Estaba dolido...

Ahora mismo hay dos batallas en esta habitación. La más sangrienta es la de mi marido; no quiere arreglar nada, no quiere que haga las paces, si por él fuera, mi padre ya estaría muerto, y la otra es la de mi padre. Es más fácil terminar esta. Así que tomo el único camino que puedo tomar,

- Esta bien, padre. Borrón y cuenta nueva.

Mi marido se coloca entre los dos y aplaude con asco

- Fantástico, todos felices - Gruñe con rabia - Nos vamos.

Me arrastra hasta la puerta y me saca del despacho. Entramos en el gran salón donde continúa la fiesta sin que nadie se haya dado cuenta de lo que ha ocurrido.

Nos sentamos en nuestra mesa. Temo decir algo y que Marcus se enfade más de lo que ya está. Tiene que comprender que romper con la familia es algo que no puedo hacer.

Mi tres compañeras de mesa se han enterado de lo que ha pasado, seguramente sus maridos se lo han dicho. Me han dado sus tarjetas para llamarnos en otro momento y quedar para tomar algo.

La fiesta casi llega a su fin y Marcus no ha dejado de beber, esta de mal humor y se lo hace ver a todo el mundo. Para mi es como una rabieta de un niño pequeño, creo que lo mejor es ignorarla.

Llega el momento de volver a casa. Dante y Lea se fueron después de la cena. Espero que los dos se hayan acercado un poco más y que por lo menos su noche sea mejor que la mia.

De camino al castillo Marcus no dice nada, no me dirige la palabra ni yo a él. Si cree que presionándome va a conseguir que me retracte de mi decisión está totalmente equivocado.

Entramos en la habitación. Marcus cierra la puerta y se queda ahí plantado. Simplemente esperando.

-¿Sabes L.. Lo que has he.. Hecho? - Pregunta borracho.

Suspiro. Este es el momento de la explosión. Lleva toda la noche en silencio dándole vueltas y aquí estamos. Yo también he estado pensando. No soy tonta como para fiarme ciegamente de la persona que ordenó que me mataran.

- Siempre respetas mis decisiones y yo siempre sigo tus instrucciones para estar a salvo - Le abrazo, coloco la cabeza sobre su pecho y respiro profundo - Somos un equipo, por favor...

Me separa con cuidado y me mira. Observa mi rostro detenidamente, primero los ojos, después mi nariz y termina en los labios.

- Si t.. Te pasa al..go me muero.

Acerca sus labios a los míos. Dulce y delicado como pocas veces. Saboreo su sabor, disfruto de su calor, acto seguido irrumpe con su lengua en un juego sensual que me encanta. El dulce Marcus se ha vuelto desesperado. Sus labios exigentes, sus manos demandantes buscan la cremallera de mi vestido. Le cuesta dar con ella por la borrachera. Separa nuestras bocas y a estas alturas los dos respiramos con dificultad. Baja la mirada hasta el escote y con sus manos tira de él hasta rasgarlo por completo.

- Lo has roto.

Responde acercando sus labios a los míos de nuevo. Me baja el vestido hasta que cae por mi cadera hasta el suelo. Me levanta a horcajadas y me lleva hasta la cama.

Me tumba y se sube encima de mi. Tiro con todas mis fuerzas de su camisa hasta que consigo que los botones salgan volando. Ahora su pecho de tatuajes queda a la vista.

- Mi fierecilla - Gime besándome el cuello.

Antes de que nos demos cuenta, le he ayudado a quitarse los pantalones y estamos los dos desnudos. Disfrutando del cuerpo del otro. Del amor que sentimos y que constantemente ocultamos por miedo a sufrir. Marcus exige cada parte del mio, y yo decido que no quiero ser más la sumisa Mía.

Tiro de él y lo tumbo en la cama. Me coloco sobre él con las manos sobre su pecho sudoroso. Marcus coloca la suya en mis glúteos y me ayuda a sentarme a horcajadas sobre él,

invadiéndome con todo su ser.

- Joder, Mía - Gruñe cerrando los ojos

Me muevo al ritmo de los sentidos, no puedo dejar de moverme y de sentirlo dentro de mi.

Marcus se levanta conmigo en brazos y estrella mi espalda contra la pared. Se mueve frenéticamente entrando una y otra vez dentro de mi.

- No pares - Suplico - No aguanto más.

Una de sus manos la enreda en mi pelo y tira provocándome un placer que no sabía que existía. Al momento siento las oleadas de placer traspasar todo mi ser, instantes después, siento las réplicas del placer de mi marido. Dejo caer la cabeza sobre su ancho hombro con él todavía dentro de mi.

- Te quiero - digo con la respiración agitada y con los labios pegados a su oído

Me lleva a la cama y se tumba a mi lado. Los dos continuamos respirando con dificultad y nuestros cuerpos están sudorosos, pero esto ha sido sin duda lo mejor de la noche.

Capítulo 40

Mía

Suena el despertador. Anoche se me olvidó apagarlo. Hoy es sábado y no trabajo así que me desperezo y vuelvo a acomodarme en la cama.

Marcus se ha debido de levantar hace bastante rato porque su lado de la cama está frío.

Escucho la puerta abrirse. Mi marido aparece tan increíble como siempre. Con unos vaqueros que marcan sus fuertes piernas y una camisa negra que se acomoda a la perfección a sus anchos hombros. Me quedo como una boba mirándolo.

Trae una bandeja entre las manos con el desayuno. Me siento esperando a que la deje sobre la cama. Mi estómago ruge, necesito urgentemente lo que sea que haya traído.

- Ya estás despierta - coloca la bandeja sobre mis piernas - He pensado que tendrías hambre.

No puedo quitar los ojos de la comida. Huevos revueltos, tostadas, un par de fresas y un zumo de naranja. Todo me encanta.

- Has pensado bien. Estoy muerta de hambre.

Suena mi teléfono mientras tengo la boca llena de comida. Maldición, siempre en el momento más inoportuno. Miro el número que aparece en la pantalla y que no reconozco de absolutamente nada.

- Diga - Pregunto después de pulsar la tecla verde.

Al otro lado de la línea la voz de Mery me saluda feliz. Me pareció muy simpática anoche, pero no tengo ni idea de lo que puede necesitar.

- Hola Mía, buenos días. Perdona si te he despertado pero tenía programada para hoy una especie de fiesta de pijamas - Ríe por lo bajo y yo sonrío con ella - He pensado que podrías venirte, lo vamos a pasar genial.

Tal vez somos un poco mayores para ese tipo de fiestas, pero estoy a falta de amigas. Las pocas que hice cuando fingí mi muerte las dejé cuando Marcus me secuestró. Todo muy dramático y las que tenía aquí, sus padres son muy amigos del mío, así que pensé que no era buena idea quedarme a solas con ellos.

- ¿Puedo decírselo a Lea? Ella no está pasando por un buen momento.

Marcus me mira fijamente. Ahora mismo es como un neardental con su palo y todo, esperando una explicación de por que alguien me ha llamado sin que él lo sepa. Levanto el dedo indicándole que espere un segundo.

- ¡Claro! Cuantas más mejor. Pues nos vemos esta tarde guapa.

Después de colgar le cuento brevemente los planes para esa misma tarde. Mi querido marido decide que no le gusta no poder verme veinticuatro horas al día, pero como siempre no pienso hacerle caso.

-Marcus, solo es una fiesta de pijamas, no seas dramático.

Me levanto y abro el armario buscando algo de ropa para vestirme. Encuentro un vestido monísimo amarillo. Hoy hace un día realmente bueno y me apetece salir y tomar el sol.

- Quedarte en una casa que no conoces con gente que no conoces si es demasiado.

Sonríó por lo protector que es. Me acerco a él y le regaló un pequeño y casto beso.

- Bueno, si te quedas más tranquilo puedes... No se, puedes contratar un ejército que vigile la casa - Bromeo.

Se queda pensativo. Maldita sea, solo era una broma, como voy a intentar hacer amigos con un ejército protegiéndome. Saca el teléfono y escribe algo en él.

- Era una broma, ni se te ocurra hacer una locura.

- Tu tranquila, ya me encargo yo.

Sus palabras hacen que entre en pánico. Sea lo que sea que esté pensando, no me va a gustar.

- Marcus...

Me conoce demasiado bien, así que sale de la habitación antes de que pueda someterle al tercer grado. A estos hombres mega protectores hay que dejarlos a su bola, porque piensan que la muerte está detrás de cada esquina. Vamos, lo que viene siendo que están chiflados.

Le cuento a Lea nuestro plan para hoy. Está encantada, muy emocionada por poder salir del castillo y empezar a hacer un poco de vida normal, con amigas nuevas.

- ¿Estás segura que no les importa que yo vaya? - Pregunta.

Estamos terminando de preparar las mochilas para irnos. Dante nos va a acompañar.

- Claro que no, te lo prometo.

Tengo la tentación de preguntarle por la relación que tienen los dos, pero llego a la conclusión de que si lo hubiera querido contar, lo habría hecho, así que como buena amiga voy a esperar a esta noche para que no pueda huir.

Marcus coge nuestras bolsas y la mete en el maletero. No ha vuelto a protestar ni a poner ningún impedimento, eso me da pánico. Lo que tiene preparado hace que esté tranquilo y confiado y eso es malo, muy malo.

Dante se coloca en el asiento del copiloto, todavía tiene el brazo en cabestrillo, y Marcus conduce. Él sabe hacia donde vamos.

Nuestro camino es todo el rato por las afueras de la ciudad, zona boscosa con enormes árboles a ambos lados de la carretera.

Un rato después llegamos a una urbanización. Está presidida por una verja metálica y un guardia al que tenemos que enseñar nuestro documento de identidad para que nos deje pasar. No se porque Marcus se pone tan nervioso, esto está muy protegido.

Miro por la ventanilla embobada por lo que veo. Mansiones a ambos lados, con jardines que rodea las enormes casas de lujo. Es increíble, aunque debo decir que yo no tengo nada que envidiar, vivo en un castillo.

Por fin llegamos al final de la calle, la casa más impresionante de todas nos recibe. Formidable y elegante. Tiene aspecto futurista, con grandes ventanales que decoran toda la fachada, solo espero que sea de esos cristales que por la noche se convierten en espejo y no se ve nada de lo ocurre en el interior de la casa.

Llegamos hasta la entrada. Me sorprende el trasiego de personas que van de un lado a otro. Marcus se baja del coche y camina decidido hasta los tres amigos que cenaron con nosotros anoche. Lea y yo lo imitamos, pero caminamos hacia sus mujeres, que los miran con reproche.

- Ya habeis llegado, genial - Saluda Mery.

Me levanto un poco las gafas de sol y observo a los hombres dando instrucciones.

- ¿Qué hacen?

- Calla, Mía, que voy a matar a mi marido.

Mery está enfadada, pero nosotras no podemos evitar reír.

- Son todos iguales, creen que somos florecillas a las que tienen que salvar -Bromea Bonny.

Hay muchísima seguridad. Hombres armados que se van colocando donde los van mandado nuestros maridos. Necesitan ayuda urgente, un psicólogo, un manicomio, algo...

- ¡Anda! Perdonad. Esta es Lea. Lea, estas son Mery, Bonny y Holly.

- Encantada chicas - Saluda Lea con su timidez.

Cuando nuestros maridos consideran que estamos a salvo y que nuestras vidas no corren peligro se acercan para despedirse y dejar que empiece nuestra fiesta.

- Vendré a buscarte por la mañana.

Se acerca a mi, pasa sus manos por mi cadera y me acerca a él.

- Así que esto es lo que pensaste eh. Un ejército para nosotras - Acuso de broma.

Sonríe con su ya típica suficiencia. El hombre poderoso que busca una solución a cada problema. No hay nada que no pueda hacer.

- Se buena - Dice con voz sensual.

Levanta una ceja y se aleja. Se termina la hora de los maridos y comienza la de las mujeres.

Nos despedimos de ellos mientras salen en fila. Los hombres contratados se quedan en las posiciones que les han dicho, pero no nos prestan ninguna atención así que nosotras nos comportamos como si no existieran.

Nos cambiamos de ropa. Nos ponemos los bikinis y salimos al jardín de atrás, donde una impresionante piscina de agua caliente nos espera. En medio del jardín hay una barra con un

camarero y una bandeja. En cuanto nos ve se acerca a nosotras con cinco mojitos ya preparados.

Hasta Lea se ha animado y ríe con nosotras, bromea y comparte cosas íntimas.

Los maridos de Mery, Holly y Bonny son amigos de Marcus desde antes que se casaran. Confía en ellos plenamente y se dedican al mismo negocio que mi marido, todo turbio y fuera de la ley.

Las chicas se conocieron a través de ellos y se hicieron grandes amigas. Después de tres mojitos ya siento también que son mis grandes amigas.

- ¡Venga! Ha llegado el momento de jugar a verdad o reto. Tu primera Lea - Dice Mery un poco achispada.

El caso es que todas vamos achispadas así que levanto la mano como si estuviéramos en el colegio pidiéndome la primera pregunta.

- ¡Yo! Yo pregunto - Carraspeo aclarándome la garganta y haciéndome la interesante - ¿verdad o reto?

- Verdad.

- Tu lo has querido ¿qué está pasando entre tu y Dante?

Sus mejillas se ponen coloradas al momento y las tres mujeres que escuchan la pregunta rompen a gritar divertidas. Parecemos adolescentes, pero nos lo estamos pasando pipa.

- ¡Reto, reto, reto! - Grita arrepentida.

Chasqueo la lengua contra el paladar conteniendo la risa.

- Lo siento, tarde. Contesta.

- Pues... No se... Me gusta... Y creo que yo lo gusto a él.

Ahora soy yo la que grita emocionada. Sabía que pasaba algo entre esos dos. Es que mi olfato rara vez se equivoca.

- Venga, me toca a mi - Ahora se levanta Holly y extiende el brazo decidiendo a quien le va a preguntar - Bonny, te tocó. ¿Verdad o reto?

Tuerce el labio pensando que decisión tomar. Sabe que tome la que tome se va a arrepentir. Es una putada cualquiera de las dos.

- Reto. Paso de contaros intimidades.

Holly coloca las manos sobre sus sienes como si estuviera haciendo un trabajo apoteósico, como si la decisión que tuviera que tomar fuera la más difícil de su vida.

- ¿Ves ese hombretón de allí? - Señala uno de los hombres que nuestros maridos han contratado - Tienes que ir y decirle que has visto a alguien intentando escalar la verja.

Pobre hombre. Le va a dar un infarto si se lo cree y como llegue a oídos de su marido vamos a terminar todas haciendo una visita a los peces. Pero merece la pena nada más que por el rato que estamos pasando.

Bonny se levanta sin dudar. Se gira para que nuestra víctima no le vea la cara. Hace varias muecas decidiendo cuál poner y de pronto hecha a correr haciendo el papel de su vida, creo que nos hemos pasado muchísimo con esa broma. Le llora al hombre que al momento corre hacia la calle en busca del atacante misterioso.

- Ha sido fácil - Ríe de vuelta - Venga ahora yo. Mía ¿verdad o reto?

Estoy totalmente arrepentida de jugar a esto. El reto es malo, no soy capaz de hacer lo que ha hecho Bonny y la verdad... Podrían preguntarme cualquier cosa y tampoco se cuanto puedo hablar. Marcus me tendría que haber dicho si hay algo que no pueda decir...

- Reto, pero no seas muy mala, por favor - Suplico con la esperanza de que me haga caso.

- Tranquila, tranquila, voy a ser buena que es la primera vez que vienes y no queremos asustarte.

Piensa durante un rato dándose golpecitos en el labio. El hombre que ha salido corriendo hace un momento vuelve con la cara colorada y totalmente cabreado. Ya se ha dado cuenta de que es una broma.

- Tienes que llamar a tu marido y decirle que si ha pensado bien si era buena idea dejar a unas cuantas mujeres borrachas rodeadas de hombres tan guapos y fuertes.

¿Quiere que me mate? Eso es, todo esto es una excusa para que Marcus acabe conmigo. Todas han cumplido con su verdad o reto y yo no voy a ser menos.

Saco el móvil del pequeño bolso y marco su número de teléfono.

Solo tengo una cosa clara, no le va a gustar.

Capítulo 41

Mía

Pulso el botón rojo para colgar la llamada. Marcus me va a matar.

Las chicas me miran divertidas, no entienden que mi marido no es alguien normal, es el tipo de persona que si me quedo en casa de una amiga, contrata un ejército para que nos proteja.

Respiro profundo armándome de valor y vuelvo a marcar el número de Marcus. Al segundo tono de llamada descuelga.

- Dime - Contesta sabiendo que soy yo - ¿os lo estáis pasando bien?

- Genial - Trago saliva nerviosa - Solo te llamaba para decirte una cosilla...

Las risas suenan de fondo. Hasta Lea se tapa la boca intentando contenerla, traidora....

- ¿En qué pensabas para dejar cinco mujeres con mojitos rodeadas por hombres tan guapos como los que habéis contratado? - Lo suelto rápido, se me traba la lengua un par de veces, pero aún así, continúo.

Las chicas rompen a reír con todas sus fuerzas y yo cuelgo el teléfono sin dejar que Marcus conteste. El corazón me va a mil, me golpea el pecho queriendo salirse. Si dentro de diez minutos no comienzan a descender en helicópteros los S. W. A. T, entonces estamos a salvo.

- Sois malas - Acuso con un falso enfado.

- Bah, pasa de él. Venga ¿un chapuzón?

Holly es la primera que Salta de cabeza a la piscina. Nos vamos levantando y acercándonos al borde. El agua está perfecta, calentita. Sin dudarle demasiado salto detrás de ellas y me zambullo hasta el Fondo.

Nos acomodamos en la parte menos profunda. Colocamos la cabeza en el bordillo y cerramos los ojos disfrutando del Sol. Aunque es primavera, hace un día típico de verano.

Después de la piscina nos duchamos y nos ponemos el pijama. Yo llevo un pantalón corto de raso negro y una camiseta del mismo tejido, negra también. Me sorprende que Marcus no haya movilizad a media Italia ¿puede estar realmente madurando? Tal vez mi opinión sobre Marcus es algo errada, pero entonces me vienen a la cabeza todas las cosas que han ocurrido desde que volví a Verona y la respuesta exagerada de mi marido a todas y cada una de ellas.

Estamos en una habitación enorme. En la pared del fondo una televisión, la más grande que he visto en mi vida, y en el suelo enmoquetado, han dispuesto muchísimos mullidos cojines. Vamos a ver una película, según dice Mery es una sorpresa y no nos quiere desvelar el nombre, me espero lo peor.

- Voy al baño, ahora vuelvo - Digo levantándome y caminando descalza hacia la puerta.

Hay un pequeño recibidor con un balcón con vistas al jardín. La brisa fresca entra por él y mece las cortinas. Salgo a respirar el aire fresco que trae el aroma de la dama de noche que adornan las

paredes de la mansión.

Siento un movimiento a mi derecha, pero antes de que me dé tiempo a volverme para comprobar que ocurre, una mano me tapa la boca. Intento quitármela de encima golpeándolo con todas mis fuerzas, pero no consigo deshacerme de la persona que me retiene.

- ¿Así recibes a tu marido? - Dice Marcus divertido.

Me suelta y yo me tiro violentamente hacia él. ¿Este es el concepto de broma que tiene? ¿Está loco?

- ¿A ti que te pasa? Me has dado un susto de muerte.

Cierro el puño y le golpeo en el pecho. Quiero hacerle daño, quiero ver su cara de dolor, pero mientras más me enfado yo, más divertido parece él.

- Tenía que comprobar cuales eran esos hombres tan guapos - Levanta una ceja.

Con el susto me había olvidado por completo de la llamada que le hice. Miro a ambos lados esperando que no haya hecho ninguna tontería. Todo parece en orden. Los hombres que han contratado siguen en sus puestos vigilando.

- Solo era una broma... Ya sabes, verdad o reto.

- ¿Tu reto era poner celoso a tu marido?

Pasa su nariz por mi cuello, rozándome delicadamente. Todo el vello se me eriza con su contacto. Siento el escalofrío que recorre mi cuerpo.

- En realidad si - Susurro concentrándome en las sensaciones que me produce.

- No había visto ese pijama ¿no tienes frío?

Río por lo bajo por su comentario. Así que está celoso de verdad. El gran Marcus Moretti es un inseguro. Jamás lo habría dicho.

- Tengo calor - Susurro sugerente en su oído - Mucho calor.

Coloca una de sus grandes manos sobre mi glúteo y acerca nuestros cuerpos. Sus labios rozan los míos, para al momento juntarse desesperadamente, con necesidad, con anhelo. Su mano alcanza mi nuca, que me aprisiona contra él. Puedo notar como su erección crece y como su lengua invade mi boca y se encuentra con la mía.

Con un soberano esfuerzo me separo de él.

- Tengo que volver.

Me cuesta controlar la respiración, agitada y desbordada de sensaciones.

- Ni hablar - Niega rotundo - Nos vas a ir a ninguna parte y menos con ese pijama tan sexy.

Doy media vuelta para que vea lo bien que me queda y después, vuelvo a pegarme a él, pero esta vez le doy un casto beso en la punta de la nariz.

- Es noche de chicas y tu no tienes mucha pinta de serlo.

Antes de que pueda hacer nada, me alejo y camino dentro del descansillo. Me mira sin creerse que le vaya a dejar así, con el calentón, pero si, eso es exactamente lo que voy a hacer. Abro la puerta de la habitación, y después de tirarle un beso al aire, entro y dejo de ver a Marcus.

Puede parecer una tontería, pero me siento distinta a antes, cuando me casé con él. Lo quería muchísimo, era mi vida, pero lo que tenemos ahora es real, él es real y yo ya no estoy en la niebla sin ver nada.

Conforme me acerco a las chicas pita mi móvil. Antes de mirar sé de quien es y lo que voy a leer. Mi sonrisa me delata de lo cómoda que he llegado a estar después de todo por lo que hemos pasado.

Desbloqueo el teléfono y leo.

<< Mañana tu cuerpo será para mi, Mía Carusso>>

Marcus se despide con un emoticono de un beso.

La promesa de su mensaje me provoca escalofríos en el bajo vientre. Solo imaginar su cuerpo desnudo acoplándose al mío me provoca infinidad de sensaciones.

Después de la película cada una se va a su habitación a dormir. No consigo descansar demasiado bien, estoy acostumbrada a dormir en mi cama con mi marido y aquí me siento sola.

Por la mañana salimos a desayunar al jardín. Todas con nuestras gafas de sol. La mesa de jardín está repleto de platos riquísimos.

- Esto hay que repetirlo chicas - Bonny se levanta cuando ve llegar a su marido - me ha encantado conocerlos.

Nos da un beso a Lea y a mi y se aleja.

- Gracias por invitarnos Mery, nos hacía falta algo así.

Chasquea la lengua divertida.

- No es nada, pero no desaparezcáis. Tenemos que vernos otro día.

- Prometido.

Marcus llega con Dante de copiloto. A Lea se le ilumina la cara al verlo y yo no puedo evitar darle un codazo para llamar su atención. Se ruboriza al instante.

Mi móvil pita en el bolsillo del pantalón. Me sorprende al ver un mensaje de mi hermano invitándonos a cenar a Marcus y a mi, según dice para enterrar el hacha de guerra.

Lea camina a paso ligero hacia Dante. No entiendo como no se da cuenta de cómo se le ilumina la cara cuando la ve. Están hechos el uno para el otro, solo hay que verlos para darse cuenta.

Me acerco a Marcus y le doy un beso. Justo después le enseño el mensaje del móvil. Se que no le va a gustar, pero todos tenemos que hacer un esfuerzo si queremos que funcione. La familia es importante y hay que estar unidos.

- No me hace ninguna gracia - Dice perdiendo el buen humor.

- Lo se, pero no podemos rechazarla. Es la primera vez que mi padre quiere un acercamiento, tenemos que aprovecharlo.

Niega con la cabeza poco convencido

- ¿Crees que sus intenciones son buenas?

No había pensado siquiera que hubiera alguna intención detrás de esa invitación. Marcus llevará a sus hombres y estaremos protegidos en todo momento, mi padre no es tonto, sabe que mi marido no se fía ni de su sombra. Dudo que intente hacer nada.

- Tal vez solo quiere cenar con nosotros.

Camina dando grandes pasos hacia el coche y me abre la puerta de atrás. Antes de que pueda entrar me retiene por el brazo.

- Sabes que haría cualquier cosa para hacerte feliz ¿verdad?

Antes no lo sabía, estaba segura de que me odiaba, pero ahora todo lo veo claro. Marcus me quiere y jamás permitirá que nadie me haga daño.

- Lo se.

Capítulo 42

Killian

Llegamos a un edificio algo apartado de los demás que adornan la ciudad. ¿Por qué lo elegí? Porque está cerca del polígono, lejos de miradas indiscretas, por fuera parece medio en ruinas, aunque por dentro está totalmente restaurado y es casi inespugnable, no vive nadie más, todo el edificio es mío, así que no hay personas entrando y saliendo.

La zona en la que las voy a acomodar es el ático y tendré a hombres colocados en todas las plantas y en la calle. Si ese hijo de puta quiere acercarse a mi hija lo va a tener difícil, aunque tengo pensado acabar con él antes de que lo intente siquiera.

- ¿Aquí vamos a vivir? - Pregunta Elodie mirando el edificio con desconfianza.

Seguramente piensa que la he engañado y que la he traído aquí para matarla. Podría calmarla con unas simple palabras, pero prefiero que sufra, así que no le contesto.

Dejo el coche en el garaje subterráneo. Al momento veo los hombres colocarse a ambos lados para escoltarnos. Hemos dado varios rodeos por si alguien nos seguía, aunque podría jurar que no ha sido así.

Martina lo mira todo con mucho interés. No puedo creer que una enana como ella me tenga en este estado. Jamás me había sentido así, ni cuando era niño tengo recuerdos de felicidad como la que siento ahora.

Supongo que es cierto eso que dicen, que ser padre te cambia la vida. Nunca lo creí porque a mi padre no le cambió nada. Siempre fue duro y autoritario.

- Killian... - Susurra Elodie - Me lo prometiste.

Sigue pensando que la voy a matar.

- Entonces deja de decir gilipolleces - Suelto demasiado duro.

No se si algún día podré perdonar esta mentira. Puedo comprender sus motivos, pero nadie me jode sin pagar por ello y esta es la primera vez que estoy siendo benevolente. Hasta yo estoy sorprendido.

Nos subimos en el ascensor y meto la llave que da acceso al último piso. Al llegar arriba, Rocco ya nos está esperando.

- Ve y compra todo lo que un bebé puede necesitar.

- Si, señor.

Se a grandes rasgos las necesidades; una cuna, un carrito, comida especial, juguetes. Y hasta ahí mis conocimientos.

Elodie no ha vuelto a abrir la boca. La apariencia de fuera nada tiene que ver con el lujo que hay dentro.

Abro la puerta de la casa y ella se adelanta, sorprendida. El salón es grande, minimalista y en colores claros, dándole un aspecto amplio y luminoso. Aunque vivo en las sombras y la noche, me gusta este sitio que nada tiene que ver con la apariencia que doy. Un sofá en color crema colocado bajo un gran ventanal que ocupa casi toda la pared, la televisión está integrada en la pared, y unos pocos muebles en colores beige es único que hay aquí. El resto de la casa es muy parecido.

Se gira hacia mi sin saber que decir, y vuelve a inspeccionar todo. La dejo que vaya viendo el piso con la niña. Necesito dar instrucciones a mis hombres si quiero que esto sea un jodido búnquer.

Antes de poder hacer nada suena mi teléfono, el nombre de Leandro aparece en la pantalla.

¿Y ahora que cojones quiere este?

- No se en que momento has pensado que somos amigos para llamarme cuando te salga de los cojones - Suelto con todo el desprecio que un Caruso me provoca.

Leandro ríe divertido al otro lado de la línea.

- Solo quería agradecerte la idea de la cena, han aceptado.

Martina balbucea cosas sin sentido y me giro para observarla ¿cómo un padre podría hacer daño a su propia hija? Moriría de la manera más terrible para salvarla. Mataría a quien hiciera falta por ella. ¿Cómo Leandro puede desear con tantas ganas matar a Mía?

Intento ponerme en su situación. Si mi hija se casara con mi mayor enemigo... ¿La mataría? No tengo ni que pensarlo. JAMÁS.

- De nada - Cuelgo con la cabeza a punto de explotar.

Ha sido un segundo, pero que me jodan si no me ha hecho ver las malditas cosas claras, más claras que en toda mi vida.

Me acerco a Elodie que ya está subiendo las escaleras, ella retrocede por instinto.

- Tengo que hacer unas cosas, aquí vais a estar bien. No salgas. Cualquier cosa que necesites se la puede pedir a mis hombres ¿de acuerdo?

Ella asiente algo más segura. Supongo que tenerme cerca no la ayuda a tener claro si hoy va a vivir o a morir.

Llego al sótano y me subo al coche. Apoyo la frente contra el volante

¿Qué hago? JODER.

Respiro profundo y busco en la agenda el número de Marcus. No se cuantas veces suena la llamada, pero no contesta. Vuelvo a llamarlo otra vez.

- ¿Qué quieres Killian? - Dice con pongas ganas de hablar conmigo.

En otro momento le habrían jodido. Colgaría la llamada y que Leandro matara a su mujer.

- Te llamo para avisarte - Espero un segundo - Leandro tiene algo preparado para tu mujer. Ten

cuidado.

Espero a que diga algo. Pero claro, estoy actuando como un lunático, puede que no me crea, tampoco sería su culpa. He odiado a su mujer por su apellido toda mi vida ¿por qué le avisaría para ayudarlo a salvarla?

- Ya lo había pensado ¿qué ganas tu avisándome? - Pregunta con sospecha.

Resoplo cabreado. Odio tener que dar explicaciones. Killian Moretti no se las da a nadie, aunque supongo que las cosas cambian.

- Por una puta vez en tu vida confía en mi. No vayáis a la cena... Cuando todo esto haya pasado, tenemos que hablar.

En algún momento tengo que decirle a mi hermano que es tío. Él siempre ha sido más sentimental que yo, pero la imagen que se me viene a la cabeza me descoloca. Mía jugando y riendo con mi hija. Ella lo dejaría todo atrás, estoy completamente seguro, porque es así de tonta e ingenua.

- ¿Qué está pasando? - pregunta preocupado - Háblame.

Cierro los ojos conteniéndome. No es algo que quiera contar ni ahora ni por teléfono.

-Pronto hermano, pronto.

Cuelgo y tiro el móvil en el asiento de atrás. Necesito un buen trago para poder asimilar toda la mierda que está ocurriendo.

Capítulo 43

Marcus

Hace un rato Mía llamó a su padre para decidir la hora y el lugar en el que íbamos a cenar. Ella está ilusionada porque cree que pueden volver a ser la familia que eran antes. En cambio, yo sé la verdad, conozco a su padre, se como es de verdad y jamás dejaría pasar lo que le hicimos. Ni en un millón de años Leandro Carussi va a olvidar el desplante que le hicimos casándonos.

No quiero ser el causante del dolor de Mía, ya lo fui una vez, pero aprendí a no volver a cagarla y eso es lo que voy a hacer. Si quiere que cenemos todos juntos, tenemos que tomar todas las medidas oportunas para que esté a salvo.

Dante esta frente al escritorio, esperando las órdenes.

- Estoy seguro de que tienen algo preparado - Digo pasando los dedos por el pelo.

Tengo que pensar con claridad porque cualquier error podría ser terrible.

- Yo también lo creo.

- Bien, reúne a los hombres de confianza. Los quiero rodeando todo el perímetro del restaurante.

El cabron de Leandro es casi tan buen estratega como yo. Por eso llevamos desde el principio en guerra, siempre nos pisamos, nos quitamos negocios, pensamos a la larga, pero en este juego pocas veces me ha ganado.

- Quiero aquí, aquí y aquí - Señalo las mesas dibujadas en el plano del restaurante que tengo sobre el escritorio - más hombres, que vayan armados, pero que no se note que son de los nuestros.

Tamborileo con el dedo sobre la mesa. Algo se me escapa, estoy seguro. ¿Qué haría yo si quisiera acabar con mi hija sin iniciar ninguna guerra abierta?

De pronto lo veo todo claro, tan claro que me da pánico pensar lo cerca que hemos estado de cagarla.

- Dante, comprueba que estamos solos, tengo que decirte algo, pero no puede saberlo nadie.

Camina hasta la puerta sin comprender el giro que ha dado todo, en unos minutos lo entenderá. La abre y observa que efectivamente estamos completamente solos. Vuelve a cerrarla, pero esta vez gira la llave para que no podamos ser interrumpidos.

- Dígame señor.

- Creo que Leandro va a intentar hacerle algo a Mía, pero hasta ahora no sabíamos el que - Me levanto del asiento y camino hasta mi hombre de confianza - Tienes que proteger el secreto con tu vida.

- Jamás diría nada que os pusiera en peligro, señor. Puede confiar en mi.

Lo se, sin necesidad de que lo diga. Crecimos juntos, como hermanos. A veces es más cercano

que el propio Killian, pero eso tampoco es de extrañar porque mi hermano y yo pocas veces hemos estado de acuerdo en la misma idea.

- Mía es alérgica a las almendras. Su padre lo ha mantenido en secreto, ni siquiera esta en su historial médico. Ese cabrón seguro que intenta contaminar su comida.

Dante se queda pensativo un instante.

- Es perfecto - Asiente dándome la razón - él no tendría nada que ver, la culpa sería de la cocina...Tenemos que tener el control de los platos.

Saco los documentos donde hay escrito todos los datos personales de los camareros y cocineros que van a trabajar esta noche. En cocina hay seis ayudantes y dos cocineros.

- Quiero que dos ayudantes se pongan enfermos y que los sustituyan los nuestros.

Dejamos todo atado. Todo preparado para cualquier cosa que puedan hacer los Carussi.

Llaman a la puerta cuando estamos terminando de cerrar los documentos. Dante gira la llave y abre la puerta. Mía aparece en el umbral, radiante y feliz. Siento un pellizco en el estómago. Si supiera cómo es su familia de verdad no estaría tan contenta.

- ¿Qué haces? - Pregunta acercándose.

Se ha puesto unos pantaloncitos cortos de color azul, que después del calentón de anoche lo único que quiero hacer es arrancárselos y una camisa blanca con un hombro fuera ¿cómo una sola mujer puede poseer tanta belleza? No me cansaría de mirarla ni de hacerla feliz.

- Acabo de terminar de trabajar ¿quieres que hagamos algo?

Se sienta sobre mis piernas.

- En realidad quería comprobar que seguía en pie la cena de esta noche con mi padre.

Sabe que no me hace ni puta gracia tenerlos cerca y teme que lo cancele o que haga algo para que la cena no se produzca, pues eso no va a pasar. Yo la voy a proteger y a cuidar y ella sola verá la clase de basura que tiene por familia.

- Por supuesto.

Me da un beso ruidoso en la mejilla, como los que dan los niños pequeños, no puedo evitar sonreír mientras la veo salir de nuevo.

Hablo un par de veces con Dante a lo largo de la tarde para comprobar que todo sale según lo acordado. Mis hombres controlan el perímetro, el restaurante y la cocina. Nada puede salir mal.

Espero a Mía en la entrada. A las mujeres les encanta hacernos esperar. Mientras espero reviso en mi teléfono una vez más todo lo que tenemos planificado. Estoy de los putos nervios por tener que ir.

Escucho el taconeo característico en las escaleras. Levanto la vista para encontrarme con mi dulce mujer, pero observo a la mujer fatal descender con elegancia y seguridad. Silbo al verla. Lleva unos tacones negros, un pantalón pitillo negro y una blusa rosa, el pelo lo lleva recogido

en una cola alta.

- Estás increíble.

Nos montamos en el coche y conduzco hacia el restaurante. Mía hoy se sienta en el asiento del copiloto, a mi lado. No quiero que Leandro piense que me preocupo demasiado por nuestra cita o que vea que despliego demasiada defensa, no, quiero que se confíe para que cometa un error.

Le doy las llaves al aparcacoches y entramos por las grandes puertas metálicas. Hay más de treinta mesas llenas de gente, casi la mitad pertenece a mi equipo aunque sólo parezcan parejas disfrutando de una cita normal.

La familia de Mía ya está sentada esperando. Hay una botella de vino sobre la mesa y un montón de entrantes que han pedido antes de que llegáramos.

- Tengo que hacer una llamada, será un momento - le digo a mi mujer.

Ella asiente y camina decidida hacia la mesa.

Marco el número del encargado de cocina.

- ¿Los entrantes de la mesa están limpios? - Pregunto bajando el tono.

- Todo en orden señor.

Cuelgo y camino con paso firme hacia la mesa. No pienso dejar a Mía sola con ellos.

- Leandro - Saludo tendiéndole la mano - Paul - Repito el proceso.

Paul tiene porte, podría pasar por un auténtico hombre de negocios si no fuera por la mierda de decisiones que toma. El que tiene la cabeza de verdad es su padre, pero últimamente bebe demasiado y se ducha muy poco. Buenas noticias para mí.

- Me han llegado noticias de unos paquetes - Empieza Leandro - Sería interesante, podríamos aliarnos por decirlo de alguna manera.

Tengo que contener el asco que siento. Se comporta como si nada hubiera pasado, como si no hubiera intentado matar a su hija (en parte por mi culpa) y quiere hacer negocios conmigo. Cuando el infierno se hiele.

- Claro, podemos hablarlo - Miento mirándolo fijamente a los ojos.

Mientras Leandro y yo hablamos de negocios, Mía charla con su hermano de cosas sin importancia. Recuerdan momentos de cuando eran pequeños, momentos graciosos y divertidos. Incluso llega un momento en el que dejo de escuchar al padre para prestar atención al relato de mi mujer, en el que al parecer terminó de cabeza en un río.

Sirven los platos principales. Mi móvil suena en la mesa. El número es el mismo que el de hace un rato cuando llamé a mi hombre de confianza que estaba en la cocina.

- Es un asunto de trabajo, disculpadme.

Descuelgo el móvil mientras me levanto.

- Dame un segundo.

Me alejo de la mesa y camino hacia la barra.

- Dime.

Si me ha llamado es por algún motivo. Si no, todo seguiría igual de tranquilo que hace un momento.

- En el plato que ha pedido su mujer han colocado almendras en polvo - Me giro violentamente hacia mi mujer para ver cómo pincha con el tenedor un trozo de carne y comienza a llevárselo a la boca - Pero no se preocupe, lo hemos cambiado.

Esos hijos de puta no querían acercarse a nosotros, no querían hacer negocios conmigo, siguen empeñados en acabar con mi mujer.

Sorprendo a Leandro mirándome fijamente, clavo mi mirada en él sin apartar el teléfono de mi oído aunque ya no hay nadie al otro lado de la línea.

Ojalá pudiera escuchar lo que pienso y deseo. Lo que más me gustaría hacer ahora mismo sería ir directamente hasta ellos y acabar con ellos como si fueran cucarachas.

Despego el teléfono de la oreja y mando un mensaje a Dante.

- Coged al cocinero.

Directo y conciso y con esas tres palabras ya saben que es lo que tienen que hacer. El que intente hacerle algo a mi mujer, dormirá en el otro mundo.

Vuelvo a la mesa como si nada hubiera pasado. Podría poner fin a la cena, desenmascararlos, pero volvería a ver el dolor y la traición en los ojos de Mía, y ella es más importante que todo lo demás, pero eso no quiere decir que no vayan a pagar tarde o temprano por todo lo que están haciendo.

Las cuentas a Marcus Moretti se pagan. SIEMPRE.

Capítulo 44

Marcus

Cierro los ojos intentando controlarme. Estos hijos de puta se merecen morir por intentar jugármela. Mi nivel de stress está por las nubes. Intentar mantener viva a mi mujer está siendo toda una odisea.

Abro los ojos y vuelvo a la mesa. Mía me mira preocupada.

- ¿Estás bien?

Necesito que nos vayamos de aquí, alejarla de su familia. Necesito que sepan que sé lo que han intentado hacer y que esto no va a quedar así.

- Ha surgido una emergencia en uno de mis locales, tenemos que irnos.

El padre de Mía mira su plato a medio comer y después a ella, sorprendido porque siga viva.

Mira todo lo que quieras saco de mierda. Pienso elegir yo mismo las flores de tu tumba.

- Pero... - Comienza a protestar mi mujer.

Nos vamos a ir. Puede venir por las buenas o me la puedo llevar a rastras. Me gustaría no tener que llegar a ese punto porque estoy seguro de que después, por algún extraño motivo, estaría enfadada.

- Cariño, a tu familia no le importará que aplacemos la cena a otro día.

La sujeto por el brazo y la ayudo a levantarse. Espero que esté comprendiendo que no hay más opciones. Nos vamos y punto. Ya le dije una vez que cuando se tratara de su seguridad no iba a discutir, iba a tomar las decisiones que fueran necesarias para mantenerla viva, hoy he antepuesto su felicidad y la he cagado. No volverá a suceder.

- Claro, no pasa nada. Podemos quedar otro día - Dice Leandro con su maldita voz.

Me encantaría meterle la mano por la garganta y arrancarle las cuerdas vocales, así no tendría que volver a escucharle.

Dante aparece a nuestro lado. Le indico con la cabeza que se lleve a Mía, el sabe lo que tiene que hacer.

- Ahora voy yo - Le digo con una sonrisa - solo será un minuto.

Espero pacientemente a que Dante la saque del restaurante. Paul y Leandro observan sospechando. Intercambian miradas preocupadas. Saco el teléfono y marco un número.

- Podéis iros.

Al momento las personas del restaurante, casi todas, se levantan y caminan hacia la puerta. Van saliendo despacio, sin hacer ruido. A estas alturas Leandro ha sacado su pistola, que apunta al suelo, gira la cabeza en todas direcciones preguntándose que está ocurriendo.

- ¿Qué es esto, Moretti?

Saco mi arma y golpeo la mesa con ella.

- Sé lo que habéis intentado hacer esta noche - Gruño bajando un tono la voz. Ahora mismo soy más temible que el propio Lucifer.

Cojo el plato de Mía lo levanto delante de su cara. Se queda petrificado. Jamás habria adivinado que Mía me habría confiado algo tan íntimo, estaba completamente seguro de que hoy iba a celebrar la muerte de su hija.

Miro la comida que queda en él con rabia y asco, después estrello el plato contra el suelo.

- Si volveis a poneros en contacto con mi mujer os mataré antes de preguntaros para que coño habeis llamado. ¿Está claro?

Leandro no contesta y no pienso irme de aquí si saber si me han entendido. Espero unos segundos. Después de eso mi paciencia se ha agotado. Ya no hay más. Lo agarro del cuello y lo empujo hacia atrás sin soltarlo. La silla cae con un ruido sordo, pero no suelto a Leandro, lo agarro más fuerte sabiendo que poco aire puede estar metiendo en sus pulmones.

- ¡¿ESTÁ CLARO?! - vuelvo a preguntar gritándole en la cara.

Asiente nervioso una y otra vez. No puede hablar. Su hijo no se ha movido de la silla, es un mierda incapaz de proteger a nadie. Se creía muy gallito cuanto tenía que enfrentarse a su hermana.

Lo suelto y cae al suelo. No miro hacia atrás cuando camino decidido hacia la salida.

Mía está en el coche con la cara pegada en la ventanilla. No es tonta, sabe que algo pasa y tal vez ha llegado el momento de que sepa hasta que punto su familia la odia. No puede volver a acercarse a ellos y que yo me dedique a engañarla no le hace ningún bien. Nos complica las cosas más de lo que ya están.

Dante está preparado para conducir. Se ha quitado el cabestrillo y lo ha dejado a un lado. Rodeo el coche y me subo a la parte trasera, con mi mujer. Me está costando horrores contenerme. Debería haberlos matado, si hubieran sido otros ya lo habría hecho, pero el amor hacia mi mujer impide hacer lo que tengo que hacer y eso me llena de rabia.

- ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? - Pregunta preocupada.

Miro por mi ventanilla la noche estrellada. No puedo evitar culparla por ser tan ingenua, por no aceptar la situación, por no ser yo lo suficiente para llenar su corazón.

- Marcus...

- ¡QUÉ PENSABAS QUE IBA A PASAR! - grito si poder contenerme.

En el momento que Mía se aleja de mi lado asustada, me arrepiento de mi arrebato.

- No... No te entiendo - Susurra con voz temblorosa.

Quiero parar. Quiero ser capaz de contar hasta diez y hablar calmado con ella. Pero cada vez que

lo intento veo su tumba en mi cabeza. Esa podría ser una realidad si no deja de comportarse como una niña.

- ¿No entiendes? tu padre había puesto almendras en tu plato. Quería matarte - Sus manos suben a su pecho, supongo que intentando calmar el dolor que siente, pero es necesario que sepa la verdad - No va a parar hasta que lo consiga.

- Pero...

- ¡PERO NADA! - golpeo el asiento delantero perdiendo el control - no vas a volver a verlos ni vas a volver a hablarles.

No mueve ni un músculo mientras mi pecho sube y baja sin control. Respiro descontrolado, como un toro intentando sobrevivir en la plaza. Toda la rabia que siento se esfuma en cuanto los ojos de Mía se llenan de lágrimas. Deja de prestarme atención y vuelve hacia su ventanilla para mirar por ella el paisaje.

A veces me arrepiento de ser tan duro. Hay momentos en los que pierdo parte de mi humanidad, un monstruo que hace sangrar y llorar a todos los que le rodean. Me bajo del coche en cuanto aparca delante del Castillo. No escucho la puerta de Mía hasta que estoy traspasando el umbral.

Voy a mi Despacho. Camino decidido hasta el mueble bar y me sirvo un whisky. Camino de un lado a otro intentando calmarme.

Unas pocas horas después voy a la habitación. Tenemos que hablarlo tranquilamente y ya de paso me disculparé, aunque es algo que no he hecho jamás, pero mi mujer se merece algo más de tacto y yo no he sabido hacerlo.

Al entrar lo primero que veo es la cama sin deshacer. Voy hacia el baño y tampoco está. No ha podido volver a escaparse ¿verdad? Tampoco creo que vaya a pedirle explicaciones a su familia ¿no? Mía no es precisamente ejemplo de buena toma de decisiones, así que cuando no la veo, entro en pánico.

Salgo al balcón con la esperanza de que el coche siga en el mismo sitio. El pelo rojo es inconfundible y por fin puedo respirar tranquilo cuando la encuentro en una tumbona, mirando el cielo, con un té entre las manos. Debería bajar y hablar con ella, pero este momento tiene que pasarlo. Es una especie de luto que tiene que asimilar.

Me siento en la butaca. Me siento tan impotente... No puedo hacer nada para aliviar su dolor NADA.

Un pequeño rayo de sol me da directamente sobre las ojos. Escucho el trino de los pájaros. Abro los ojos. En algún momento de la noche me quedé dormido sentado en la butaca. La cama sigue deshecha, así que salgo al balcón para comprobar que sigue ahí.

Voy al jardín para hablar con ella. Debería haberlo hecho anoche, pero fui un cobarde que quería hacerlo cuando las cosas estuvieran más tranquilas.

Está tumbada y tapada con una colcha hasta los hombros. Su pelo cae sobre los hombros y su rostro ovalado le transfiere un aura de perfección. Mi perfección.

- Mía - Digo moviéndole un poco el hombro para despertarla - Anoche te quedaste dormida aquí.

Abre los ojos lentamente. Se pasa las manos por el pelo para peinarlo y se incorpora colocando los pies sobre el frío césped.

- No me di cuenta - No me mira aunque me hable.

- ¿Podemos hablar? Quiero decir... Sobre lo de anoche...

Mía se levanta, dobla la colcha y la coloca sobre la tumbona.

- No hace falta Marcus, tienes razón - Dice triste - Soy una ingenua, creía que mi familia con el tiempo aceptaría la nuestro, ya me he dado cuenta de que eso no va a ocurrir.

Se agacha para recoger los tacones, evita mi mirada a conciencia.

- Siento que sea así - Digo sinceramente.

- No pasa nada. Tengo que arreglarme o llegare tarde al hospital.

Se aleja de mi lado y de pronto siento frío. Mi pequeña y dulce Mía es como el cristal,y ahora temo que yo y mi mundo la hayamos roto.

Capítulo 45

Mía

Acabo de terminar mi turno en el hospital, pero no me siento capaz de volver junto a Marcus como si nada hubiera pasado, así que esta noche cubriré el turno de una compañera. Espero poder pensar un poco. Aclararme.

Intento recordar en que momento mi padre pudo llegar a odiarme tanto como lo hace, quiero decir, solo porque te cases con alguien que te cae mal un padre no decide matar a su hija. Supongo que siempre ha sido una bestia a la que no le importábamos ni Paul ni yo realmente.

- Mía ¿seguro que no te importa cubrirme? - Pregunta mi compañera con la esperanza de que no me arrepienta.

Levanto la mano quitándole importancia.

- Claro que no, ve a casa con tu hijo, yo te cubro hoy.

La noche va pasando lentamente y por desgracia para mi, más tranquila de lo que me gustaría.

Estoy en la habitación donde descansamos hasta que hay una urgencia. Tengo un café caliente entre las manos y una rebeca blanca encima del uniforme.

- Mía, un tipo necesito unos puntos - Asoma la cabeza por la puerta la jefa de enfermeras.

Con un suspiro dejo la taza sobre la mesa y me levanto. Me arreglo un poco el moño, después de tantas horas se le han salido algunos mechones.

Camino hacia la sala de curas. El que se haya cortado a las tres de la mañana tendrá suerte si no le queda cicatriz, después de doce horas no prometo que las suturas queden bien.

Abro la puerta y entro. Marcus está sentado en la camilla con la mano envuelta en una toalla, está manchada de sangre. Corro hasta él, agarro su brazo y con cuidado lo descubro para saber la gravedad del corte.

Marcus me mira atento, observa cada movimiento sin decir nada.

- ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Chasquea la lengua divertido al ver mi preocupación.

- No es nada, la sangre siempre es muy escandalosa.

Le giro la mano. En la palma tiene un corte, no es muy grande ni muy profundo, tiene razón, la sangre es muy escandalosa.

Voy preparando todo lo que voy a necesitar bajo la atenta mirada de mi marido.

- ¿Cómo te lo has hecho? - voy colocando las cosas en una bandeja al lado de la camilla.

La jeringuilla con una pequeña cantidad de anestesia es lo primero que coloco. Aunque el corte no es muy grande, voy a tener que darle por lo menos seis o siete puntos.

- Rompí un vaso sin querer.

Algo en su explicación llama mi atención. No suena a verdadero o tal vez ya me he vuelto paranoica del todo por el tema de mi padre, y creo que todo el mundo tiene que engañarme.

- ¿Lo has hecho a conciencia? - no debería desconfiar pero esto es lo que sucede cuando toda tu vida es una mentira.

Espero a que conteste. Se pone en pie y da vueltas por la habitación.

- Has pasado la noche en el jardín, no subiste a la habitación y ahora decides doblar turno. Estaba preocupado.

¿No podía llamar y decirme lo que está diciendo ahora mismo? El gran Marcus no puede admitir que se preocupa por su mujer, es mucho mejor hacerse una herida y que le tengan que coser.

No tengo ganas de peleas y reproches. Han ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo. Así que respiro profundo.

- Supongo que no vas a necesitar la anestesia.

La descarto apartándola del instrumental que si voy a usar. Ya que es tan duro, que sea consecuente con sus decisiones.

Mantiene su cara de poker, no se si le duele o no, pero no se queja ni una sola vez hasta que termino de dar la última sutura.

- ¿A qué hora terminas? - Pregunta levantándose y poniéndose la chaqueta como si nada hubiera pasado.

Levanto la muñeca para mirar el reloj.

- Todavía me quedan un par de horas.

Marcus se acerca a mi y sin decir nada me abraza. Rodea mi espalda con sus fuertes brazos y me aprisiona contra él. Puede parecer un trozo de hielo, un hombre si corazón que no sabe lo que son los remordimientos, pero yo lo conozco mejor que nadie y daría su vida sin dudarlo por alguien que le importa.

- Te espero fuera. Quiero enseñarte algo.

Debería estar cansada. Debería estar deseando acostarme y descansar, pero me da pánico pensar en tumbarme tranquilamente y que mi mente se ponga a pensar en lo que ocurrió ayer con mi padre y mi hermano, mi única familia.... No, eso no es verdad, mi única familia es Marcus. Mientras antes lo asimile mejor para todos.

Las dos últimas horas se me han hecho largas. No se que quiere enseñarme, pero las sorpresas siempre me han gustado, me emociono igual que un niño pequeño.

Me cambio de ropa y salgo. Marcus espera frente las puertas de cristal. No puedo creerme que se haya herido solo para tener un excusa para ver cómo estaba.

- ¿Cuan es la sorpresa? - Pregunto en cuanto llego a él.

Entrelaza sus dedos con los míos y sonríe divertido porque ha conseguido lo que quería, que me interesara.

- Quiero enseñarte parte de lo que soy. Puedo comprender cómo te sientes - Se para y me mira con intensidad - No quiero ser parte de los que te mienten.

Contengo la respiración emocionada. Él era parte del grupo de mentirosos que me destrozaron el corazón. A los que no les importaba nada, pero tal vez, sea el momento de meterlo en la lista de personas de confianza. Desde que me prometió que no volvería a defraudarme, no lo ha hecho.

- Está bien, enséñame quien eres.

Conduce hacia las afueras, la zonas de los polígonos donde la noche es su punto fuerte aunque falte poco para que amanezca. Hay naves industriales por todas partes y más apartados de ellas, pequeños locales.

- Aquí es - Se para en seco delante de una nave pintada de negro y con las pequeñas ventanas selladas.

- ¿Qué es lo que hay aquí? - Pregunto acercándome a la puerta cerrada.

Da tres golpes y se abre por arte de magia, bueno magia magia no, un hombre enorme al otro lado la ha abierto.

Me quedo petrificada con lo que veo. Dentro hay una especie de salón de juego clandestino. Está lleno de máquinas y mesas para jugar a las cartas. Al Fondo una enorme barra que rodea casi todo el recinto, pero lo más llamativo de todo es que está lleno hasta los topes.

- Este fue mi primer salón de juegos, lo montamos Killian y yo. Por supuesto ilegal - Se ríe con su propia broma - No he podido deshacerme de él.

Creo vislumbrar algo del Marcus oculto. Esto lo hicieron como hermanos, en una época en la que trabajaban codo con codo. Algo les tuvo que pasar para que ahora se odien como lo hacen.

- Es increíble, Marcus - Admiro todo el local girando sobre mi misma.

- He pensado que podría animarte jugar al black Jack - Saca un puñado de fichas de su bolsillo y me las entrega - ¿Qué me dices?

Que se haya preocupado y que esté intentando animarme es suficiente para conseguirlo. No debo volver a preocuparme por mi padre o mi hermano, a partir de hoy mi familia es Marcus.

- Voy a desplumarte - Amenazo tirando de la solapa de la chaqueta y arrastrándolo hacia una de las mesas.

Capítulo 46

Mía

Marcus coloca sobre mis manos un montón de fichas, cada una vale mil euros. Lo miro como si le hubieran salido verrugas en la cara. Es muchísimo dinero como para tirarlo jugando a un juego que no entiendo.

- Es demasiado dinero - Intento dejar las fichas sobre sus manos pero no me deja.

- Ya no es dinero, son fichas y hay que usarlas.

Arrugo las cejas.

- Pero lo voy a perder.

Sonríe con indulgencia. Le divierte que me importe el dinero. No se lo que tiene, no tengo ni idea de la cantidad exacta ni aproximada, pero sé que tiene que ser muchísimo.

- Si tengo que dar todo mi dinero para verte sonreír lo daría agradecido - Se acerca hasta que sus labios tocan los míos.

Creo que jamás me cansaré del sabor de sus labios, de su tacto o de su ternura. Estamos hechos el uno para el otro, no se vivir lejos de él, ya no.

Es instintivo. Marcus me abre su corazón y a mí se me ilumina la cara, y ya no existe nada ni nadie. Mi padre y mi hermano pasan a un segundo plano, uno en el que no me importan lo más mínimo.

Nos acercamos a una de las mesas. Inmediatamente dos hombres se levantan para dejarnos sitio para nosotros.

Me acerco a Marcus y le susurro al oído para que nadie más pueda oírme.

- ¿Cómo se juega?

Imita mi movimiento. Ahora acerca sus labios a mi oído. La piel se me eriza en cuanto sus labios me rozan.

- El objetivo de este juego es sumar 21 puntos o no pasarse de esta cifra, pero siempre sobrepasando el valor que tiene el crupier para ganar la apuesta - Explica.

Me da una clase rápida de valor de las cartas. Del uno al diez valen su valor, la J,Q,K valen diez y el As vale uno u once según me convenga a mi.

Me repito una y otra vez los valores de las cartas. No me importa perder, pero hacer el ridículo delante de las personas que conocen a Marcus no está entre mis prioridades.

La noche ha pasado tal y como pensaba, no he ganado ni una vez. Mi marido al parecer sabe jugar a las cartas perfectamente, porque ha conseguido veintiún puntos varias veces. Es más divertido de lo que pensaba, pero sobretodo ha conseguido lo que quería, olvidarme de todo lo demás.

Se me escapa un bostezo. Llevo demasiadas horas despierta y el cansancio comienza a pasarme factura.

- Vámonos a casa. Tienes que dormir.

Vuelve a entrelazar sus dedos con los míos mientras me guía hacia la salida esquivando a todas las personas que siguen apostando. No hay ventanas, ni relojes ni nada que haga que la gente piense que el tiempo pasa. Aquí dentro se para, no existe.

- Muchas gracias. Me lo he pasado muy bien.

Me abre la puerta del coche y me subo. En cuanto arranca y comenzamos la vuelta al castillo los ojos se me empiezan a cerrar. El movimiento rítmico por las imperfecciones de la carretera es como un calmante, aunque lucho por mantenerlos abierto, me es imposible, hasta que finalmente me rindo y dejo de escuchar la música bajita de la radio y a Marcus tarareando.

El chirrido de ruedas me despierta bruscamente.

- ¿Qué ocurre? - Pregunto agarrándome al salpicadero.

Marcus mira por el retrovisor. Hay un coche que nos sigue de cerca, casi lo tenemos pegado.

- Agáchate - Ordena colocando una mano sobre mi cabeza - Vamos, agáchate.

Hago lo que me dice y me encojo sobre mi misma, solo espero que no comiencen a disparar o una persecución como la del marido de Lea.

El coche cada vez acelera más y nos obliga a acelerar a nosotros. Su morro se estampa contra nuestra parte trasera.

- JODER ¿estás bien? - Pregunta quitando la vista de la carretera un momento.

- Si, si ¿qué vamos a hacer?

Antes de que pueda reaccionar veo un coche que viene hacia nosotros por la ventanilla de Marcus. Las luces me ciegan y llaman la atención de mi marido. Nos embiste desplazándonos varios metros.

Despacio abro los ojos. No consigo enfocar la vista, todo está borroso, me muevo como a cámara lenta y un pitido en mi oído izquierdo me impide oír lo que está ocurriendo fuera del coche.

- ¿Marcus? - Lo veo a mi lado, con la cabeza colgando en una posición extraña.

Poco a poco voy espabilándome y me doy cuenta de que el coche no está en la posición en la que debería, mi puerta está encima mía. Hemos volcado.

Alguien la abre, aunque no tengo ni idea de quien es. Pero con mi marido fuera de combate y sin ningún hombre que nos proteja... Esto no pinta nada bien...

El hombre pasa las manos por debajo de mis axilas y tira con fuerza para sacarme del coche. Me deja caer sobre la calzada y me doy cuenta de que algo gotea por mi frente, me duele la muñeca cuando la apoyo para levantarme y el mareo que siento me provoca ganas de vomitar.

- ¿Qué quieres? Sea lo que sea mi marido puede dárselo - Intento convencerlo para que no haga lo que sea que le hayan pedido.

- Tu marido - Suena una voz detrás de mí. La reconozco al momento y si creía que sentía miedo, no es nada comparado con lo que siento ahora mismo.

Estoy muerta, no hay nada que pueda decir o que pueda hacer para convencerlo. Mi padre y mi hermano se han bajado del coche que nos ha embestido. Tiene toda la parte delantera reforzada con unos hierros negros.

- Encárgate de tu hermana, a ver si eres capaz de terminar este puto tema de una vez.

Coloco mis dedos sobre la pulsera con el rubí rojo y lo pulso como si mi vida se fuera en ello, literalmente. No dejo de darle con el dedo hasta que mi padre rompe a reír y se saca del bolsillo un pequeño mando.

- Es un inhibidor. Deja de intentarlo, nadie vendrá a ayudarte.

Paul camina hasta mí decidido y me levanta del suelo sin ningún cuidado. Me agarra del brazo y me lleva a rastras hasta la parte donde comienza el bosque. Supongo que me va a matar y enterrará mi cadáver en algún lugar donde jamás nadie pueda encontrarlo.

- ¿Por qué haces esto? - Pregunto llorando - Eres mi hermano.

Me pega un tirón para que camine más rápido y tropiezo. Caigo al suelo, pero no me da tiempo a intentar levantarme cuando mi hermano ya ha vuelto a tirar de mi brazo para levantarme sin ningún esfuerzo.

- ¡CALLATE! TU SOLA TE LO HAS BUSCADO - tiene los ojos inyectados en sangre y el sudor cae por su frente.

Después de pasar entre los árboles llegamos a un pequeño claro. Me empuja y me suelta. Me quedo justo donde me ha dejado abrazándome a mí misma. En este momento donde la vida no tiene sentido no sé que me importa más; no volver a ver a Marcus o que sea mi propio hermano el que me vaya a matar.

Un pequeño temblor se apodera de todo mi cuerpo. Veo como Paul saca la pistola de la cinturilla de su pantalón, la carga y me apunta.

Decido hacer un último intento.

- ¿De verdad vas a matarme? Yo no sabía nada de vuestro mundo, no sabía que Marcus era vuestro enemigo, no sabía nada y aún así queréis castigarme.

Levanta la pistola al cielo y dispara. Cierro los ojos y me tapo los oídos.

- ¡HE DICHO QUE TE CALLES LA PUTA BOCA! - grita fuera de sí.

No reconozco a mi hermano en el hombre que me apunta para matarme. Este Paul está fuera de sí. Esto es lo que ha conseguido mi padre con tanto odio. Nos ha convertido en nada, en cenizas y viento y aunque ahora sea yo la que esté a punto de morir, siento pena por mi hermano.

Capítulo 47

Mía

Tal vez podría haber hecho más por él para que no terminara siendo un títere de mi padre, tal vez si no hubiera estado tan pendiente de lo que quería, si hubiera prestado más atención a todo, este final sería distinto.

Mi hermano camina hacia mi con furia, respira rápido y su pecho sube y baja sin control. Me agarra de la rebecca y me acerca a él de forma violenta.

- Paul... - Susurro sufriendo al verlo tan mal - ¿qué te ha hecho? - las lágrimas caer por mis mejillas.

Su dolor es mi dolor, no podría ser de otra forma, es mi hermano.

- Deja de intentar que cambie de idea - gruñe por lo bajo pegando los labios a mi oído - hoy vas a morir.

Me quito las lágrimas con rabia. Voy a morir ¡BIEN! vale, lo acepto. Ha llegado mi hora. Si tengo que ser sincera hace tiempo que llegó, cuando mi padre decidió que no valía la pena que mi corazón siguiera latiendo.

- Si mamá te viera se avergonzaría - Contesto con la misma rabia - Preferiría seguir muerta a volver a vuestro lado. Te salvé la vida, convencí a Marcus ¿Así lo pagas?

Ver la muerte tan de cerca ha hecho que saque todo el coraje que tengo incrustado en mi corazón desde que comenzó esta locura.

- Crecimos juntos - Continúo atacándole - tu curabas mis heridas cuando me caía y ahora de pronto no soy nada para ti, pues bien, dispara de una vez para que deje de tenerte delante.

Mi hermano poco a poco ha ido aflojando su agarre. Ahora ya no me sujeta ni me zarandea, solo me observa con el arma levantada, apuntando directamente a mi cabeza.

El arma tiembla entre sus manos, aprieta los dientes y el rostro, como si tuviera que hacer algo que no quiere, como si de verdad le estuviera costando tomar una decisión.

Baja la pistola y se acerca a mi hasta que apenas nos separan unos centímetros.

- Tu no lo entiendes. Eres tú o yo.

Jamás tan pocas palabras habían significado tanto para mi. Una simple explicación que le da sentido a todo. Mi padre lo tiene amenazado a él también. Es un monstruo que no quiere a nadie, ni a sus hijos.

- Déjalo, vente conmigo, por favor Paul - suplico.

Coloco mis manos sobre las suyas, ayudándole a terminar de bajar la pistola. No importa todo lo que me ha hecho, acabo de comprender que él ha sido tan prisionero como yo.

No quiero ni imaginar la de atrocidades que habrá hecho en nombre de mi padre por miedo a sus

represalias. Siempre me he sentido en mi familia como si no encajara, pero eso era bueno. Lo malo era encajar en los propósitos de mi padre, porque entonces te utilizaba y te hundía hasta que ya no le quedaba nada por quitarte.

- Da igual donde vaya, no puedes huir de él.

Con cuidado se remanga la camisa y deja libre parte de su brazo. Está repleto de cicatrices como la mía. Yo solo tengo una y me parece una aberración su significado y el autor, pero Paul tiene muchas, muchísimas.

-¿Qué es esto? - pregunto pasando los dedos por encima. Tengo que contener las lágrimas que luchan por salir - ¿por qué?

- Estas cicatrices son errores.

Se escuchan aplausos. Mi hermano y yo nos giramos y observamos como mi padre aplaude, pero su cara es la pura expresión de la muerte. Está realmente enfadado.

Cuando tienes delante a un psicópata cabreado y con una pistola, tienes un serio problema.

- Una simple orden Paul, y ni eso eres capaz de hacer - Recrimina mi padre.

- Padre... - comienza a explicarse.

Levanta la pistola y apunta a mi hermano. El corazón me va a mil, tengo la sensación de que en cualquier momento se va a salir de mi pecho, incapaz de contenerlo. Todo el cansancio que tenía se ha esfumado por arte de magia. Mi nivel de ansiedad está por las nubes y en medio de todo este caos solo espero que Marcus esté bien.

- ¡Cállate! - Pide con asco - Lo he escuchado todo así que no hace falta que me mientas.

Un movimiento entre nosotros y mi padre llama la atención de todos. Marcus aparece con su pistola también levantada. Tiene las manos llenas de sangre, la camisa rasgada y una fea herida en la cabeza, la sangre desciende despacio por su cuello hasta la camisa.

- ¡MARCUS!

Él solo tiene ojos para mi padre, es el que nos apunta.

- Leandro, baja el arma y tal vez te deje vivir - Pide mi marido tranquilamente - Aunque ya te puedo adelantar que no creo que te lo conceda.

Mi padre lo mira sin bajar su pistola, que sigue apuntándonos.

- Deduzco que has matado a mis hombres, no importa.

Mi hermano deja caer su pistola al suelo. Ha tomado su decisión. No puedo evitar sonreír cuando me doy cuenta del profundo significado de su decisión. Ya no va a volver a estar del lado de mi padre. A partir de hoy Leandro Carusso está solo.

Mi padre observa el arma en el suelo. Lo comprende al momento, pero es tan frío y calculador que no pierde los nervios en ningún momento, eso lo convierte en un ser aterrador. Un psicópata capaz de las peores atrocidades.

- ¿Estás seguro hijo?

- Lo estoy, padre - Contesta orgulloso mi hermano.

Justo a partir de este momento todo ocurre tan rápido y a la vez tan despacio . No como el día que nos persiguió el marido de Lea, ocurría demasiado rápido, los tiros, los volantazos, no me daba tiempo a reaccionar, pero esta situación es distinta. Mi padre endereza su brazo apuntando a mi hermano y estoy segura sin lugar a dudas de que va a dispararle.

Doy un paso hacia la izquierda, justo donde está Paul, y me pongo delante. No podría ver morir a la única persona que al final, ha apostado por mi y ha plantado cara a mi padre, simplemente no podría.

Se escuchan dos disparos y un segundo después dos disparos más.

Algo tira de mi hacia atrás y choco contra el pecho de mi hermano. El cuerpo de mi padre cae al suelo un instante antes que el mío.

- ¿Mía? Te vas a poner bien, te lo prometo.

Las manos de mi hermano aprietan mi estómago y al momento se le llenan de sangre. Levanto un poco la cabeza, pero pierdo las fuerzas. No creo que pueda sobrevivir a dos disparos en el estómago.

Marcus corre hacia nosotros y se tira al suelo a mi lado.

- Te voy a sacar de aquí ¿vale? Pero tienes que luchar - Puedo notar la desesperación en su voz.

Asiento despacio. Se quita la camisa y la coloca sobre las heridas para intentar cortar la hemorragia. Me levanta en brazos. Se me escapa un grito por el dolor. Cada movimiento es como si me clavaran mil agujas candentes.

- Aprieta, Paul. Tenemos que hacer que deje de sangrar.

Mi hermano corre a su lado con la camisa de mi marido encima de mi. Los dos hombres que más he querido y quiero se unen para salvarme. Si esta es la última imagen que tengo que ver antes de morir, estoy feliz de que sea así.

Marcus me deja en el asiento trasero del coche que traía mi padre y se sienta a mi lado. Mi hermano sin perder tiempo arranca y conduce a toda velocidad hacia el hospital.

Cada vez tengo más sueño y aunque el verano se acerca tengo frío, eso es una señal de que estoy perdiendo demasiada sangre.

- Marcus - Susurro sin fuerza.

- Shhh shhh no hagas esfuerzos.

Solo quiero cerrar los ojos y descansar, pero necesito decirle una cosa antes de hacerlo. Es lo único que me preocupa.

- Marcus - Acerca su oído a mis labios para poder escucharme - Cui...da de mi herma...no.

Se separa de mi lado y me mira con horror. Los ojos se le llenan de lágrimas y una de ellas cae

sobre mi mejilla. Siento ser la causante de su dolor. Pero no podré irme tranquila si no estoy segura de que mi hermano va a estar a salvo.

- Lo vas a cuidar tu ¿vale?

- Pro... me... te.. melo - Pido con dificultad.

El gruñido de mi marido resuena por todo el coche. Golpea con su puño el asiento delantero una y otra vez.

- Te lo prometo, te lo prometo, pero no te mueras. Aguanta, por favor.

Le regalo una última sonrisa agradecida por que una vez más haya antepuesto sus sentimientos hacia mi a su venganza. Siempre he sido lo primero para él.

Cierro los ojos y el sueño se apodera de mi y ya no existe el frío, ni el miedo, ni el traqueteo del coche. Solo paz y tranquilidad.

Capítulo 48

Marcus

Sujeto mi camisa fuertemente contra el estómago de Mía. Hace un rato que ha perdido el conocimiento, pero aún respira. Eso es buena señal.

Paul aparca en la zona de las ambulancias y salta del coche para pedir ayuda mientras yo salgo con mi mujer en brazos. Los celadores traen una camilla y justo a su lado un médico y varias enfermeras.

Corren por lo pasillos para poder comenzar a atenderla. Yo los sigo sin soltar su mano. Esta no va a ser la última vez que la voy a ver. Estoy seguro. Nuestra historia no puede terminar aquí.

Empujan dos grandes puertas.

- No puede pasar, señor - Una de las enfermeras me corta el paso.

Levante el dedo señalando el jodido cartel que hay pegado a la puerta "Acceso restringido"

La miro con ganas de matarla. ¿Quien cojones se ha creído que es para prohibirme nada?

- Gracias - Dice Paul - Esperaremos aquí mismo.

Nos quedamos solos. No quiero ni mirar al hermano de Mía. El único motivo por el que sigue vivo es por la promesa de mierda que le he hecho. Si hubiera disparado un segundo antes a Leandro mi mujer no estaría ahora mismo entre la vida y la muerte.

Meto la mano en el bolsillo y saco el móvil. Mis dedos están teñidos de rojo, tengo sangre hasta los codos, la sangre de la mujer que no he sabido proteger.

Marco el número de mi hermano y espero a que descuelgue.

- Killian, necesito que vayas la desvío que lleva a los invernaderos.

- ¿Para qué? - Contesta de mala gana.

Dirigir una puta organización como la nuestra te da muchos quebraderos de cabeza. Debería estar centrado en mi mujer, pero tengo que encargarme de los hijos de puta que he matado.

- Allí está Leandro Carusso con dos tiros en la cabeza y cuatro de sus hombres. Encargate.

Me giro para observar la reacción de Paul. No van a volver a pillarme desprevenido nunca más. Tiene la mirada clavada en el suelo. No reacciona, o tal vez le da igual lo que le ha pasado a su padre.

- Joder. Voy ahora mismo.

- Espera, necesito que después me traigas ropa limpia al hospital donde trabaja Mía - Estoy lleno de sangre y sin camisa. Ya mismo tendré a la policía haciendo preguntas.

- ¿Estás bien? ¿Pero qué cojones ha pasado?

No puedo explicarlo todo por teléfono. Tampoco quiero explicarle cual es el estado de Mía. Sé que la odia y le daría igual que muriera, pero si escucho su puto tono en el que insinúa que se alegra, no dudaré en meterle una jodida bala a él también. No hay esta noche nadie más letal que yo.

- Mía está herida - Cuelgo sin escuchar si dice algo más o no.

Las horas pasan y nadie sale a decirnos nada. Doy vueltas por el pasillo una y otra vez. Dante aparece junto con mi hermano. Lleva una bolsa en las manos. Camino hacia ellos y la cojo.

Killian y Dante sacan la pistola y apuntan a Paul. Vamos a formar un puto espectáculo.

- Bajad las armas ahora mismo - Ordeno.

Dante lo hace al momento, a Killian le gusta desafiarme siempre que puede, lo que no sabe es que hoy no puede. Coloco mi mano sobre el cañón y la bajo yo mismo sin apartar mi mirada de él. Le daré puñetazos hasta convertirlo en un amasijo de sangre y carne si me obliga.

Finalmente la guarda resoplando.

- Ya nos hemos encargado de todo.

Asiento mientras me pongo la camisa limpia. La puerta por donde horas antes ha entrado Mía se abre y sale un médico. Trago saliva. Es la primera vez en mi vida que siento pánico a lo que pueda decir.

Me acerco a él incapaz de articular palabra.

- ¿Familiares de Mía Carusso? - Pregunta acercándose a mi.

- ¿Cómo está? - Pregunto bajando el tono de voz.

El médico se quita las gafas y se limpia parte del sudor que cubre su rostro.

Paul, Killian y Dante también se acercan.

- Las próximas horas son cruciales, no le voy a engañar, a perdido mucha sangre y nos ha costado mucho sacarle las dos balas.

Da igual lo que dice el médico, yo solo escucho <<esta viva, esta viva, esta viva>>.

Respiro profundo y cierro los ojos. Desde que perdí de vista a Mía en esa camilla es la primera vez que respiro sin la presión del pecho, me oprimía, me impedía llenar por completo los pulmones.

- Sin embargo tengo que decirle que aunque lo hemos intentado, debido a las heridas y a la pérdida de sangre, no hemos podido salvar el embarazo.

- ¿Qué?

El médico garraspea nervioso.

- Su mujer estaba embarazada, de unas seis semanas - Explica.

No puedo creer lo que está diciendo. ¿Mi hijo a muerto? ¿Mía lo sabía? El hombre que me acaba de dar la noticia se da cuenta de que no voy a decir nada más, así que suelta un "lo siento mucho" Y se va.

Killian coloca su mano sobre mi hombro intentando darme ánimos. No hay ninguna manera de hacer que me sienta mejor. Yo he matado a mi hijo. Si no hubiera dudado, si en cuanto he visto al hijo de puta de Leandro, le hubiera metido los dos tiros en la cabeza, mi hijo seguiría vivo.

Coloco dos dedos sobre mis ojos y aprieto. Necesito dejar de ver. Mi mente me juega una mala pasada, veo una pequeña niña con el pelo rojo como el fuego llamándome papá.

- Lo siento mucho, hermano - pega su frente contra la mía y por primera vez en años, creo que es sincero de verdad.

A partir de este momento, que marca un antes y un después, el tiempo cambia completamente para mi y su percepción también. Relego todo el negocio sobre las espaldas de mi hermano, me siento incapaz de hacer como si nada hubiera pasado.

No me he movido ni un segundo del Hospital. Mía sigue sedada y no tienen intención de despertarla aún, dicen que por las heridas es mejor que la peor parte la pase dormida.

Le he pedido a Killian que se acerque al hospital. Tenemos que hablar sobre el negocio y como no pienso alejarme de la habitación de mi mujer, las pocas reuniones que tenemos últimamente, las hacemos aquí.

- ¿Cómo sigue? - Pregunta acercándose la cama.

- Igual. Oye Killian, he estado pensando que tal vez ha llegado el momento de terminar la guerra con los Carusso, mira lo que nos ha traído todo esto.

No he permitido a Paul venir al hospital ni una sola vez, que se joda, el que disparó fue su padre y está muerto y enterrado. Por otro lado, al igual que Leandro escuchó la conversación entre Mía y Paul, yo también lo hice y puede que realmente su padre fuera un enfermo con Paul también, sus cicatrices lo demuestran.

- ¿En qué habías pensado?

Mi hermano parece más maduro, más centrado. Puede que también le haya afectado a él todo lo que ha pasado, en cuanto se enteró del embarazo de Mía, bueno, de que habíamos perdido al bebé, su actitud cambió completamente.

- Yo no voy a volver a entrar, podríais unirlos vosotros dos, no habría nadie con más poder.

- Pero él sería mi segundo.

- Por supuesto.

Levanta la mano y me la ofrece, la acepto al momento. Cerramos el trato estrechándonos.

Todo mi mundo, toda mi vida y mi forma de vivirla han puesto en peligro a mi mujer desde que la conocí y ahora he matado a nuestro hijo. Jamás voy a volver pertenecer a la mafia o al submundo de sangre y drogas. Esa vida se ha terminado para mi. Por primera vez tengo muy claro que es lo correcto y pienso ceñirme a mi plan por el bien de Mía.

Capítulo 49

Mía

Escucho una voz a lo lejos, demasiado lejano como para comprender lo que dice. Quiero abrir los ojos y despertarme, pero los párpados me pesan demasiado. Despego los labios para hablar, pero mis cuerdas vocales tampoco quieren trabajar.

No se que ocurre, pero a medida que pasan los minutos consigo aclarar la mente. Marcus toca mi mano y me habla. Despacio consigo abrir los ojos. No logro enfocar del todo, pero sus manos acarician mi cara.

- Por fin has despertado. Estaba muerto de miedo - Admite.

Para que diga que él tenía miedo he debido estar grave. Siento una punzada de culpabilidad por haberme puesto en peligro. En realidad no me dió tiempo a pensar demasiado, simplemente actué.

- ¿Mi hermano está bien? - Pregunto entrelazando mis dedos con los suyos.

Asiente conteniendo la rabia. No ha debido ser fácil para él, y eso le da mucho más valor.

El médico entra por la puerta. En algún momento mi marido a pulsado el botón que hay al lado de la cama para llamarlo.

- Bueno, veo que has despertado - Dice alegre - has dormido unos cuantos días.

Arrugo las cejas sin comprender.

- ¿Días?

Se acerca hasta mi. Saca una pequeña linterna y me apunta directamente a los ojos. Durante un instante no veo nada, solo una luz cegadora.

- Ocho días exactamente.

Me toma la tensión y levanta un dedo que mueve de izquierda a derecha lentamente. Vamos, todo lo que he visto hacer en las películas. Sonríe por mi propia broma y Marcus sonríe conmigo al verme feliz.

Espero a que el médico se vaya. Nos quedamos solos y tengo que hablar con él.

- Marcus... Mi padre esta...

Su mirada se endurece al momento.

- Muerto, Mía. Lo maté y lo haría mil veces si hiciera falta.

En lo más profundo de mi ser lo sabía. Recuerdo el momento en el que Marcus le apuntaba y mi padre me apuntaba a mi. Si nos disparó, mi marido también lo hizo.

- Lo imaginaba.

Me entristece pensar que mi padre está muerto, pero estaba tan empeñado en acabar con nosotros, incluso intentó matar a Paul, que siempre ha estado a su lado haciendo todo lo que él quería.

- Tenemos que hablar, cariño. El médico no te ha dicho nada de las heridas porque le pedí contártelo yo.

Se sienta a mi lado en la cama. Yo intento incorporarme, pero los puntos me tiran y un dolor agudo recorre mi estómago.

- ¿Qué ocurre con las heridas? ¿Qué es lo que tienes que decirme?

- No se como empezar... - Mientras más le cuesta decirlo más nerviosa me pongo.

La máquina que controla mis constantes pita con más velocidad que antes. Marcus desvía la mirada observando como mi corazón se acelera...

- Estabas embarazada - suelta de sopetón - Pero las heridas eran demasiado graves... Los médicos no pudieron hacer nada...

No se el tiempo que espero a despertarme y que lo que me acaba de decir sea un sueño, una pesadilla de la que voy a escapar en cualquier momento.

No puede ser ¿cómo voy a estar embarazada? ¿Y la inyección? Está claro, no ha funcionado y yo me coloque como una diana delante de la pistola de mi padre. Maté a mi hijo con mis decisiones.

En algún momento, sin saberlo, tuve que elegir entre mi hermano y mi hijo... No puedo creer lo que he hecho...

- Mía ¿estás bien? - Marcus coloca su mano sobre mi mejilla para llamar mi atención.

- Si, si, perdona. Solo... Creo que solo necesito descansar un poco.

No quiero que siga preocupándose por mi. No lo merezco. No merezco ninguna muestra de cariño, ni consuelo.

Coloco la cabeza sobre la almohada y cierro los ojos. Ahora daría lo que fuera para volver a dormir y no ser consciente de todo lo que ha pasado.

Los siguientes días pasan tranquilos. Marcus y yo no hablamos mucho aunque no se separa de mi lado en ningún momento. No entiendo como puede seguir mirándome a la cara, pero lo hace, con dulzura y cariño y con cada caricia o cada beso, peor me siento yo, más culpable y más necesito alejarme de él.

Diez días después me dan el alta. Mi hermano no ha venido a verme ni una sola vez y tampoco quiero preguntarle a Marcus sobre él. No se merece que vuelva a sacar el tema.

Salgo del Hospital en silla de ruedas. Me ayuda a subir al coche y hago el trayecto en silencio, mirando por la ventanilla. Todo es distinto, los colores, los olores, ver pasear a las personas, todo ha cambiado, es más triste, más lejano. Como si lo mirara todo a través de un cristal y no pudiera acercarme ni sentir lo que sienten los demás. Dentro de mi se ha instalado la apatía, a veces se mezcla con una tristeza que duele, literalmente me duele el cuerpo al pensar en mi hijo.

Lea sale a recibirnos, pero bajo la cabeza y miro al suelo y creo que ella se da cuenta porque frena en seco y deja que Marcus pase por delante.

Me siento tan triste a veces y tan culpable a todas horas que no puedo soportar que otras personas se acerquen para consolarme.

Llegamos a la habitación y me deja sobre la cama. Se para delante de mí mirándome fijamente, se cruza de brazos y se aleja unos pasos.

- Tienes que hablar conmigo - afirma - El problema no se va a ir. Dime como te sientes.

Respiro profundo. No me apetece hablar, pero sé que Marcus no es de los que se rinden fácilmente.

- ¿Cómo quieres que me sienta? - siento como los ojos se me llenan de lágrimas - Han pasado muchas cosas muy graves... Yo... Me ha superado.

Por eso no quería hablar. En el momento que admito como me siento, el peso cae a plomo sobre mis hombros, me comprime el pecho, me desgarran el corazón.

Se agacha a mi lado y me abraza. Pego mi cabeza contra su pecho y lloro.

- Lo se cariño, lo se. Pero eres fuerte.

Creía que era fuerte, pensaba que podía con todo y que tendría mi final feliz, pero eso solo es de ilusos, cuando entras en el mundo de las mafias solos hay sangre y lágrimas y en mi caso ha habido mucho de los dos.

- Mía, he estado pensando, que tal vez nos vendría bien pasar un tiempo separados - levanto la cabeza al instante - Mi mundo es peligroso y no quiero que vuelvas a estar en peligro.

Da igual lo que dice, después de la primera frase dejo de escuchar, mi cerebro solo es capaz de decirme que se quiere alejar de mi porque me lo merezco, por tomar decisiones estúpidas, por ponerme delante de las balas y por confiar en mi padre una y otra vez. Soy estúpida y Marcus se ha dado cuenta. Yo tampoco querría estar conmigo si pudiera elegir.

-Tienes razón - susurro sin fuerzas.

No importa que todo a mi alrededor se desmorone, por dentro yo estoy rota y no hay nada que pueda arreglarlo.

- Volverás a ser feliz - Contesta en el mismo tono.

Me tumbo con cuidado y cierro los ojos. Estoy tan cansada, realmente agotada de todo, sin darme cuenta me quedo dormida. Cuando despierto el sol ya se ha ocultado y la luna brilla en lo alto del cielo, un sobre con mi nombre es la mesita de noche llama mi atención.

No necesito abrirlo para saber de quien es y lo que dice y aún así estiro la mano y lo abro.

Querida Mía,

Siento que mi despedida sea así, pero en persona no sería capaz de alejarme de ti y en el fondo siento que es lo correcto.

Has sufrido mucho, demasiado, y lo único que puedo hacer ahora mismo por ti es alejarme para que puedas ser feliz.

Lo he dejado todo solucionado con nuestros hermanos para que no tengas que preocuparte por nada.

Siempre tuyo.

Marcus.

Arrugo la carta entre los dedos. La rompo en trozos que dejó caer y vuelvo a tumbarme de lado mirando la Luna como se ríe de mi.

Me ha dejado. Todos me han dejado. Ahora estoy sola.

Epílogo

Desde que Marcus se fue todo me cuesta muchísimo.

Levantarme de la cama y asearme para seguir con mi día a día se ha convertido en todo un reto, pero no quiero causar más problemas.

Todos en el castillo son muy simpáticos conmigo, demasiado como para que me sienta cómoda, hasta Killian ha empezado a mirarme con pena, así que llevo unos días esquivándolos a todos.

Paso mucho tiempo en el bosque, justo en el claro donde Marcus me sorprendió con el picnic y donde decidí comenzar a confiar en él.

Llevo tantos días llorando a escondidas que ya he perdido la cuenta, creo que hace cuatro o cinco semanas que se fue, o tal vez hace mas, no estoy muy segura. Pero en el fondo de mi corazón entiendo que se alejara de mi, al fin y al cabo soy la mujer que decidió ponerse delante de dos balas y matar a su hijo ¿quién querría estar conmigo?

Me levanto de la hierba, me acomodo el chal sobre los hombros y camino de regreso al castillo. El otoño amenaza con llegar y los días son más fríos y cortos.

Lea está sentada en una de las tumbonas hablando con Dante. Ya es oficial su relación. Me alegro muchísimo por ellos, son personas maravillosas que se merecen ser felices.

Levanto la mano y los saludo. Se han acostumbrado a mis silencios, así que levantan la mano y me saludan con una triste sonrisa. Odio ver la pena pintada en el rostro de los demás.

Subo las escaleras hasta la planta donde se encuentran todas las habitaciones. Killian sale de la suya.

- ¿Cómo estás? - Pregunta acercándose.

Destrozada, rota, no creo que pueda volver a ser la misma que era antes de todo esto, pero las personas no quieren escuchar la verdad y dudo que Killian se preocupe realmente por mi.

- Bien, gracias.

En lugar de entrar en mi habitación para descansar un rato, decido subir a uno de los torreones. Me gustan las vistas y escuchar como el viento choca contra los muros de piedra y tiene que desviar su camino para poder pasar.

Coloco las manos sobre la barandilla de piedra maciza. Una idea fugaz pasa por mi cabeza. Jamás se me había ocurrido, pero tal vez es la solución a todos mi problemas, al dolor que siento desde que me levanto hasta que me acuesto.

Los demás no pueden entenderme, saben que estoy triste, pero no comprenden que llega un punto en el que el dolor sale del corazón y envuelve todo tu cuerpo, las articulaciones, los músculos, se convierte en un dolor real y que llegas a un punto crítico en el que sólo quieres que se termine, da igual como, pero que se acabe.

Me agarro a la pared y coloco un pie sobre la barandilla, me impulso y coloco el otro. De pie

sobre la piedra de diez centímetros es la primera vez que puedo sonreír.

Respiro profundo un par de veces antes de hacer lo que quiero hacer. La puerta a mi espalda se abre de golpe.

- Mía - Dice tranquilamente Killian - Baja de ahí, venga, vamos a hablar.

Giro la cabeza y veo como se acerca despacio a mí. Cuando quería vivir, él solo pensaba en acabar conmigo y ahora que quiero morir tampoco me deja.

- No te acerques - Ordeno - déjame sola.

- Sabes que no puedo hacer eso.

Da otro paso hacia mí con las manos levantadas intentando calmarme.

- ¿Por qué? Tu siempre has querido que esto pasara y mi padre y mi hermano también - Mi ojos se anegan de lágrimas una vez más. Cada vez que lo digo en voz alto soy consciente de lo sola que estoy - Y ahora seguramente también Marcus.

Dejo de mirarle para ver la vista impresionante que hay delante de mí. Solo tengo que adelantar un pie y dejarme caer, es fácil. Un segundo y todo se terminará.

Hago lo que mi cerebro me pide a gritos. Levanto un pie y lo adelanto, dejándolo flotando en el aire, me inclino hacia delante y me dejo caer.

La calma que por fin me había envuelto solo dura un segundo, el tiempo que tarda Killian en correr hacia mí y rodear mi cintura con sus manos. Tira de nosotros hacia atrás y caigo encima de él.

- ¡Estas loca! Podrías haberte matado.

No me dejan vivir y tampoco morir ¿qué narices quieren?

- ¡SUÉLTAME! ¡DEJADME TODOS EN PAZ! - Me revuelvo entre sus brazos para que afloje su agarre.

Killian no me suelta y la rabia que siento da paso a la tristeza. Dejo de golpearle y termino enterrando la cabeza en su pecho y llorando.

- Tienes que ser fuerte - Susurra acariciándome la cabeza.

- No puedo, no puedo seguir así. He matado a mi hijo por eso Marcus se fue - Admito llorando - Ya está Killian, ya no tengo más fuerzas.

Escucho un suspiro largo. Cierro los ojos dejando que mis lágrimas sigan rodando por mis mejillas.

- Voy a ayudarte.

Me coge en brazos y me lleva a mi habitación, me deja sobre la cama y hago como todas las veces anteriores al acostarme, me tumbo de lado y me acurruco.

Killian saca su teléfono y escribe algo, pero no se va, se sienta sobre la butaca a esperar, no se el

que y tampoco me interesa.

Un par de horas más tarde la puerta se vuelve a abrir y aparece mi hermano, Paul camina hasta la cama.

- Voy a prepararlo - Dice Killian justo antes de salir de la habitación.

Mi hermano se sienta en el borde de la cama y acaricia mi cabeza.

-Siento que te hayamos destrozado.

Se le quiebra la voz, si fuera otro momento saltaría sobre sus brazos contenta porque por fin se haya terminado la venganza, pero no puedo sentir nada, así que me quedo tumbada como estoy mirando fijamente la pared. A quien le importa lo que haya pasado.

- Vas a mejorar, vamos a cuidarte - Continúa hablando.

Pasan las horas y en ningún momento me dejan sola. Cuando comienza a anochecer vuelve Killian con unos papeles en las manos. Mi hermano se aleja de mi cama y camina hacia él. Intercambian algunas palabras y finalmente los dos se vuelven a acercar a la cama.

Killian se agacha hasta quedar a mi altura.

- Esta noche vas a ingresar en un centro, queremos ayudarte y que mejores ¿vale?

El hombre que dijo que Marcus había puesto mi tumba en el panteón familiar para bailar sobre ella dice que quiere ayudarme.

- Vale - Es lo único que puedo decir. Cada palabra pesa como una losa.

Mi hermano me coge en brazos y me saca de la habitación. Bajamos las escaleras y me encuentro con las tristes miradas de Dante y Lea que me sonríen por última vez. Killian abre la puerta trasera del coche y mi hermano me acomoda sobre el asiento, me ata el cinturón y cierra la puerta. Da la vuelta al coche y se acomoda a mi lado. No se que puede temer que haga dentro de un coche como para pegarse a mi como una lapa.

Killian conduce durante lo que parece una eternidad, pero finalmente llegamos a un edificio enorme, rodeado de árboles y con el ruido de un riachuelo por algún lugar.

Otro hombre sale a recibirnos para indicarnos el camino. Entramos a un despacho donde un hombre mayor con gafas nos espera. Le explican a mi hermano y a Killian más o menos lo que van a hacer, yo dejo de escuchar al momento.

Después de firmar un montón de papeleo nos indica donde está mi habitación. Es grande, con todo tipo de comodidades, y es una jaula, pero ¿a quién le importa?

Llaman a la puerta, que está abierta. Un hombre joven espera para pasar.

- Tu debes de ser Mía - Dice entrando por fin.

Asiento.

- Soy Tom, voy a ser tu psiquiatra, pero por encima de eso espero que seamos amigos.

¿Este Tom sabe mi historia? ¿Cree que tengo solución? ¿Piensa que puede llegar aquí con todos sus títulos y volver a poner en orden mi vida?

Los tres hombres me observan con emoción, es una lástima que no se hayan dado cuenta que no hay una salida para mí.

Fin.